



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
VII**

Lectulandia

Séptimo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Dimensionaje, Trasplante experimental, La granja experimental, Hemos llegado, Los intermedios, Avería, El naufrago, Todo va bien, Toreo teledirigido, La nube de la vida, La pareja que amaba la soledad, Confusión en el hospital, La tumba del astronauta, Marchando hacia atrás, La sed de sonido, La dulce mentira, El regreso de la luz, Fantasías de la era atómica, La historia de Martín Vilalta, El libro, El hombre mecánico, 35, sin regreso, Las tablas de la ley, Lo que sucedió por beber agua, PSI, Los exploradores, Las formas del lago, La caída, El tigre bueno, Confesión de un 'grats', Flores de cristal, El anticuario, Independencia y Bjorck.*

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
VII**

Antología de novelas de anticipación - 7

ePub r1.0

Watcher 03-04-2018

AA. VV., 1967
Traducción: Desconocido
Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dimensionaje

Francisco Lezcano Lezcano

I

Arkus estableció contacto con Armus, Mirka, Zorius y Tratus.

—¿Preparados para el paso a la nueva dimensión? —preguntó.

—Sí —vibraron todos casi al mismo tiempo. Arkus contrajo satisfecho sus vacuolas y, decididamente, se puso a contar hasta cero antes de pulsar el mecanismo.

—Bar, ber, bir, bor, bur...

Dentro de los Ombligos Protectores, los dimensionantes rogaban a la Gran Mente para que la expedición alcanzara el proyectado destino y el dimensionaje resultase perfecto.

—Baer, bior, buoar, buer, ¡buear!

Al entrar en acción el sistema rompedor de dimensiones, el «Mir Or Arzu» se estremeció como si sus moléculas de silicio viviente fueran a desintegrarse. Cada Cosa sentía la intensa molestia de siempre en sus agudas púas. Arkus, empotrado en el puesto de dirección, apenas podía moverse. Y quería ver a sus compañeros; con esfuerzo prolongó hacia atrás sus ojos palpadores... Ellos, los copilotos, reflejaban mucho la dura prueba a que estaban sometidos. Ni uno conservaba erecta la trompetilla que tanto muestra la serenidad físico-síquica en los Arbarbazorianos. Bruscamente terminó la tortura. Todo se tranquilizó. E igual que cada vez que llega la paz, allá, la emisora de colores tangibles saltó automáticamente llenando el ambiente de espectrografías acariciadoras.

Ellos no tienen boca para sonreír, pero sus cuerpos duros y redondos como pelusonas bolas de billar, aunque con flexibilidad de caucho, despedían el grato aroma que podemos llamar carcajada de alegría. Convulsos (digamos) abandonan sus lecho-ombligos protectores para mirar afuera a través de las escotillas de cristal negro.

—¿Dónde estamos, Arkus? —preguntó alguien.

—No lo sé. Hay Abajo y hay Arriba. Tomaremos el Abajo dejando que la transportadora actúe.

El «Mir Or Arzu» se detuvo en el aire cuando Arkus olió la célula fotoviva del gran panel central de órdenes reflejo-biológicas. «El Mir» fue descendiendo lento, tal como una estrafalaria araña azul de quebradas patas y voluminosos ojos carmesíes

que flotara ingrávida... El dimensionaje había sido perfecto, pero aún lo fue más la toma de contacto.

El preámbulo de preparativos para salir al exterior resultó rutinario. Lo importante es que estuvieron correteando por su nuevo descubrimiento... A las 4.500, según hora de Arbarbazoria, cuando hicieron estallar varias diminutas bombas al pie del «Mir Or Arzu» para sacar muestras del suelo, ocurrió la hecatombe; el Abajo se agitó, grandes promontorios y pequeñas cordilleras brotaron de la inmensa llanura (que para nosotros no es inmensa, y menos aún llanura; apenas un órgano cóncavo de dos centímetros cuadrados). La luz se fue. Oleadas de gelatinoso líquido, tan altas como la nave, vinieron desde todas partes bramando estruendosas, arrollando. Nada..., nadie quedó entero ni vivo...

II

... Andrés estaba conduciendo tranquilamente su camión cuando, lanzando un alarido, soltó el volante para llevarse las manos a un ojo. El camión subió a la acera y atravesó el gran escaparate de una peletería. El accidente pareció ilógico y fabulosamente estruendoso en la infinita paz de aquellos contornos...

III

... Andrés recobró el conocimiento con lentitud y muy inquieto, pero se tranquilizó frente a la patriarcal figura del viejo doctor Enmanuel.

—No es nada —le dijo éste—. Está usted a salvo, en la clínica presidente Junco Barrios. Déjeme mirar de nuevo su ojo. Jamás sabré qué cosa se le introdujo en él y le hizo eso en la córnea...

Trasplante experimental

Francisco Lezcano Lezcano

I

Amuk se despertó cuando la luz que penetraba a raudales por las ventanas de las rocas le dio de lleno en el rostro y el calorcillo de media mañana se le extendió sobre el cuerpo. Abrió los ojos: al ver los lechos vacíos comprendió que ninguno de sus hermanos estaba ya en casa. Y comprendió también hasta qué punto el sueño le había tenido apresado; esto le fastidió, más por sus padres, a los que procuraba dar siempre una cariñosa y prolongada caricia cuando salían temprano para el trabajo; pero sus padres le estaban tratando con excesivo mimo desde que había ingresado en los grupos superiores de Sabiduría: le alimentaban mejor y preferían verle dormir largas horas, aun a sabiendas de lo mucho que le agradaba la despedida y hacer de subpadre cuidando de sus hermanos. Amuk saltó del lecho y mientras se vestía supuso que todos estarían afuera buscando alimento. Aspiró con deleite una gran bocanada de la límpida atmósfera amoniaca que penetraba por los respiraderos del techo, y dilató los pliegues de su garganta para terminar de desperezarse; luego, dando un suave salto, cruzó, ligero como una pompa, sobre el cuenco donde su madre solía poner cada cien ciclos una docena o más de dorados huevos. Salió por una hendidura. En efecto: en el exterior se encontraban sus dos docenas de hermanos menores flotando plácidamente o jugueteando unos con otros. Sus físicos, añiles y fusiformes, destelleaban. Todos chillaban felices y excitados. En el aire los blancos copos que servían de alimento, traídos por el viento, formaban artísticos remolinos. Amuk se proyectó sobre dos buenos bocados que flotaban a su derecha y los engulló con apetito. A continuación se unió al divertido juego de sus hermanos. Estarían jugando hasta el regreso de sus padres. Llegarían muy cansados de trabajar en la cuadrícula de Almutak, donde contribuían con sus esfuerzos a construir una nueva ciudad cerca del río, según aconsejaban a menudo las visiones del Gran Sabio. Él y sus hermanos se habían ofrecido repetidas veces para la magna obra, pero todavía eran demasiado pequeños y débiles para realizar labores de fuerza. Ni siquiera les permitían alejarse de la casa. Sólo podían hacerlo cada tres días camino de la escuela, donde el Gran Sabio enseñaba los secretos de la vida y de la muerte...

II

Berman miró con su único ojo compuesto a Borman. —Acabamos de entrar en la órbita del planetaide elegido para el experimento —le dijo.

—De acuerdo —respondió el Jefe Borman, sin soltar los controladores—. Ahora estabilice la nave sobre la zona que se ha premarcado para la Operación.

—¿Cree usted que este animal se adaptará? —indagó Berman mientras pulsaba los doscientos botones correspondientes a las maniobras de estabilización y anclaje.

—Espero que sí. Aunque a mí me parece un bicho bastante estúpido.

—Los científicos cada vez nos exigen misiones más disparatadas.

—Es seguro que no serán tan absurdas como a nosotros se nos antoja. Tendrán muy buenas razones para actuar así con este bicho traído del satélite Akra.

—¿Pensarán fundar alguna colonia en este planeta de atmósfera amoniacal?

—¡Yo qué sé!... Ande, ordene al cerebro electrónico lo que debe hacer y comunique a los robots que introduzcan al animal en el expulsor para lanzarlo hacia su meta.

III

En el interior del cilindro, el ser del satélite Akra abrió los ojos. Cuando se dio cuenta de que los horribles escarabajos secuestradores le habían encerrado en un tubo de acero, volvió a interrogarse por enésima vez, lleno de terror, qué pretenderían hacer con él. Intentó moverse sin poder conseguirlo, porque todos sus músculos se hallaban bajo los efectos de una droga paralizante. Agudizó el oído: su presunto féretro vibraba, pero no se escuchaba nada.

—¡Oh, Bulbu de las Cavernas Blancas, apiádate de mí! —gimió. De nuevo las imágenes últimas de su memoria le llegaron con toda nitidez. Recordó que una fuerza extraña le había apresado cuando andaba de regreso a su hogar por la carretera principal de Iván, después el vacío y la negrura, más tarde aquel horrible encierro y su gran congoja al pensar en sus mujeres y los niños. Estarían llorando. Andarían buscándole. Nadie sabría jamás cómo fue posible su desaparición. ¿Quién podría suponer que unos repulsivos entes de negro cuerpo y rojiza pupila le tenían secuestrado?... Repentinamente comenzó de nuevo a sentir mucho sueño y una rara sensación por todo el cuerpo que agudizaba su parálisis muscular. ¿Pensaban probar su resistencia? ¿Pensaban matarlo? Intentó oponerse, pero el sueño se apoderó de él...

Mucho tiempo después abrió los ojos y vio que el techo del cilindro tenía corrida una compuerta, y allá arriba se distinguía el cielo violeta. ¿Estaba ya en casa? ¿Para qué entonces todo aquello? Se incorporó con una gran sensación de agotamiento y miró furtivamente afuera. El paisaje, aunque familiar, le era totalmente desconocido. ¿Dónde se hallaba? Diose cuenta que a un lado del cilindro tenía algunas armas y otras cosas. Sí, le habían dejado un fusil adormecedor, cajas con medicamentos y utensilios para una larga permanencia en zona deshabitada. Nada de comida. Llegó a

la conclusión de que el arma le sería de utilidad para supervivir con la caza y que con toda seguridad idéntico pensamiento bullía en la mente de los negros secuestradores. Inició una cautelosa exploración de los alrededores. No podía saber si se hallaba en su tierra. El sitio era muy parecido a Vilma, pero existían diferencias de proporción, allí todo parecía minúsculo. ¿Dónde estaría?... Pensó averiguarlo más tarde, ya que de momento lo más importante era cazar algo para comer... Llevaba quince círculos sin probar bocado. Tomó el arma y caminó procurando no hacer crujir demasiado el quebradizo terreno que se hundía bajo su séxtuple pisada. Al poco distinguió a lo lejos un grupo de Bibis muy parecidos a los de su tierra, aunque bastante más pequeños y con un color menos oscuro. Estaban flotando alegremente en el centro de un llano entre remolinos de blancos hongos. Experimentó una enorme alegría al descubrir tan buena comida. Sabía que los Bibis eran muy listos y desconfiados; por esto, se agachó para no ser descubierto, y dejó de caminar para arrastrarse como una culebra.

IV

Amuk se detuvo en el aire, bruscamente sobresaltado por un horrible presentimiento. Sus hermanos le rodearon, alarmados ante su actitud.

—¿Qué ocurre, Amuk?

—Hay una amenaza muy cerca, ¿no lo notáis?

—No, no sentimos nada.

—Sí..., claro..., sois demasiado pequeños...

—¿Pero qué hay?

—Ya os he dicho que una amenaza. Meteos en casa...

Todos y apresuradamente saltaron el espacio que les separaba del hogar. Penetraron con rapidez por las hendiduras bajas de las rocas y no pararon de huir hasta alcanzar el dormitorio. Amuk atendió un poco más para cerciorarse de que su sentido no le mentía. Entonces retrocedió hacia la casa sin dejar de captar el enorme peligro acechador.

V

—¿Qué hace ahora, Jefe Borman?

—Parece que se va adaptando mejor de lo que a primera vista supusimos. Por ahora ha comprendido la importancia de buscarse sustento por sí mismo. Se halla a punto de emplear *su* burdo lanzaobjetos narcóticos.

—¿Quiere decir que ya podemos retirarnos?

—Antes hemos de situar en órbita un satélite vigilador...

—¡Ah!

Berman y Borman cumplieron con los últimos tramos de lo programado. E inmediatamente, dando un enérgico impulso a su «salta-dimensión-comba-espacios», desaparecieron.

VI

El ser que había sido secuestrado chasqueó fastidiado la lengua cuando distinguió que los Bibis habíanse retirado a sus guaridas. Ahora la cosa sería más difícil. Tendría que aproximarse con toda clase de precauciones para tratar de abatir a alguno dentro de la misma cueva. Pero lo malo estaba en que las entradas eran excesivamente angostas para él. Avanzaría con sigilo y dando un amplio rodeo por si un Bibi más curioso que los otros se decidiera a salir.

VII

Amuk cargó con dos grandes dardos venenosos la gran ballesta de su padre; entretanto sus horrorizados hermanos ni se atrevían a salir de debajo de las camas. Él tenía que protegerlos del espantoso monstruo de largas patas que se les venía encima emitiendo radiaciones agresivas. El monstruo era enorme como una montaña. Amuk no estaba plenamente convencido de que la horrible cosa pudiera ser derrotada con dos simples dardos tóxicos. No obstante, apuntó en cuanto la gran cabezota verde ocupó casi toda la ventana.

VIII

El ser descubrió al Bibi, oculto tras una abertura circular, mirándole con ojos de espanto. Pensó que era pieza segura de cobrar. Alzó muy despacio la bola amarilla que sujetaba en una mano y apuntó con ella al mismo tiempo que pensaba en los del ojo rojo: a lo mejor los había juzgado mal, tal vez volverían a buscarle para volverlo junto a sus mujeres y a sus hijos...

IX

Amuk no esperó más. Apretó el gatillo de la ballesta y los dos dardos escaparon como centellas hacia su objetivo. El monstruo chilló horriblemente y se contorsionó cuando los proyectiles se le incrustaron en la verde cabezota, y al fin quedó muerto con una gran expresión de perplejidad. Todos los niños dejaron su escondite y huyeron, con Amuk al frente, en busca de sus padres.

X

Berman volvió a mirar a Borman y le dijo:

—¿Ha oído usted, Jefe Borman?

—¿El qué?

—El chasquido de aviso del Controlador Cuatro.

—No lo he oído. Acuda a ver qué dice.

Berman recorrió la media docena de metros que le separaban del Controlador que, al verle llegar, emitió un runruneo de saludo y expulsó por la ranura de su panel central una cuartilla con el informe. Berman se lo entregó a Borman, que reflejó bien a las claras con sus antenas el disgusto recibido:

—Esto quiere decir, amigo Berman, que el bicho era verdaderamente tonto. La máquina concreta que ha muerto herido por un ser inferior e insignificante. ¡Bah! Un viaje tan largo para nada. Regresemos...

La granja experimental

Francisco Lezcano Lezcano

El taxi se elevó para evitar el gran edificio de Laser-Comunicación.

Thork y Sthark miraron hacia abajo. Comprobaron que se habían desviado un poco de la ruta. Thork indicó en alta voz la dirección exacta que deseaba tomar.

El auto-antigravedad recogió la orden. En el centro de la ciudad el cerebro electrónico encargado del control cibernético recibió el deseo de los clientes. Al instante corrigió la anomalía y transmitió la rectificación al taxi que, acelerando su carrera, partió hacia su destino exacto.

Thork y Sthark admiraron esta precisión. Reconocían que la línea de transportes era perfecta.

El taxi descendió suavemente hasta menos de treinta centímetros sobre el suelo. Automáticamente se abrieron las portezuelas y los dos pasajeros salieron.

—Se puede retirar. Vuelva dentro de una hora, si puede hacernos este favor —dijo Thork al auto.

—Como guste, señor —respondió el vehículo a través de un altavoz disimulado. Y casi instantáneamente saltó hacia lo alto, perdiéndose entre las nubes.

—Y bien, amigo Sthark, hemos llegado. He aquí la explotación. Los animales son pacíficos. Difíciles de criar. Pero puedo asegurarle que el esfuerzo compensa. Ahora es el momento. Luego, cuando la competencia aumente, los precios bajarán. El alimento que segregan es abundante y succulento. Se lo arrebatarán de las manos...

Sthark se quedó admirado ante la extrema limpieza de las instalaciones. En la llanura, cinco gigantescas esferas de metal pulido brillaban como lunas.

—¿Y bien, señor Thork?

—Mire: en la esfera del lado derecho se encuentran las hembras solteras prestas para el apareamiento. La comida llega hasta ellas automáticamente. Es necesario mezclarle vitaminas, hormonas sexuales y tranquilizantes. Es importante para mantenerlas en forma. Todos estos animales son muy propensos a la claustrofobia. Hay que tener un extremo cuidado, si no, se mueren o se matan. Por tanto, las drogas son vitales.

»Estamos seguros de que, después de dos generaciones, se habrán adaptado perfectamente a la cautividad...

»Esta esfera, a la izquierda, es el recinto de los machos, con los que ocurre lo mismo... Machos y hembras ponen en las mismas celdas que ocupan. El delicado manjar que producen desciende por un conducto hasta la pequeña esfera central. Allí abajo, las centrifugadoras separan el elemento sólido del líquido... ¡Inspire con

fuerza!... El olor que llega hasta aquí es muy agradable. Al fondo los acoplamos cada siete meses, haciendo combinaciones para que los nacimientos no se interrumpen. Son muy prolíficos. Las crías son colocadas en incubadoras desde su nacimiento, en aquella bola verde.

Thork y Sthark se aproximaron a una mirilla. Sthark miró. No pudo evitar un gesto de temor y de aprensión.

—Tienen un aspecto muy desagradable. Son monstruosos... ¡Sobre qué horrible y lejano planeta han podido nacer estas cosas!...

Thork rió divertido:

—¡Vamos! Le voy a hacer probar el líquido y la pasta.

Los dos penetraron en una de las pequeñas esferas donde se embotellaba automáticamente el producto.

Thork pidió lo que deseaba a una pequeña máquina rodante apropiada para hacer de sirviente.

—Dos vasos con extracto líquido y sólido.

Sthark lo probó con cierta desconfianza. Pero se vio obligado a reconocer que tenía muy buen gusto. Y repitió varias veces el succulento bocado. Enseñando sus bellos dientes preguntó:

—Dígame, por curiosidad, ¿ha conseguido usted averiguar como se llaman estas bestias?

Thork movió dubitativamente sus patas de arácnido.

—No lo sabemos con exactitud. Escrutando en su espíritu nos ha parecido comprender que se llaman HOMBRES...

Hemos llegado

Francisco Lezcano Lezcano

I

El doctor Aticus apagó las luces de la sala. Cerró los ojos para acostumbrarse a la penumbra. Cuando los objetos se hicieron visibles avanzó hacia la gran cristalera que daba al jardín. Llegó a ella y, girando media vuelta la manilla, abrió sus puertas de par en par. La noche era maravillosa. Sobre el cielo despejado la luna parecía a punto de estallar en diamantes. Una agradable brisa transportaba de un lado a otro esas mariposas de perfume que se sueñan y el delicado sonido que nace entre las hojas. Aticus entornó los párpados, a la vez que aspiraba hondamente aquella atmósfera límpida y poética. Salió a la terraza. Los grillos cesaron sus serenatas al sentir el crujido de los pasos del hombre y el fru-frú de sus calzones. Aticus buscó apoyo en la baranda. A lo lejos, el mar recordaba, hacía imaginar, una llanura de arrugado papel de estaño; la infinita envoltura de un colosal bombón...

El doctor se acomodó en la raída tumbona y puso todos sus sentidos atentos a los tenues y misteriosos murmullos emitidos por el cuidado vergel que arrojaba a su residencia de retiro.

La placentera música entramada por ese aire que se desliza tobogán abajo de los tallos, y es soporte de los noctámbulos insectos sin reposo en tierra, fue laxando la conciencia y la musculatura del agotado doctor. La luna se le hizo borrosa, algo tembloroso diluyéndose en un océano; se iba con el crujido de las ramas. Quedó dormido...

II

Sin ruido, la pompa gelatinosa, tan grande como un balón de fútbol, cayó despacio desde un árbol. Rebotó con elástica suavidad sobre el suelo y, dando lentos botes, fue a parar junto a los pies de Aticus, donde quedó detenida. Cierta parte de la masa esférica abrióse como una vacuola de infusorio, expulsando siete u ocho diminutas esferas fluorescentes; se diría una reproducción por división múltiple, ese proceso donde el núcleo celular, segmentándose en varios, se rodea del citoplasma de la madre para salir. Si la yema de un huevo pudiera fragmentarse y luego, envuelto cada trozo en clara y cáscara, salir, atravesar la capa externa, dando origen a varios huevos de menor tamaño, éste sería un caso de partición múltiple.

Las bolas hijas, muy parecidas a un ojo humano, quedaron flotantes, agrupadas a treinta centímetros del suelo, hasta que, como arrastradas por una desconocida corriente, desaparecieron en direcciones opuestas. El rostro del doctor quedó iluminado por la delicada luz verdosa del recién llegado fofu objeto que le sobrevolaba.

III

Aticus despertó sintiendo un fuerte dolor de cabeza y bastante atolondrado; aún martilleado por los ecos de una desagradable pesadilla. Entre bostezos, se puso en pie. Arriba la luna le decía que una hora había transcurrido. Se colocó la mano sobre la frente para intentar calmar el martirio que le palpitaba hasta las sienes, y así se tropezó con su raro bulto inexplicable...

Mientras pensaba si podría habérselo hecho casualmente durante el sueño, cruzó la sala y llegó al baño donde, después de encender la luz, se miró en el espejo. No pudo frenar el espontáneo grito de miedo y sobresalto que nació en su garganta al verse entre ceja y ceja un tercer ojo, desorbitado y grande, que le miraba autónomo, con insistencia. Instintivamente hizo ademán de quitárselo, de borrar, de arrancar aquello, pero sintió el mismo dolor que si hubiese intentado extraerse algo propio.

Una voz en el psiquis le repetía lo mismo que durante la pesadilla...

—Por favor, doctor. Sea razonable. Es nuestro medio de contacto..., es...

El corazón de Aticus saltó con tanta violencia que el sonido de sus latidos creó ecos entre las piezas del baño. Convencido de que aún continuaba dormido, abrió todo el grifo de agua fría, metiendo acto seguido la nuca bajo el chorro y sosteniéndola allí aunque el líquido le corría por la espalda, empapándole la camisa y los pantalones. Mientras se restregaba la cara sentía al tacto que el cúmulo carnoso continuaba en su puesto elegido, pero, a pesar de la palpable prueba, prefirió repetirse interiormente que estaba padeciendo un tipo de autosugestión. Levantó el rostro despacio y con miedo de vérselo en el espejo. Cerró los ojos y, trincado con fuerza al lavamanos, los abrió de golpe. La protuberancia, algo más contraída por efectos del baño, continuaba entre sus cejas.

—*Llamaré a mi colega Vilmagem para que me examine. Quizás he probado, sin darme cuenta, alguna droga nueva durante los experimentos que he realizado esta tarde en el sótano, y tengo el siquismo alterado.*

Cerró la puerta del baño casi al mismo tiempo que pronunciaba la última de las palabras. Se detuvo al venirle la idea de llamar antes a dos de los auxiliares que estaban descansando en el piso superior de la residencia. Pero después de pensarlo bien se decidió por la primera iniciativa, y fue de prisa hacia el teléfono colocado sobre una mesita al final del pasillo. Casi lo había alcanzado cuando un auxiliar le surgió enfrente. Aticus bajó la cabeza para ocultar su defecto, pero el auxiliar, aunque de refilón, ya había visto el chichón blanco y negro que sobresalía entre sus ojos.

—¿Se ha caído usted? Tiene un golpe en la frente. ¿Necesita ayuda?...

—No, no es un golpe...

—Entonces, ¿está usted enfermo?

—Tampoco; váyase... Bueno, no, quédese... Sí, estoy enfermo...

—¿...?

Aticus cogió el teléfono y marcó un número...

—¡No se quede así! —le gritó al auxiliar, que se había embobado y le miraba boquiabierto.

La comunicación se hizo en el aparato.

—Oiga..., ¿eres tú, Vilmagem?

—Sí... ¿Quién me llama?

—Aticus...

—¿Qué diablos te ocurre?

—Estoy enfermo.

—Debe ser cosa grave cuando me llamas a las tres de la mañana.

—Yo no sé si es grave. Lo supongo. Aunque ahora estoy más convencido que antes de lo peor.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Porque tenía la esperanza de estar padeciendo una alucinación, pero me he cruzado con mi ayudante Stefan y su reacción ha cambiado mi idea.

—Pero ¿qué tienes?

—No lo sé... Otro ojo. Algo me ha nacido entre las cejas...

—Será un ántrax, un tumor sin importancia..., un lobanillo.

—No..., *nada de eso habla*... Yo escucho voces...

Un largo silencio se hizo al otro lado de la línea. Luego, la voz de Vilmagem volvió a llegar, extrañamente paternal.

—Tranquilo, Aticus... Voy en seguida... No te preocupes de esas voces...

—¡Pero, oye! ¿Por qué me hablas así? —le interrumpió Aticus indignado. Y agarrando violentamente de un brazo a su auxiliar—: Stefan está aquí. ¡Pregúntale!

—No... Me basta con tu palabra.

—No, ¡no te basta! —Y casi le incrustó el teléfono en una oreja al desconcertado Stefan—. ¡Stefan, dígame lo que ve! —ordenó fuera de sí—. ¡Dígaselo! —Y señalaba el bulto.

—Señor... Otro ojo...

—No le oigo, Stefan... Repita...

—Parece otro ojo, señor... Aunque, bien mirado...

—¡Diablos! —exclamó Vilmagem cortando de golpe la comunicación.

IV

Aticus se removió en el sillón.

—¿Quieres estarte quieto? —preguntó, exigente y nervioso—. ¿Cómo voy a saber, si no, qué demonios es esta porquería?

—No me la toques; me duele y me habla...

Vilmagem le lanzó una dura mirada de incredulidad y reproche.

—¡Deja de repetir esa tontería!

—No lo es... Esta cosa ha llegado de un planeta llamado Almuniak.

—¡Está bien! —Alargó el brazo para acercar más la luz de la lámpara—. Aticus, creo que debes acompañarme a una clínica... Esto es muy extraño... Allí hay especialistas y otros instrumentos de observación...

—¡No es extraño!... Te he explicado más de diez veces que se trata de...

—Bueno, bueno... Levántate... En la clínica te observaremos entre varios, y sea lo que sea daremos con ello... Sabremos qué clase de razón es la tuya.

V

Siete caras consternadas le rodeaban. Rostros de científicos intrigados ante un enigma, ante una protuberancia que si bien habían dictaminado como semejante a un ojo, nada tenía que ver con órganos de tal tipo, y menos aún con lo conocido. Era un intocable promontorio, luminiscente por instantes, que al menor movimiento de aproximación hacia él influía en Aticus, produciéndole agudos dolores generales, aunque se le aplicara un aerosol del más enérgico anestésico local. Ni siquiera le habían podido inyectar.

Aticus trataba con desesperación de que sus palabras fueran tenidas en consideración.

—Esto no es de mí. Ha llegado del espacio. Dice que se incrustó tanto en mi organismo que ahora no puede zafarse para demostrarlo. Pero que pronto llegarán más.

Las palabras de Aticus cayeron en vacío, pues fue levantado de la cama y trasladado casi con camisa de fuerza a la sala quirúrgica.

—¡Esto me grita que no lo hagan!... ¡Esperen a los demás!

Nadie le prestaba atención. Aticus sólo veía a su alrededor blancas batas y rostros iluminados por una sonrisa de conmiseración y afecto. Comprendió que le miraban como a cualquier loco.

Casi con violencia le colocaron la mascarilla de anestésico.

—¡No extirpen! ¡Lo van a matar!

El gas llegó hasta sus fosas nasales.

—Lo van aaaa..., a...

VI

—Bisturí —pidió Vilmagem. Una mano enguantada se lo acercó. —Vamos — musitó, dándose ánimos.

Justo en el instante de ir a cortar, Aticus se incorporó como impulsado por un tremendo muelle, al mismo tiempo que de un manotazo desviaba el brazo del cirujano. Aticus parecía dormido, pero sus gritos y sus ademanes eran a la vez propios de un despierto.

—¡Anestesista! ¿Está usted imbécil? —Pero si yo...

Aticus volvió a quedar tendido. Al caer de plano con brusquedad su ojo adicional, el ántrax, la forma incógnita, saltó hacia delante contra la cara de Vilmagem, ocupando un puesto en su frente. Las enfermeras gritaron asustadas y los hombres retrocedieron. Un ruido de vidrios rotos atrajo la atención de todos hacia los tragaluces y miradores. El pánico se hizo mayor al ver ocho o más «ojos» atravesando los cristales como piedras lanzadas y que iniciaban una rauda persecución volando tras los ocupantes de la sala de cirugía. Uno a uno, en los pasillos, en el jardín, fueron atrapados por la frente, quedando convertidos en raros humanos de aspecto triocular.

—Hemos llegado —les gritaban unas desconocidas voces interiores.

—¡Socorro! ¡Socorro!...

Pero la demanda resultaba inútil, porque los «ojos cerebro» habían sido creados para buscar por sí mismos la base donde hacerse simbióticos. Llevaban demasiado tiempo vagando. Al fin, allí, el trabajo de la Gran Mente de Almuniak estaba ya completo. Ahora comenzaban ellos en favor de aquellas inteligencias miedosas y primitivas...

Los intermedios

Francisco Lezcano Lezcano

I

El viejo policía Andrés Castaño se quedó mirando fijamente al descamisado que continuaba impasible, sentado al otro lado de la mesa, sobre la silla metálica bajo un foco de luz amarillenta... Su aspecto físico apenas había variado desde la última vez que se lo trajeron, cinco años atrás, a raíz de las octavillas lanzadas en favor de la igualdad, a millares durante la visita anual veinticinco del Gran Subdirector de Gobierno... Con aquello nada tuvo que ver el popular Intermedio, pero la Brigada le consideraba peligroso y aprovechó la ocasión para hacerle expediente. Entonces la Brigada de Control Ambiental hizo un tremendo ridículo. Ahora le habían detenido al frente de una manifestación. Aunque de no haberlo visto habrían actuado de la misma forma: necesitaban justificarse ante los superiores. Lo importante, como primera medida, era detener a muchos para poder engrosar numerosas carpetas destinadas luego a los iracundos y tajantes jefes del Nuevo Orden... Encontrar sospechosos y sacarlos arbitrariamente de sus casas no era difícil. Los miedosos, los ingenuos, los tímidos, los..., colaboraban siempre, directa o indirectamente, en las ilegales detenciones camufladas de suaves retenciones...

—¿Cómo te llamas? —exigió con académica severidad.

—¿No lo sabe usted de sobra?

La habitación acondicionada para palizas e interrogatorios quedó durante unos segundos saturada de agitados latidos de corazón.

—Pero deseo escucharlo otra vez —insistió sonriendo según la consigna ordenada desde arriba, necesaria ante el giro dado por los acontecimientos internacionales.

El sonido de varias respiraciones profundas se tragó al sordo bombeo cardíaco.

—Me llamo 5.000 A-N.

El policía estalló en carcajadas; algo así como una cristalera destrozada, chirridos de frenos mal engrasados y risas de hiena.

—¡5.000 A-N!, ¡como la matrícula de mi neumoauto! —Entre las sacudidas de su hilaridad aprovechó una aspiración para pulsar el botón de la fonoescritora.

—¿Dónde naciste?

La respiración y los latidos volvieron a ocupar todo el volumen del recinto.

—Nací en la sala 40 de la Clínica Hospital Martín.

»Padre: Probeta azul 7x. Madre: Matriz 448.

Andrés Castaño comunicó los datos a la máquina que copiaba al dictado. Y cuando el clic del automático indicó el fin del último renglón, agregó entre dientes:

—¡Probeta azul!, ¡lo mismo que cualquier mermelada en un tarro!

Los ojos del detenido crecieron de tamaño. Se hicieron grandes como su odio. Pero el policía no se arredró frente a la fuerza de aquellas pupilas; al contrario, creyó llegado el instante propicio para una mayor insistencia.

—¿Religión?... ¡Ah!, ustedes carecen de alma humana. Disculpe; ha sido una pregunta de rutina...

El interrogado apretó las manos sobre los brazos del asiento para no hacer movimientos bruscos o exaltados: «La ley podría sentirse amenazada o agredida. Y para hacerse respetar, la ley le golpearía en la medida que considerase preciso...».

—¿Es cierto que pertenece al Movimiento Rebelde de Unificación?

—Sí, es cierto. Luchar por la igualdad de derechos no es delito.

El tono de las frases trajo al recuerdo del policía la imagen de unos pilares de hormigón armado.

—¡Ahí está el error! No se quieren conformar con su estado intermedio entre el hombre y el androide. No quieren convencerse de que reaccionan como máquinas de carne y hueso. Incluso que hacen cosas más propias de monstruos o de artilugios electrónicos. Son metódicos y fríos como robots. No pueden, por tanto, gozar de las mismas prerrogativas que los seres normales. Ustedes son cobayas de laboratorio, para auxiliar a los naturales a imagen y semejanza de Dios.

—Eso piensan y desean los retrógrados y oportunistas... La esclavitud fue liquidada hace siglos. Los negros ganaron la batalla de la libertad... Ahora, en plena era espacial, es absurdo este racismo a ultranza...

—Usted es otro de los convencidos de mesianismo. Los tipos de su hechura, sean hombres u homínidos, están perfectamente definidos en nuestro manual de sicología criminal...

—Más se supone usted mesías que yo...

—Aunque he sido fabricado en un tarro... Aunque mi madre es una fría máquina de acero y cristal que de mujer sólo tiene los ovarios, y mi padre humano no existe, ¡YO SOY UN HOMBRE!...

—Se cree un hombre..., ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!..., un hombre... ¡y ni siquiera puede reproducirse por la vía normal!

II

Comenzaron a llegar como un río que no se puede frenar, como un plasma gris eruptivo. Miles y miles de Intermedios, hombres y mujeres.

—¡Igualdad! ¡Igualdad! ¡Igualdad! —rugía el desbordamiento con una voz monótona, machacona y enervante, todos convergiendo hacia el edificio de

Gobernación y Control. La masa se convertía cada vez en más sólida. Era como un extralimitado Kraken creándose a sí mismo.

—¡Igualdad! ¡Igualdad! ¡Igualdad! —Y tomaban asiento formando circunferencias concéntricas, sólidas, soldadas, con el centro común de la construcción de piedra, donde padecía el símbolo de los Intermedios bajo la presa del tigre resentido, con alas de mariposa y capa de armiño, que era Andrés Castaño.

El tráfico quedó interrumpido; más bien engullido por aquel protestante y exigente pulpo de carne humana que entre los gases urticantes esparcidos desde neumoplataformas se replegaba psíquicamente consiguiendo no sentir, y entre los lacrimógenos retenía indefinidamente la respiración para no toser, y sus ojos parecían vitrificarse, demostrando de pronto efectividad colectiva y lo mucho que se habían menospreciado aquellas cualidades consideradas habilidades circenses de seres experimentales.

A la vista de que la manifestación se extendía como una incontrolable ameba, la orden fue tajante.

—¡El ejército! ¡Que traigan al ejército!

Un anillo de caucho, acero y hombres, surgió desde los cuarteles periféricos hacia la urbe, rodeando a los Intermedios concentrados, inmóviles, enlazados brazo con brazo, codo con codo.

Desde los cuatro puntos cardinales los jefes militares se afanaban en vano por hacerse oír gritando, megáfono en mano, perentorias órdenes de evacuación, y barruntos de sanciones como sablazos de inquina. La respuesta era siempre la misma.

—¡Igualdad! ¡Igualdad! ¡Igualdad!

Vibraba en el aire, con ala de oración o frase de rito durante una conjuración. Casi parecía haberse hecho sólida nube de tormenta. Con el cerco, no pudo continuar creciendo, pero su espíritu se hizo más fuerte.

Los tanques avanzaron para intimidar. La tropa, con la bayoneta calada, y los cañones como índices de la muerte, señalaban desde las colinas adyacentes.

Los militares comprendían que todo aquello, si no se hacía efectivo, era un inútil alarde de fuerza. Pero los dirigentes temían dar el paso violento, que en otros tiempos ya hubieran puesto en el andar, porque el país pasaba por una brutal crisis político-económica, sólo salvable si conseguían convencer al exterior de que realmente se obraba dentro de los valores humanos juzgados respetables.

Después de extensas deliberaciones secretas se decidió hacer un juicio al detenido, responsabilizarle de los hechos y dar con él un escarmiento...

III

De día y de noche...

Tres soles y tres lunas...

Se había improvisado un campo de concentración en las afueras, donde los

Intermedios eran encerrados masivamente. No oponían resistencia, ni colaboraban, parecían fardos. Tenían que ser trasladados a rastras hasta los cercos de alambres y allí quedaban como paquetes sin dueño... Una labor agotadora e interminable...

El caos crecía por momentos. La bolsa de cotizaciones saltó. Pérdidas económicas por paros industriales. Un bloque energético que cerraba el paso a la actividad. Aunque tenían siempre vereda abierta en aquel océano compacto, las enfermeras, los médicos y los sacerdotes...

—¡Igualdad! ¡Igualdad! ¡Igualdad!

Ya no eran miles de Intermedios, pues centenares de Hombres Naturales que participaban de sus puntos de vista habían engrosado las filas.

Al cuarto día un grupo de helicópteros arrojó sobre los manifestantes miles de cuartillas que anunciaban la ley marcial y el fusilamiento del considerado promotor del levantamiento.

IV

—¡Fuego!

Bajo el impacto de las balas el joven cayó de espaldas como si hubiese recibido una coz en mitad del pecho, dando casi una vuelta de campana en el aire y mostrando una fracción de segundo el gastado fondo de sus pantalones. Se contrajo convulsivamente un par de veces y en seguida quedó rígido, con grandes manchas rojas repartidas por la camisa.

El Oficial se aproximó...

—¡Idiotas! ¡Ni uno le ha dado en la cabeza!

Luego puso su oído sobre el corazón del ajusticiado para comprobar si la víscera se había detenido.

—Bien, no le funciona. Tampoco respira...

Ya se había incorporado para avisar al médico encargado de certificar la muerte, cuando le pareció ver algo ilógico en el fusilado.

—No puede ser... ¿...?...

Una de las venas gruesas y la distendida arteria del cuello estaban latiendo.

—¡Esto no puede ser!

Fue llamado el doctor rápidamente, pero no supo qué certificar ante un fusilado muerto y vivo a un mismo tiempo.

—A la enfermería con él. Avisen al Coronel, para que ordene la inmediata presencia de un especialista en homínidos.

V

El Coronel levantó los ojos del informe militar y examinó con la mirada al

científico Jesús Sabinal.

—Siéntese. Y dígame...

—... Ustedes se han precipitado. Debieron pedir informes al hospital de origen. Ese Intermedio es distinto a la mayoría porque corresponde a una nueva serie experimental...

—¿A una nueva serie?...

—Hum..., si no estuviese abolido el tiro de gracia en la nuca, no le estaría molestando a usted en este instante, ni perdiendo mi tiempo...

—Cierto...

—Él no tiene corazón, ni estómago, y los pulmones sólo le sirven para hablar. El riego sanguíneo y la oxigenación lo realiza la maquinaria adosada en la cavidad torácica y pulmonar. Se alimenta a través de válvulas situadas en las axilas, pero le basta con inyectarse cada cuatro o cinco meses; se lo permite su metabolismo adaptado... Lo único que le ocurre en estos instantes al pobre muchacho es que ha perdido el conocimiento por el golpe recibido y la sangre derramada... Así que si desea usted volverlo a fusilar, sin pérdidas de tiempo, espere a que lo repare y apunten después al cráneo.

—No me agrada su ironía, doctor.

—Disculpe, señor...

VI

No se supo de qué manera, ni fue posible evitarlo, pero lo ocurrido en el paredón corrió de boca a oído como una mancha de gasolina extendiéndose sobre el agua. En respuesta los Intermedios se drogaron uno tras otro, quedando inmersos en una integral catalepsia que agravó los problemas y la confusión.

El ruido oceánico de ¡igualdad!, ¡igualdad!, dejó de oírse, pero aquel silencio era aún más aplastante.

Nunca la dictadura se había encontrado con una situación tan embarazosa...

Al fin se reunió el Consejo Superior.

Los robots no funcionaban sin la dirección de los androides. Los Intermedios ponían en marcha y conducían a los androides. Y la organización social del Nuevo Orden se derrumbaría sin estos pilares. Era demasiado tarde para rectificar el error de, por comodidad, haber confiado tantas cosas a los Intermedios...

VII

El joven fusilado ya tenía camisa nueva y dos transistores sustituidos bajo las costillas flotantes. Su estado era inmejorable...

El Consejo Superior le escuchaba.

—Punto número cien y último: «PEDIMOS UNA REPRESENTACIÓN PERMANENTE DE NACIONES UNIDAS EN EL PAÍS QUE GARANTICE Y VIGILE EL CUMPLIMIENTO DE NUESTROS DERECHOS HUMANOS».

—Se acepta...

VIII

Afuera el kraken se iba despertando y diluyendo. El cerco de acero, caucho y Hombres Naturales volvía a sus cuarteles subterráneos como las hormigas cuando pierden el rastro fórmico que les señala el camino.

Arriba los globocópteros iban llegando con los representantes de la Unión de las Naciones.

Andrés Castaño se desangraba en la bañera de su casa, con un voluntario corte en la muñeca. Absurdo. Pero se había dado muerte.

Los grandes titulares de prensa pregonaban:

«EL NUEVO ORDEN, SIEMPRE DISPUESTO A LA MEJORÍA DE SU PUEBLO, APRUEBA PROPUESTAS PARA PULIR LA ESTRUCTURA DE NUESTRO SISTEMA»...

El Registro Civil inscribió en la primera página al ex fusilado 5.000 A-N...: Sr. Lazaron Intermedio... Edad 45 años.

No todo el mundo estaba conforme. Pero poco a poco... Ya se sabe que las ruedas con buen eje duran y cogen velocidad.

Otra vez las palomas volaban tranquilas por los parques...

Avería

Francisco Lezcano Lezcano

Los dos se dejaban llevar por la acera rodante.

—¿Y bien? —preguntó amable la guía.

—Después de lo que he visto y me ha contado —abrió los ojos, haciendo un expresivo gesto—, apenas puedo hablar de tanto asombro como tengo dentro.

—Señor Barnum Salam..., ¿he pronunciado con exactitud su nombre?

—Perfectamente, señorita Agmaal.

—Me alegro —respondió, haciendo un muy femenino mohín—. Quería decirle que no tiene razón para asombrarse tanto... Ustedes, por lo que me ha dicho, están muy adelantados. Nos quedaremos perplejos con algunas de sus cosas. —La señorita le interrumpió para coger a Barnum del brazo—. Permítame, vamos a doblar una esquina..., no quiero que se caiga. Luego me pedirían responsabilidades.

—Gracias, me falta costumbre. —La fuerza de aquella frágil muchacha le sorprendió. Pero esperó a recobrar el equilibrio antes de comentarlo.

—Es usted muy fuerte.

—Gracias. Esa observación aquí es fina galantería. Nos preparan bien... Volviendo a lo de antes: ...Creo que hablando con más exactitud no se trata de mayores adelantos, sino de paralelas directrices para conseguir lo mismo...

La acera desvió su marcha hacia la derecha.

—Tal vez... —Barnum contestó mecánicamente, distraído por el subyugante movimiento que hacía la guía al andar.

—Señor Barnum..., es absurdo que se fije usted en mi anatomía. Mejor atienda a aquella luz roja; cuando lleguemos a ella la acera se detendrá durante los segundos necesarios para saltar al tramo lateral. Me interesa mostrarle dos cosas. Barnum Salam se sintió acomplejado, cohibido ante la decisión y el desparpajo de la señorita Agmaal.

—Disculpe..., yo...

—Es corriente. A veces pasa... Prepárese ahora para pisar bien en la otra banda rodante.

Barnum arrugó preocupado el entrecejo.

—¿Y si tropiezo?

—No se preocupe..., le ayudaré.

La acera se detuvo, y los dos pasaron a la otra zona marcada en verde que discurría con mayor velocidad. Pronto, dejando atrás un hermoso parque, de flores grandes como un abrazo de afecto, estuvieron frente a un edificio de color naranja

que recordaba ese haz de espárragos sujeto en su centro por un aro; allí, el aro era dorado con remates rubís...

—¿...?

—¿Es la escuela de Calefactores-Refrigeradores?

—¿...?

—Sí, señor Barnum..., aquí algunos miles de alumnos están aprendiendo a manejar su calor psíquico. A través de un largo entrenamiento son capaces de producir frío o calor en sí mismos. Ello les permite vivir con tranquilidad en cualquier zona, aislados de la temperatura ambiente. Durante la última prueba necesaria para recibir el título oficial deben subsistir, totalmente desnudos, en la zona polar durante seis meses, y seis meses más en la zona desértica del ecuador, justamente donde el calor es casi fuego real.

—Pero quien no esté preparado morirá.

—¡Ah!, ¡no! Hay un buen servicio de vigilancia automática, que es necesaria no sólo para proteger a los alumnos, sino también para evitar que hagan trampas.

La acera penetró por una ranura y ambos quedaron sobre el bruñido suelo de la porción existente frente al inmueble.

La guía continuó hablando con voz agradable. Barnum se sentía cada vez más atraído por su personalidad física y mental.

—Los Temperaturistas —acépteme la expresión— son muy útiles... Por ejemplo: el oficio de calefactor-refrigerador de locales públicos está muy remunerado...

La avenida, horizontal con la acera rodante, formando martillo, se alejaba hacia el norte. Su aspecto era el de un gran cristal mate bordeado de árboles semejantes a violetas coliflores. Hacia el sur iba describiendo una suave curva.

A cada cincuenta o cien metros, pequeñas casas de apariencia prismática se erguían igual que garitas gigantes. De tramo en tramo, mancha, policroma de jardines adornados con las raras formas de ramificaciones vidriosocalcáreas...

Barnum detuvo su mirada en una torre donde la curva se hacía más pronunciada: un índice de cien metros rodeado en su base por una masa de construcciones que recordaban a los viejos igloos esquimales.

—¿Qué es? —preguntó.

Agmaal sonrió de ojo a ojo, mostrando su atractiva dentadura y los graciosos hoyos que aparecían a menudo en sus mejillas.

—El Depósito.

—¿Basura?

—No..., muertos...

—¿Un cementerio?

—Tampoco. En nuestra civilización no enterramos a nadie. Todos somos para todos. Cuando alguien muere hay que avisar en seguida al Centro de Distribución. En él someten al cadáver a un cuidadoso estudio selectivo y a una meticulosa disección. Las partes integrantes del humano son enviadas a Bancos de Organismos, según la

demanda de cada zona. En donde los científicos pueden surtirse del material que necesiten para sus investigaciones o para sanar enfermos.

»En la parte central, más alta, se almacena lo relacionado con la reproducción, para luego poder fabricar criaturas in vitro que condicionamos a diferentes necesidades: Astronáutica, subacuanáutica, etcétera.

Repentinamente Agmaal se quedó rígida, como en estado hipnótico. Barnum Salam la miró con sobresalto.

—¿Qué le ocurre?... Por favor, ¿qué le ocurre?

La sacudió por los hombros para intentar hacerla reaccionar, pero fue inútil. Rígida como un poste y con la mirada fija en el aire, estaba como pegada al piso.

—Señorita Agmaal, diga alguna cosa...

Por toda respuesta, Barnum oyó un chasquido metálico y vio salir del bolsillo superior de la blusa de Agmaal una tarjeta con letras fosforescentes que atrajo su atención. Leyó:

—«Señor Barnum, déjeme aquí. No se preocupe. Me vendrán a buscar desde la Central. Creo que debo de tener alguna avería seria. Posiblemente algún circuito de los conectados directamente al cerebro electrónico principal que nos maneja».

Barnum abrió la boca y dilató los ojos en el máximo de la perplejidad.

—¡Anda! ¡Pero ahora resulta que usted es una máquina!

Un raro chisporroteo llegó desde el interior de Agmaal.

Barnum Salam se alejó dejando a la averiada señorita Agmaal esperando a los reparadores. Suspiró.

—¡Qué lástima! ¡Con ese tipo!...

El náufrago

Francisco Lezcano Lezcano

I

Ya los primeros murciélagos estaban revoloteando entre las ramas más altas de los árboles, tratando de cazar a los insectos nocturnos que a la caída del Sol buscan su alimento o salen para hacerse el amor al crepúsculo o a la luz de la luna. Los murciélagos cruzaban con vuelo rápido y aletear vibrante los campos resecaos por el amarillo y picante verano. Los murciélagos parecían trocitos de negra seda almidonada impulsados por violentas ráfagas de aire. Los murciélagos...

Manuel regresaba montado en su asno por el serpenteante camino de ocre polvo que bordeaba el profundo Barranco de retorcida lava y marcial basalto. Regresaba del Monte, donde solía colocar sus trampas para cazar animales de valiosa piel.

Una ligera brisa agitaba los brazos de los añosos vegetales y gemía o pronunciaba largas y misteriosas letanías, A Manuel le gustaban los ratoncillos que tenían alas como tela de paraguas. Le gustaba el viento aunque se le pusiera serio como un guarda forestal o agresivo como un gato iracundo. El bosque y sus voces, la pradera y su respiración de mar, la tarde llamando con ruidos a la noche, la oscuridad con sus búhos y sus figuras de carbón y acero tras cada esquina: todo era muy familiar para él. Cincuenta años habían transcurrido desde que por vez primera se tumbó en aquella zona, sobre la hierba, y se puso a soñar con los ojos cerrados que sería el rey único de aquellos contornos. Durante cincuenta años viviendo como un monje solitario, se ven, se imaginan y se meditan demasiadas cosas para a la postre intimidarse frente a unos comeinsectos y a un viento farfullero Todo le era rutinario; por esta razón, no percibió que dos negras motas estaban saltando de rama en rama, de una manera no peculiar ni para pájaros ni para murciélagos. Después de haberle acechado desde las silbantes copas de los árboles, cruzaron sobre el cansino Manuel y se detuvieron a su espalda. En ese instante era como si al aire le hubiesen nacido un par de pupilas observadoras. Al presentir la mirada Manuel miró hacia atrás, aunque demasiado tarde y sin la necesaria rapidez para poder contemplar algo que le diera base para hacerse una idea, aunque fuera aproximada, de la verdadera naturaleza del fenómeno. A menudo se experimenta la sensación de ser vigilado, y puede resultar cierto, aunque lo más frecuente es que sólo estemos padeciendo una reminiscencia de nuestros celos de la prehistoria. Manuel, pensando así, apretó los talones contra el vientre de su asno para obligarle a ir más de prisa, pues deseaba llegar pronto a casa y

además el frío se le estaba metiendo hasta los huesos.

Llevaba trotando diez minutos cuando vio, a unos quince metros, que algo extraño se deslizaba por la falda del monte que a la derecha del camino formaba un inaccesible declive cubierto de cactus y de chumberas. La cosa podía confundirse con un trozo de las espesas nubes que cubrían la sima. Pero pasado el primer instante de sorpresa y cuando la distancia que le separaba del voluminoso objeto se hizo más corta, Manuel casi juró que se trataba de un gran bulto formado por centenares de paquetes plásticos rellenos con una sustancia aceitosa; no obstante, tanto una figuración como la otra le resultaban ilógicas. La visión venía con tales singularidades que el asno se detuvo horrorizado y Manuel se vio invadido por un incontrolable nerviosismo.

—¡Sooo! Es un paquete que se le habrá caído alguien desde allá arriba. ¡Sooo, burro, sooo! —continuó ordenando, aunque sin creer en sus propias ideas. Comprendía que era absurdo admitir la posibilidad de una persona paseándose por las cumbres con un montón de bolsas de plástico. Sabía que en muchos kilómetros a la redonda era casi milagroso encontrarse con alguien.

El bulto que se arrastraba como una ameba alcanzó la carretera. Estaba claro que aquella cosa tenía autonomía. El burro respingó y Manuel cayó pesadamente al suelo sin que pudiera evitar la huida del animal, que escapó por la serpenteante carretera dejando atrás los bártulos repletos de costosas pieles y de carne en tiras. La sustancia de apariencia gelatinosa apenas estaba ya a tres metros de Manuel.

—¡Sale! ¡Sale! —le dijo instintivamente y asustado, arrojándole al mismo tiempo puñados del rojizo polvo del camino en un intento desesperado por detenerla. Pero la masa no se detuvo. La sustancia desconocida tenía dos motas negras posadas encima que le daban el aspecto de una pasta traslúcida poseedora de ojos amenazadores.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vete, demonio! ¿Qué eres tú?

No recibió respuesta. Manuel aulló como un endemoniado, porque el raro protoplasma se le vino encima y lo envolvió, produciéndole una espantosa quemazón y la cruda sensación de ser desollado en vivo...

II

Eran las dos de la mañana cuando Germán sintió afuera un rebuzno. Se hallaba bajo los efectos de un agudo insomnio y por tanto estaba plenamente seguro de que el rebuzno había sido real y no una jugarreta del ensueño. Se incorporó con cuidado para no despertar a su esposa y prestó oído atento. Esta vez el trote inquieto e indeciso de un cuadrúpedo que desorientado corría de un lado para otro le llegó desde la calle. Germán saltó de la cama para asomarse a una de las ventanas. A través de los visillos oteó el exterior, que aparecía tranquilo y solitario. Al mirar desde otra ventana reconoció al instante el burro de Manuel y se sorprendió al ver que el asno estaba sin amo y sin montura, rotas las cinchas y las bridas colgando.

—¿Qué sucede, querido?

Germán se volvió al escuchar la voz de su esposa y se lamentó por haberla despertado.

—¡Oh!, lo siento. Es que me asomé para saber qué producía afuera cierto ruido.

—¿Y qué ha sido?

—El burro propiedad de Manuel.

—¿Cómo sabes que es el de Manuel?

—Por las muescas de sus orejas.

—Bien. ¿Y qué hace Manuel que no recoge su burro?

—Es lo mismo que me pregunto yo.

—¿Por qué te preocupa que Manuel y su burro anden por ahí a las tres de la mañana?

—Precisamente porque Manuel no está. Además, el burro tiene un aspecto que no augura nada bueno.

Marta hizo ademán de saltar de la cama para curiosear.

—No, quédate en la cama. El burro acaba de marcharse. Voy a asomarme a la calle, no sea que Manuel se haya caído y esté tirado ahí afuera.

—Pero si no ocurre nada no tardes, no quiero que se empeore tu reuma. Además tengo mucho frío.

—De acuerdo.

Germán se echó sobre las espaldas una manta y se encasquetó el gorro de orejeras, se puso los pantalones de lana y después de calzarse las botas salió del dormitorio. La Luna era grande y clara, su luz iluminaba toda la casa, y así Germán no tuvo necesidad de lámpara. Descendió a la planta baja y abrió la puerta de la calle. Afuera el silencio sólo era roto por el gorgoteo del canalón por donde corría el agua que desde la fuente llegaba hasta el aljibe de la granja.

—¡Manuel! ¡Manuel! —llamó quedamente—. ¡Manuel! ¡Manuel! —volvió a repetir con más fuerza. Sólo el canalón continuó oyéndose. Germán salió un poco más al camino y miró a lo lejos. El camino brillaba como un río libre de objetos flotantes, nada había sobre él. Germán había abrigado la esperanza de distinguir a Manuel caminando, o quizá caído a lo lejos. Se quedó sin saber qué pensar. Sentía que la helada brisa de la madrugada atravesaba su manta y decidió volver al calor de la cama. Por la mañana arreglaría el asunto del burro, si es que Manuel ya no se había ocupado de él. Casi tenía cerrada la puerta cuando un trote ligero le impulsó a abrirla. El burro se le quedó mirando con las pupilas dilatadas, las orejas tiesas y la respiración agitada.

—Burro, ¿qué te ha ocurrido?... Ven acá... ¿Dónde está Manuel? ¿Os ha pasado algo?

El asno escarbó la tierra y resopló. Cuando Germán le posó una mano en la frente y con la otra lo tomó del barbuquejo, se puso a temblar como un niño aterrado.

—Ven. Cálmate. Te encerraré en la cuadra y mañana Dios dirá. Deseo que a

Manuel no le haya ocurrido nada malo...

III

Germán estaba terminando de meterse en la cama cuando de nuevo su mujer se despertó.

—¿Eres tú? —preguntó, soñolienta y sobresaltada.

—¿Quién si no, mujer?

—Sí, claro... ¿En qué ha quedado todo?

—He encerrado al burro.

—¿Y Manuel?

—No he visto ni sus huellas.

—¿Crees que le ha ocurrido algo?

—No sé qué pensar. Manuel es un tipo que conoce muy bien la tierra que pisa. Jamás le ha ocurrido nada grave. Si al amanecer no anda por allí, llamaré por teléfono a Federico para explicarle el caso y pedirle su opinión.

A las nueve de la mañana el viejo Germán estaba hablando por teléfono con Federico, un joven granjero residente a cinco kilómetros de aquel lugar.

—... Y entonces miré a la carretera por si hubiese algún bulto sospechoso..., pero no.

—Escúcheme, Germán..., en media hora estaré con usted. Creo que los dos debemos salir tras las huellas que dejó el burro. Lo llevaremos con nosotros para devolvérselo a Manuel... si no le ha ocurrido nada... Vaya preparando la montura.

—De acuerdo. Le estaré esperando en el porche.

A las diez menos cuarto Federico y Germán estaban siguiendo a caballo las profundas pisadas hechas por el borrico durante su estampida de la noche. A la hora de camino, el asno, al que traían a remolque sujeto con una larga cuerda, comenzó a frenar la marcha y a manifestar una gran inquietud.

—¿Qué te ocurre, condenado? —le preguntó Germán, dando a la vez un tirón a la sogá que sacudió al animal, obligándole a rebuznar lastimeramente—. ¿Qué te ocurre? —insistió.

—Supongo que no pretenderás que te responda —le dijo Federico, deteniendo su propio caballo y volviéndose.

—Sí. Pretendo que me responda. A su modo, él comprende el mundo y puede expresarse. Yo llevo muchos años entre animales de corral y no me avergüenza decir que casi soy como uno de ellos.

Federico rompió a reír.

—Bueno, si te empeñas reconozco que eres un animal.

—¡Deja de reírte! El burro sabe que a Manuel le ha ocurrido algo grave. Apéate.

Vamos a atarlo a una piedra, está aterrorizado y no andará ni un metro más.

Federico se bajó del caballo y, muy despacio, acercóse al burro.

—Ven. Estáte tranquilo. Ya que te pones así te vamos a dejar.

El asno quedó bien sujeto a una gran roca, de forma que le fuera imposible escapar. Y los dos hombres prosiguieron su camino tras las marcas de los cascos del pollino. Sin dejar de observar el suelo, recorrieron tres kilómetros más, al final de los cuales la tierra apareció revuelta y con claras señales de que una lucha habíase producido en aquel punto.

—Federico, aquí parece que fue donde el burro se asustó. La carga está esparcida. La montura..., mírala allí.

—Sí, pero, ¿y Manuel?

La situación se presentaba desconcertante para los dos exploradores, que no podían imaginarse unos hechos lógicos para explicar aquel enigma. ¿Y Manuel? Merodearon y buscaron tanto entre los geranios lindantes y las grandes zarzas, que hallaron la nauseabunda masa residual... Federico y Germán se quedaron mirándola en un estado de total desconcierto. Sobre el suelo yacía lo que restaba del cuerpo de Manuel: una pálida y sanguinolenta pasta, un pellejo vacío, un flácido muñeco de caucho contorsionado, una amontonada porquería donde las formas tenían un aspecto grotesco y repulsivo. El rostro se había transformado en una horrible carátula desfigurada y fofa. La ropa aparecía pringosa de extraña baba. La sangre, la tierra, los vestidos y desconocidos líquidos hacían apestosa amalgama. Federico metió la puntera del zapato bajo el rostro agostado de Manuel convertido en residuo. La cabeza se dobló hacia un lado como un globo sin aire. Federico volvió a palpar con el zapato en varios puntos de la masa informe y esto le hizo comprender que el cuerpo de Manuel estaba vacío de huesos. Le habían dejado sin un solo hueso. Federico y Germán sintieron que el horror les crecía dentro y cómo sus gargantas, estranguladas por el miedo, se resecaban.

—Yo... no entiendo nada —dijo Federico con un casi inaudible hilo de voz—. ¿Cómo pueden haberle sacado todos los huesos de dentro?... ¿Quién puede haber realizado una cosa tan espantosa?

—Tampoco he visto algo igual. ¿Estás seguro de que es Manuel?...

—Sí, naturalmente. ¿Qué iba a ser si no?

—... Creo que lo mejor es meterlo en un saco.

—¿Para qué?

—Para llevárselo, a la policía.

—¿No valdría más dejarlo aquí para evitarnos complicaciones?... Quizá la policía preferirá hallar el cuerpo aquí.

—Quizá. No obstante vamos a llevarlo. Si no, se lo comerán las alimañas... O quien haya cometido este asesinato intentará destruir las pruebas.

—¿Tú crees que ha sido un asesinato?

—¡Hombre! Está claro que no se trata de un suicidio. Esto es la obra de un loco.

—¿Un loco? ¿De qué sistema puede valerse un hombre, sea loco o cuerdo, para extraerle a otro sus huesos sin descuartizarlo?... No, Germán, presiento algo sobrenatural.

—... Lo que haya sido, a nosotros no nos interesa. Mientras menos hurguemos mejor. La policía se encargará de hacer indagaciones.

Manuel quedó introducido en el saco, hecho un rebujón de tela, carne, baba y sangre. Costó bastante conseguir que uno de los caballos aceptara la macabra carga. El de Germán se dejó sujetar el fardo, que había comenzado a soltar un amarillento hilillo de líquido.

Los dos hombres, casi sin poder reprimir las náuseas y el miedo, se encaminaron hacia el punto donde habían dejado al burro. Avanzaban en silencio. De vez en cuando miraban de soslayo al saco, que continuaba goteando. Nunca el camino se les había hecho tan largo ni resultado tan caluroso, nunca habían juzgado tan agresivas a las moscas, tan polvoriento el camino... Alcanzaron la curva que precedía al lugar de amarre del asno, y esto les alivió algo... Incitaron a sus monturas para que diesen un trote ligero...

Y llegaron... Pero del burro sólo restaba un deshuesado montón de carne, una grotesca caricatura enrollada como una vieja alfombra polvorienta y fangosa, cubierta de zumbantes moscas. Federico y Germán se miraron con los ojos desorbitados y el corazón a punto de reventar. Encendidos por un mismo sentimiento de pánico rompieron a galopar salvajemente, impulsando cada vez más a sus desbocadas caballerías...

IV

Mulbutu volvió a repasar los datos del computador con la esperanza de encontrar aunque sólo fuera un levísimo indicio de que Malman no se había perdido definitivamente en el espacio. Repasó varias veces los cálculos, pero tuvo que rendirse ante lo evidente: de la embarcación de salvamento que cobijaba a Malman no se veía ni rastro. Mulbutu se torció hacia la derecha para descender por la rampa de su asiento, alcanzó el suelo espumoso, se deslizó unos metros, subió a una bandeja antigravitacional y se hizo trasladar al otro lado de la estancia, donde ocupó un cómodo sillón de moléculas atmosféricas aglomeradas, y en él quedó cambiado de color en actitud preocupada y meditativa. Los cuarenta y cinco científicos de la Operación exploradora rodearon a Mulbutu. Los científicos se hallaban tan afectados como él. La Operación había fracasado por un accidente que nadie podía explicarse y que había costado la vida a quince de los mejores cosmonautas. Nadie sabía encontrar explicación para una cosa que marchando tan bien había fallado sin nada previamente sospechoso. La nave, construida con materia en cuarto estado e impulsada por energía anti-universo, desplazándose con precisión dentro de la trayectoria prevista y sin disminuir ni un ápice su velocidad de luz, se había desintegrado súbitamente. Y

sólo Malman, el quinto piloto, escapó expulsado al exterior por el mecanismo de salvación. Desde entonces era como un náufrago perdido en el centro de un infinito océano. Su única posibilidad de salvación estaba en hallar un planeta rico en fosfato tricálcico... Sus Animales Piloto le ayudarían a buscar alimento y le avisarían de algunos peligros. Los científicos no dejaron pasar el detalle cuando lanzaron a los astronautas: a cada uno lo proveyeron de Pilotos Negros, que eran los más finos rastreadores de fosfatos y los mejores adiestrados para hacer de guardaespaldas. Pero todos pensaban, no obstante, que tal vez Malman decidiera suicidarse antes que andar solo, deambulando durante toda la vida por un planeta quizá lleno de seres extraños, agresivos e irracionales...

Mulbutu se dirigió a los expectantes científicos:

—La Operación Exploradora ha fracasado en esa dirección. Volveremos a empezar. Pasad el informe a los Comunicadores Públicos... Y que la Comisión de Pésame y Honores se encargue de atender a los familiares de los muertos.

Silenciosamente, la reunión se deshizo. Llenos de pesadumbre, cada uno se arrastró hasta su puesto para reiniciar la rutinaria tarea...

Malman se notaba muy bien, completamente satisfecho. Incluso la depresión síquica que le había atenazado durante las últimas semanas había desaparecido. Sentíase hasta animoso para salir a explorar aquel raro mundo tan policromo y complejo. Sin pensarlo más, se desperezó y abandonó el cilindro donde había llegado y gracias al cual conservaba la vida. Los dos Pilotos Negros surgieron por una ventanilla lateral, y se le posaron encima en cuanto presintieron su salida.

—Sois insaciables —les dijo—. Ya hemos comido para mucho tiempo. Dejadme en paz. Ni siquiera necesito de vuestra protección: en todo lo que abarcan mis autorreceptores no he localizado ni un ser peligroso para mí.

Las dos motas negras siguieron en su puesto como murciélagos aletargados, como sin entender ni captar las ondas emitidas por Malman.

—Bueno, vamos a ver si conseguimos hallar alguna forma de existencia inteligente. A lo mejor me ayudan a reparar el transmisor de la nave de salvamento; podría entonces establecer contacto con mi planeta y sería haber conseguido algo real con la Operación Exploración.

Malman se deslizó sobre la hierba alejándose con pausa hacia la carretera, por donde captaba que un grupo de seres avanzaba.

—Irradian agresividad. Pero si son inteligentes...

Todo va bien

Francisco Lezcano Lezcano

I

El doctor Emanuel León estaba invadido por la fatiga. No obstante, amodorrado, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y el codo sobre la mesa, apenas se daba cuenta. Al resbalársele el brazo alzó asustado el rostro y por un instante destelló en su mente la idea de marcharse.

—Bazzz —zumbó el televisor, sacándole de sí mismo.

—Hable —pidió después de pulsar el botón del aparato.

La pequeña pantalla se iluminó hasta concretar el rostro pálido y pomuloso de Marx Kasabubu, que sonreía. Aparentaba unos treinta años. Hombre de constitución física tipo capricorniana y rasgos faciales más orientales que africanos, no sólo gozaba de un extraordinario prestigio como capitán de navío interestelar, sino que le habían convertido en vital eslabón para unir asiduamente la Tierra con el alejado planeta Vidrio Blanco.

—Buenas noches, doctor... Tiene usted aspecto de cansado... ¿Debo relegar la visita?...

—¡Oh!, ¡no!, venga en seguida. Le estaré aguardando en mi despacho hasta las dos de la madrugada. Los 1000 H. están ya preparados.

Marx silbó de pasmo al oír la cifra.

—¿Mil?...

—Sí, mil —reafirmó el viejo doctor León, esbozando una sonrisa reflectora de la satisfacción que experimentaba. Hizo una pausa... y una sombra alcanzó su pensamiento, haciéndole endurecer la expresión y variar la voz a un tono más grave —. Esperamos que las mermas por imprevistos no logren el noventa por ciento de la última vez. Kasabubu frunció el entrecejo:

—... Aquello fue culpa del laboratorio. Nosotros no tuvimos que ver con el asunto, a pesar de los jueces que intentaron acusarme de asesinato masivo por imprudencia.

—Bueno, eso fue una extralimitación de conceptos que feneció en el acto. De quién fue la culpa es cosa ya sin interés. Yo considero más grave el atraso de dos años que supuso la desgracia...

—¡Hura!..., para la gente de Albinia resultó un alivio, pues bastante jaleo tienen con las zanahorias, las lechugas, las vacas, y todo lo demás.

—¡Je!..., así no tendrán problemas para alimentar a los 1000 H.

—¡Tómeselo a broma!, pero muchos litros de leche y muchos vegetales se necesitarán para los mil. Y luego los inevitables problemas de siempre. Allá los habrá igual que aquí, o peores, porque todo es más reducido y por consecuencia más denso...

—... Señor Marx..., dejemos la conversación. Luego le daré los restantes datos precisos para la protección de los 1000 H. Deberán ser trasladados, según las instrucciones, en la astronave que espera para partir hacia Vidrio Blanco... Hasta ahora mismo..., ¿no?...

—En efecto. Iré inmediatamente.

La pantalla quedó a oscuras. León volvió a presionar el botón y a esperar. Al cabo de breves horas el proyecto estaría dentro de la gran nave conducida por Marx Kasabubu.

II

... Ya de viaje...

Marx anotó los datos registrados por la computadora de control general, y cuando se hubo cerciorado de que todo lo había transcrito cerró el cuaderno y lo soltó displicentemente sobre el cuadro de mandos a la vez que bostezaba de hastío. Juan Smith y Antonio Laviñé, a la derecha, se habían quedado dormidos en sus puestos de copiloteo. No podía considerarse un gesto de indisciplina porque en tal tramo del trayecto interestelar muchas cosas eran justificables. En el espacio se hacía necesario comprender desde otros puntos de vista. Además, hasta un amplio extremo, valía despreocuparse, pues la nave se desplazaba por autonomía. En realidad era más difícil idear algunas distracciones, aptas para vivir en aquella fortaleza llena de instalaciones electrónicas, entre las que se permanecía mucho tiempo a pesar de los trescientos mil kilómetros por segundo de velocidad, que vigilar y conducir.

El catorce de mayo, a los seis meses de haber abandonado la Tierra, cuando la mayor parte de la tripulación estaba viendo el pensamientomatógrafo, mientras sólo tres hombres permanecían en la guardia de rigor, el repentino aullido de alarma lanzado por los alertadores de proa obligó a que se ocupara con premura el puesto correspondiente. Era aún la alarma por algo que podría ocurrir, pero mejor es precaver que curar, sobre todo cuando no se sabe la clase de accidente que puede alcanzarnos, y menos aún su remedio. Es un tipo de conciencia, vital para subsistir donde cualquier mota es capaz de traer una hecatombe. Desde luego, los peligros extraterrestres eran menores que los pensados durante los primeros tiempos de rienda suelta a la imaginación, de la misma manera que ocurrió frente al océano cuando el hombre era un torpe bípedo temeroso en las cavernas de su propia ignorancia. Los riesgos y los dolores son peor de oídos y meditados que de pasados. No obstante, a

pesar de la historia y de los refranes, seguían existiendo imprevistos problemas.

Marx Kasabubu miraba con ansiedad la clave electrónica emitida por la maquinaria pensante. Sobre el tablero luminoso las señales irregulares no permitían una conclusión como para reaccionar y decidir con lógica. Ante la incertidumbre y por lo que pudiera suceder, detuvieron progresivamente la marcha hasta alcanzar el cero, desde donde agudizaron las observaciones. A proa lo causante de la alarma continuaba fantasmal, tan grande como la cola de un cometa. A la orden el transporte prosiguió hacia aquello que los registradores autónomos describían como a una sutil masa fría, de constitución complicada.

La ruta no era nueva, por esto asombraba más tropezarse con variaciones. Muchas veces habían pasado junto a inexplicables cuestiones o a través de ellas, pero estaban clasificadas. Lo imprevisto se acogía con precaución y con alegría, porque traía una mota de color en la fría regularidad del itinerario.

Igual que un buque adentrándose en la bruma, el astronavío fue incorporando su masa a la rara inconsistencia. De pronto un chirrido, un burbujeo, un sonido que ponía los pelos de punta invadió todo el ámbito.

—¡Atrás!, ¡atrás! —gritó Marx Kasabubu, dejándose llevar por ese oculto impulso de reacción ante lo desconocido que a menudo brota, y por la serie de imágenes asociadas al extraño ruido que nacieron en su mente.

III

El día había amanecido radiante. Los dos soles arrojaban sobre la llanura de La Esperanza cálidos rayos de luz. La Pompa protectora de los terrícolas surgía de entre la vítrea estructura de los vegetales con aspecto de líquenes de doce metros de altura. En el interior del traslúcido «igloo», con atmósfera acondicionada, los habitantes estaban iniciando su diaria actividad rutinaria, ilusionados por la próxima arribada de la astronave, prevista para las quince de la tarde. Albinia en bloque acudiría a la pista de aterrizaje para iniciar, en ella misma, la ritual fiesta de bienvenida.

Albinia era una zona experimental eminentemente agrícola, integrada por pequeñas granjas y diminutas casas de estilo campero, un conjunto agradable y romántico. En la parte central se levantaba el Templo Universal donde sólo estaba presente la idea de Dios, simbolizado por el signo de infinito, forjado con una gran viga de bronce situada sobre un pedestal de roca, y hasta donde acudían todos los que necesitaban de sombra divina. El predicador de cada domingo era un humanista puro con habilidad extrema para hablar de ética y de mística siempre al margen de partidismos. Estaba investido, se puede decir, con aquella sublime conciencia de fraternidad y coexistencia que caracterizó la Vivekananda.

El Templo Universal era el edificio más alto, pero el mayor correspondía a la Fábrica de Vida, o procreadora, como la llamaban los bromistas. A ella iban los cargamentos de tubos de ensayo que contenían embriones traídos desde la Tierra.

Habían sido bien desarrollados en las incubadoras de Albinia Años atrás se intentó traer hasta allí un par de ciento? de embriones humanos genéticamente tratados para darles mayor vitalidad y determinadas cualidades de adaptación a las condiciones exteriores de Vidrio Blanco, pero un accidente por error científico, ocurrido durante la travesía terminó con el ambicioso proyecto de repoblación.

La Fábrica de Vida estaba funcionando permanentemente. Para los que cuidaban de ella era un trabajo tranquilo y rutinario. Sólo existía un peligro, remoto, desde luego, pero no improbable: que alguno de los vientres artificiales explotara. Puede pareceros extraña tal afirmación si no conocemos que los gases producidos durante la evolución fetal forman una presión tal que obliga a construir gruesas paredes en las incubadoras. Generalmente no se pensaba en la posibilidad, aunque algunos ya habían hecho manifestación de sus temores en base de la precipitación con que habían sido terminados algunos montajes.

Una súbita explosión hizo vibrar toda la bóveda del «igloo» sintético. La sirena de alarma gritó como horrorizada hasta que el impacto de otra explosión pareció dejarla muda. Por una ventana de la fábrica varias nubéculas grises escaparon al exterior...

IV

Siglos atrás, cuando aún la Tierra soñaba con los viajes interplanetarios de largo alcance, y la Luna, Marte y Venus eran los únicos astros pisados por el hombre, una extraña nave con apariencia de gigantesco arácnido metálico se posó en zona próxima a una escuela. Un muchacho que estaba haciendo novillos descubrió al artefacto y dio parte a las autoridades, que rápidamente desplegaron sus fuerzas en torno a la máquina extraterrestre; se paseaba sobre el terreno como un extraño y monumental insecto inteligente especializado en tomar muestras...

Por medio de una serie de incidentes, promovidos por la conciencia de violencia que entonces imperaba sobre el globo, el aparato fue capturado. Nunca se supo si de intento o por casualidad, pero el hecho que ocurrió a continuación ocasionó una fabulosa catástrofe mundial: quienes estuvieron cerca de la máquina murieron contagiados por algo cuyo aspecto recordaba al moho y que resultó ser una masa compacta de bacterias litófagas de exorbitado índice reproductivo y gran ansiedad por el cemento. Las construcciones tomaban un aspecto leproso progresivo al ser súbitamente atacadas por la plaga. La enfermedad avanzaba hasta que el inmueble —pongamos por caso— quedaba reducido a escombros. La era del cemento estuvo a punto de desaparecer.

Marx, aunque nunca supo por qué, recordó esta historia cuando sintió el incomprensible sonido sobre el casco de la nave. Siguió ordenando marcha atrás hasta que llegó el silencio.

—Tranquílize a la tripulación e indíqueles que el peligro ha pasado..., o al menos

lo parece...

—¿Qué... ha... sido... eso?... —balbució el copiloto tercero, mirando interrogante y alterado.

—No se preocupe. Usted es nuevo y se alarma demasiado... Envíe una sonda mecánica hasta eso. Y un ojo androide para que examine el casco...

—Sí..., señor...

Alguien puso en marcha varios mecanismos. Otros se pusieron a funcionar. En una pantalla televisora comenzó a verse, tramo a tramo, el exterior de la nave, que parecía haber sufrido los momentáneos efectos de un ácido, pero sin que los daños merecieran mayor atención. El ojo abandonó su misión primera cuando sus circuitos le indicaron que debía hacerlo y permaneció enfocado al vacío, mostrando a los astronautas el espacio que se extendía ante ellos como la insondable garganta de un monstruo infinito. En el campo de acción del ojo entró la sonda mecánica. Todos la podían ver, con su estrambótico aspecto de sombrilla anaranjada. Se dirigía en línea recta hacia el punto de existencia del desconocido fenómeno. El ojo androide corrió tras la sonda. Al poco ambos entraron en la bruma. Se pudo ver como algo esponjoso se acumulaba sobre el metal y lo disolvía —si es que esta palabra vale para explicar lo visto—. Todo quedó a oscuras. El ojo siguió la misma suerte.

Los hombres se miraron boquiabiertos.

«Esto no es lógico», pensaban todos, menos Kasabubu que, como si leyera en la mente de sus hombres, respondió, corrigiendo:

—Esto, no es «humanamente» lógico. Demos un rodeo. Nos esperan en Vidrio Blanco. Pero antes revisad si no arrastramos algo de ese enigma. No es conveniente meterlo en el planeta. Al llegar daremos un informe para que prevengan a la próxima astronave y sea abierta una investigación...

Cuando Kasabubu y sus quince hombres pusieron los pies en el suelo la multitud se manifestó con alegría. El señor Mao Mac Iván se adelantó del compacto grupo de autoridades para ofrecer su mano en un afable saludo. Mao dio la impresión que se perdía entre los hombres de Marx como un pigmeo entre gigantes. La gente se volvió a tomar a risa su estatura. Kasabubu preguntó cordialmente:

—¿Cómo están las cosas aquí?

—Dentro de lo que permiten las circunstancias, muy bien. Hace horas hemos sufrido un accidente. Pero nada grave. Mucho ruido, dos vacas menos y nada más. Reventó un vientre artificial. Parece mentira que esto no ocurra con las madres que tienen sus hijos por la vía normal.

—... Bueno, nosotros también hemos tenido una rara sorpresa —respondió Marx, tratando de suavizar los posibles hechos desagradables ocurridos en Vidrio Blanco. Pero Mao se alarmó...

—¿Y los mil H? —preguntó nervioso.

—Los mil embriones están en perfecto estado.

Mao respiró hondamente aliviado.

—Quiero verlos —dijo.

Los hombres de la nave se apartaron para dejar paso a Mao. Y Kasabubu le indicó gentilmente el camino hasta la sala donde, en conservadores especiales, mil tubos de ensayo guardaban otros tantos embriones de seres humanos. Mao se consideró una especie de padre-dios al sentirse responsable de la vida de tantos hijos; sí, él sería como un gran padre. Comprendiendo Kasabubu que allí nada tenía que hacer, dio media vuelta. Mientras recorría el pasillo hacia la salida un montón de ideas se arremolinaron en su mente, de manera inconexa, sin saber explicarse por qué le asaltaban: Los embriones se desarrollarían hasta hacerse adultos en un tercio del tiempo lógico. Luego vivirían tanto como cualquier hijo de matrimonio tradicional y hasta con más salud. ¿Qué porvenir tendrían esos hombres?, se preguntó a sí mismo, pues sabía los problemas que por la producción In Vitro habían brotado en la Tierra. Muchos científicos se consideraban en el derecho de tenerlos como seres experimentales. Y la sociedad no acababa de aceptar a aquellos individuos prefabricados como normales, les costaba trabajo admitirlos de igual a igual. Su origen científico los colocaba, ante la mentalidad popular, en un puesto entre el hombre y los androides más perfeccionados...

Cuando alcanzó la portilla de salida se olvidó de todo. Afuera la gente bailaba. Alzó su brazo para mirar la hora en el reloj de pulsera y sufrió un sobresalto al comprobar que de él sólo quedaba la correa y un trozo de metal carcomido.

—¡Atiza!, aquello está aquí —exclamó.

Desde el otero que era la nave buscó entre la multitud danzante la cabellera rizada, abundante y blanca, de su copiloto de primera Smith, su compañero de más confianza y serenidad. Al distinguirlo le hizo una seña nerviosa para que se aproximara.

—Mira —le dijo sin preámbulos cuando lo tuvo cerca, mostrándole lo que restaba del reloj.

—¡Aquello!...

—¡Calla! No me lo explico. No quiero que cunda el pánico. Sonríe para que no nos vean con estas caras. Entra tranquilamente en la nave y pon en rutinaria marcha los androides de examen y los controladores electrónicos. Creo que en un par de horas sabremos a qué atenemos. —Volvió a observar el reloj—. El aspecto que tiene me da la impresión de que algo detuvo el trabajo de las bacterias.

—Sí, quizás el medio ambiente.

—Quizá. Pero compruébalo... Yo estaré ahí, entre la gente.

Todos bailaban al son de la música esparcida por el aire acompañada de aromas sutiles y luces de colores.

Hora y media más tarde Kasabubu soltó la mano de la chica de pelo teñido en verde a la usanza del planeta Acranio, y el collar de llamativos zapatos violeta de los diminutos habitantes del asteroide Minimut; miró a la nave desde la cual Smith reía

feliz.

Kasabubu volvió su pensamiento hacia la joven de lunares dorados e inició la danza. Ella sonrió.

La gente bailaba.

Mao estaba besando sus tubos de ensayo.

En la Procreadora una máquina daba a luz.

La tarde era radiante. Los dos soles arrojaban sobre la llanura de la Esperanza sus cálidos rayos. Los vítreos líquenes vibraban como arañas de un salón antiquísimo bajo la música. Kasabubu se quitó el reloj y lo tiró a una esquina. Ella le miró sorprendida.

—No sirve —le dijo con naturalidad y se acercó más a la muchacha de pelo verde. Aquellos lunares dorados le volvían loco.

Todo iba bien...

Toreo teledirigido

Alfonso Álvarez Villar

En la sala de espera, lujosamente decorada y en la que casi se mascaba el humo del tabaco, aquella figura medio raquítica apenas llamaba la atención. Sólo al cabo de una semana de ir y venir, y tras la consabida disculpa de «don José no le puede recibir hoy», las secretarias del señor Carrasco, apoderado del célebre torero «El Naranjito», se habían familiarizado con aquel «poquita cosa», que veía pasar todos los días delante de sí, en dirección a la meta anhelada (el despacho de don José) docenas de picadores, de actrices de cine, de bailarines de flamenco y hasta de maletillas que «buscaban una oportunidad». Pero a don José no le había caído en gracia aquel individuo, que en su tarjeta añadía el calificativo sospechoso de «Doctor en Ciencias Físicas». Porque para aquel multimillonario todo hombre de ciencia era un loco, cuando no un «sablista». ¿Vendría a pedirle diez mil pesetas para continuar un trabajo de investigación, o quizá más, para marcharse a los Estados Unidos o Alemania, en donde aquellos imbéciles eran mejor recibidos?

Pero aquel día don José entró en la oficina de peor humor que nunca. Acababa de perder un contrato fabuloso para su patrocinado, «El Naranjito». Se trataba de unos empresarios hispanoamericanos que se habían tomado el atrevimiento de comparar al célebre matador de toros con su enconado contrincante «El Limoncito». La cosa había quedado en tablas, y hasta dentro de unos días los empresarios no pensaban tomar una decisión a este respecto.

Por eso, y considerando que después de aquella gran desgracia cualquier otro infortunio iba a ser baladí se decidió conceder audiencia al doctor González.

González tosió al tomar un corto trago del vaso de whisky que el señor Carrasco, cómodamente repantigado en un sofá de estilo sueco, se había dignado ofrecerle. Era la primera vez que bebía aquel exótico brebaje.

—Dígame usted lo que desea, amigo. Y despáchese pronto, porque tengo mucho trabajo —rompió el fuego Carrasco, mientras dirigía una mirada de resignación a los cuernos de una cabeza de un toro disecado que parecía aún aspirar con fruición por sus morros ya resecos el aire acondicionado.

—Verá usted, don José, yo he trabajado en la Universidad como electrofisiólogo... —respondió González ruborizándose, como la muchacha que confiesa en la Comisaría haberse dedicado a la prostitución.

—Y eso, ¿con qué se come? —espetó con grosería el magnate.

—Mire usted. Introducimos unas varillas en los cerebros de los animales y por ellas enviamos corrientes eléctricas...

—Me parece, amigo, que usted se ha equivocado de puerta. Aquí se habla de pegar estocadas y banderillazos a los toros, pero no precisamente en el cerebro.

—Tenga usted paciencia, por favor, don José. Lo que yo quería decirle es que estas corrientes eléctricas pueden hacer caminar a nuestros animales al sitio que nosotros queramos. Todo depende del lugar en donde implantemos esas varillas, que nosotros llamamos electrodos...

—Al grano, al grano, que no necesito lecciones de electro... no sé cómo dijo usted antes. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—A ello voy derecho. He inventado (aquí tiene usted el esquema) un aparato que nos permitiría hacer de los toros lo que nosotros quisiéramos...

Al oír esto Carrasco dejó caer el puro kilométrico que humeaba como un volcán en erupción entre los dedos índice y medio de su mano derecha. Un estallido de risa estuvo a punto de desgarrar su corpachón... ¿Cómo era posible dominar un toro? Sólo «El Naranjito» lo sabía hacer, pero sin esas chaladuras de aquel científico famélico. Se imaginaba al doctor González, con su anatomía de alfeñique, intentando torear a un gigantesco cornúpeta con una pila de bolsillo.

—Escuche usted un momento, don José. Todo es más sencillo de lo que usted se imagina. Ustedes pueden conseguir con dinero que alguno de los mozos de los corrales pegue este minúsculo emisor de onda ultracorta sobre la cabeza del toro. Ya ve usted, es muy fácil, porque tiene una ventosa; no se necesita hacer daño al toro...

—Y luego coloca usted un kilómetro de cable, ¿no? Y maneja usted al animal como hacen mis hijos con un coche de juguete que les regalé el día de Reyes — volvió a burlarse Carrasco, al que le parecía todo aquello la cosa más divertida del mundo. Desde luego, no se arrepentía de haber recibido a aquel maniático, inventorzuelo de cuatro cuartos.

—No me deja usted explicarme, don José. ¿Ha oído usted hablar de los cohetes teledirigidos? Pues aquí tampoco habrá necesidad de cable.

Carrasco seguía riéndose con carcajadas inextinguibles. Se imaginaba ahora al toro volando a veinte mil kilómetros por hora en dirección al planeta Marte.

—Mire usted este aparato —extrajo de su cartera un artefacto que recordaba un transistor vulgar y corriente—. Con ello puedo enviar «mensajes» al emisor instalado sobre la testuz del toro. El emisor a su vez envía ondas sintonizadas con lo que nosotros llamamos «umbral de excitación» de cada centro nervioso. Yo he estado durante más de diez años estudiando este problema.

Definitivamente, aquel hombre estaba loco en dedicarse diez años a una cosa tan estúpida, cuando otros, al cabo de seis meses de «trabajo» en otros asuntos poseían ya un lujoso apartamento y un descapotable del último modelo. Pero González proseguía imperturbable:

—Voy a ser claro: si usted o sus seguidores se las ingeniasen para colocar un aparatito de éstos sobre la cabeza de los toros que va a lidiar «El Limoncito», yo podría hacerle fracasar estrepitosamente, y entonces su patrocinado se convertiría

rápidamente en el amo de la Fiesta Nacional española.

Carrasco enmudeció de repente. Aquella última frase le había tocado su punto sensible. ¿Qué no habría hecho él por arruinar al odioso «Limoncito»? Habría incluso acudido a los ensalmos de las brujas, suponiendo que aún existieran brujas en España, por lo menos en el sentido estricto de este término. Podía ser una simple chifladura la proposición de aquel pobre diablo (y lo más probable es que lo fuese), pero ¿no habría que agarrarse a un clavo ardiendo? Carrasco era, sin embargo, un hombre de negocios, y sabía que una de las fases más importantes en toda decisión era preguntar el precio de las cosas:

—¿Y cuánto me va a pedir usted si le compro el invento?... Claro está que con la condición de que dé resultados.

—Un millón de pesetas —contestó con imprevista energía aquella caricatura de hombre.

¡Diablos! ¿Cómo podía saber un científico que era posible reunir tanto dinero? Carrasco bebió de un solo trago su vaso de whisky y se sumió en el yoga de una meditación crematística. Pero ¿cómo tomar en serio una quimera? Lo mismo podría haberle ofrecido el hemisferio Norte de la Luna para seguir el juego. Luego, si aquello resultaba, ya se vería.

—Está bien. Pero el dinero no se le entregará a usted hasta conocer los resultados de sus aparatos. El domingo precisamente tienen un mano a mano ese hijo de p... del «Limoncito» y mi torero. Pásese usted mañana por aquí para ultimar los planes...

A la mañana siguiente, y a la otra, hasta el sábado inclusive, el doctor González fue el primero en ser recibido por el multimillonario. Hubo comentarios irónicos y burlas sangrientas entre el público heterogéneo que hacía espera en la amplia antesala. Algunos de ellos pensaron, incluso, que se trataba de un maletilla afortunado. Y hasta en los mentideros se empezaba a hablar del «Niño de la Física», como futuro banderillero de «El Naranjito». Un redactor de Televisión Española intentó, incluso, concertar con él una entrevista.

Por fin llegó el domingo. Toda España hablaba de aquella corrida desde hacía un mes, hasta tal punto que la producción nacional había disminuido en un quince por ciento. Sobre la arena de la plaza de X se iba a decidir el destino de la nación. Se recurrió a todos los procedimientos para obtener entradas, y más de un revendedor pudo comprarse, con las ganancias obtenidas, un Seat-1000. Por eso, a nadie le pudo extrañar que a las cuatro de la tarde las barreras y los tendidos aparecieran repletos de gente mientras otros diez millones de españoles contemplaban el ruedo a través de los receptores de televisión.

Desfilaron las cuadrillas y volvieron a repetirse las tradicionales costumbres de la tauromaquia española. El ritmo de los pasodobles enardecía los espíritus. Pronto sonó el clarín, y un toro majestuoso salió disparado hasta alcanzar el centro de la plaza. «El Limoncito» le retó, pero el astado no se movía, ni se hubiera podido mover aunque le hubiesen clavado banderillas de fuego: una corriente de cuatro voltios estaba en esos

momentos paralizando algunos de sus centros motores. Fue en vano que el diestro se acercara hasta casi tocarle con el pecho los morros, fue inútil que le lanzara un chorro de blasfemias que, felizmente, los micrófonos de Televisión Española no captaron.

El público se impacientaba y se oían ya algunos silbidos, pero en ese momento el toro se arrancó, y cogiendo desprevenido a «El Limoncito», le hizo dar una grotesca pirueta en el aire. Además, aquel toro estaba realmente endiablado: embestía unas veces por la derecha y otras por la izquierda; siempre por el lado contrario al que el matador o los miembros de su cuadrilla preveían para hacer una faena brillante de capa. Apareció ese gran acorazado de la flota tauromáquica que es el picador. El toro se acercó mansamente a él, como prestándose voluntariamente a un rito de taurobolio. Pero apenas la pica se había introducido en la cruz del astado, cuando éste, pegando un brinco prodigioso, hizo que la pica saliese disparada de los brazos del picador y atravesase el sombrero de paja de un fotógrafo que en esos momentos se disponía a inmortalizar la escena. Aquello parecía ahora una película de griegos o de romanos. Volvió, sin embargo, el picador a la carga, pero aquel toro estaba embrujado, porque se introdujo de tal forma debajo del caballo que el jinete, con sus 120 kilos, cayó encima del lomo del morlaco. Lo único que pudo hacer el picador fue agarrarse a los cuernos, y allí se sostuvo unos segundos mientras que el animal brincaba como un condenado. Claro está que los numerosos norteamericanos allí presentes aplaudieron a rabiar. ¡Volvían a presenciar una escena de rodeo! Y hasta algunos telespectadores, que habían tenido la desgracia de no poder encender el receptor de TV hasta entonces, volvieron a apagarlo creyendo que TVE había interrumpido la corrida para ofrecerles una película del Oeste. Pero el reglamento era el reglamento. Y el Presidente ordenó el cambio de tercio.

Un banderillero colocó dos pares de banderillas en el rabo; otro par se clavó en la arena, gracias a un súbito zigzagueo del cornúpeta; el tercer banderillero fue cogido y volteado varias veces, como si se tratase de un balón de reglamento. Los espectadores reían a mandíbula batiente: nunca habían visto una charlotada más divertida; pero los verdaderos aficionados protestaban airadamente, exigiendo la devolución del importe de sus entradas. Aquello representaba el fin de la Fiesta Nacional. Después de aquello ya no le quedaba a España más remedio que ingresar en el Mercado Común. Mientras, un hombrecillo insignificante, medio tapado en el callejón por un cámara del No-Do, manipulaba frenéticamente los mandos de una especie de transistor.

Se inició la suerte de matar. Fue la intervención más desastrosa de todas las registradas por don José María Cossío en su voluminoso libro «Historia del toreo». La espada resbalaba a derecha e izquierda de los costados del toro. En cierta ocasión «El Limoncito» quedó clavado en la arena al hundirse el estoque en la tierra, como si quisiera realizar un difícil ejercicio gimnástico o estuviera jugando al clavo. Pero antes de que sonara el tercer aviso ocurrió lo más gracioso e la corrida: una maquiavélica cornada dejó a «El Limoncito» en paños menores y aún el toro se ensañó con él mientras corría hacia un burladero: le rompió lo poco que le quedaba

de tela en ambas regiones glúteas. Rieron los varones, chillaron las extranjeras, y las recatadas españolas ocultaban el rostro con los abanicos, si es que antes no se lo habían tapado sus maridos. Y aún dicen que hubo aquella noche más de un conflicto conyugal en los hogares españoles, porque varios celtíberos recriminaron a sus esposas el no haberse tapado con más rapidez.

«El Limoncito» salió del ruedo zafándose como pudo de la lluvia de almohadillas y de los piadosos recuerdos dirigidos a su genealogía. Aquello era el final de «El Limoncito». Ya nadie le contrataría, a no ser para una charlotada.

Le tocó el turno a «El Naranjito». Un espectador que no estuviese absorbido por lo que pasaba en el ruedo habría podido percibir a la ruin figura de antes, que esta vez consultaba detenidamente un plano elaborado y ensayado hasta el agotamiento por el señor Carrasco, por el diestro y, claro está, por el inventor.

Si desastrosa había sido la faena de «El Limoncito», espléndida fue, en cambio, la de su rival. Con precisión matemática el toro pasaba por donde debía pasar. Llevó a «El Naranjito» a ponerse de rodillas delante de las tablas, sin que éste hiciese otra cosa que olerle la cara, mientras más de diez millones de españoles contenían la respiración. Luego, las banderillas se clavaron en el lugar exacto, y la suerte de la muleta fue también extraordinaria. Finalmente, una sola estocada, introducida con filigrana de maestro, hizo que el toro se derrumbara inmediatamente ¡Nadie supo que una onda mortal había destruido la mayor parte de los centros subcorticales del cornúpeta! Felizmente, ningún forense se molestó en hacerle la autopsia al toro.

No voy a cansar a los lectores relatándoles lo que ocurrió con los restantes toros: «El Limoncito» estaba tan desmoralizado que González apenas tuvo que manipular los mandos de su emisora de ondas ultracortas para que las faenas desastrosas del hasta entonces célebre matador terminaran de arruinar su prestigio. En cambio, «El Naranjito» triunfó en sus tres toros y no recibió más de seis orejas y tres rabos porque esos animales no poseen más órganos de ese tipo. Llovieron flores y declaraciones amorosas sobre él, y a la salida de la plaza tuvo que intervenir la fuerza pública para que la afición no le demostrara su cariño matándole por asfixia.

Mientras, el extraño personaje del «transistor» se acercaba al señor Carrasco.

Hubo un corto intercambio de palabras entre ellos, y al final el hombrecillo semirraquítico salió del tumulto con un cheque bancario en la mano. Cuando pudo zafarse de la masa, desdobló con cuidado el talón, y una llamarada de fuego enrojeció su rostro: ¡Carrasco le había hurtado dos ceros a la cifra convenida! Una expresión siniestra transformó a aquel hombrecillo tímido en una especie de Drácula. En esos momentos el apoderado se abría paso por el callejón entre los admiradores que le felicitaban por el éxito de «El Naranjito». De repente, el grito de «¡Se ha escapado un toro!» hizo poner los pies en polvorosa a aquel gentío. Carrasco se sintió arrastrado por la muchedumbre. Quiso saltar a la contrabarrera, pero la masa le lanzó al suelo. Sin embargo, los pisotones que llenaron de magulladuras su cuerpo no le hicieron

perder el conocimiento lo suficiente como para que no sintiera sobre su cuello las llamaradas que brotaban de los orificios nasales del toro. Luego, sintió como dos trozos de hielo que le penetraban por la espalda, y ya no volvió a sentir nada, porque el toro le había clavado, como a una mariposa disecada, en la tapia de madera del callejón.

La nube de la vida

Alfonso Álvarez Villar

Cuando Pedro se abotonó la camisa notó una cierta dificultad al hacerlo. Una y otra vez sus manos tuvieron que repetir los movimientos precisos para que los botones quedasen fijados en sus ojales. Las bocas muertas de la camisa parecían escupir el nácar. Luego tuvo que rehacer dos o tres veces el nudo de la corbata. Las mismas dificultades le ofrecieron las demás prendas de vestir.

Ya en la barbería, la navaja del barbero le hizo dos o tres cortes en el cuello, y Juan observó cómo los demás clientes de aquella mañana se quejaban de la impericia de los oficiales.

Puso en marcha su coche y tardó más de media hora en arrancar. Comprobó las bujías, el carburador, pero todo se hallaba intacto. Luego, al irse a lavar las manos para ir a firmar en la oficina, la pluma le falló lamentablemente, y tuvo que requerir un bolígrafo, que, a duras penas, comenzó a estampar su firma. Además, las máquinas de escribir tecleaban despacio, y las mecanógrafas se quejaban de que alguien había estropeado deliberadamente los mecanismos. Por lo demás, más de una vez se quedaron sin comunicación telefónica, y, lo que es más curioso, los auriculares sólo transmitían a veces nada más que simples gruñidos.

Hacia mediodía, todo pareció normalizarse, pero la gente comenzaba a hablar con una mezcla de ansiedad y de euforia sobre los acontecimientos de aquella mañana misteriosa.

Porque aquellos acontecimientos extraños se habían producido en toda la ciudad. Luego, más adelante, se llegó a la conclusión de que no se limitaban al perímetro de la capital, sino que se extendían a toda la nación, en una especie de ola concéntrica. Vale decir: los hechos habían aparecido primero en la capital del país, y luego, a intervalos regulares, se habían presentado en las restantes ciudades y pueblos, tanto más tardíamente cuanto más se hallaban alejados del epicentro original.

A última hora de la tarde, los periódicos empezaron a recoger las noticias. Ya no se trataba de un rumor, sino de un estado de cosas reconocido por el propio gobierno, que atribuía los fenómenos a extrañas perturbaciones de origen cósmico. Se informaba además a la opinión pública de que un grupo de investigadores estaban estudiando el problema, y de que procedentes de otros países comenzaban a llegar hombres de ciencia especializados en Astronomía y en Física. Se recomendaba a los ciudadanos que continuaran sus quehaceres profesionales o íntimos, puesto que, como lo demostraba la secuencia de aquellos fenómenos, se trataba de algo pasajero que había tenido una repercusión ínfima en la economía del país.

Las noticias que recogían la prensa, la radio y la televisión eran extraordinariamente variadas y ofrecían perspectivas curiosísimas. Abundaban, por ejemplo, las detenciones de los ascensores en sus trayectos de subida y de bajada. Algunos de ellos habían dado lugar a situaciones verdaderamente cómicas: como en el caso de aquella pareja de novios, que comentaba con hilaridad cierto periódico popular; ella le había propinado una sonora bofetada al muchacho, creyendo que se trataba de una maniobra poco honesta.

Algunos trenes se habían detenido también, pero en cambio el tráfico aéreo había continuado con normalidad. Por lo demás, no se había producido ningún accidente. Es más, se habían evitado algunos. Por ejemplo, un atracador había intentado asesinar al cobrador de una importante factoría, pero la navaja se había encasquillado en sus cachas y el delincuente había sido capturado por la policía. En varias ocasiones, automóviles que iban a excesiva velocidad por la carretera se habían visto frenados por una extraña fuerza ajena a sus respectivos conductores, lo que les había evitado una colisión segura con vehículos invisibles al otro lado de una rasante o que circulaban en dirección transversal. Pero en el aspecto de la dinámica de la circulación se habían producido innumerables atascamientos en todas las vías céntricas de las ciudades. Y muchos de los trenes habían llegado a su destino con un retraso considerable, más considerable aún de lo que era ya habitual en aquel país.

A la mañana siguiente no ocurrió nada que pudiese ser calificado de anormal. En la oficina de Pedro, las máquinas de escribir volvieron a funcionar con rapidez, y en cuanto a los bolígrafos y estilográficas siguieron esquiando sin tropiezos sobre la blanca pista de las cuartillas. Por eso, aquella misma tarde Pedro se reunió con su amigo Juan en una cafetería que ellos frecuentaban con asiduidad. Pero la conversación de los contertulios de aquel establecimiento seguía girando en torno al mismo tema: los acontecimientos del día anterior. Fuera de allí no se hablaba de otra cosa, mientras los medios de comunicación de masas seguían emitiendo las opiniones más dispares.

—Todo esto es demasiado sospechoso para que me resigne a creer que se trata de una causa de origen físico —opinó Pedro, tras ojear uno de los diarios de la tarde.

—No sé a qué te refieres. Aquí ha debido intervenir una variación del campo electromagnético —objetó Juan.

—Es inconcebible que un fenómeno de esa naturaleza se haya producido en un solo país. Además, fíjate que las anomalías se han localizado en determinados sectores. Por ejemplo, han sufrido averías los vehículos de motor y los trenes, pero no los aviones. Han seguido funcionando aquellos servicios cuya interrupción hubiese sido fatal. ¿No es esto demasiado sospechoso?

—¡No querrás referirte a causas sobrenaturales!

—No creo que Dios haya intervenido en todo esto, pero sí, en cambio, algo que

rebasa nuestra concepción puramente física de la materia.

—¿Es que atribuyes a la Naturaleza otras leyes que no sean de orden mecanicista? Pase que hables de leyes vitales muy concretas para los seres orgánicos, pero no creo que esas leyes se puedan aplicar a los ascensores y a los anuncios de neón.

—He aquí vuestro prejuicio: creéis que la Vida se halla limitada a ciertas estructuras especializadas. Es indudable, claro está, que las *prefiere*, pero ¿podemos rechazar tajantemente la teoría de que en un momento determinado la vida puede «infiltrarse» en objetos que hasta entonces habían sido inertes? Ya los chinos habían hablado de un fluido vital, el Yang, que aspirábamos con el aire de nuestros pulmones y que podía atravesar los poros de los cuerpos...

De repente, todos los allí reunidos se quedaron perplejos: como si se hubiesen convertido en resonadores de unas vibraciones ultrasónicas poderosísimas, todos los platillos, copas, vasos y tazas comenzaron a agitarse rítmicamente sobre las mesas y sobre el mostrador de la cafetería. Parecía que un genio burlón había improvisado una batería con los cubiertos del establecimiento. Porque allí vibraban todas las notas de la escala musical, desde los tonos más graves emitidos por los vasos llenos hasta los bordes de líquidos, hasta el tintineo aflautado de las cucharillas que comenzaron también a tamborilear sobre las cubiertas metálicas. Y lo que es más curioso: lo que al principio había empezado como un estrépito, como conjunto de sonidos que una orquesta preludia cuando afina sus instrumentos antes de que el director levante la batuta, poco a poco se iba transformando en una composición armónica, en un puro juego orquestal.

Y, sin embargo, no se trataba de una melodía similar a cualquier composición lograda por la mente humana. El oído *intuía* un cierto ritmo, pero allí era imposible encontrar ninguna ordenación familiar para el espíritu del hombre, aun teniendo en cuenta las extravagancias dodecafonistas o de la música inconcreta, ni los toscos ritmos sagrados de los pueblos primitivos. Lo único que se podía afirmar es que aquella música no era humana, pero al mismo tiempo todos los allí reunidos sabían que tampoco era fruto de una ley física como los sonidos que arranca el viento a los tubos de un órgano en una iglesia derruida o los que levantan una tropa de ratones cuando se deslizan veloces sobre el teclado de un piano que yace moribundo en un desván. Allí había, en efecto, una inteligencia rectora que ordenaba los múltiples instrumentos de percusión improvisados. Pero ¿quién era el director de aquella «orquesta»? He aquí la pregunta que todos se hicieron tras unos brevísimos segundos de estupefacción. Y fue tanto el horror que les produjo el saber que detrás de aquellas inofensivas cucharillas o de aquellos vasos familiares había «alguien», que todos ellos abandonaron la cafetería, precipitándose hacia la salida.

Pero en la calle la confusión era mucho mayor. Fue entonces cuando Pedro y Juan se dieron cuenta de que a veces un estímulo inmediato puede ocultar otro más intenso pero situado fuera de la línea divisoria que nos aísla en un mundo más «nuestro». Porque el estrépito en la calle era mucho mayor que en el café. Mejor dicho, también

aquí no se podía hablar de estrépito, sino de una melodía, cantada por una orquesta muchísimo más potente.

Esta vez eran los claxons de los automóviles los que entonaban un contrapunto inconcebible. Actuaban de saxo contralto las bocinas de los autobuses y de clarinetes algunos de los claxons instalados en automóviles más pequeños, pero también la escala era amplísima y desconcertante por la riqueza tonal. Y, sin embargo, si la composición que ambos amigos habían escuchado en el café producía una extraña melancolía, obligaba a soñar en un mundo inaccesible para los simples mortales, la zarabanda entonada por los automóviles, clavados en el asfalto, incitaba a la orgía.

Pronto, en efecto, se vieron peatones que comenzaban a bailar frenéticamente en las aceras, intentando seguir el ritmo desenfrenado de los claxons. La mayoría de ellos bailaban aislados, pero pronto se formaron grupos de ambos sexos. Juan se dejó arrastrar en seguida, y, cogiendo por el brazo a una muchacha rubia que se había detenido a su lado, comenzó a imitar los ritmos afrocubanos que él nunca había bailado. Pedro tuvo que crisar los puños para mantener la serenidad. Y, en efecto, no tardó mucho en contemplar un espectáculo insólito. Mujeres y hombres se desembarazaron de sus ropas, en una especie de éxtasis dionisiaco, y pronto peatones y conductores de vehículos formaron un coro de bacantes que lanzaba alaridos de placer.

Cuando los bocinas de los automóviles dejaron de tocar, la calle quedó convertida en una escena de saturnalia romana. Pero el cansancio iba venciendo los miembros, y salvo los contadísimos ciudadanos que se habían mostrado inmunes al hechizo de aquella melodía, la ciudad quedó convertida en un vasto río de cuerpos dormidos y sudorosos. Pedro esperó a que los primeros durmientes despertaran de su letargo, y entonces la escena volvió a repetirse, pero al revés. Hombres y mujeres buscando afanosamente sus vestidos, con el cuerpo encendido por la vergüenza. No faltaban, sin embargo, los cínicos que se regocijaban de la situación, ni los que pretendían dar continuidad a sus conquistas eróticas. Todo aquello era un pandemónium, mucho más grotesco que el que se organiza delante de un guardarropa cuando todos pretenden que se les entregue al mismo tiempo sus abrigos y sus sombreros. Además, surgían disputas porque a veces dos o más personas asían la misma prenda. Y no faltaban los que se refugiaban en los portales o en los lugares más bizarros, esperando quedarse solos en la calle; esperanza frustrada, porque un cierto número de personas había coincidido en ese mismo pensamiento.

Desde el punto de vista del color y de la forma, el espectáculo era verdaderamente extraordinario. Ningún carnaval habría conseguido los efectos que aquel misterioso director de orquesta había logrado. Caminaban, en efecto, entremezcladas, personas desnudas con otras que se habían cubierto más o menos completamente con ropas de varias personas, sin importarles en muchas ocasiones el sexo del verdadero propietario. Por ejemplo, un señor muy velludo y muy adiposo se había colocado, venciendo las naturales resistencias, una combinación de color rosa de las de medio

cuerpo; caminaba majestuosamente sobre la acera, con un semblante ceñudo. Una muchacha bastante agraciada había logrado, en cambio, apoderarse de una chaqueta varonil que le llegaba hasta las rodillas, y ésa era su única prenda de vestir. En una surprise-partie no se hubiesen obtenido mezclas más bizarras.

Pedro permaneció más de dos horas contemplando aquel extraño desfile, que paseaba sus disfraces bajo la luz de las lámparas eléctricas. Al fin, un taxista, vestido con un uniforme de guardia de la circulación, le llevó hasta su casa.

Las impresiones habían sido demasiado fuertes para que Pedro las pudiese digerir en unas pocas horas. Quería, ante todo, conocer el criterio de los líderes de la opinión pública. Encendió por eso el receptor de TV: un locutor leía con excitación los últimos partes recibidos en la emisora. La «epidemia melódica», como se había bautizado al fenómeno, no sólo había barrido el país, sino que era ya un fenómeno de alcance planetario. Felizmente, pasados los primeros minutos de sonrojo, las masas consideraban aquélla anomalía desde una perspectiva a la vez pesimista y optimista. Optimista, porque aun en los países de moral más victoriana, no se había perdido el sentido del humor y los chistes comenzaban a circular con rapidez. Pesimista, por el origen de todo «aquello». Sin duda alguna, no se habían producido víctimas, salvo lesiones de pequeña importancia, motivadas por las disputas inherentes al «reparto de prendas». Pero lo cierto es que tras aquella «descarga» de aficiones melódicas y de exhibicionismo sexual, la gente se sentía más pacífica que nunca. No faltaban incluso los que habían tomado en cinta magnetofónica la melodía en cuestión, que al parecer variaba de una zona a otra, aunque en sus líneas generales se la podía calificar como de «ritmo dionisiaco». Era muy probable que en pocas horas la raza humana contase con grabaciones comerciales de esa música, y que incluso en ciertos cabarets se pusiese de moda el «strip-tease» colectivo.

De todas formas, el gobierno prometía al país mantener el orden y continuar investigando las causas de aquellos fenómenos. Y por fin la última noticia: el Jefe del Estado había firmado un decreto en el que se ordenaba el estado de sitio en todo el país. Otros Presidentes y Primeros Magistrados habían tomado las mismas medidas. Como la inmensa mayoría de los dirigentes no habían tomado parte en la «danza», por hallarse enclaustrados en sus despachos o en sus palacios, era lógico suponer que sólo consideraban el asunto desde su dimensión más sombría. A esos temores se unían los de ciertas personas pacatas, influyentes en todos los países y que exigían del gobierno que tomase todas las precauciones para no permitirles caer en una tentación tan deshonrosa.

Seguían unas cuantas filmaciones que representaban las mismas escenas que Pedro había contemplado detrás de la ancha cancela de hierro de un portal. Las secuencias eran muy cortas de todas formas. Se podía intuir que el operador había sido arrastrado por el delirio báquico. Finalmente, aparecieron en imagen varios hombres de ciencia y personajes populares, que expusieron sus opiniones:

—Debe tratarse de un fenómeno de inducción electromagnética. Desconocemos hasta el momento la verdadera causa de los fenómenos, pero, sea cual sea, la ciencia terminará descubriéndola —afirmaba el profesor Z., incidiendo con ello en una afirmación muy extendida.

—Es una intervención diabólica. «Por sus frutos los conoceréis». Es que la humanidad se ha apartado de la Iglesia —comentaba el padre J.

—No sé qué es lo que van a descubrir los científicos, pero a mí, desde luego, esta situación me ha divertido mucho —afirmaba la actriz de cine G., que aparecía generosamente escotada ante las cámaras de TV.

—Sea cual sea el origen del fenómeno, los sucesos de esta tarde han demostrado la falta de moralidad de nuestro pueblo —dijo el Presidente para la Protección de las Buenas Costumbres.

—De todas formas, existen en el inconsciente tendencias exhibicionistas reprimidas por el Yo moral —puntualizó el psicoanalista doctor H.

La única intervención que satisfizo a Pedro fue la del Profesor Ordóñez, que hizo los siguientes comentarios:

—Aunque a ustedes les parezca ésta la teoría más inverosímil, podemos adelantar la hipótesis de que la Tierra está atravesando ahora una especie de *biosfera* que es responsable de todos estos hechos insólitos. Podríamos decir que en ciertas regiones del planeta existen algo así como *nubes de vida*, de la misma forma que los astrónomos han podido detectar acumulaciones de polvo cósmico. Como ustedes saben, se supone que fueron algunas de estas nubes de polvo cósmico las que produjeron las glaciaciones terrestres. Pues bien, los acontecimientos nos fuerzan a pensar que la vida también se halla en el universo en *estado amorfo* y que ansia por eso adoptar una cierta configuración... Se preguntarán ustedes que por qué no se introduce en los seres vivos, y yo les contestaré que eso ocurre por la misma razón que un litro de agua no se puede introducir en otro litro de agua: se repelen las moléculas. Por eso la biosfera que estamos atravesando se fija especialmente en objetos que poseen una determinada configuración...

—Y entonces ¿por qué no se introduce en los cuerpos cristalinos que poseen una estructura muy regular? —le interrumpió el locutor.

—Quizá porque les interese más alcanzar ciertos objetivos respecto a la especie humana. Fíjense ustedes, señores telespectadores, que el agente de estos sucesos está intentando impresionarnos. Yo añadiría más: creo que lo que desea es divertirse a nuestra costa, aunque a cambio nos brinde, ¡quién sabe!, alguna lección.

El Profesor Ordóñez pronunció esta frase precipitadamente, como si el regidor le estuviese señalando la necesidad imperiosa de dar paso a otro programa. Y, en efecto, apareció de nuevo la imagen del locutor que, con voz temblorosa, leyó el siguiente mensaje: «Noticias llegadas de todos los países con los que hemos mantenido contacto, anuncian que todas las armas de destrucción han quedado destruidas, como si hubiese actuado una fuerza extraña. Tanques de muchas toneladas, cañones,

ametralladoras y hasta las armas más pequeñas se han convertido en un montón de hierros retorcidos. Todo esto se ha producido en unos pocos segundos, sin que, felizmente, se tuviesen que lamentar víctimas humanas». Pedro apagó el receptor y, volviéndose a vestir, se lanzó a la calle.

En una esquina, un grupo numerosísimo de curiosos contemplaba un montón de chatarra. ¡Era un tanque de 45 toneladas, cuyo estrépito había escuchado hacía una hora y que se había apostado en esa encrucijada, atento a cualquier alteración grave del orden público! Acababan de llevarse en un jeep militar a los ocupantes, medio desvanecidos por el susto, pero sin el menor arañazo. A unos 200 metros, un policía enseñaba a algunos transeúntes unos trozos relucientes de acero, restos de lo que había sido su pistola de reglamento. Era probable que los delincuentes habituales se aprovecharan de la situación para cometer alguna fechoría, pero también ellos carecían de armas (hasta las navajas habían sido destruidas) y ahora tendrían que contender a puñetazos con la gran masa de ciudadanos honrados. Indudablemente, «aquello», fuera lo que fuera, se sentía a disgusto ante las armas que habían sido creadas contra la vida.

¿Cuánto durarían las consecuencias de aquel desarme que una fuerza misteriosa había impuesto, alcanzando lo que tantas negociaciones internacionales habían marrado? Por lo pronto, dos guerras locales que hacía unas pocas horas cubrían como una mancha de color rubí algunas regiones del planeta, se habían convertido en rescoldos. Al encontrarse los combatientes de ambos mandos sin armas en las manos, ¿se habrían abrazado como amigos o habrían seguido embistiéndose a puñetazos o a mordiscos? En uno de los casos, sí; pero en el otro, una vez alejada la potencia intermediaria que devastaba los dos campos hermanos, enfrentados en una guerra civil cruenta, era muy probable que se llegase a un armisticio y, más adelante, a un referéndum nacional en el que se dirimiesen los derechos de los dos partidos políticos en pugna.

Éstas eran las reflexiones que iba trazando Pedro al dirigirse a casa del Profesor Ordóñez. Deseaba expresarle su apoyo y ofrecerle sus servicios como científico frustrado que había tenido que dedicarse a un empleo burocrático para poder sobrevivir. Mas antes fue testigo de otro acontecimiento alucinante: ya había marcado las doce de la noche su reloj de pulsera cuando el numeroso público que circulaba por las calles, presa de una gran expectación, comenzó a correr aterrorizado. No era necesario mirar hacia atrás para descubrir el agente de aquel pánico colectivo. Por los portales aún abiertos, y también precipitándose desde las ventanas, habían hecho su aparición toda clase de prendas de vestir que «gesticulaban», como si debajo de ellas se hallasen los cuerpos de hombres y mujeres invisibles. Pedro quedó como clavado en la acera. Tenía la vaga intuición de que aquello era algo tan inocuo (así se había mostrado en ocasiones anteriores) que cualquiera de las personas que pasaban raudas a su lado, como en un encierro de San Fermín, podían ser más peligrosas que los

pedazos de lana o de nylon que parecían divertirse a costa de los humanos.

La panorámica de la que gozaba era, en efecto, excelente, puesto que se hallaba en una de las esquinas en donde convergían dos de las arterias más amplias de la capital. A una docena de metros de él vio, por ejemplo, que un amplio traje de noche de señora se precipitaba perpendicularmente sobre la acera, levantándose los bordes con la resistencia del aire, como si se tratase de un paracaídas. Luego, al posarse en el suelo, comenzó a «marchar» majestuosamente, imitando los movimientos de una aristócrata en una fiesta de Alta Sociedad. Y lo curioso es que pocos segundos después que «ella» se precipitaba a su lado un smoking recién planchado. Mejor dicho, iban cayendo las piezas, la chaqueta, los pantalones y la camisa, y hasta el cuello de pajarita, integrándose armónicamente una parodia de caballero que pasaba un brazo invisible entre el traje de noche de mujer y la manga correspondiente. Pero el cuello de pajarita (Pedro pudo apreciar este detalle porque «la pareja» pasó a tres metros de él) se había colocado en la zona correspondiente al esternón del «hombre invisible» en vez de ubicarse en el cuello. Indudablemente, la biosfera del Profesor Ordóñez aún no se había familiarizado con las costumbres sociales de la humanidad.

Y muchas otras escenas llamaron la atención de Pedro. Por ejemplo, el andar voluptuoso de un «deshabillé», a través de cuyos finísimos tules se transparentaban los cuerpos opacos de los transeúntes o las imágenes fantasmales de otras piezas de vestir. Un grupo de pantalones aparecieron poco después sobre la misma acera en que se hallaba como petrificado Pedro. Marchaban como en una formación militar en fila de tres y cerraba el escuadrón un piquete de chaquetas que balanceaban las mangas acompasadamente con los pantalones. Luego, las chaquetas se colocaban en fila sobre estos últimos, sin importarles el sexo de sus propietarios. En efecto, chaquetas de señora o de señorita que por su aspecto exterior parecían provenir de una modista de primera calidad, o de una tienda de modas muy cara, se colocaban encima de pantalones remendados, y viceversa. Indudablemente, la directora no entendía de clases sociales.

Luego le llegó el turno a los zapatos, y Pedro tuvo que encaramarse a un poste para no ser pisoteado. En efecto, miles de zapatos coincidían en la plaza, desde los cuatro puntos cardinales. Acudían generalmente en parejas, pero los había también solitarios o los que se habían unido a un compañero de otro par. Golpeaban rítmicamente el asfalto, y el sonido que producían era ensordecedor. A medida que alcanzaban el centro de la plaza se iban amontonando en filas y allí permanecían como muertos.

Hasta ahora la «rebelión de los trajes» se había producido sin tener en cuenta a las personas. Posiblemente, la causa de que el «algo» misterioso que había provocado aquel espectáculo inconcebible se decidiese a ampliar los límites de su diversión, se debiera a la actitud de algunos individuos que se revolviéron contra las prendas de vestir. Al principio, aquellos objetos animados respondían con inercia a los violentos tirones y a los desgarrones de sus enemigos que se habían recobrado de su terror,

pasando rápidamente a la ofensiva. Pedro pudo contemplar cómo cierto patán había conseguido desgarrar las dos partes de un pantalón, que siguieron andando separadas y al cabo de unos metros se volvieron a juntar como si no hubiera ocurrido nada. Una camisa partida en cinco o seis pedazos también logró recomponerse por obra de una extraña zurcidora que operaba en el vacío. Otras personas más incautas habían introducido sus pies en los zapatos «andarines», viéndose obligadas en algunas ocasiones a andar varios metros antes de desprenderse de ellos, como en aquella fábula de las zapatillas mágicas. Y no faltaron los «aprovechados», los que querían apropiarse la ropa ajena. Pero éstos veían frustradas sus intenciones, porque la fortaleza de sus «víctimas» era muy superior a la suya. Gesticulaban, en efecto, como posesos en contra de una resistencia invencible, hasta que abandonaban la presa y volvían a intentar otro hurto con los mismos resultados infructuosos.

Sea cual fuere la causa de la decisión de «aquello», lo cierto es que la situación se invirtió al cabo de unos minutos: eran ahora las prendas las que perseguían a las personas, aunque sin causarles ningún perjuicio. El terror volvió, pues, a renacer en la muchedumbre, y un «¡Sálvese quien pueda!» se convirtió en seguida en el slogan de todo aquel gentío que se subía a las ventanas de los entresuelos o se encaramaba en los árboles y en los postes. Pedro estuvo a punto de ser derribado por las masas, pero al cabo de unos minutos la mayor parte de los fugitivos se habían refugiado en las casas, en donde, probablemente, tendrían que enfrentarse con otros trajes que decidieron permanecer en los guardarropas o en los armarios.

A Pedro le tocó en suerte un traje de cóctel, de color negro y bordado con lentejuelas plateadas. Pedro sabía de sobra, por lo que había presenciado en otros abordajes de este tipo, que nada desagradable le podía ocurrir, pero decidió probar aquella fuerza misteriosa que imprimía movimiento a unos metros de tela inanimada. Empezó, en efecto, a alejarse a paso rápido, y volviendo repetidamente la cabeza hacia atrás en dirección a su «perseguidor». Se introdujo en una callejuela lateral en la que prácticamente había desaparecido todo rastro humano. Y, sin embargo, «aquello» iba acortando rápidamente la distancia. Por primera vez Pedro se sintió poseído de un auténtico pavor. En otras ocasiones él había sido, en efecto, mero observador de unos fenómenos que afectaban a la colectividad. Ahora ese «algo» o ese «alguien» se fijaba en él concretamente, como individuo de carne y hueso.

Cambió de acera y comenzó a correr, pero aún pudo presenciar cómo un automóvil, lanzado a más de cien kilómetros por hora, derribaba a su perseguidor en medio de la calzada. Duró aquello solo unos segundos, porque inmediatamente volvió a incorporarse, y haciendo caso omiso de la fuerza de la gravedad se precipitó sobre Pedro. Éste tropezó con el escalón de un portal y aún tuvo tiempo en la caída de ver que correspondía precisamente al domicilio del Profesor Ordóñez. Una extraña potencia telekinética le había llevado hasta allí.

El traje de cóctel le abrazaba como si fuese una mujer mimosa. Sentía él el perfume de su dueña. Solterón eminentemente tímido, sentía ahora el mismo

azoramiento que si se hallase apretando el cuerpo de una mujer real, y deseaba en ese momento cambiar su existencia, abandonar su ridícula misoginia y buscar a su pareja, con la misma perseverancia con que aquel trozo de tela perfumado le había perseguido a él. Era como un efluvio de vida que le atravesaba las ropas... Sí, efectivamente, eran precisamente sus propios trajes los que intentaban fundirse con aquel otro ser fantasmal que ahora le acariciaba con una de sus medias mangas la mejilla y le inclinaba el escote hasta rozar sus labios.

Ya no sentía terror y sí un ansia de vivir y de amar, de recorrer los campos en la primavera, de sentir a su lado un cuerpo de mujer enamorada. Se levantó y subió a tientas la escalera. Como una sierva sumisa le seguía ahora su «fantasma» rozando la barandilla.

No tuvo que subir muchos escalones, porque en el relámpago de luz con que inundaron el rellano las lámparas del pasillo apareció la figura gigantesca del Profesor Ordóñez que descendía veloz hacia el portal. Pero no iba solo: llevaba en sus brazos una bata de organdí, de género bastante modesto por la calidad, pero muy llamativo por sus estampados. Era aquello una parodia de la escena típica de la pareja nupcial, en que el novio levanta en vilo a la novia para introducirla en el nuevo hogar.

—Venga usted conmigo. Voy al laboratorio —cortó Ordóñez tras una breve autopresentación de Pedro.

Ordóñez puso inmediatamente el automóvil en marcha, y a una velocidad prudencial se dirigieron al Centro de Investigaciones Científicas en donde el profesor trabajaba. Llevaban sobre sus rodillas a sus respectivas compañeras. Parecían dos amigos que volvían «achispados» de una juerga, trayendo entre sus brazos a sus compañeras de una noche.

La circulación, según pudieron apreciar a través de las ventanillas del coche, se había serenado bastante. De vez en cuando se veían parejas verdaderamente extrañas: un hombre que iba dando el brazo (metafóricamente, por lo menos) a un traje de mujer, o, por el contrario, una mujer de carne y hueso caminaba lentamente acompañada por un traje masculino. Pero las demás prendas de vestir que no habían encontrado a «su media naranja» yacían como muertas en las aceras y en las calzadas. Ordóñez tuvo que virar varias veces para no atropelladas. Parecían, en efecto, cadáveres o borrachos que esperaban el despertar que les conduciría a la lucidez. Pronto la ciudad se recobraría de su estupor, y las oficinas de objetos perdidos tendrían que ponerse a trabajar febrilmente.

Llegaron al laboratorio y Pedro se quedó sorprendido por la cantidad de artefactos que el Estado había ido regalando a aquel puñado de hombres de ciencia. Ordóñez era ingeniero especializado en electrónica y su cargo oficial era el de Jefe de los Servicios de Radioastronomía de aquel país. Como un monstruo de la era secundaria, con su mole apabullante, se alzaba a un centenar de metros de los laboratorios el radiotelescopio, ojo avizor intentando perforar las tinieblas del Cosmos. Era, sin

duda, uno de los más modestos del mundo, pero bastaba para los fines de Ordóñez.

La noche era muy oscura, y sólo entre los jirones de las nubes titilaba alguna estrella solitaria de primera magnitud. Detrás de los dos hombres «volaban» silenciosos, a pocos centímetros del suelo, los dos miembros dispersos de aquel vasto cuerpo animal que envolvía en esos momentos a todo el planeta. ¿Sería capaz de entenderles a ellos si estaban dispuestos a entablar un diálogo? ¿No había comprendido, por lo menos, algunas de las costumbres de los seres humanos? ¿Por qué no podía entonces comprender su lenguaje?

Penetraron en el gabinete de observación. Sobre ellos gravitaban varios cientos de toneladas de acero y de cobre, como un oído en tensión, preparado a captar el más leve de los crujidos del universo, el eco de esos chisporroteos estelares que lanzan trillones de electrones y de rayos gamma a todos los puntos de las galaxias. Lo que a muchos años luz de allí hubiese ensordecido a un gigante, aquí eran sólo unas ligeras oscilaciones en las bandas trazadoras.

De repente Ordóñez se volvió hacia los dos fantasmas: «Decidme, ¿de dónde venís?, ¿quién sois?». Los dos trajes se quedaron rígidos, como si una solución de almidón los hubiese apergaminado para siempre. El Profesor y Pedro unieron sus voces para repetir las preguntas. Luego, con los dedos trazaron sobre los trajes aquellas mismas palabras, pero el radiotelescopio seguía sordo, y los diagramas no mostraban otra cosa que el bombardeo de las ondas electromagnéticas que habitualmente transmiten esas emisoras gigantescas que son las estrellas.

Recurrieron a todos los procedimientos, pero en vano. Ahora los trajes fantasmas yacían flácidos sobre el suelo, como si el espíritu que les animaba se hubiese evaporado. Eran ahora sólo vastos conjuntos de moléculas inanimadas. Ni el calor de un cuerpo de mujer les podría resucitar.

—Nos quedan ahora sólo los vehículos de comunicación ondulatoria. No sé cómo no se nos ha ocurrido empezar primero por ellos —afirmó el Profesor.

Se dirigieron a la emisora del centro. Felizmente, otros científicos y auxiliares se les habían unido, una vez pasados los primeros momentos de desconcierto general. Ensayaban toda la frecuencia radiofónica, desde las ondas ultracortas hasta las largas. Repitieron la secuencia varias veces, pero el radiotelescopio mantenía su silencio.

Y cuando todos se hallaban ya desalentados, comenzó a sonar un extraño pitido. Este pitido se convirtió en un gorgoteo ininteligible, como el de una garganta que deglute saliva para hablar con más claridad. Se oyeron en seguida fonemas aislados y trozos de palabras. Finalmente, se entabló un diálogo entre el Hombre y la Vida, si es que podemos llamarlo diálogo, porque Ella utilizaba el lenguaje de todos los hombres y fueron necesarias varios meses para que un equipo internacional de filólogos tradujera el mensaje:

«Me alejo de vosotros... Tardaréis muchos millones de años en encontrarme, pero ya no podré daros la vida... Vuestro planeta será inhabitable... (*¿Por qué?*). El averiguarlo es misión vuestra... Volvéis a los espacios en donde habita sólo la

muerte, que lucha contra la semilla de vida que yo sembré entre vosotros... (*¿Quién eres tú? ¿Eres Dios? ¿Por qué actuaste de esa manera tan extraña?*)... preguntaron los hombres de ciencia de todo el planeta, pero las frases se oían ya muy lejanas. Sólo el radiotelescopio gigante de Jodrell Bank pudo aún captar la frase: “Algún día lo sabréis”».

Los fabricantes de armamentos y algunos cuantos millares de personas fueron los únicos favorecidos por la Visita..., sólo que de una manera radicalmente diversa.

La pareja que amaba la soledad

Alfonso Álvarez Villar

Félix intentó concentrarse. Llevaba más de una hora intentándolo. Le hubiera gustado escribir un poema, pero a ningún poeta se le hubiese ocurrido elegir aquella hora de la tarde: las ocho.

Las olas rompen en la playa solitaria.

Comenzó a garrapatear en las cuartillas virginales y blancas como el velo de una novia. Era imposible encontrar el segundo verso. Había podido por fin *abstraerse* de los tres o cuatro vibráfonos que inundaban de música trepidante el patio de vecindad. ¡Qué difícil era, en efecto, hablar de una playa solitaria y de olas deshaciéndose en espuma, con un ritmo de puchi-puchi como fondo! Pero aquella conversación entre dos servo-robots que vociferaban a pleno amperaje había deshecho una vez más la línea poética de Félix. Pensó entonces en comenzar a escribir una novela neorrealista en la que dos modestas fámulas actuaban como heroínas. Luego la conversación se interrumpió, dejándole un regusto de estropajo y de cebollas en su mente, y acto seguido comenzó un serial de televisión, con abundantes descargas de revólver y voces hombrunas o melifluas de acento portorriqueño:

*Las olas rompen en la playa solitaria,
y los cowboys galopan por las praderas.*

¡Maldición! ¿No había forma de mantener libre la conciencia de interferencias nefastas? Sucesivamente fue enterándose de los conflictos matrimoniales de los vecinos del tercero, del estado de gestación de una vecina, de los gritos salvajes de los niños del tercer piso, que jugaban a marcianos. Mientras, «las olas seguían rompiendo en la playa solitaria», sin que un segundo verso les hiciese compañía. Decididamente, Félix inició un gesto simbólico de despedida a las musas e hizo trizas la cuartilla que apenas había perdido su pureza.

Salió a la calle. Allí por lo menos los oídos quedaban ensordecidos por los vibradores de los helibuses, los zumbidos de los automóviles nucleares y los silbidos de los monorraíles. Pensaba ir al cine-relieve con su mujer, pero había que salir una hora antes para encontrar un sitio en un aparcamiento y colocarse en la cola de la amplia caravana de automóviles que se dirigían al centro de la ciudad. Era dentro del coche en donde resolvía sus asuntos familiares. Ni siquiera en su alcoba encontraba aquella idílica tranquilidad, aquella seguridad de que el matrimonio que vivía en la habitación de al lado, con una separación de dos o tres centímetros, divulgaría al día siguiente su charla de la noche anterior. Sin embargo, por suerte, Félix había logrado

encontrar un modelo de cama insonora.

¡La soledad del que se sienta detrás del volante, rodeado de cientos de máquinas herméticas! ¡Cabezas que hablan sin que se las oiga, detrás del cristal de las ventanillas, a no ser que sus ocupantes se asomen para insultarte cuando has estado a punto de rozar una aleta o les has obstaculizado en una maniobra! Pero era una soledad húmeda como una sauna y no fragante de resina de pinos o de rosas silvestres. Una soledad con mil clamores de fondo, como si un gigante energúmeno quisiese ensordecer a todos los automovilistas. Llegaron al cine-relieve. También ésta era otra soledad, aunque varios miles de espectadores se apretujasen en la entrada y en la salida, aunque se les oyese gritar en las escenas terroríficas o reírse en las cómicas. Porque salvo en esas contadas interrupciones que hacían regresar a Félix al mundo real, «dentro» del film se sentía uno mejor. Los ingenieros de sonido habían rodado las secuencias en estudios insonorizados, y si algún parásito se filtraba existían medios técnicos más que suficientes para arrojarlo de la tersura homogénea del celuloide. ¿Qué película se habría podido montar si en la banda sonora apareciesen slogans de detergentes que ahogaran la voz de los actores? Regresaron a casa y cenaron una frugal colación. Pero la ingirieron con disgusto, porque mientras, uno de los vecinos atronaba el patio con sus quejas sobre cierta bazofia repugnante que le había servido su mujer. Felizmente, se enteraron de que otros vecinos estaban degustando unas apetitosas algas de mar.

Era sábado. Esto suponía unas cuantas horas teóricas de sueño añadidas a las de los días de labor. Pero en realidad no eran más que eso: teóricas. En el piso de arriba se celebró una «surprise partye» que duró hasta las cinco de la madrugada, y los receptores de televisión permanecieron despiertos y atronadores hasta el momento de finalizar los programas. Televisores y «surprise partye» se interferían mutuamente, y esto fue un consuelo para Félix, que haciendo un acto heroico de voluntad continuó su poema interrumpido. Luego se puso a ejercitarse en la técnica yogui, hasta que el sueño cerró sus párpados. Soñó en una isla solitaria en la que él y su mujer hacían de Robinsón Crusoe. Sólo se escuchaba la brisa que agitaba las palmeras y el susurro del mar. Pero estos sonidos armoniosos adquirirían de repente un ritmo afrocubano y aparecía sobre las arenas de la playa un dancing que disparaba bailables por todos sus altavoces...

Se despertaron a las siete de la mañana, sacudidos por el clarín sonoro del vecino del cuarto piso, que con el acompañamiento del zumbido de su maquinilla de afeitar y el mazo eléctrico de su mujer que fabricaba filetes campestres, anunciaba con sus cánticos joviales su propósito de llevar a toda la familia de excursión. Era un himno de guerra contra la pereza al que se añadieron media hora después las voces seráficas de un coro de niños que desafinaban las tonadillas de moda. Se vistieron, pues, y pronto su automóvil se unió, como un eslabón más, a la cadena sinfín de vehículos que dirigían sus proas hacia la sierra. Tardaron tres horas en recorrer noventa kilómetros, pero allí les aguardaba la naturaleza, no contaminada por los pecados de

la gran ciudad. Se deslizaron, pues, bajo el verde dosel de los pinos, procurando no pisar a las parejas que se hacían el amor o a las familias que colocaban en orden sus bártulos.

Félix respiró a pleno pulmón. Había que aprovechar ciertos momentos propicios para percibir el aroma de la naturaleza. Porque en seguida llegaban a las fosas nasales olores a restos de aminoácidos sintéticos o a otras sustancias menos comestibles.

«¡Hay que abstraerse, abstraerse! Para eso hago ejercicios de yoga», exclamó Félix, con arrebató. Por ejemplo, en eso de los placeres olfativos todo era cuestión de eliminar esos hedores, por un proceso de filtración mental, para disfrutar el perfume de los pinos y la fragancia de los tomillos pisoteados.

Siguieron avanzando. Allí apenas había excursionistas, porque la gente era muy cómoda y procuraba practicar lo menos posible el alpinismo. Desde una roca en la que campaba el anuncio de una célebre óptica, contemplaron el paisaje: diminutos automóviles y gentes del tamaño de una hormiga: también pinos y rocas. «¡Qué delicia!», pensó Félix, estrechando la cintura de su esposa. Esto sí que era naturaleza, aun abstrayendo el letrero y dos o tres cajetillas de cigarrillos que yacían esparcidas por allí. Además tuvo que «abstraer» restos de comidas de domingos anteriores, media docena de colillas y un objeto extraño que procuró tapar aceleradamente antes de que su esposa lo viera.

Volvió a abrazar a su esposa con ternura. A ellos les hubiese gustado sentirse otra vez novios que intercambiaban sus primeros besos clandestinamente, saborear el placer de un acto íntimo, más delicioso por el hecho de que permanece oculto a los ojos y a los oídos de los demás. Se excedieron, pues, un poco en sus caricias, paladeando con deleite unos placeres que las masas habían convertido en espectáculo público.

Una piedra pasó por encima de sus cabezas, y luego otra rebotó a pocos centímetros de ellos. Félix se levantó con furia, pero sólo para percibir cómo cuatro o cinco mozalbetes salían corriendo de detrás de una roca cercana riéndose a carcajadas. Decidieron, pues, eliminar ciertas intimidades matrimoniales y limitarse a la vida teórica. Pero el hambre acuciaba y era ya la hora del almuerzo. Deshicieron los paquetes y procuraron olvidar el episodio de la piedra. Luego Félix descendió con los papeles y los restos de la comida a la primera papelera que encontró y que, por suerte, estaba completamente vacía. Con la conciencia tranquila volvió, pues, «a su roca de siempre». Allí pudieron hablar largo y tendido y hasta tenderse con la vista clavada en las nubes. Tuvieron que «abstraer» tres aeronaves de pasajeros, una escuadrilla de turborreactores y dos helicópteros, pero tuvieron tiempo para imaginarse monstruos fabulosos y seres de la mitología en los cuerpos fofos de las nubes. Así hasta que un transistor vecino comenzó a informarles de los resultados de los partidos y les forzó a regresar, cabizbajos, a casa.

—¿Existe algún lugar en el que podamos pasar unos días mi esposa y yo,

completamente solos? —preguntó Félix al encargado de la Agencia.

—Eso es pedir un imposible, pero mi Agencia se encargará de buscarles algo que por lo menos se aproxime a lo que usted desea —le contestó tras mirarle primero con una impresión de extrañeza, como si se hallase delante de un enfermo mental recién escapado de un sanatorio. Por eso Félix volvió a sumergirse en el bullicio de la calle sin la más mínima esperanza de evasión.

¿Estaba condenado durante toda su existencia a aprenderse de memoria todos los slogans publicitarios? Por lo menos, cuando era niño y sus profesores le obligaban a memorizar la tabla de multiplicar, disfrutaba de días de asueto. Pero aquí la escapada era imposible. A veces, incluso, se había sorprendido a sí mismo dirigiéndose a su esposa en los mismos términos que los galanes de la televisión. Luego, además, su vida no era suya: era como poseer un cuerpo en el que se albergasen cincuenta o más cerebros que funcionaran al mismo tiempo. Conocía, por ejemplo, la vida íntima de las mujeres de sus vecinos tan exactamente como sus propios maridos. Si algún día hubiera decidido engañar a alguno de estos últimos, se habría encontrado en la cama con una mujer sin secreto alguno. Pero esto mismo le ocurría a su esposa. Estaba condenado a una cama redonda mental que no tenía fin.

¡Abstraerse!, ¡abstraerse!, esto era lo que había que conseguir, pero suponía un esfuerzo psíquico que extenuaba su organismo. Tenía, pues, derecho a alejarse de las multitudes.

Dos días después sonó el videófono. Esta vez no era de alguien que se había equivocado, ni los graciosos de siempre que le gastaban bromas, o algún locutor de radio que les anunciaba, con voz compungida, que habían perdido tantos cientos de pesetas por no reconocer la emisión X, patrocinada por el detergente Z. ¡Era la voz de una persona que se dirigía a ellos! ¡El encargado de la Agencia que les comunicaba el hallazgo de un lugar paradisíaco en una isla costera! Por si fuera poco, la Agencia ya había contratado un heliocoche que se encargaría de depositarlos suavemente allí, con todas sus maletas. La soledad estaba completamente garantizada, por tratarse de un islote deshabitado. Tendrían, pues, que dormir en una tienda de campaña y cocinar ellos mismos, pero esto era precisamente lo que más ilusión les causaba al matrimonio.

Aceptaron sin ambages, y al día siguiente estaban allí solos como Robinsón Crusoe, ante un único testigo de color azul turquesa que deshacía su pecho contra la aristas hirientes de las rocas. También les acompañaban las gaviotas y algunos árboles que habían logrado hincar sus raíces en el duro suelo y extenderse frondosamente hacia las alturas.

Lo primero que hizo Félix fue algo que jamás había soñado siquiera: comenzar a dar saltos como un poseo para exteriorizar la energía de sus músculos comprimidos por la pasividad de su empleo burocrático y de su vida sedentaria. Luego comenzaron aquella escena siempre interrumpida sobre la roca del consabido letrero óptico. Reían estrepitosamente como chiquillos. Y como era mediodía, se desprendieron de sus

ropas y retozaron durante más de dos horas entre las aguas de una caleta idílica, incapaz de avergonzarse de la desnudez de la joven pareja.

Pero éstas fueron unas pocas de las muchas locuras que hicieron durante las cuarenta y ocho horas de aquel fin de semana. ¡Ojalá se hubiese prolongado toda la existencia de ambos! Pero el trabajo imponía sus derechos, y al finalizar el plazo, el mismo heliocoche que les había traído les recogió. Miraron con nostalgia aquel pequeño punto gris rodeado de una gorguera de espuma que se iba desvaneciendo en la lejanía.

Aquella noche encendieron el televisor. Tuvieron que sufrir los consabidos spots publicitarios, un telefilm del Oeste y un concurso. Pero al final, apareció en la pantalla algo que les era muy familiar: la pequeña isla en donde habían transcurrido para ellos cuarenta y ocho horas de felicidad. Sobreimpresa en la pequeña pantalla se leía el título de la emisión: «¿Qué haría usted si estuviera solo?». Félix y su mujer estuvieron a punto de perder el conocimiento, porque aquellos dos Robinsones que saltaban y retozaban como locos eran ellos mismos. Un equipo de operadores-rana había filmado las secuencias.

Confusión en el hospital

Alfonso Álvarez Villar

El Profesor N pasaba su consulta en el Hospital de la Beneficencia. Era aquélla la sala Psiquiátrica, y la mañana se presentaba cargada de trabajo. Pero todos los días ocurría lo mismo: docenas de enfermos mentales pasaban por aquel cuarto desnudo y aséptico en el que el Jefe de la Sala, rodeado de sus ayudantes, recibía a los pacientes.

El Profesor N había ya explorado a tres retrasados mentales, cinco alcohólicos y un psicópata. Parecía aburrido de la monotonía de los casos. Decididamente, la mayor parte de los enfermos psiquiátricos padecían, sobre todo, una vida harto vulgar, que se abría como un enorme bostezo cada vez que brotaban a la superficie sus antecedentes personales, sus problemas íntimos y hasta sus síntomas patológicos. ¿Dónde estaban aquellas historias clínicas que el Profesor N había leído y seguía leyendo en los Manuales de Psiquiatría o plastificadas por novelistas ingeniosos? Porque la imaginación de los escritores sobrepasaba la misma naturaleza: por cada caso verdaderamente interesante que entraba por aquella puerta de la consulta, noventa y nueve enfermos le repetían la misma cantilena.

Pero aquel individuo de facciones afiladas, que, conducido por la enfermera, ocupó la silla todavía caliente por el contacto glúteo de un rollizo alcohólico a punto de cirrosis hepática, seducía con su sola presencia.

—Dígame su nombre, por favor —preguntó rutinariamente el Profesor N.

—A-1.347.208 —contestó impasible el enfermo.

—No le he preguntado a usted el número del Documento Nacional de Identidad. Dígame su nombre.

—A-1.347.208.

El Profesor N miró con aire de triunfo a sus ayudantes. Acababa de explicar aquel mismo día en la Facultad en qué consistía la desorientación autopsíquica. Pero el interrogatorio debía continuar.

—Natural de...

—El planeta X-3, del Imperio de Monro.

Esta vez el Profesor N no volvió a insistir en su pregunta, pero pidió al paciente, con aire de condescendencia, que le explicara dónde se hallaba ese planeta.

—En sus sistemas de coordenadas galácticas, lo situarían en la nebulosa de Magallanes, a 4 1/2 parsecs de la estrella 328 de la Constelación del Cangrejo.

—Veo que sabe usted mucha astronomía, pero ¿ha leído también novelas de ciencia ficción?

—En nuestro Imperio ya no se publican novelas de esa clase.

—¿Y cuándo ha llegado usted a la Tierra?

—Hace apenas veinticuatro horas. Mi nave se estrelló a causa de una avería de la radio subespacial. Planeaba en una misión de reconocimiento.

—¿Y dónde tiene usted la nave?

—Puse en marcha un mecanismo de fusión termonuclear para que los terrestres no investigasen su estructura. Luego unos guardias civiles me detuvieron, a pocos kilómetros de donde ocurrió el accidente. Me preguntaron lo mismo que usted.

Efectivamente: aquel enfermo había sido enviado a la Sala Psiquiátrica por orden judicial.

—Y ahora dígame usted, ¿quiénes son sus padres?

—En realidad, hemos eliminado el proceso de procreación «natural». Yo fui incubado en un matraz; exactamente el numerado con la cifra que ha transcrito usted en mi historia clínica.

Los ayudantes y los alumnos internos tuvieron que hacer un esfuerzo para disimular la risa, porque el Reglamento y la Deontología Médica les prohibía rigurosamente manifestar sus emociones acerca de cualquier paciente.

El brillante Profesor formuló algunas preguntas más y pasó acto seguido a la exploración psiquiátrica propiamente dicha:

—¿Nota usted como si alguien intentase influir en sus pensamientos?

—Eso me ocurre de vez en cuando, pero en el Imperio de Monro está terminantemente prohibido el influir por psicoquinesia o telepatía en los demás ciudadanos. Además, desde que somos muy niños, estamos acostumbrados a utilizar barreras parapsicológicas.

El cuadro de una esquizofrenia se presentaba, pues, de una manera meridiana.

—¿Tiene usted «apariciones»? ¿Ve u oye algo que le parezca extraño o que le preocupa? Me refiero, claro está..., entiéndame..., a cosas que no son como esta mesa o como las palabras que yo pronuncio.

—Ya le comprendo. Oigo voces con mucha frecuencia: las de mis amigos o las de mis compañeros que quieren comunicarse conmigo cuando no están presentes. De vez en cuando asistimos también a una especie de teatro mental en el que proyectamos en una pantalla el film que nosotros mismos planificamos mentalmente. Pero esto es algo que a ustedes los terrestres les cuesta trabajo concebir.

—Por supuesto... Nosotros vamos a procurar que no vuelva a padecer más esas visiones.

Tuvo lugar al día siguiente una sesión clínica de carácter público. El gran anfiteatro de la Facultad se colmó de estudiantes y de varios curiosos que asistían siempre a las disertaciones del Profesor N. Desde luego, el célebre caso de A-1 347.208 era la «vedette» de la sesión. Se le denominaba ya «el caso del marciano». Mientras, los psicólogos habían acribillado a tests al paciente, y los electroencefalografistas habían derrochado docenas de metros de papel para obtener el registro eléctrico-cerebral de aquel presunto esquizofrénico.

Un médico ayudante leyó los datos recogidos por el Profesor N. Luego, informó al Jefe del Departamento de Electroencefalografía:

—El registro electroencefalográfico muestra extrañas anomalías. Es la primera vez que obtenemos algo semejante en esta clínica. Da la impresión de que las ondas cerebrales hubiesen sido amplificadas y correspondiesen, además, a un nivel intensísimo de excitación. En otras palabras, se trata de ondas beta, aún en estado de reposo aparente, pero de un voltaje superior a las ondas delta. Sugiero que se obtenga una radiografía de cráneo.

Habló, acto seguido, el Jefe del Departamento de Psicología:

—El paciente ha obtenido el máximo puntaje en los tests de inteligencia, resolviendo todos los problemas en un tiempo verdaderamente inverosímil. Pero los tests proyectivos muestran la naturaleza delirante del pensamiento del enfermo. En el test de Rorschach obtuvimos, además, neologismos que nos fue imposible transcribir.

Seguía el informe psicológico con extrañas menciones a un mundo divorciado de la realidad social y psicológica de la Tierra. Tan es así que uno de los psicólogos más jóvenes había preguntado si no se hallaban delante de un enfermo psiquiátrico, sino de un auténtico piloto interplanetario procedente de un planeta remoto. Pero esta afirmación había sido coreada por las risas de sus compañeros.

Rodeado de una gran expectación apareció el hombre de extraño apellido en el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina. Volvieron a hacérsele las preguntas de rigor, con idénticas respuestas, disparadas esta vez sobre un auditorio de doscientos oídos. Salió el enfermo y el Profesor N pronunció el veredicto: delito, esquizofrenia paranoide; condena, internamiento y una tanda de electroshocks.

Aquella misma tarde, el cerebro del nuevo internado recibió la primera descarga farádica. Pero sus músculos no se contrajeron ni se oyó el grito gutural de la mayor parte de los enfermos sometidos a electroconvulsión. Sólo su boca se contrajo en un rictus irónico. Los psiquiatras quedaron desconcertados. Pero la exploración neurológica no acusó ninguna anomalía. La única diferencia consistió en que un segundo registro electroencefalográfico había detectado un aumento del voltaje en uno de los electrodos occipitales.

Volvió, pues, a repetirse el electroshock hasta dos veces en días alternos. La radiografía de cráneo había revelado solamente algunos defectos congénitos en la estructura del esfenoides, y sin embargo, el voltaje recogido por los electrodos occipitales seguía aumentando, hasta tal punto que la aguja inscriptora correspondiente comenzó a salirse de la banda. Lo único que permanecía idéntico era la sonrisa burlona del enfermo, cuyo extraño delirio parecía irreductible a las descargas eléctricas.

Y una noche el paciente se levantó de su camastro. Sus compañeros de sala dormían plácidamente; sólo los gruñidos de un delirium tremens rompían la paz sepulcral de la sala psiquiátrica. Se vistió para dirigirse a la puerta, que estaba herméticamente cerrada. Fuera, jugaban una partida de póquer el médico de guardia y

un enfermero de músculos hercúleos. Una sombra se proyectó sobre la pared del despacho, y el ruido de unos pasos cortó en seco un comentario picante en la boca del galeno.

—Déme las llaves de la puerta de la calle —deletreó pausadamente el ciudadano del Imperio de Monro. Brillaban sus ojos de una manera muy extraña. Pero esto fue algo que no tuvieron tiempo de percibir los dos terrestres. Como autómatas se levantaron respetuosamente de sus sillas, le hicieron entrega de las llaves, y acto seguido continuaron la partida de naipes. El psiquiatra recién Licenciado en la Facultad siguió relatando su aventura escabrosa. No oyeron el golpe seco de la puerta que volvió a quedar cerrada.

El Capitán A-1 347.208 abandonó la ciudad. Allí, fuera de las interferencias sonoras y luminosas de la gran urbe, concentró su mente en un punto situado a medio año luz.

—Llamada del Capitán A-1 347.208 al Mariscal Z-108.506, que manda la primera flota de expedición a la Tierra.

—Al habla Z-108.506, Mariscal de Su Majestad el Emperador de Monro. Hemos perdido el contacto con usted, hace siete revoluciones de la Tierra.

—Mi nave sufrió una avería y recibí un golpe en la cabeza que debilitó mi órgano pineal. Yo les conté toda la verdad a los terrestres para que me tomaran por esquizofrénico y para que activasen con descargas eléctricas el órgano pineal. Por eso, puedo comunicarme ahora con Su Excelencia.

—Siga entonces informándonos, para preparar el aterrizaje de la flota. Corto.

Las luces de las estrellas seguían parpadeando como ojos virginales, insensibles a la locura del Cosmos.

La tumba del astronauta

Alfonso Álvarez Villar

Jean Moreau siguió con la mirada el perezoso curso de una nube de oro que se deslizaba como una carabela sobre el océano aéreo del cielo de Guatemala. Tenía la forma de una máscara tolteca que hubiese ascendido, por un extraño fenómeno, a los espacios celestes, dejando un cuerpo mutilado y sangriento en la Tierra. Aquellos altorrelieves monstruosos sólo le inspiraban pensamientos de sangre al arqueólogo francés. Con sus facies convulsas como gorgonas, sus cabezas de serpientes escupiendo veneno por los incisivos y sus extrañas teorías de sacerdotes, con los dedos de los pies cercenados, parecía aquélla una pirámide surgida del humus en el que se fraguan las pesadillas.

Moreau yacía sentado en la vasta plataforma que remataba la gigantesca arquitectura truncada que dos mil años antes había erigido la más remota civilización maya hasta entonces desenterrada del gigantesco vientre de la jungla de Petén. Miró en derredor suyo y por un momento, al chocar sus ojos con el verde turmalina de la floresta, se creyó asomado a una de las barandillas de hierro de la Torre Eiffel, de París. Pero aquello no era el campo de Marte, sino un animal verdoso que crecía a un ritmo veloz, deglutiendo con rabia civilizaciones enteras. Sus miembros habían reptado durante veinte siglos por aquel gigantesco torreón de más de cien metros de altura. Los peones habían tenido que desenroscar con furia las lianas entrelazadas en torno a la obra del hombre. Y allá, hacia el Oeste, lamiendo casi la base posterior del Teocalli, fulgía un lago de aguas de plomo derretido sobre el que planeaban algunas aves y un enjambre de mosquitos.

Moreau era un hombre maduro. Había vivido en la soledad durante toda su existencia, que ahora se acercaba al cenit. Sus compañeros de universidad le habían considerado siempre un individuo raro, aunque brillante. ¡Cuántas veces en medio de los jolgorios o de las reuniones sociales a las que se había visto obligado a asistir le habían sorprendido con la mirada clavada en un punto lejano! Por eso, allá lejos de toda civilización, a muchos kilómetros de la luz de Francia, no sentía la nostalgia de las grandes urbes retumbantes con las voces del gentío y los escapes de los automóviles. No añoraba siquiera la compañía de las mujeres, ahora que sus cabellos habían encanecido. Precisamente hacía unas noches le acongojó un extraño sueño: desde los altos ventanales del Liceo en que cursó su bachillerato veía a un grupo de muchachas y muchachos jugar al baloncesto. Por un instante se había sentido tan joven como ellos, aunque alzado en el pedestal de sus altas calificaciones escolares. Pero se sobresaltó al percatarse que desde entonces habían pasado treinta años.

Sollozó en su hamaca, tendida entre dos zapotes bajo un mosquitero de color blanco.

Bajó por los altos escalones que hacía dos mil años habían temblado bajo los pies de los sacerdotes y de los guerreros, cubiertos con plumas multicolores de quetzal y con pieles de puma. Ahora el sol era otro corazón sangrante ofrendado por los Mayas a un dios cuyos miembros eran los bejucos y las lianas que estrangulaban la vida con la vida. Y de cerca y de lejos, desde los cuatro puntos cardinales, comenzaba a surgir como una bandada de cernícalos las voces misteriosas de la selva: los chillidos de los monos aulladores, los graznidos de los pájaros nocturnos y la esgrima de las hojas con las primeras brisas nocturnas.

Moreau se había quedado solo tras dos meses de porfía con las cuadrillas de peones indígenas, descendientes de aquellos hombres que habían erigido los monumentos de Tikal o de Chichén-Itza. Dentro de un par de semanas, todo lo más, comenzaría la estación de las lluvias y el Teocalli se convertiría en una isla apuntando hacia el cielo como un gigantesco dedo surgido de un suelo encharcado. Faltaban sólo dos o tres días para que descendiera sobre el campamento un helicóptero, y Moreau esperaba a que, de nuevo, el cielo se despejara sobre el Yucatán para reanudar sus exploraciones arqueológicas.

Se volvió a tender sobre la hamaca. Había sido un día fructífero. Cientos de docenas de positivas estaban ya preparadas para su transporte a la civilización. Ya todo el mundo sabía que el «Solitario» había descubierto otras ruinas mayas, pero nadie conocía el verdadero objetivo de las exploraciones de aquel hombre excéntrico.

Moreau apartó a un lado el mosquitero para mirar el trozo de cielo que yacía desnudo encima de él. Los cocuyos se confundían a veces con las estrellas errantes. Ambos parecían almas errantes de guerreros muertos en extraños combates o sacrificados en el altar del cruel dios Huitzilopochtli. ¡Muerte y vida, vida y muerte!, pensó Moreau contemplando las estrellas, y algo así como un cuchillo de hielo le penetró el corazón. ¿De cuál de aquellas estrellas procedía aquel mensaje recogido en una vieja leyenda india: «Y entonces, hombres de tez blanca como la plata, llegaron del cielo en pájaros que arrojaban fuego por la cola y dieron leyes a los pueblos de la Tierra. Les enseñaron el arte de la labranza y de la ganadería; les enseñaron también a levantar templos, con los que aquellos hombres habían erigido en su país para adorar al Dios que había creado el Universo. Y mientras ellos reinaron no se conoció entre sus súbditos ni la maldad ni la muerte. Y un día, antes de morir, desaparecieron bajo las aguas de un lago. De sus aguas saldrán en sus pájaros de fuego para volver a enseñar a los hombres lo que habían olvidado».

Moreau había vagado durante más de veinte años por el extremo sur de México, las Honduras británicas y por el norte de Guatemala buscando los vestigios de aquellos visitantes del espacio. Bajo sus órdenes se habían desenterrado tres templos mayas y restos de una ciudad. Había buceado también en la mayor parte de los lagos de aquella vasta región con un contador Geiger en la cintura. Pero todavía con signo

infructuoso. ¿No iría detrás de una quimera? ¿No era aquella leyenda más que un fantasma engañoso que lo empujaba al borde de la muerte con una mueca burlona? Quizá su nombre pasaría desde luego a la historia como la de un famoso arqueólogo francés especialista en cultura maya, pero su tumba guardaría el secreto de aquella búsqueda desesperada en pos de algo que nunca existió más que en la imaginación de unos pobres sacerdotes indios embriagados por el peyotl.

Al día siguiente se dirigió Moreau al lago. Los bejucos llegaban hasta la misma orilla. Parecía como si la selva tejiera su encaje de arterias bajo las aguas tranquilas, como el mercurio en una probeta. Allí también la muerte se nutría de la vida, y la vida, a su vez, se vengaba, porque las hojas y los tallos podridos servían de alimento a nuevos seres con un ritmo vertiginoso, como si en aquellas llanuras tropicales el deseo de supervivir fuese más intenso que en otras latitudes. ¿Qué secreto ocultaban sus aguas, que se abrían rientes como una boca redonda? ¿Qué otros seres se habían reflejado en su superficie, aparte de los colibríes, ajorcas voladoras, o las aves de presa que se abatían sobre los manglares? Moreau se revistió de su equipo submarino, que incluía dos botellas de oxígeno. Pronto, un nuevo pez rompió la monotonía de la laguna.

El fondo reflejaba los rayos ardientes del sol del trópico. Durante dos meses había sido dragado meticulosamente por una especie de dinosaurio que ahora yacía inmóvil, en la orilla como acechando un caimán de acero y de caucho. Peces rojos y amarillos cabrilleaban nerviosos al recibir la onda líquida que enviaban las aletas de goma del buceador. Y las plantas submarinas emitían unas extrañas iridiscencias rosadas. Había en aquella atmósfera acuática como una pregunta suspendida desde hacía dos mil años. Parecía un templo en el que aún se siguiese celebrando un rito ancestral.

De repente, el contador Geiger, que Moreau llevaba sujeta la cintura, comenzó a lanzar frenéticas vibraciones que el elemento líquido transmitía como un eco fantasmal. Pisó el fondo y un eco metálico golpeó sus oídos. Palpó frenéticamente entre el suelo de algas y de lodo hasta encontrar una chapa que parecía de acero.

Rebuscó frenéticamente mientras el contador seguía emitiendo su señal de alarma, hasta encontrar una especie de escotilla cerrada a rosca por una manivela que los brazos de Moreau giraron nerviosamente. La escotilla se abrió porque, por razones que desconocía el arqueólogo, el agua había penetrado dentro de «aquello». Por eso la presión entre el interior y la columna de agua de quince metros estaba equilibrada.

Valiéndose de una potente linterna, Moreau permaneció más de una hora explorando la astronave. Encontró extraños mecanismos deliberadamente destruidos, pero que revelaban una civilización superior a la terrestre. Posiblemente, la destrucción había alcanzado un punto situado más allá de las pretensiones de los tripulantes de aquella nave espacial, porque el contador Geiger marcaba con su índice

una cifra bastante superior a lo considerado como normal para la integridad del cuerpo humano. Pero a Moreau no le angustiaba ya el saber con certeza que estaba condenado a muerte, de que apenas tendría tiempo para comunicar a los demás hombres lo que había estado buscando desde hacía más de veinte años. ¡Al lado de unos huesos de apariencia humana relampagueó de repente un crucifijo de plata! También Dios se había revelado a los hombres en una planeta situado a muchos años luz de allí!

Por eso, cuando dos días después el helicóptero llegó a recoger al arqueólogo francés, sus tripulantes lo encontraron de rodillas rezando, sobre la cima del Teocalli, al mismo Dios que bajo nombres distintos habían adorado todos los hombres del planeta Tierra y de aquel otro planeta distante que un día había transmitido allí la doctrina de Cristo.

Marchando hacia atrás

Alfonso Álvarez Villar

Marianne y Gerard paseaban, cogidos por la cintura, debajo del empedrado que entoldaba el paseo de la plantación. Mariposas vestidas con terciopelos y rasos de todos los colores intentaban sacudirse su polvo de luz entre los pámpanos retorcidos y las hojas lechosas de las enredaderas.

Marianne y Gerard se sentían jóvenes, a pesar de frisar ambos en los cincuenta años. Porque uno se siente viejo cuando hay personas de menos edad a su alrededor, y, sobre todo, cuando tiene hijos. Pero aquel matrimonio era estéril, voluntariamente estéril, como todos los que existían en la única ciudad de aquella isla perdida en el Pacífico. El más joven de sus habitantes acababa de cumplir los cuarenta años, y todos los supervivientes de Atenas (así se llamaba la pequeña villa), le consideraban como el hombre destinado a enterrar al penúltimo *homo sapiens* del planeta.

Los dos esposos se sentaron en un cenador de piedra, reproducido según un modelo que conservaban de uno de los castillos de Loira. Se habían resignado a no tener hijos. Por eso estaban allí, en Atenas, y no en Francia, o en España, o en cualquier otro país, en donde los neanderthales adoraban como a dioses a los escasos *homo sapiens* que aún se aferraban al terruño de su patria o a sus hijos de cuerpo velludo y de arcos supraciliares enormes.

Hacía ya treinta años que el último barco atómico que construyeron los hombres había arribado a la isla, provisto de todas las comodidades de la civilización del siglo xxi. El navío había regresado allí todos los años trayendo nuevos colonos, materiales de construcción, máquinas, etcétera. Luego había quedado abandonado en el estuario del Támesis y nadie había sabido nada más de él. Posiblemente ahora sería la guarida de unas cuantas familias de neanderthaleses que asarían los jabalíes o los mamuts, cazados con rifles mohosos, con las planchas de madera del espléndido restaurante del «Normandie».

Hacía unos veinte años Atenas era todavía una villa floreciente, con una población superior a las diez mil almas, y provista de todos los encantos de la civilización: salas de conciertos, bibliotecas, dancings, restaurantes, cinematógrafos, etcétera. Hasta funcionaba una diminuta instalación de TV, y todos los domingos una banda de música vertía sus notas por la ciudad, desde las frondas del parque público; un parque público sin niños, desde luego, pero provisto de espléndidos cisnes que bogaban silenciosamente sobre un pequeño lago.

Luego, como solo Dios es inmortal, se habían ido cerrando algunos cinematógrafos, restaurantes, tiendas y establecimientos públicos, a medida que sus

propietarios fueron falleciendo. Ya sólo quedaba la tercera parte de la población.

Todo había ocurrido de una manera extraña, recordaba Gerard a su mujer, mientras el canto de los pájaros tropicales llegaban como con sordinas a través del emparrado del cenador.

—Los primeros que habían observado aquélla anomalía, hacía ya mil años, fueron los obstetras y los astrólogos. Nadie hasta entonces, salvo los astrólogos, había establecido puntos de contacto entre ambas profesiones, tan aparentemente distanciadas entre sí. Pero los hechos dieron toda la razón a la Astrología: los astrónomos comenzaron a notar que el efector de Doppler-Fizeau se invertía en las galaxias; es decir, que el universo en vez de expandirse comenzaba a condensarse. Inmediatamente después fueron los tocólogos los que comenzaron a observar una serie de anomalías en el estado de gestación de sus dientas: los embarazos a término no sólo no desembocaban en el parto, sino que el volumen de los fetos disminuía de tamaño. Es decir, las madres que se hallaban en el noveno mes de embarazo, por ejemplo, retrocedían al octavo, al séptimo mes, etcétera, hasta que las reacciones de Galli-Mainini se hacían negativas.

Pero no por eso decreció el número de embarazos, y al cabo de unos meses se observó que el esquema clásico de la maduración se había restablecido. Solamente que ahora fueron los pediatras los que con sus informes pasaron al primer plano: los niños que ya sabían nadar volvían a la deambulación cuadrupédica; luego, su sistema muscular y nervioso se iba atrofiando progresivamente y ni la incubadora les libraba de la muerte. Finalmente, todos aquellos hombres y mujeres que aún no habían alcanzado el nivel máximo de madurez biológica (situada, como se sabe, entre los 20 y los 25 años) seguían este mismo recorrido inverso. Sólo que este fenómeno no daba lugar a situaciones divertidas, como en las obras de ciertos autores de ciencia ficción o de comedias. Era espantoso, en efecto, observar cómo aquellos muchachos y muchachas retrocedían a la infancia y luego perdían la memoria y el habla, hasta convertirse en fetos indefensos que ningún tratamiento médico podía salvar de la nada. Hubo, pues, una plaga de suicidios y sólo la certeza de que las personas maduras continuaban su ciclo involutivo, mantuvo la serenidad en la mayoría de los hombres y de las mujeres.

Como es obvio, abundaban las explicaciones científicas. La mayor parte de ellas se centraban en la hipótesis, muy discutible, de que nuestro universo se había acercado excesivamente a un antiuniverso, con lo que su estructura espacio-temporal se había invertido. Es decir, que todos aquellos procesos teológicos (como los estudiados por la Biología) que implican una dirección en el sentido de la causa ejemplar, habían sufrido una inversión simétrica.

Y efectivamente, los hechos confirmaron la veracidad de estas teorías: al cabo de unas décadas comenzaron a aparecer mutaciones regresivas en la especie humana y

en los animales. Los recién nacidos asomaban al mundo cubiertos por un espeso sistema piloso y con arcos supraciliares extraordinariamente desarrollados. ¡El hombre de Neanderthal, extinguido hacía ya cincuenta mil años, había resucitado. Por la misma época, los elefantes de las selvas africanas parieron los primeros mamuts, y luego apareció el *elephas primigenius*. Las crías de los tigres poseían unos colmillos extraordinariamente desarrollados como los del extinguido *Machairodus*, y el *Cervus elephas* hizo su aparición en los cotos de caza mayor.

Al cabo de unos pocos siglos, prácticamente toda la humanidad pertenecía al género *homo neanderthalensis* en todas sus variedades. Por supuesto, estas nuevas generaciones carecían de la suficiente inteligencia para continuar, o por lo menos mantener el desarrollo científico y tecnológico que se había alcanzado en el siglo xxi. Los laboratorios de investigación científica fueron abandonados, las máquinas de las fábricas dejaron de funcionar, y el hombre fáustico se convirtió en el cazador errabundo que perseguía a las fieras salvajes con los fusiles o con los bazookas que habían heredado de sus antepasados.

Todo lo que de bello había construido la humanidad fue desapareciendo progresivamente, destruido por los agentes atmosféricos o por aquellos nuevos hombres y mujeres de capacidad craneal reducida, que encendían sus hogueras con los lienzos de los grandes pintores y con los muebles de los palacios.

Fue entonces cuando la mayor parte de los representantes de la especie *homo sapiens* habían decidido oponerse a las leyes inexorables de las mutaciones cromosómicas, absteniéndose de propagar la especie y refugiándose en aquel último reducto de la humanidad civilizada. Dentro de unos pocos miles de años, (porque el progreso de regresión presentaba un ritmo trepidante) aparecerían los mamíferos del Terciario, y unos miles de años después los monstruosos reptiles del Mesozoico. En uno de los últimos viajes del «Normandie», sus tripulantes habían podido entrever, con los catalejos de a bordo, un hombre gigantesco que los especialistas en antropología habían identificado con el *Meganthophus Paleojavanicus*, es decir, un homínido.

Pero, ¿quién sabe?, es posible que una vez alejado el anticosmos perturbador, la dirección del tiempo, de la progresión teleológica hacía especies cada vez más evolucionadas, más inteligentes, recobrar su estructura normal: la que había conducido al hombre a descubrir la fuerza del átomo y a levantar las catedrales del Medioevo. Ésta era la gran esperanza de Marianne y de Gerard, que, como todos los habitantes de Atenas, trabajaban intensamente en conservar para una humanidad futura los restos de la civilización.

Gerard y Marianne se levantaron, pues, de sus asientos de granito, y cogidos de la cintura regresaron al chalet. Allí les esperaba la máquina fotográfica que convertía en diminutas diapositivas las páginas de los libros más importantes y las obras de arte que la humanidad había concebido hasta entonces. Además, como especialistas en historia, habían asumido la responsabilidad de relatar los acontecimientos desde

aquella fecha fatídica en que el universo había invertido el signo de su evolución.

Y efectivamente, al cabo de cincuenta años, ya no quedaba nada de Atenas. La vegetación lujuriente de los trópicos comenzó a sepultar inexorablemente aquella pequeña ciudad, y de Gerard y de Marianne sólo quedaron dos lápidas ilegibles en el pequeño cementerio.

Y un día el universo volvió a marchar hacia adelante. Desapareció el *Pithecatropus erectus*. Desaparecieron también los neanderthales, y una nueva raza, parecida a la antigua especie de Cro Magnon, volvió a enseñorear el planeta. Redescubrió los beneficios del fuego y de la agricultura y hasta arriesgándose sobre las olas del Pacífico en minúsculas balsas, arribó a aquella diminuta isla perdida en el Pacífico. Y varios siglos más, cuando una nueva ola de invasores desalojó a aquellos hombres de tez cobriza que habían plantado sus toscos cobertizos de caña sobre los restos de Atenas, se comenzó a excavar sus ruinas.

Pocas décadas después salieron a la superficie los documentos que Marianne y Gerard habían ido copiando, con frenesí de monjes medievales, en aquellas horas de crepúsculo de la primera generación de *homo sapiens*. Y aquellos nuevos hombres fueron, precisamente, los hijos de Gerard y de Marianne.

La sed de sonido

Alfonso Álvarez Villar

Chang no sabía cómo había ocurrido *aquello*. Pero el caso es que las pruebas de su acción estaban allí, enfrente de sus ojos, y a menos que estuviera sufriendo una macabra pesadilla, no tenía otra posibilidad de dar crédito a lo que sus sentidos le señalaban con su dedo acusador. Había asesinado a Lykert. En aquel planeta, situado a muchos años luz de la Tierra, en uno de los rincones de la galaxia, el crimen parecía más irreal aún.

Pero el Alto Mando terrestre no había previsto las dificultades con que pueden tropezar dos hombres cuando están todo el día cara a cara, sin poderse apartar el uno del otro, dentro de un estrecho recinto que no sobrepasaba los nueve metros cuadrados.

Si hubiese sido un hombre y una mujer todo habría transcurrido de otra manera. Dicen que también el matrimonio es como vivir en una isla solitaria, pero, en el peor de los casos, queda la unión de las almas y de los cuerpos, en el tálamo nupcial. Ambos cónyuges no sólo terminan soportando las estupideces del compañero, sino que, incluso, las aureolan de santidad y de nobleza.

Pero aquí era distinto: *dos* hombres, sin haber nada entre ellos en común, que habían sido destinados para vivir juntos durante varios meses, sin que nadie les hubiese preguntado si se sentían atraídos el uno hacia el otro por una corriente de simpatía o de amistad. Habían, incluso, desembarcado de una astronave distinta. Sólo un capricho del azar les forzó a convivir en aquella especie de jaula, construida científicamente por los mejores cerebros de la Tierra. Chang era violento, lábil de espíritu, amante de los deportes y del alcohol. Lykert era un intelectual, un hombre hogareño, un introvertido, como habrían dicho los psicólogos de otras épocas, cuando a los humanos les interesaba aún la psicología y no habían llegado a la conclusión de que lo importante para el hombre no es que sea feliz, sino que domine el Universo.

Lykert había llevado consigo unos cuantos libros, pero a Chang le gustaba hablar. Hablar de sus conquistas amorosas en la Tierra o en otros planetas, de sus aficiones deportivas y de otras muchas cosas. Lykert sólo sabía hablar de temas científicos. Se habían comenzado a odiar desde el primer momento.

Los primeros roces comenzaron durante la segunda semana de permanencia en el planeta. El viento aullaba todas las noches de una manera lúgubre, mucho más lúgubre que en cualquier noche tormentosa, allá, a muchos millones de kilómetros, en la Tierra. Sólo que aquí, en este planeta, no había nada; nada más que rocas y unos extraños insectos quebradizos que se apresuraban a esconderse en los agujeros del

terreno cuando los terrestres se aproximaban. Faltaba el carbono, y como había demostrado Lykert, esos insectos estaban constituidos por moléculas complejas en las que intervenía el sílice.

Sólo la tarea de preparar algunos mapas cartográficos para la construcción de una posible pista de aterrizaje por aquellos alrededores había aliviado la tensión entre ambos hombres.

Faltaban sólo dos días para que acudiese allí un enjambre de ingenieros y mecánicos, cuando ocurrió lo imprevisto: Lykert se había negado a apagar la débil lamparilla fluorescente de su camastro, para seguir leyendo. Chang, por el contrario, quería dormir con la luz apagada, y de esa pequeña diferencia brotó un volcán de odios. Se trabaron de manos y cayeron rodando por el suelo de aquella cúpula de plástico. Chang había visto en esos momentos en Lykert todo lo que en aquellos instantes hubiese deseado ser: un hombre de estudios, de modales elegantes y de lenguaje refinado. Como movido por un impulso superior a sus fuerzas, las manos de Chang, más fuertes que las de un robot, apretaron la garganta de Lykert.

Cuando quiso practicar la respiración artificial a Lykert ya era demasiado tarde. Estaba muerto. Se llevó las manos amoratadas a la frente. Había cometido una locura. Cuando volvieran los demás hombres le impondrían por lo menos una multa de mil créditos por haber matado a un hombre que se hallaba en el sexto escalón de la enseñanza profesional. Eso suponía los ahorros de tres años.

De repente, el viento huracanado que desde hacía más de catorce días soplaba sin cesar, se quedó detenido como al borde de un precipicio sin fondo. Lykert había explicado este fenómeno de una manera satisfactoria, pero ya no estaba allí; sólo su cuerpo, tirado como un guiñapo sobre el camastro de polivinilo. Era aquél un silencio terrible, que aplastaba como una zarpa de terciopelo negro. Ni un grito, ni el ruido familiar de los grillos, allá en la lejana Tierra, ni el zumbido distante de un reactor. Silencio absoluto, silencio como el que los muertos disfrutaban en las tumbas, o los vivos cuando un accidente les arroja fuera de sus astronaves y tienen que permanecer unas horas en el vacío cósmico hasta que las pilas caldeadoras se agotan y sus cuerpos se convierten en un pedazo más de materia universal.

Manipuló desesperadamente en la radio, pero estaba estropeada. No llegaba ni el ruido de los parásitos electromagnéticos que crujen como chicharras en un día soleado de verano. Sólo Lykert, ¡nada más que Lykert!, hubiese podido ponerla en marcha. Anduvo como un lobo enjaulado pisando fuerte sobre el suelo de la semicúpula hasta que sus pies se convirtieron en una llaga. Cogió el cuerpo de Lykert y se precipitó fuera de aquella prisión. Las estrellas parpadeaban silenciosamente en el firmamento de color índigo. Pero las botas tenían una suela especial que hacía que los hombres caminasen como felinos sobre las duras rocas, o sobre la superficie esponjosa de los planetas. Brincó cientos de veces. Después, disparó al aire y una y otra vez su desintegradora, regodeándose con la ruda vibración de las capas atmosféricas y el chirrido de los pedruscos que se vaporizaban en una lluvia de

chispas. Pero, cansado, tiró la pistola ya inservible y pudo oír su golpe seco sobre un montículo de arena volcánica.

Había que esperar a que llegase otra vez la tormenta, embriagándole de ruidos. Luego, se agachó para perseguir a los insectos que murmuraban un débil cric al deshacerse entre sus dedos como una mota de barrillo en la orilla de un río, y volvió donde yacía Lykert. «¡Háblame, por favor! ¡Dime cualquier cosa! ¡No te quedes callado!». Y le sacudía como si fuese un talego de nueces. Pero Lykert seguía callado, como el cielo, como las rocas, como el aire que permanecía quieto en una espera de muerte.

Cuando la nave terrestre enterró sus toberas a pocos cientos de metros de Chang, encontraron sólo un demente que sostenía un monólogo descabellado con un cadáver.

La dulce mentira

Alfonso Álvarez Villar

Morgan volvió a otear una vez más el firmamento del planetoide Innominado en el que vivía desde aquella fecha imposible de localizar en el archivo de su memoria. Un sol de color verde-azulado se levantaba en el horizonte, dándole una coloración púrpura a los rojizos matorrales entre los que comenzaba a despertarse la vida de aquel planeta perdido como una aguja de granito en el inmenso pajar del océano. Este mirar el cielo, escrutándolo con atención, se había convertido en una rutina desprovista de esa emoción de los primeros meses. ¿Cuántos años llevaba allí, Dios mío? El reloj electrónico yacía destrozado y cubierto de orín bajo varios metros de hielo, allá en el Polo Norte del planeta. También allí descansaban los esqueletos carbonizados de los dos copilotos que habían muerto en el choque.

Recordaba como una pesadilla las primeras semanas, o meses, o años; un continuo avanzar sobre un suelo casi yermo y amartillando la termopistola, que con los restos chamuscados de su uniforme era lo único que había conservado de la catástrofe. Pero aquel suelo raquítrico no engendraba monstruos; sólo pequeños mamíferos que habían calmado su hambre.

Luego, había encontrado a Eva. Nunca le había preguntado cómo se hallaba también allí ni de dónde procedía. Él procuraba ser extremadamente discreto a este respecto, pero es que nada importaba el Pasado cuando Eva estaba con él. Sólo una cosa sabía: que cuando los recuerdos de la Tierra volvían a aguijonearle como un manojo de ortigas, Eva desaparecía, y luego tardaba semanas, meses o años en reunirse con él. Se presentaba siempre en el lugar menos sospechado: unas veces la había visto avanzar hacia él, sobre la nieve deslumbrante y envuelta en unos tules vaporosos; otras, sentía su contacto cálido cuando, rendido por una alocada caminata en pos de ella, descansaba en un lecho-improvisado con líquenes de color de sangre o matojos purpurinos. Y así, otra vez, permanecían juntos durante semanas, meses o años, pero con la diferencia de que los meses parecían semanas y los años meses. Por eso, procuraba no formularse siquiera en su mente la pregunta indiscreta. Aquel girar la cabeza en torno del horizonte era, pues, sólo un reflejo cuyo origen procuraba él con todas sus fuerzas no recordar.

Encendió el fuego y puso a hervir un brebaje vigorizante, cuya fórmula le había proporcionado Eva. Miró esta vez hacia donde las matas crujían bajo el roce leve de unos pies y de una falda de seda. Eva hacía siempre lo mismo durante aquellas semanas, meses o años que permanecía a su lado: procuraba no estar presente cuando él se despertaba; sólo cuando su mente se hallaba completamente lúcida aparecía de

nuevo. Morgan había llegado a la conclusión de que ella ejecutaba alguna extraña ceremonia para rejuvenecerse y para cambiar algún detalle de su maquillaje o de su peinado.

Porque la imaginación de Eva era a este punto inagotable: no había mañana en que no se presentase con alguna sorpresa que anulaba el peso doloroso de la rutina. ¿De dónde sacaba, además, tantos trajes y, en general, tantas armas invencibles de la coquetería femenina si en aquel planeta, infinitamente alejado de las rutas de los cruceros, los únicos artículos de procedencia terrestre eran su pistola, los harapos de su traje de piloto, y allá, a muchos cientos de kilómetros, unos trozos de metal retorcidos y podridos de herrumbre? Pero ésta era también una pregunta tabú para Morgan. Eva era sólo el misterio; intentar profanarlo hubiese significado destruir lo único hermoso que existía en aquella vida de Robinsón interplanetario.

Eva se sentó al lado de Morgan. Su bata de popelín floreado retaba al gran disco azulado verdoso que comenzaba a desemboscarse de los arbustos. Una charca de agua cristalina comenzaba a teñirse de vetas azuladas, como si fuesen viñas palpitantes. Pero los rayos de la estrella parecían detenerse, como si fuesen frenados por una especie de terror religioso, cuando intentaban atravesar la cabellera de oro viejo que flotaba sobre la espalda de Eva. Bajo los rayos de aquel sol, los cuerpos de los animales despedían reflejos fosforescentes, y él mismo se horrorizaba del color de cardenillo de sus manos o de sus pies, como si toda la sangre se hubiese agolpado de repente en su epidermis y comenzase a centellear. Pero Eva era distinta: se movía en un plano en el que todo parecía conservar los colores de la Tierra, de su Tierra perdida a muchos años luz de aquel planetoide. Y otra cosa curiosa: Eva carecía de sombra. Morgan procuraba, sin embargo, ignorarlo, y esta ignorancia se había convertido en un hábito más.

—¿Has preparado ya el desayuno? —le preguntó Eva, con esa voz que parecía venir volando desde un lugar muy lejano, como los acordes de un arpa que alguna mano invisible tañese.

Morgan le tendió la rústica taza de barro, y unos labios que no parecían tocar la materia se abrieron para absorber el líquido humeante. Morgan rechazaba la bebida y los alimentos mientras Eva permanecía con él durante aquellas semanas, meses o años de felicidad, sólo interrumpidos por un recuerdo o una pregunta sacrílegos. Todo lo que cazaba era para Eva. Le bastaba mirarla, tener sus manos entre las suyas, y, sobre todo, aniquilarse en su boca o en su cuerpo perfecto para sentirse saciado en sus apetencias biológicas. Al principio se había extrañado de este milagro, pero ya ni siquiera se interesaba por él: Eva era un milagro perpetuo y había que tomarlo como tal si no quería volver a las caminatas agotadoras en busca de ella y en las que, eso sí, necesitaba alimentarse como cualquier mortal.

Tenía ahora delante de sí todas las horas diurnas. Él hubiese deseado que aquella aguamarina incandescente permaneciera más tiempo sobre su cabeza, porque mientras no se ocultase en el horizonte, el Planeta Innominado era para Morgan el fiel

trasunto de aquel Paraíso celeste que le habían descrito los sacerdotes de la Tierra.

Apenas hablaba con Eva, porque no era necesario. ¿De qué podrían haber hablado en un minúsculo planeta en el que nada ocurría y cuando todos los recuerdos del pasado eran vitandos? Pero las miradas hablaban cuando los labios permanecían sellados por una especie de silencio religioso. Sólo el contacto de la mano de Eva sobre el brazo de él, o el de su cintura, cuando cogidos como dos novios flotaban sobre los matorrales de púrpura, bastaba para hacerle completamente feliz. Y hasta el olor acre de aquella tierra ingrata, endurecida por un sol despiadado, dejaba de herir su olfato y era el perfume de ella la única fragancia que invadía el Cosmos. Luego la figura de Eva se desvanecía en el abismo de la noche. Mas como las almas del Purgatorio de la Escatología cristiana, la esperanza de volverla a ver al día siguiente endulzaba su sueño.

Aquella mañana fue, sin embargo, distinta de las otras, porque un silbido agudísimo rasgó los oídos de Morgan. Era un sonido que le recordaba algo que en otro tiempo le había sido muy familiar. Levantó instintivamente la cabeza: las toberas de una pequeña astronave resplandecían como dos lenguas rosadas de gato. Cuando quiso darse cuenta, la grácil silueta de Eva comenzaba a alejarse a gran velocidad en dirección opuesta a la de la nave. Morgan inició una alocada persecución. Era inútil: ningún mortal hubiese podido alcanzar a Eva cuando ésta decidía esfumarse. Volvió, pues, desesperado al lugar en donde todavía humeaba la hoguera: quizás Eva volviese al día siguiente, cuando aquella astronave inoportuna partiera de nuevo para la Tierra o para otro planeta habitado.

El pequeño cohete aterrizó muy cerca de allí. De sus escotillas salieron dos hombres uniformados con el mismo traje que en otro tiempo había vestido Morgan.

—Soy el capitán Smith y éste es el teniente O'Hara. Hemos visto que salía humo. Casualmente nos habíamos desviado de nuestra trayectoria y ahora no nos arrepentimos de ello. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—No lo sé. Semanas, meses o quizás años.

—Ha debido usted sufrir mucho... ¿No es usted por casualidad el capitán Morgan, o cualquiera de los hombres de la astronave de reconocimiento X-23?

—Sí, *era* el Capitán Morgan.

—¿Es posible? Creo que va a ser ésta una noticia sensacional. Lleva usted aquí nada menos que veinte años. ¿Dónde tiene sus cosas? Vamos a recogerle inmediatamente.

—¡Pero Eva también vive aquí conmigo! ¡Tendrían que llevarla también!

—¿Quién es Eva? No hay noticias de que alguna mujer se haya extraviado en este rincón de la galaxia.

Morgan comenzó entonces a hablarles de Eva, de su primer encuentro, de los ratos de felicidad que había transcurrido con ella, e incluso, en una especie de cuchicheo, como si estuviera dominado por un terror religioso, se atrevió a mencionarles aquellos «misterios» que le sobrecogían.

Smith y O'Hara cambiaron entre sí miradas de inteligencia. Permanecieron unos minutos mudos y cabizbajos. Luego el capitán Smith se atrevió a insinuar:

—¡Mi pobre Morgan! Ha sido usted durante muchos años víctima de una alucinación que termina afectando a los pilotos interplanetarios perdidos en un planeta deshabitado. Eva no existe nada más que en su imaginación. La prueba es que aún tiene en su barbilla algunas gotas del brebaje que ella «bebió». En realidad, era usted mismo el que comía y bebía. Nuestros psiquiatras le curarán. Venga ahora con nosotros.

Los dos hombres comenzaron a dirigirse hacia la astronave. Morgan les seguía como un autómatas. Pero fue solo durante unos instantes: se oyeron dos estampidos. O'Hara y Smith no tuvieron tiempo siquiera para asombrarse. Ahora Morgan tardaría semanas, meses o años en volver a encontrar a Eva. Pero la encontraría: de ello estaba seguro.

El regreso de la luz

Alfonso Álvarez Villar

La nave interplanetaria se posó lentamente sobre aquel planeta perdido en un rincón de la galaxia. En medio de un suelo pedregoso y desnuco de vegetación, la nave parecía una gigantesca válvula de radio, de un tipo ya periclitado en el campo de las transmisiones inalámbricas.

Pronto, y saltando como canguros sobre las estepas australianas, aparecieron los tripulantes embutidos en sus pesadas escafandras a prueba de temperaturas extremas y radiaciones cósmicas. La fuerza de la gravedad en aquel pequeño planeta era diez veces menor que en la Tierra. Un sol de color rojo rubí teñía de sangre la desolada superficie, en la que sólo se alzaban minúsculos picachos descarnados y trozos de roca lanzados quizá por una antiquísima explosión volcánica. Al otro lado del firmamento otro sol, pero de color amarillo, comenzaba a despuntar en el horizonte. Parecía todo aquello un lienzo pintado por Ivés Tanguy.

Al cabo de unas horas de arduo trabajo, una pequeña semicúpula rompía la monotonía del paisaje. Dentro de ella los terrestres disponían de la misma composición atmosférica que en el punto de partida; sólo allí dentro podían desprenderse de sus pesados trajes espaciales. Una claraboya, construida a base de una sustancia orgánica que reducía al mínimo el impacto de los rayos cósmicos y el intercambio de temperatura con el exterior, permitía a los tripulantes del *Meteor* echar un vistazo sobre aquel paisaje de pesadilla. Pronto, en efecto, una banda de color anaranjado fue desplazando el rojo sanguíneo de la superficie, a medida que el sol amarillo se alzaba sobre un horizonte curvado como un tonel. Luego, el mar de carmín desapareció, y todo fue oro aquel pequeño planeta, como si un poderoso alquimista estuviera jugando con la piedra filosofal.

Pero no había tiempo para la fruición estética. Había que realizar rápidamente la misión que el Alto Mando terrestre había encomendado a aquel puñado de hombres: llevar a cabo una serie de análisis geoquímicos, cartográficos y biológicos, dentro de una magna empresa de exploración interestelar. Partió, pues, un piquete de cinco hombres, mientras que el capitán Smith permanecía en la semicúpula en contacto constante a través de la radio con el grueso de científicos.

Mientras un extraño armatoste, provisto de cadenas que le permitían trepar por los lugares más inaccesibles, corría hacia el horizonte, Smith pegó su rostro a la claraboya. Luego, con los auriculares de la radio incrustados en sus oídos, se tendió sobre una de las literas. Pronto el sopor comenzó a apoderarse de sus sentidos.

Pero una voz que le llegaba a caballo de las ondas electromagnéticas le hizo dar

un brinco.

—Mi capitán —decía la voz de uno de sus hombres—, seguimos sin novedad en dirección Norte. Hemos recogido algunas muestras, y nos estamos acercando a lo que parece ser un volcán extinguido. Le seguiremos informando. Corto.

Pero ¿qué extrañas figuras eran las que se movían bajo el techo acorazado del refugio? ¿Se trataba de una extraña pesadilla? Eran fragmentos de personas, de seres humanos, los que parecían moverse con los ritmos de una danza macabra, entre los muebles y los utensilios de la semicúpula. La luz que se filtraba por la claraboya hería directamente los ojos de Smith. Al apartarse del haz de rayos en el que bailaban también como chispas de diamantes las motas de polvo, Smith dejó de percibir con la misma claridad aquellas figuras extrañas de hombres semidesnudos que acababa de crear su imaginación calenturienta. Smith se restregó los ojos, y esta vez se dirigió directamente a la ventana.

No, no era una alucinación. Delante del refugio unos hombres fantasmales, cubiertos de pieles, se mataban entre sí con hachas de piedra. Pero lo curioso es que los accidentes del paisaje se fundían como en un trucaje cinematográfico con aquellas extrañas figuras, ecos lúgubres de un pasado remoto. No eran seres de carne y hueso, pues de lo contrario hubiesen tropezado con los informes pedruscos que constituían los únicos elementos decorativos de aquel desolado planeta. Es más, la nave interplanetaria se veía en transparencia a través de aquellos corpachones musculosos que se agitaban poseídos por una embriaguez bélica. ¿Estaba soñando?

—Capitán. Estamos alcanzando el cráter volcánico. ¿Hay alguna novedad? —gritaron los auriculares.

—No, no hay ninguna novedad. Sigán su exploración. Corto —apenas masculló Smith, mientras cerraba instintivamente los ojos.

Volvió a abrirlos. Una curiosidad demoníaca le mantenía clavado detrás de la claraboya. Ahora los hombres de Cro Magnon habían desaparecido. Volvía a reinar la más absoluta soledad en el planeta. La superficie era ya de un color anaranjado, como si el planeta se hubiese trocado ahora en esas frutas deliciosas que el Mediterráneo hace brotar en sus riberas.

Aquel intermedio duró, sin embargo, pocos minutos, porque en seguida sobre el lomo anaranjado pareció extenderse una especie de nylon azul completamente transparente, un pañuelo que se agitaba como la superficie del mar reflejando las luces de un sol fantasmal que hacía resplandecer, como perlas, unas velas triangulares que se iban acercando desde el horizonte. Luego aparecieron media docena de tirremes, agitando como serpientes furiosas sus triples hileras de remos. Por otro lado hicieron su aparición otros tres navíos de características similares. Smith pudo observar la inquietud de los tripulantes de ambas flotas, las gesticulaciones de los Cómitres y de los guerreros apiñados en las proas dispuestos al abordaje. Era todo ello como una película muda que un proyector mágico hubiese lanzado sobre la pantalla desnuda del planeta.

Las naves se embistieron, mientras una lluvia de dardos partía como avispas rabiosas de las cubiertas. Una de las trirremes embestía con el espolón a otra. La sangre se mezclaba al agua salobre del mar, y se captaban con todo realismo los gestos desesperados de los hombres a los que el abismo maligno atraía a sus profundidades. La trirreme embestida comenzó también a ser engullida por el transfundo naranja del decorado «real». A los pocos minutos no quedaba de ella más que el mascarón de proa y algunos cuerpos que se retorcían como gusanos desesperados sobre el velo azul marino de aquel escenario fantástico.

La superficie del planeta volvía a ser como la faceta de un rubí. El sol amarillo había desaparecido por uno de los ángulos del horizonte. El espejismo también había hecho mutis, pero no sin antes dejar en la imaginación de Smith pensamientos de muerte y de destrucción.

—Capitán Smith —aullaron los auriculares—. Tenemos que comunicarle algo verdaderamente extraordinario. ¿Lo sabe usted? Habíamos llegado al fondo del cráter para recoger muestras de minerales cuando vimos que por el borde del volcán avanzaba un extraño ejército. Parecían guerreros medievales, por sus armaduras y sus lanzas. No parecían vernos, pero de todas formas comenzaron a precipitarse sobre nosotros, con las lanzas en ristre, como para traspasarnos. Disparamos contra ellos nuestros desintegradores, pero los rayos les dejaban indemnes, y lo curioso es que las rocas situadas detrás de ellos eran las que se volatilizaban. Es más, nos dimos cuenta que los farallones del volcán se transparentaban a través de las armaduras de los guerreros. Corrimos, pues, rápidamente hacia el tanque oruga y desde allí vimos cómo el ejército pasaba a nuestra derecha para embestir a otro grupo de soldados que, con la rienda suelta, avanzaba contra ellos. Allí se trabó una lucha terrible. Vimos cómo caían los jinetes atravesados por las lanzas, y cómo la sangre de los caballos y de los caballeros apenas se podía distinguir del fondo rojo del volcán. Ninguno de nosotros se atrevió a moverse del tanque oruga. No puede tratarse, mi capitán, de una alucinación, porque todos nosotros lo hemos visto y estamos de acuerdo en los detalles. ¿Hay alguna novedad por ahí?

—Regresen ustedes cuanto antes. Yo también he tenido unas experiencias parecidas. Creí que estaba delirando. Ahora veo que es una realidad. Corto.

Cuando llegó el tanque oruga a la semicúpula, ningún sol brillaba ya en el Cielo. Una densa cortina de luto había cubierto el pequeño planeta, como si se tratase de un relicario precioso en tiempos de Semana Santa. Pero mil puntas de diamante centelleaban en el gran alfiletero del firmamento. Ahora estaban reunidos los siete miembros de la tripulación del *Meteor*, alrededor de la claraboya.

La oscuridad duró, sin embargo, muy poco. En efecto, como si mil volcanes hubiesen entrado en actividad arrojando bocanadas de fuego, los alrededores del refugio se cubrieron de lenguas anaranjadas que escupían chispas hacia lo alto. En torno de ellos se entreveían edificios que se derrumbaban y contornos de seres humanos que se desplomaban con los miembros destrozados. Una llamarada cegó a

los siete hombres del *Meteor*, que instintivamente se arrojaron al suelo como si hubiese explotado una granada en el mismo centro del refugio. Pero había sido una explosión fantasmal, un espejismo macabro. Luego vieron cómo las ruedas de un cañón gigantesco pasaban sobre sus cuerpos atravesando las sólidas paredes de la semicúpula. Smith intentó agarrar por un brazo a uno de los espectros que iban montados en el sillín del cañón, pero la mano atravesó el aire sin encontrar nada sólido en su recorrido. Luego, todo desapareció como por ensalmo, y el sol rojo inició su enésima aurora de sangre en el Este del planeta.

Smith había mandado tapar con un trozo de tela la claraboya para protegerse de aquellas sombras diabólicas que amenazaban enloquecer a los tripulantes de su nave. Ahora sólo la luz de la lámpara eléctrica hacía presentes los objetos reales que no negaban su contacto a las manos del hombre. Los siete viajeros interplanetarios se habían sentado en torno a la mesa. Estaban cabizbajos. Nadie se atrevía a romper el silencio.

—Creo que el viaje a este pequeño planeta debiera ser incluido en el itinerario espacial de todos los habitantes de la Tierra, y en especial de nuestros gobernantes — habló con lágrimas en los ojos el capitán Smith—. Por un extraño fenómeno que escapa a mi inteligencia (es probable que la existencia en este lugar del espacio de varios soles hiperdensos haya deformado de tal forma las líneas del espacio-tiempo que los rayos de luz enviados por nuestro planeta converjan precisamente aquí, como si este astro fuese una especie de canal o de estrecho) podemos ser testigos de la historia de la humanidad. Recuerden ustedes, en efecto, que la luz se propaga a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, en trenes de ondas esféricas. Esto quiere decir que si el espacio fuese infinito, ninguna imagen visual podría ser captada de nuevo por cualquier persona que en un momento determinado se hallase en el punto de partida. Pero como el espacio es curvo, resulta que ningún rayo de luz escapa del Cosmos. En otras palabras, es posible que una escena que ocurrió en la Tierra hace dos mil años pueda ser captada en un planeta distante si las coordenadas espacio-temporales así lo determinan. Siempre, claro está, que un cuerpo extraño, como puede ser el polvo cósmico u otro planeta, no absorba la radiación emitida.

Los seis hombres tenían la vista clavada en los ojos de su capitán, que, tras hacer una pausa, continuó su explicación.

—Saben ustedes de sobra que el hombre es el dueño de una gran parte de nuestra galaxia, que viajamos a velocidades que hubiesen parecido increíbles a los hombres que vivieron hace todavía cuatro siglos. ¿Pero este desarrollo técnico y científico ha supuesto una mejora del hombre mismo? Por delante de ustedes ha pasado la historia de la Humanidad: una sucesión ininterrumpida de matanzas y de crímenes. Ahora mismo, en nuestra supercivilizada Tierra, es imposible salir a la calle a partir de las seis de la tarde sin llevar un arma. Porque el número de asesinatos es hoy tan elevado que compensa de sobra a los que en otra época eran atribuibles al cáncer o a las enfermedades infecciosas. Y si no hay guerra, es porque todos tememos la

destrucción total del planeta. Creo, señores, que nos hemos equivocado de camino. Hay que inventar otro tipo de naves, que conduzcan al hombre no en pos de planetas distantes, sino de la felicidad.

Embarcaron rápidamente el equipaje, y en silencio volvieron a la astronave *Meteor*. Las muestras que habían recogido los científicos no tenían ningún valor: no había oro ni uranio en aquel planeta. Pero todos llevaban dentro de su corazón algo mucho más valioso que todos esos metales: una chispa de sabiduría.

Fantasías de la era atómica

José Sanz y Díaz

I - CHARLA EN EL CLUB

Tuvimos una era fantástica de invenciones y descubrimientos científicos y, sin embargo, la gente en general no parece darse cuenta de ello —dijo como abstraído Clemente Soria, doctor en Ciencias y famoso ingeniero español, a sus colegas del imponente *Club de los Inventores* de Nueva York.

Residía en Norteamérica desde hacía muchos años, pero acababa de regresar de Europa, donde había tomado contacto con eminentes hombres de ciencia y grandes laboratorios de experimentación. En Berlín, Milán, Madrid, París y Londres amplió celosamente la misión especial que a dichas capitales le llevara, y ahora sus colegas celebraban el retorno.

Era un grupo selecto de amigos, de sabios y soñadores, que después de una opípara cena se hallaban en el amplio y confortable *hall* del Club. Entre aquellos hombres envejecidos prematuramente por el estudio y las largas vigiliadas destacaba poderosamente la robusta silueta del sabio español. Humeaban en bajas mesitas las tazas del riquísimo café portorriqueño y el ingeniero continuó su peroración:

—Es curioso considerar que desde hace tres cuartos de siglo la desintegración del átomo, la radiactividad, la navegación estratosférica, la exploración de otros planetas, la invención de nuevas y poderosísimas armas, la retropropulsión como fuerza motriz, la queraltoplastia y otros inventos recientes fueran anticipados en sus libros por escritores de poderosa imaginación. Eran relatos fantásticos cuando se escribieron, mágicas narraciones basadas en el indispensable conocimiento de las ciencias y que muchos hombres de talento nos dejaron como vividas por ellos.

—Efectivamente, así es —repuso con calma Anson Mac Donald, prestigioso hombre de ciencia y de letras, ya en el ocaso de una vida gloriosa, que fumaba su cachimba mientras se hundía voluptuosamente en la butaca.

Volvió a quedar silencioso el grupo y Clemente Soria añadió:

—En España, como en otros países, abundan los hombres de imaginación y de talento; pero sus ideaciones, en la mayor parte de los casos, no pudieron llevarse a la práctica por falta de un clima industrial y científico apropiado. Todos ustedes conocen perfectamente las odiseas de Isaac Peral, de Narciso Monturiol, de Juan de La Cierva, de Leonardo Torres Quevedo y muchos más. Hoy las cosas han cambiado favorablemente. Ahí está el caso del tren Talgo y su inventor, que lo ha visto rodar

por los ferrocarriles españoles.

Nat Schachmer, rubio cincuentón, descuidado en el vestir, interrumpió calmamente al ingeniero, que en tanto bebía su coñac:

—Eso está bien, mister Soria; pero no se aparte del tema científico en las obras literarias.

—A eso voy —replicó el español al tiempo que dejaba la copa vacía sobre el velador—. En mi país, al igual que en el resto del mundo, Julio Verne es considerado como el prototipo y creador de la ficción científica en el campo de la novela, por sus amenas y casi proféticas narraciones, que se siguen leyendo con placer, aunque su poderosa imaginación se ha quedado ya muy atrás en el avance prodigioso de las ciencias. En tiempos más próximos a nosotros H. G. Wells nos parece, generalmente, el escritor de mayor visión imaginativa.

Se detuvo para encender un rubio cigarrillo «Lucky» que otro de los contertulios, David H. Keller, le ofrecía.

A través de los amplios ventanales encristalados la enorme ciudad de Nueva York ofrecía un aspecto parcial de su tráfico nocturno, de su iluminación publicitaria y de sus clásicos rascacielos. En la lejanía se adivinaba la estatua de la Libertad, alumbrando las maniobras marineras del puerto, en la desembocadura del Hudson en el Océano Atlántico.

Clemente Soria dio una larga chupada al aromático cigarrillo, guardóse el encendedor y continuó:

—Pero, amigos míos, estamos en los Estados Unidos y en este país hay una interesante pléyade de escritores que han sabido idear mundos fantásticos, inexplorados campos imaginativos, en conexión científica con el pequeño mundo en que vivimos. Precisamente ustedes forman parte de ese escogido núcleo de escritores y hombres de ciencia, cuyas maravillosas narraciones y grandes experimentos debieran ser mejor conocidos que lo son en el extranjero, quizá por no haber sido traducidos a otros idiomas que el inglés.

Diéronle las gracias al hidalgo español Malcolm Jameson y Q. Patrick por todos, y el doctor Soria pudo proseguir:

—Alguien ha dicho, no sin razón, que todo lo imaginado puede realizarse eventualmente. Hay que confesar al respecto que nosotros, hombres de este siglo xx, vemos con muy escaso asombro los mayores prodigios. Algunos de nosotros recordamos los disturbios y temores que en todas partes produjeron los primeros automóviles, «máquinas del diablo», que hoy nos parecen venerables y ridículas antiguallas, igual que los primeros trenes. Los románticos daguerrotipos, tan primitivos a nuestros ojos, fueron la niñez del Kodak y del Cine; los globos Montgolfier, abuelos del *Zeppelin* y de los aviones a chorro. Y ¿qué hubieran dicho Talleyrand y Metternich si hubieran tenido que asistir en un tetramotor, en breves horas, a una reunión de la O.N.U. en Londres, Nueva York, Casablanca o Teherán? ¿Hubiese alguien podido creer, hace un siglo, que un simple disco de caucho

endurecido podría deleitarnos con la maravillosa voz de Caruso o de Lucrecia Bori? ¿Quién soñó entonces con hablar, por ejemplo, desde Chicago a Roma y hacerlo con voz natural, con menos esfuerzo que desde nuestro balcón a la calle? ¿Pudo jamás pensarse que una simple cajita de madera, transportable como un maletín, nos permitiría oír en cualquier lugar de la tierra, incluso en el mar, en la selva o en pleno desierto, lo que están discutiendo los políticos en Washington, Madrid o Pekín? ¿Se imaginó jamás que un tenue filamento podría darnos una potente luz que compitiera con la solar, poder acondicionar a voluntad la temperatura de una habitación o cocinar en breves minutos?

Soria, con su temperamento meridional y su amor a la Ciencia se exaltaba en su brillante peroración, contrastando por el momento su elocuencia con el silencio y el interés con que lo oían los demás. Por fin terminó su charla con estas palabras:

—La lista completa de portentos científicos sería interminable, ya que va desde los grandes ciclotones, el radar y toda clase de investigaciones atómicas a inventos sencillos como las medias de cristal, el vidrio irrompible y las numerosas variedades de material plástico. Pues todo eso, señores y amigos míos, lo soñaron y lo intuyeron los novelistas científicos. Puesto que aquí tenemos, en este *Club de Inventores* de Nueva York, cinco de las mejores plumas en el género de novela científica de la actualidad mundial, yo les ruego, queridos colegas, que nos hagan gratas esta velada y las siguientes, contándonos algunos de los relatos portentosos de su especialidad.

Un halo de misterio y de leyenda científica flotaba en torno de los seis amigos reunidos en el salón del Club, hombres extraños y famosos a los que vamos a escuchar.

II - EL POLVO DEL DIABLO

—Les voy a contar a ustedes lo que me sucedió a mí personalmente en materia de energía atómica para fines de guerra y díganme luego si ello no supera en interés al capítulo principal de la mejor urdida novela científica. Tiene relación con un terrible problema que preocupa al mundo, la posibilidad de emplear los venenos radioactivos por sorpresa en una guerra futura y cómo adoptar de antemano medidas defensivas.

Así empezó su relato Anson Mac Donald, químico eminente y especializado en el estudio de los gases tóxicos, de los núcleos inestables y de la disgregación producida por las radiaciones del uranio.

Colaboraba asiduamente en la prestigiosa revista *Astounding Science Fiction*, ya que además de hombre de ciencia era un escritor afamado. Se arrellanó aún más en su cómodo butacón y ante la despierta curiosidad de sus amigos empezó de esta manera:

—Forzoso me será hacer un poco de historia y decir para los no iniciados en los secretos de la energía atómica, que los fragmentos resultantes de la disgregación son en la mayor parte de los casos inestables. Esto es, materiales artificialmente radioactivos, y es de conocimiento común entre nosotros, que las radiaciones de los materiales atómicos poseen efectos mortales semejantes en sus efectos a los de los Rayos X. Como quiera que defieren químicamente del uranio, debiera ser posible extraerlos y utilizarlos en forma extremadamente eficaz de gas tóxico. Dicho esto, entraré de lleno en el tema de mi relato:

Todos ustedes saben cómo en el año 1903 los hermanos Wright volaron en Kitty Hawk.

En diciembre de 1938, en Berlín, el doctor Hahn fraccionó al átomo de uranio.

En abril de 1943, la doctora Estella Karts, que trabajaba entonces a las órdenes de la Autoridad Federal de Defensa, perfeccionó la técnica Karts-Obra para producir radioactivos artificiales.

Por lo tanto, la política extranjera de Norteamérica tenía que cambiar. Forzosamente. Es muy difícil recoger en clarín de llamada a la trompeta otra vez. Me explicaré. La Caja de Pandora es una proposición de «dirección única». Se puede convertir un cerdo en salchichas; pero no las salchichas en cerdo. Los huevos rotos, rotos se quedan. «Todos los caballos del rey y todos los hombres del rey no pueden hacer que Humpty vuelva a ser Humpty otra vez», reza el proverbio.

Y yo tenía que saberlo; yo era uno de los hombres del rey. No tenía que haberlo sido. No era militar profesional cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, y cuando el Congreso promulgó la Ley de Servicio Obligatorio, yo tuve un número alto, suficientemente elevado para mantenerme fuera del Ejército por tiempo suficiente como para morirme de viejo. ¡Y eso que no eran muchos los hombres que morían de viejos en mi generación!

Pero, recientemente, me habían nombrado secretario de un flamante miembro del

Congreso. Había sido el muñidor de su campaña electoral, y había rescindido por ello mi anterior empleo. Entonces yo era profesor de Economía y Sociología en una escuela superior. A los Consejos de Educación no les suele gustar que los catedráticos de temas sociales se ocupen personalmente de ningún problema político, y por ello mi contrato no fue renovado. Me apresuré a aprovechar la oportunidad de ir a Washington.

Mi jefe político y diputado se llamaba Manning. Sí, el célebre Manning. Cly de C. Manning, coronel retirado del Ejército de los Estados Unidos y comisario de guerra a la vez. Lo que acaso no sepan ustedes es que era perito militar de primera clase en guerra química, hasta que una dolencia cardíaca le hizo pasar a la reserva. Yo le había seleccionado, con ayuda de un grupo de amigos políticos, para candidato contra el explotador de *vía estrecha* que acaparaba nuestro distrito. Necesitábamos un candidato liberal de cierta personalidad y Manning era el hombre adecuado. Había sido miembro del Gran Jurado durante un período judicial, y desde entonces siguió atentamente los asuntos cívicos.

Lo de ser jefe militar retirado era ventajoso para la obtención de votos entre los ciudadanos conservadores y burgueses. Su historial, incluso aceptable para los elementos del bando opuesto. A mí, personalmente, no me preocupa la capacidad para obtener votos. Lo que me agradó de él fue que además de liberal en política, poseía gran inteligencia, de la que carecen la mayor parte de los liberales en nuestro país. La mayoría de estas gentes creen que el agua corre cuesta abajo, pero, ¡alabado sea Dios!, que nunca llegará al fondo.

Manning no era así. Sabía ver con lógica y obrar en concordancia, por desagradable que ello fuese.

Anson Mac Donald le dio un sorbo a su vaso de whisky y continuó:

Nos hallábamos en las habitaciones que Manning tenía reservadas en el edificio para oficinas de la Cámara de Representantes, después de los ataques recibidos en una tempestuosa sesión del Congreso y tratando de poner al corriente una montaña de correspondencia, cuando llamó por teléfono el Departamento de Guerra. El mismo Manning se puso al aparato.

Yo tenía que escucharle, porque era su secretario. «Sí», dijo, «soy yo mismo». «Muy bien, póngale». «¡Hola, mi general! ¡A sus órdenes!». «Perfectamente, gracias. ¿Y usted?».

Vino después un largo silencio. Finalmente, Manning dijo: «Pero, mi general, eso no puedo hacerlo Tengo que ocuparme de esto...». «¿Cómo dice usted...». «Sí. pero, ¿quién hará mi trabajo político y me representará en el distrito que me ha elegido...?». «Así creo». Miró su reloj. «Bueno, usted manda, mi general. Ahora mismo voy allá».

Colgó el teléfono, se volvió hacia mí y me dijo:

—Coja su sombrero, Anson. Vamos al Departamento de Guerra.

—Cuando guste.

—Sí —añadió con aire preocupado—. El jefe de Estado Mayor opina que debo volver al Ejército.

Inició la marcha con paso rápido, pero procuré retrasarme un poco, para obligarle a que fuera más despacio para no abusar demasiado de su afección cardíaca. Cogimos un taxi en la primera parada, dimos vuelta al Capitolio y bajamos por el *Constitution Boulevard*.

Tenía que volver al servicio activo el enfermo coronel Manning. Se avino a ello en cuanto el jefe del Alto Estado Mayor le presentó sus argumentos patrióticos. Hubo que hacer esto porque en los Estados Unidos, como todos sabemos, no hay manera alguna de que nadie, incluso el propio Presidente, pueda mandar a un miembro del Congreso que abandone su puesto, incluso aunque sea militar.

El jefe del Alto Estado Mayor se había anticipado a esta dificultad política y fue lo suficiente previsor para tener a mano un diputado de la oposición en igual caso, con lo cual se equilibraba la ausencia del coronel Manning mientras durase la necesidad de sus servicios en activo. Este otro congresista era el honorable Joseph T. Birgham, oficial de la reserva que deseaba reincorporarse al Ejército. Perteneciendo al partido político contrario, su voto en la Cámara de Representantes equilibraba el de Manning, y ninguno de ambos partidos perderían nada con ello.

Se habló allí de dejarme a mí en Washington; pero Manning declaró que debía ir con él como ayudante, dada mi competencia técnica y científica. El jefe del Alto Estado Mayor se mostraba reacio; pero el coronel adujo otras consideraciones y el general tuvo que ceder.

Un jefe del Alto Estado Mayor puede hacer que todo marche rápidamente si es preciso, y aquél lo solucionó en pocas horas. Juré mi cargo de capitán de complemento antes de abandonar el Departamento de Guerra. Me dieron en Intendencia dos uniformes de diario del Ejército y uno de gala, con brillante y magnífico corraje.

Al día siguiente fuimos en automóvil militar al vecino Estado de Maryland y el coronel Manning se hizo cargo del Laboratorio Federal de Investigaciones Nucleares, conocido oficialmente con el discretísimo título de «Proyecto Especial de Defensa núm. 347, del Departamento de Guerra». Por entonces yo no sabía mucho de Física, y menos aún de la moderna Física atómica. Más tarde fui aprendiendo algo, casi todo mal en comparación con los grandes hombres de Ciencia que integraban el personal de aquel laboratorio de guerra.

El coronel Manning había seguido un curso militar superior, dispuesto para los «post-graduados», en el Instituto Técnico de Massachussets, y había recibido «némine discrepante» el diploma de Maestro en Ciencias Químicas por su brillante teoría acerca de los altos problemas matemáticos de la estructura atómica. Era un sabio y por ello el Ejército deseaba tenerle en sus filas. A pesar de su sabiduría, la química atómica había avanzado mucho desde la época de sus estudios, y el coronel Manning me confesó que tuvo que estudiar de nuevo como un condenado para poder

llegar a comprender bien lo que decían sus oficiales subordinados en los informes que le presentaban.

Creo que exageraba modestamente su ignorancia, pues no había ciertamente en los Estados Unidos nadie entonces que hubiese podido desempeñar su cargo con tal competencia científica. Se requería para ello un hombre que supiera dirigir y sugerir investigaciones en un campo altamente esotérico, pero que a la vez mirase aquellos problemas desde el punto de vista de una urgente necesidad militar. Dejados a su manera de hacer civil, los científicos militarizados se hubiesen entregado por las buenas al lujo intelectual de una nota de gastos enorme; pero es que aunque hubiesen logrado valiosos adelantos en los conocimientos humanos, podían no desarrollar nada concreto de utilidad bélica o descubrir posibilidades militares con una lentitud ineficaz para las necesidades de la guerra.

Suele pasar lo siguiente: Se requiere un buen perro pachón para cazar codornices, pero tras él ha de ir un cazador, evitando que el perdiguero pierda el tiempo persiguiendo los conejos que le salgan al paso. Y el cazador debe saber casi tanto como el perro.

—No hay en mis palabras —dijo Anson Mac Donald sonriendo— ninguna alusión depresiva para los hombres de ciencia... ¡En modo alguno! Teníamos allí todos los grandes especialistas que los Estados Unidos habían podido reunir. Profesores doctísimos de Universidades como las de Chicago, Columbia, Cornell, Instituto Técnico de Massachussets, Técnica de California, Berkeley, etc. Los laboratorios particulares radicados en el país prestaron sus químicos, sin contar unos cuantos jóvenes con gafas que pronunciaban la A muy abierta, prestados por el Ejército británico.

Estos sabios militarizados tenían allí todas las facilidades que el ingenio humano podía apetecer. El ciclotrón atómico de quinientas toneladas de peso, previamente destinado á la Universidad de California, se hallaba allí; pero se iba haciendo ya prematuramente arcaico frente a los nuevos dispositivos que aquellos cerebros ideaban, pedían y conseguían.

Canadá nos proporcionaba todo el uranio que pedíamos (toneladas y toneladas de ese peligroso material) del Great Bear Lake, cerca del Yukon; y la técnica de los residuos fraccionales, para separar el *isótopo* 235 del uranio del más común *isótopo* 238, había sido desarrollada ya por el mismo grupo de Chicago que había originado previamente el método más costoso del *espectrógrafo de masas*.

En el Gobierno de los Estados Unidos alguien comprendió pronto las potencialidades del *Uranio-236* y ya en el estío de 1940 se ordenó a todos los investigadores atómicos que debían guardar al respecto el más completo silencio. La energía atómica, si llegaba a desarrollarse, debía ser un monopolio del Gobierno norteamericano, por lo menos hasta la terminación de la Segunda Guerra Mundial. Podría resultar un explosivo tan poderoso que jamás se hubiera soñado, y pudiera también ser fuente de una energía igualmente increíble. En todo caso, cuando Hitler

hablaba de armas secretas y lanzaba insultos estentóreos a las democracias, el Gobierno yanqui, velando por la defensa de los Estados Unidos, quería tener a mano cualquier nuevo descubrimiento.

El Führer había perdido la ventaja de ser el primero en poseer el secreto del uranio por no tomar las precauciones debidas. El doctor Hahn, que fue el primer hombre que dividió un átomo de uranio, era alemán. Pero uno de sus ayudantes de laboratorio había huido de Alemania para escapar a un *pogrom*. Era una mujer, que vino a Norteamérica y nos informó del asunto.

Andábamos buscando en el laboratorio militar de Maryland, una manera de utilizar el U-235 en explosión *controlada*. Vislumbrábamos bombas de una tonelada, que fuesen por sí solas equivalentes a toda una incursión aérea. Una sola explosión que pudiera arrasarse a un centro industrial entero. El doctor Hidparth, del Instituto Continental, pretendía poder construir tal bomba; pero no podía garantizar que ésta no estallase tan pronto como se la cargase, y en cuanto a la fuerza de la explosión... Bueno, no creía sus propios cálculos; implicaban demasiados guarismos.

El problema consistía en hallar un explosivo que fuese suficientemente débil para volar tan sólo una comarca cada vez, y suficientemente estable para volarla únicamente cuando se deseara. Si nosotros podíamos inventar al mismo tiempo un combustible realmente práctico para la propulsión por cohete, capaz de enviar un avión de guerra a mil millas por hora o más, entonces nos hallaríamos en condiciones de hacer que medio mundo se inclinase ante el *Tío Sam*.

Anduvimos dando vueltas al asunto durante todo el año 1943 y hasta muy entrado el 1944. La guerra en Europa y las perturbaciones en Asia continuaban. Después que Italia quedó fuera de combate, Inglaterra pudo disponer de suficientes buques de su Escuadra mediterránea para disminuir el bloqueo de las Islas Británicas. Con ayuda de los aeroplanos que entonces podíamos enviarle con regularidad y con los viejos destructores que le cedimos, Inglaterra se sostuvo en pie; pero metiendo bajo tierra las más esenciales industrias de defensa.

Donald se revolvía en su butaca, tomaba un sorbo y continuaba ante el interés de sus amigos:

Un día el asistente anunció a la doctora Karts. Conecté con el Coronel: «Está aquí la doctora Karts. ¿Puede usted recibirla?».

—Sí, que pase —contestó Manning desde su mesa.

Estella Karts era una mujer notable y la primera, supongo, en ostentar galones de oficial en el Cuerpo de Ingenieros. Era doctora en Medicina, además de serlo en Ciencias. Me recordaba a una maestra de mal genio que tuve de pequeño. Por esto, me figuro, instintivamente, siempre me ponía en pie cuando ella entraba. Tenía miedo de que me mirase arrugando la nariz con desagrado. Además no debía olvidar su jerarquía militar, superior a la mía, pues era Comandante de Ingenieros. Iba vestida con una bata blanca, se había echado encima una capa militar con capucha para protegerse del mal tiempo.

La conduje al despacho del coronel Manning.

Éste la acogió con galantería, con ese don caballeresco que tanto prestigio le daba en los clubs femeninos. La hizo sentarse y le ofreció un cigarrillo.

—Me alegro de verla, Mayor, le dijo. Hacía tiempo que me proponía dar una vuelta por su laboratorio.

Yo sabía bien a lo que el Coronel iba. La tarea científica de la doctora Karts había sido notable; pero él deseaba variar la dirección de sus investigaciones hacia algo más provechoso en el sentido militar.

—No me llame Mayor —dijo agriamente.

—Perdone, doctora; pero el reglamento lo exige.

—He venido para hablar de asuntos oficiales y tengo que marcharme en seguida. Y me imagino que usted también estará muy ocupado, coronel Manning; necesito ayuda.

—Para eso estamos nosotros aquí, para prestársela. Veamos.

—Bien. He tropezado con algunos obstáculos en mis investigaciones. Creo que uno de los oficiales de la sección del doctor Ridparth podrá ayudarme; pero este señor no parece estar dispuesto a cedérmelo.

—¿Ah, sí? Bueno, a mí no me gusta pasar por encima de un Jefe de Departamento; pero, déme detalles. Acaso todo pueda arreglarse. ¿Quién le hace falta?

—Necesito al doctor Obre.

—¿El espectropista?... ¡Humm!... Comprendo la resistencia del doctor Ridparth, y casi estoy de acuerdo con él. Después de todo ya sabe usted que la investigación de altos explosivos es realmente nuestra tarea principal aquí.

La mayor Karts se puso como un erizo, y yo pensé —recordando a mi antigua maestra— que le iba a castigar a quedarse sin postre por lo menos.

—Coronel Manning: ¿Comprende usted la importancia de los elementos radioactivos artificiales en la medicina moderna?

—Creo que sí. No obstante, doctora, nuestra misión central es perfeccionar un arma que sirva como salvaguarda al país entero en tiempo de guerra...

La doctora Karts se puso pálida de cólera y estalló:

—Armas..., ¡tonterías! ¿No hay en el Ejército un cuerpo médico? ¿No es más importante saber cómo curar a las gentes, que saber cómo hacerlas saltar en pedazos? Coronel Manning, siento tener que decírselo. ¡No es usted el hombre idóneo para tener a su cargo tal proyecto! Es usted un... promotor de la guerra... ¡Esto es lo que es usted!

Me sentí enrojecer; pero Manning no se inmutó. Podía haberle armado escándalo, arrestarla, incluso llevarla ante un Consejo de Guerra por desacato a un superior, pero el coronel Manning no es así. Me dijo una vez, que siempre que alguien comparece ante un Tribunal de Guerra, es señal casi segura de que algún superior no estuvo a la altura de su cargo.

—Lamento que tenga usted esta opinión de mí, doctora —dijo suave, enérgicamente, con imperceptible ironía—; y estoy de acuerdo en que mis conocimientos técnicos no son tan profundos como debían ser. Y, créame, bien quisiera yo que la curación de heridos fuese lo único de que debiéramos preocuparnos. En todo caso, yo no he rechazado su petición. Vayamos a su laboratorio y veamos en dónde está el problema. Probablemente, se podrá combinar algo que contente a todo el mundo.

Se había levantado ya y cogía su grueso capote militar.

La doctora, calmada ya, contestó:

—Muy bien. Siento haber hablado en la forma que lo hice.

—No tiene importancia —replicó el coronel—. Todos andamos con los nervios en tensión. Venga con nosotros, Donald.

Les seguí, no sin detenerme para coger también mi capote y meter el carnet de notas en el bolsillo.

Cuando habíamos andado un rato por la nieve, siguiendo el camino que teníamos que atravesar hasta el laboratorio, los dos charlaban ya como buenos amigos.

El coronel respondió al saludo de los centinelas con un gesto de la mano derecha y penetramos en el laboratorio. Se dirigió rectamente al interior; pero la doctora le detuvo:

—La coraza primero, coronel.

No fue fácil encontrar *chanclos* de goma que pudiesen ponerse encima de las botas militares, pues el coronel, a pesar de los nuevos reglamentos, quería omitir esta protección para los pies; pero la mayor Karts no se lo permitió. Llamó a un par de soldados que en seguida confeccionaron improvisados «*mocasins*» con una piel de cuero que encontraron a mano.

Los *casco*s para la cabeza eran distintos de los empleados en el Laboratorio de Explosivos, ya que llevaban también inhaladores.

—¿Qué es esto? —preguntó Manning.

—Defensa contra el polvo radioactivo —dijo ella—. Absolutamente esencial.

Avanzamos en zigzag por un pequeño laberinto revestido de plomo y al llegar a la puerta del gabinete de trabajo, que la doctora abrió por combinación, mis ojos parpadearon ante la súbita y brillante iluminación. Observé luego que el aire estaba cuajado de relucientes motilas, de extrañas moléculas.

—¡Humm..., hum...! ¡Hay polvo! —exclamó el coronel—. ¿No hay algún medio para evitar esto? —Su voz parecía ahogada tras la careta.

—La última fase del desarrollo experimental tiene que exponerse al aire —explicó Karts—. La capucha nos protege. Pudiéramos controlarlo, desde luego; pero requeriría una nueva y muy costosa instalación.

—Esto es lo de menos. Nosotros no estamos sujetos a un presupuesto fijo, ya lo sabe usted. Debe ser muy molesto tener que trabajar con una careta como ésta.

—Lo es —admitió la doctora Karts—. La clase de indumentaria especial que se

requiere nos permitiría trabajar sin armadura? Esto sería un alivio.

De pronto tuve la visión exacta de lo que estos investigadores científicos han de aguantar. Soy un hombre de talla regular, pero la armadura me pesaba mucho y embarazaba mis movimientos. Estella Karst era una mujer menuda; empero estaba dispuesta a trabajar catorce horas diarias, día tras día, con una coraza tan incómoda como la de una escafandra de buzo. Jamás se había quejado.

No todos los héroes figuran en los titulares periodísticos. Los peritos en radiación no solamente han de arrostrar el peligro del cáncer y perniciosas quemaduras, sino que dichos hombres corren el peligro de averiar su plasma prolífico y de que más tarde sus esposas les ofrezcan una progenie peor que anormal. Por ejemplo, sin barbilla y con orejas largas y peludas. Pero éstos continuaban en sus puestos y nunca se irritaban, excepto cuando algo obstaculizaba su labor.

La doctora Karts había pasado de la edad en que las mujeres se interesan personalmente con respecto a la progenie; pero hubiera sido lo mismo.

Di vueltas por allí, contemplando los inusitados aparatos que ella utilizaba para conseguir resultados, fascinado por mi incapacidad para ver algo que me recordase el Laboratorio de Física que conocí cuando era estudiante, y teniendo cuidado de no tocar nada. Karts comenzó a explicar al coronel Manning lo que hacía y por qué: pero yo sabía que era inútil para mí tratar de seguir tal explicación científica. Si el coronel Manning necesitaba notas, él mismo me las dictaría.

Me llamó la atención un voluminoso objeto, semejante a una caja, que estaba en un rincón de la estancia. Mostraba un dispositivo raro en uno de los costados y podía oír el sonido que de él salía, semejante al susurro de un abanico, sobre un fondo de agua corriente.

Me aproximé nuevamente al coronel y a la doctora y oí decir a ésta, intrigada:

—El problema viene a reducirse a esto, coronel: estoy extrayendo un producto final mucho más fuerte, altamente radioactivo, de lo que necesito; pero existe considerable variación en la *medio-vida* de otras muestras, equivalentes en lo demás. Esto me sugiere que estoy empleando una mezcla de *isótopos*, mas no he podido comprobarlo aún. Creo, francamente, que no sé lo bastante en este terreno para estar segura de los resultados totales de mis métodos. Necesito la ayuda del doctor Obre en este particular.

Creo que éstas fueron sus palabras. Comprendí bien, a pesar de no ser un especialista en Física, la parte acerca de la *medio-vida*. Todos los materiales radiactivos radian incesantemente hasta que se convierten en algo distinto y teóricamente esto continúa eternamente hasta el infinito. En la práctica, sus períodos, o «vidas», se describen en términos del tiempo que requiera la radiación original para disminuir su energía en una mitad. Ese tiempo se llama «media-vida» y cada isótopo radioactivo de un elemento posee su característica y específica «media-vida».

Uno de los miembros del Laboratorio Militar me dijo una vez que *cualquier* forma de materia puede ser considerada como radioactiva en cierto grado; es una cosa

de intensidad y período, o «media-vida».

—Hablaré al doctor Ridparth, —le contestó Karts al coronel Manning—, y veremos qué puede hacerse. Entretanto, podría usted redactar una memoria sobre lo que necesite para reequipar su Laboratorio.

—Gracias, coronel.

Pude ver que Manning estaba a punto de marcharse, habiéndola tranquilizado ya. Continuaba mi curiosidad acerca de la caja emisora de aquellos ruidos perfectamente audibles.

—¿Puedo preguntar qué es esto, doctora? —le dije señalando el aparato.

—Claro. Es un acondicionamiento del aire.

—¡Qué raro es! Nunca había visto uno así.

—No es para acondicionar el aire de las habitaciones. Simplemente elimina el polvillo radioactivo. Antes de que el residuo del aire sea expulsado al exterior, lavamos el polvillo que lleva el aire viciado.

—¿Y adonde va esa agua?

—Alcantarilla abajo, a la bahía próxima, supongo.

Traté de hacer castañear mis dedos, lo que era imposible a causa de los guantes:

—¡Esto lo explica todo, mi coronel!

—¿Explica, qué?

—Explica las denuncias extrañas que venimos recibiendo de la Oficina de Pesquerías. El polvo venenoso vertido en la bahía de Chegapeake mata todos los peces.

Manning se volvió hacia Karts: ¿Cree usted eso posible, doctora?

A través de la mirilla de su casco pude ver cómo sus cejas se fruncían.

—No había pensado en ello —admitió—. Tendré que hacer algunos cálculos acerca de las posibles concentraciones, antes de darle una respuesta definitiva. Pero, posible es, sí. Empero —agregó—, sería bastante sencillo desviar esos residuos a un vertedero especial.

Nada dijo el militar durante unos minutos; simplemente se quedó mirando aquella caja. Luego, preguntó:

—¿Es muy letal ese polvillo?

—Muy letal, coronel.

Hubo luego un largo silencio.

Deduje que el Jefe había tomado resolución sobre algo, porque dijo con tono decidido:

—Ya me ocuparé de que tenga usted la ayuda del doctor Obre, doctora.

—¡Oh, magnífico! Gracias, coronel.

—Pero desearía que usted también me ayudase a mí, a cambio. Estoy muy interesado en sus investigaciones, mas quisiera se hiciesen con horizontes más amplios. Es preciso que investiguen ustedes el máximo, tanto en período como en intensidad, y el mínimo. Quiero que abandonen ustedes el objetivo meramente

utilitario y hagan indagaciones sumamente minuciosas, de acuerdo con pautas que señalaremos con mayor precisión dentro de poco.

Iba ella a decir algo, pero el coronel continuó:

—Un programa de investigaciones realmente completo debiera ser más eficaz, a la larga, para el propósito original, que uno de menor alcance. Y yo me ocuparé de darles toda clase de facilidades para esta investigación. Creo que podremos averiguar no pocas cosas interesantes.

Salió en seguida, sin darle tiempo para discutir. No parecía tener ganas de hablar cuando regresábamos y yo permanecía silencioso. Me figuraba que había tenido Manning una rápida visión de la osada y drástica estrategia a que ello podría conducir; pero ni él mismo calculó las inevitables consecuencias de unos cuantos peces muertos. De otro modo, jamás hubiese ordenado tan terrible investigación.

El año 1944 transcurría sin grandes acontecimientos. Karts tuvo su nuevo equipo de Laboratorio y tantos ayudantes, que su Departamento Militar fue el mayor de todos los de la zona. La investigación de explosivos quedó suspendida después de una larga conferencia entre Manning y Ridparth, de la cual oí solamente el final: pero en concreto era que no existía entonces ni la más remota posibilidad de utilizar el *U.235* como explosivo. Como manantial de energía, sí, en un futuro distante, cuando se hubieran hecho más estudios y experimentos sobre el delicado problema de controlar la reacción nuclear. Aun así, parecía probable que no habría de ser un manantial de fuerza para propulsar cohetes motorizados o vehículos militares, sino que sería utilizado en enormes centrales eléctricas, tan vastas por lo menos como la instalación de Boulder-Dam.

Tras de esto, el doctor Ridparth vino a ser una especie de co-Presidente del Departamento de la doctora Karts, y el equipo anteriormente usado por la Sección de explosivos fue adaptado o reemplazado para continuar la investigación de mortíferos elementos radioactivos artificiales. El coronel Manning combinó la división del trabajo y la mayor Karts siguió ocupándose de su problema original: desenvolver técnicas para radioactivos hechos a la medida. Me imagino que era completamente feliz, ciñéndose estrictamente al problema que tenía entre manos. Aun ahora mismo no sé si Manning y Ridparth estimaron alguna vez necesario discutir con ella sobre lo que se proponían hacer.

De hecho yo también andaba demasiado ocupado por entonces para pensar más en el asunto. Se acercaban las elecciones generales y estaba resuelto a que Manning tuviese un distrito electoral suyo, al que volver cuando terminase la guerra. A él no le interesaba mucho la política, pero su conformidad la dio para que le presentaran como candidato a Diputado. Yo trataba de planear una campaña de propaganda y lamentaba no poder estar libre para estos menesteres civiles.

Hice lo que podía. Instalé una línea telefónica particular, para que el encargado de la campaña pudiese comunicarse fácilmente conmigo. No creo haber violado el Acta

Hatch, mas supongo la estiré un poquillo. De todos modos, la cosa salió bien. El coronel Manning fue reelegido, como lo fueron ese año varios ciudadanos militarizados. Se hizo por la oposición una tentativa de calumnias acusándole de cobrar dos sueldos del Estado por una sola labor; pero la sofocamos en seguida con un folleto titulado: «¡Qué vergüenza!», el cual explicaba que Manning percibía *un* sólo sueldo por dos labores separadas. Ésta es la Ley Federal en tales casos y el pueblo tiene derecho a saberlo.

Fue poco antes de Navidad cuando el coronel Manning me confesó por vez primera cuánto le preocupaban los terribles experimentos científicos Karts-Obre. Me llamó a su despacho con un pretexto cualquiera y me hizo quedarme allí. Vi que tenía deseos de hablarme.

—¿Qué cantidad de ese polvo K.O. tenemos disponible? —me preguntó a boca de jarro.

—Falta poco para las diez mil «unidades» —le respondí—. Puedo hacer la cifra exacta en un minuto.

Una unidad bastaba para destruir mil hombres, en dispersión normal. El coronel conocía las cifras tan bien como yo, y comprendí que iba dando un rodeo, dado lo terrible del tema.

Habíamos ido pasando imperceptiblemente de la investigación a la manufactura, enteramente por iniciativa y autoridad de Manning. Jamás había presentado éste un informe específico sobre ello al Departamento de Química Bélica, sin antes dar cuenta de ello al Jefe del Alto Estado Mayor norteamericano.

—No es preciso, basta con eso —contestó a mi sugerencia, añadiendo—: ¿Vio usted esos caballos?

—Sí —respondí.

Yo tampoco deseaba hablar de ello. Habíamos requisado seis viejos pencos inútiles y los habíamos utilizado como *cobayas*. Sabíamos ahora lo que aquel polvo podía hacer. Después de muertos, cualquier porción de su cuerpo quedó registrada en una placa fotográfica y los tejidos de sus pulmones y de los bronquios brillaban con luz terrible.

El coronel Manning estaba de pie junto a la ventana, contemplando el desolador invierno de Maryland, y después de un minuto de silencio replicó:

—Anson, quisiera que jamás se hubiera descubierto la radioactividad. ¿Se hace usted cargo de lo que significa esta diabólica propiedad?

—Bueno —dije yo para intentar calmarlo—, es un arma más, lo mismo que el gas venenoso, aunque acaso más eficiente...

—¡Valiente tontería acaba usted de decir, capitán Mac Donald! —exclamó, y por un instante temí que estuviese enojado conmigo—. Es como comparar usted un cañón de dieciséis pulgadas con un arco de flechas. Poseemos aquí el arma más terrible que el mundo haya conocido jamás; contra ella no existe defensa alguna, ninguna en absoluto. Es la muerte misma —dijo exaltándose por momentos.

—¿Ha visto usted el informe de Ridparth? —añadió ya más sereno.

Moví la cabeza negativamente. No lo había visto. Ridparth había adoptado la costumbre de llevar sus informes al coronel Manning personalmente, dado lo terrible de los experimentos.

—Bueno —prosiguió hablando—, desde que comenzamos la producción química puse todo mi saber y toda la inteligencia de que podía disponer en estudiar los problemas de la defensa contra aquel polvo radioactivo. Ridparth me asegura, y estoy conforme con él, que no hay medio alguno de combatirlo, una vez que se utiliza. Eso es tremendo, infrahumano, diabólico.

—¿Y el blindaje? —pregunté—. ¿Y la indumentaria protectora?

—Seguramente, algo hará —contestó con acento irritado—. Pero a condición de que no se lo quite usted ni para comer ni para beber, ni para cualquier otra necesidad, hasta que cese la acción radioactiva o se halle fuera de la zona peligrosa. Esto puede servir para el trabajo de Laboratorio; pero yo hablo de la guerra...

Reflexioné un instante:

—Aun así, mi coronel, no veo por qué se inquieta usted tanto. Si el polvo es tan eficaz como dice, ha conseguido usted exactamente lo que se proponía hacer... Inventar un arma única que diese a los Estados Unidos protección contra todas las agresiones enemigas posibles.

Giró sobre sus talones y me dijo colérico:

—¡Anson, hay ocasiones en que creo que es usted tonto de remate!

No le dije nada. Le conocía bien y sabía pasar por alto ciertos momentos de excitación nerviosa. El hecho de que me confiara el secreto y su modo de sentir, era el mayor tributo de consideración y de amistad que jamás se había rendido a nadie. Yo lo sabía y seguí callando.

—Considero —dijo ya más calmado— que como arma es más que suficiente para salvaguardar a los Estados Unidos; pero equivale también a una pistola cargada y dispuesta sobre la sien de todo hombre, mujer o niño en el globo terráqueo.

—Bien —repuse—, ¿y qué? Es un secreto militar nuestro y somos nosotros los que dominamos. Los Estados Unidos pueden poner término a esta guerra y a cualquier otra que pueda surgir en el futuro... Podemos declarar una «Pax Americana» y mantenerla en vigor con arma tan poderosa y temible.

—¡Hum..., hum...! Ojalá fuese tan fácil hacerlo. Pero es que no seguirá siendo un secreto exclusivamente nuestro, puede usted estar seguro de ello. Poco importa que hayamos logrado guardarlo hasta aquí: todo lo que se necesita para divulgarlo es una indicación dada por el polvo mismo y en seguida será cuestión de tiempo el que cualquiera otra nación encuentre una técnica adecuada para producirlo. No se puede evitar que los cerebros trabajen como nosotros lo hemos hecho. Mac Donald, la «reinvención» del método nuestro es de una certidumbre matemática, una vez sepan qué es lo que buscan. Y el uranio es una sustancia relativamente común, ampliamente distribuida por todo el planeta. ¡No lo olvide! Ocurrirá lo siguiente: Una vez que el

secreto se haga público, y se hará público en cuanto empleemos ese polvo, el mundo será comparable a una estancia llena de hombres, cada uno armado con una pistola del calibre 45. No podrán salir de la habitación y cada uno dependerá de la buena voluntad de los demás para seguir viviendo. No habrá defensa posible. ¿Entiende lo que quiero decir?

Había pensado en ello, desde luego, pero no había adivinado las dificultades. Me parecía que una paz impuesta por nosotros era la única salida, si tomábamos precauciones para controlar los manantiales del uranio. Tenía yo entonces la subconciencia corriente de los americanos, de que nuestro país jamás emplearía su potencia para una verdadera agresión. Sin embargo, recordé la guerra contra Méjico para anexionarnos gran parte de sus territorios; la que llevamos a cabo contra España en Cuba y Filipinas y algunas de las cosas que hicimos en la América Central, como la piratería Walker en Nicaragua, y ya no me sentí tan seguro.

Fue un par de semanas más tarde, cuando el coronel Manning me encargó que le pusiese en comunicación telefónica con el Jefe del Alto Estado Mayor. Sólo escuché el final de la conferencia.

—No, mi general, no lo haré —iba diciendo Manning—; no lo discutiré con usted ni con el secretario tampoco. Es éste un asunto de tal naturaleza que, a la larga, tendrá que decidirlo el general en jefe. Si lo rechaza es imprescindible que nadie más se entere del asunto. Ésta es mi sincera opinión, después de meditarlo mucho. ¿Cómo dice, mi general? No me he vuelto loco. Recuerde que me encargué de esta tarea con la condición expresa de que se me dejarían las manos libres. Tiene usted que dejarme un poco de libertad esta vez. No se trata ahora de su jerarquía militar. Le conocí cuando era usted todavía un cadete y le respeto, conociendo su graduación y su capacidad.

»Lo siento. Si el Secretario de Guerra no quiere atender a razones, puede decirle que mañana estaré en mi escaño de la Cámara de representantes, y que obtendré el favor que pido del líder de la mayoría... A sus órdenes, adiós, mi general.

Washington volvió a llamar por teléfono una hora más tarde. Era el Secretario de Guerra en persona. Esta vez Manning escuchó más que habló. Hacia el final, dijo:

—Todo lo que deseo son treinta minutos a solas con el Presidente. Si nada consigo, tampoco se ha perdido nada. Si le convengo, entonces se enterará usted de todo. ¿Cómo? No, señor, no quiero dejar a usted en mal lugar. Si lo prefiere, puedo anunciarme como Miembro del Congreso, y entonces ya no tendrá usted ninguna responsabilidad. ¿Eh? No, señor, no quise indicar que usted eludiese responsabilidades. Deseaba ayudarle y ya sabe que siempre me tiene a sus órdenes. ¡Magnífico! Gracias, señor Secretario.

La Casa Blanca llamó más tarde y fijó la hora.

Fuimos en auto hacia el Distrito Federal al día siguiente, atravesando una cortina de lluvia fría que amenazaba convertirse en granizo. La congestión habitual en

Washington se hallaba empeorada por el mal tiempo; casi llegamos tarde. El coronel Manning echaba pestes a media voz a lo largo de toda la Avenida de Rhode Island. Nos apeamos a la entrada del ala occidental de la Casa Blanca con dos minutos de margen. Manning fue conducido al despacho oval casi inmediatamente y yo me quedé esperándole, fumando un cigarrillo y tratando de sentirme cómodo con mis ropas de paisano. Después de tantos meses de uniforme militar estaba encantado de no tener que saludar ni contestar a los saludos reglamentarios del Ejército. Pasaron treinta minutos. El Secretario particular del Presidente entró y salió varias veces. Pasó a la sala de recibo exterior y le oí decir algo que comenzaba: «Lo siento, Senador, pero...». Volvió, anotó algo con lápiz y se lo entregó a un ujier.

Pasaron dos horas más.

Finalmente, el coronel Manning apareció en la puerta y el secretario hizo un gesto de alivio. Pero aquél no salió, sino que dijo:

—Entre, Anson. El Presidente desea ver qué cara tiene usted.

Me levanté tan precipitadamente que casi me caí, tal fue mi sorpresa.

Manning habló presentándose:

—Señor Presidente, aquí está el capitán Mac Donald.

El Presidente de los Estados Unidos saludó con la cabeza y yo me incliné, incapaz de decir nada. Se hallaba sobre la alfombra al pie de la chimenea, con la cabeza vuelta hacia nosotros, muy semejante a las fotografías suyas que ya conocemos.

Jamás le había visto antes, aunque, por supuesto, conocía algo de su historial durante los dos años que estuvo en el Senado.

El Presidente dijo:

—Siéntese, capitán, ¿quiere fumar?

Y a Manning:

—¿Cree usted que podrá hacerlo?

—Tendrá que hacerlo. No hay opción.

—¿Y está usted seguro de él?

—Fue el que dirigió mi campaña electoral y es amigo mío.

—Ya lo sé.

Durante un corto espacio, nada más dijo el Presidente, y no había sido correcto interrumpir su silencio, aunque reventaba por saber de qué se trataba.

Prosiguió de nuevo:

—Coronel Manning, me propongo seguir el procedimiento que usted ha sugerido, con los cambios que hemos discutido. Iré allí mañana para comprobar por mí mismo que ese polvo es capaz de producir los efectos que usted dice. ¿Puede usted preparar una demostración?

—Sí, señor Presidente.

—Muy bien. Echaremos mano del capitán Mac Donald a menos que se me ocurra algún procedimiento mejor.

¡Temí por un momento que planeasen utilizarme como conejillo de Indias! Pero,

se volvió hacia mí y prosiguió:

—Capitán, voy a enviarle a usted a Inglaterra como representante mío.

Me atraganté:

—Sí, señor Presidente —fue todo lo que pude decir al primer Mandatario de los Estados Unidos, que nos despidió amablemente.

Después de la entrevista el coronel Manning tuvo que decirme gran número de cosas. Voy a tratar de exponerlas lo más cuidadosamente posible, aun a riesgo de ser aburrido y obvio y de repetir cosas que son de conocimiento común entre ustedes.

Poseíamos un arma formidable que no era posible detener. Cualquier tipo de polvo K.O. dispersado sobre cierta comarca hacía esta zona inhabitable durante un período de tiempo que dependía de la «media vida» de la radioactividad.

Una vez que se «empolvaba» o fumigaba un área determinada, nada podía hacerse hasta que la radioactividad hubiese disminuido al punto de no ser ya nociva. El polvo corrosivo no podía eliminarse; actuaba en todas partes. No había manera de contrarrestarlo..., de quemarlo, o de combinarlo químicamente. El isótopo radioactivo estaba allí, radioactivo aún, mortífero siempre. Una vez empleado sobre cierta faja de terreno, durante un período de tiempo predeterminado, ese trozo de tierra no *toleraba la vida*.

Su empleo era extremadamente sencillo. No requería complicadas mirillas de tiro, ni había que preocuparse de tocar «objetivos militares». Se cargaba en un avión cualquiera y al llegar a una posición más o menos perpendicular al área que se deseaba esterilizar, dejábase caer el polvillo letal. Todos los seres que se hallaran sobre el suelo en el área contaminada, morirían irremisiblemente en una hora, en una semana o en un mes, según el grado de la infección. Pero, todos, *todos*, sin la más remota posibilidad de salvación.

El coronel Manning me confesó que había pensado seriamente más de una vez, en el insomnio nocturno, recomendar a las autoridades de los Estados Unidos que toda persona, incluyéndose él mismo, que conociese la técnica Karts-Obre, fuese ejecutada inexorablemente, en interés de la civilización. Mas al día siguiente vio claro que tal idea no era más que una simpleza, pues no faltaría quien descubriese esa técnica en Norteamérica o en cualquier país extranjero. El sacrificio sería inútil.

Además, de nada servía abstenerse de usarlo hasta que alguien lo perfeccionase y utilizase. La única posibilidad de impedir que el mundo se convirtiese en una vasta «Morgue» o depósito de cadáveres, era que nosotros fuésemos los primeros en utilizar esta fuerza, y que la utilizásemos drásticamente... Obtener la superioridad y conservarla.

Nosotros no estábamos en guerra legal; empero, habíamos participado plenamente en ella, con todo nuestro peso técnico y económico en favor de las democracias, desde el año 1940. El coronel Manning había propuesto al Presidente de los Estados Unidos que nosotros entregásemos a Gran Bretaña cierta cantidad de polvo, bajo condiciones que especificaríamos, capacitándola para imponer la paz.

Pero, los términos de esta paz habrían de ser dictados por Norteamérica, porque nosotros no dábamos a conocer nuestro secreto.

Después de esto, la *Pax Americana Velis Nolis*, el poder máximo quedaba en manos de los Estados Unidos. Teníamos que aceptarlo y mantener la paz mundial, implacable y enérgicamente, o este poderío sería arrebatado por otras naciones. No podía haber coigualdad en la posesión de tal arma. El factor tiempo predominaba.

Fui designado para ocuparme de los detalles en Inglaterra, porque el coronel Manning insistió y el Presidente estuvo conforme, en que toda persona que conociese técnicamente el invento Karts-Obre debía quedarse en el cercado del laboratorio, lo que equivalía a una custodia protectora e inevitable prisión. Esto incluía al propio Manning. Yo podía marchar, puesto que ignoraba el secreto científicamente, y no podía adquirirlo sin varios años de preparación técnica. Y lo que yo ignoraba, por tanto, no habría de poder decirlo ni aun martirizado y narcotizado. Estábamos resueltos a guardar el secreto hasta tanto no pudiésemos consolidar la PAX U.S.A.; podíamos desconfiar de nuestros *primos* ingleses, porque ellos son británicos y su lealtad es, ante todo, para el Imperio inglés. No había necesidad de tentarlos.

Fui elegido porque conocía el fondo del asunto, aunque no la técnica, y porque el coronel Manning tenía absoluta confianza en mí. No sé por qué el Presidente de los Estados Unidos la tuvo también, quizá porque mi tarea no era muy complicada y alguno habría de hacerla.

Despegué del vecino aeródromo de Baltimore una tarde fría y cruda que armonizaba bien con mi estado de ánimo. Sentía el estómago trastornado y la cabeza mareada, llevando muy abrochados en mi ropa interior los documentos por los que se me nombraba Agente Especial del Presidente de Norteamérica. Eran documentos raros, documentos sin precedente: no sólo me concedían la usual inmunidad diplomática, sino que hacían mi persona casi tan sagrada como la del propio mandatario.

En Nueva Escocia tocamos tierra para reponer el combustible. Los hombres del F.B.I. nos dejaron. Arrancamos de nuevo y los cazas de transporte canadienses se situaron en derredor nuestro. Todo el polvo que enviábamos a Inglaterra estaba en mi avión. Si derribaban los del Eje el aparato del representante norteamericano, el polvo destructor se iría al fondo con él.

No hay necesidad de relatar la travesía. Me sentí mareado y como insensible a pesar de la estabilidad de los flamantes aparatos de seis motores. Creíame algo así como el verdugo que va a proceder a una ejecución y hubiese deseado ser otra vez un mozalbete sin nada más trascendente que vivir su vida sin inquietudes.

Hubo algún combate aéreo próximo cuando nos aproximábamos a Escocia. Lo sé, pero no pude presenciarlo, porque la cabina estaba completamente cerrada. Nuestro capitán piloto no prestó atención a la lucha y aterrizó con su aparato en un campo totalmente a oscuras, utilizando sus haces luminosos, supongo, aunque ni lo sabía yo ni me interesaba. Llegué a desear un accidente fatal. Después, se encendieron las

luces exteriores y vi que nos hallábamos en un hangar subterráneo.

Permanecí en el avión. El comandante vino a verme y me invitó a que fuese a su departamento como su huésped. Agradecí la atención, pero le dije que no podía aceptar:

—Me quedo aquí. Son las órdenes que tengo. Deben ustedes considerar este avión como territorio de los Estados Unidos; ya lo saben.

Pareció algo molesto por mis palabras, pero inglés flemático, transigió ordenando que nos sirviesen la comida para los dos en mi propia cabina.

Al día siguiente se produjo una situación verdaderamente embarazosa. Recibí órdenes de presentarme para una audiencia regia. Como tenía instrucciones concretas, a ellas me atuve. Me disculpé lo mejor que pude. Había de permanecer sentado sobre mi carga de polvo mortífero hasta que el Presidente de los Estados Unidos me dijese por radio y clave lo que debía hacer. Por la tarde del mismo día recibí la visita de un Miembro del Parlamento (la Prensa dijo que era el Primer Ministro) y un tal Mr. Windsor. El parlamentario inglés llevó el peso de la conversación y yo contesté parcamente sus preguntas. El otro visitante dijo muy poco; hablaba lentamente con cierta dificultad. Pero me causó buena impresión. Parecía un hombre que aportaba una carga superior a la fortaleza humana, y que la soportaba heroicamente.

Siguió después el período más largo de mi vida. Estas canas que tengo me salieron entonces. Apenas excedió de una semana, pero cada minuto entonces poseía esa intensidad dramática de esa fracción de segundo que precede a los grandes desastres. El Presidente aprovechó esos días para tratar de evitar la necesidad de recurrir al uso del polvo diabólico. Tuvo dos conferencias cara a cara, por televisión, con el nuevo Führer. El Presidente de los Estados Unidos hablaba perfectamente el alemán, lo que hubiese debido ayudar para una concordia con Hitler. Habló por tres veces, pero dudo pudiesen ser muchos los que le escuchasen en el Continente, dados los severos reglamentos de policía entonces vigentes.

Al Embajador del Reich en Norteamérica, se le hizo una demostración especial de los efectos del polvo K.O. Se le llevó en aeroplano a una desierta faja de la pradera occidental y se le permitió ver lo que una sencilla «fumigación» hacía con un rebaño de toros. Debió admirarle y creo que le impresionó. *Nadie* podía tomar a la ligera una demostración visual; pero qué informes dio a su país, eso no lo supimos jamás.

Las Islas Británicas fueron visitadas repetidamente durante la espera por escuadrillas de bombarderos, desencadenando los ataques aéreos más fuertes de toda la guerra. Yo estaba bastante seguro, pero los oía por encima de mi cabeza y sentía su efecto en la moral de los oficiales con quienes estaba en contacto. No es que les atemorizasen, pero les producía fría rabia. Tales incursiones no iban dirigidas contra los muelles o las fábricas, sino contra la destrucción de un objetivo inconcreto.

—No sé qué es lo que aguardáis —se me quejó un comandante-aviador—. Lo que los «Jemes» necesitan es una dosis de su propia *Schrecklichkeit*, una lección de su propia cultura aérea.

Meneé la cabeza:

—Tenemos que hacerlo a nuestra manera.

No habló más del asunto; pero conocí sus sentimientos y los de sus fraternales colegas. Habían adoptado una fórmula para beber, tan sagrada como el brindis por el Rey.

—¡Recordad a Coventry!

Nuestro Presidente había estipulado que la R.A.F. no bombardearía durante el período de negociaciones, mas, sin embargo, sus bombarderos andaban muy ocupados. El viejo Continente fue inundado, noche tras noche, con balas de octavillas preparadas por nuestros agentes de propaganda.

La primera de éstas hacía un llamamiento al pueblo para que pusiese término a una guerra inútil y prometía que las condiciones de paz no serían vengativas. La segunda lluvia de folletos mostraba fotografías del rebaño de toros calcinado. La tercera, fue un aviso lacónico y directo para que se evacuasen las ciudades y no se volviese a ellas.

Como expresaba el coronel Manning, nosotros gritábamos: ¡Alto! por tres veces, antes de hacer fuego. No creo que él ni el Presidente tuviesen fe en la eficacia del aviso; pero estábamos moralmente obligados a darlo.

Los británicos habían instalado para mí un aparato televisor, del tipo interceptible Simons-Yarley, o sea de los que el «llamado» debe apretar el gatillo del transmisor para que la transmisión pueda tener lugar. Ello daba seguridades de rápida comunicación diplomática por primera vez en la historia y fue de gran utilidad en esa crisis. Yo había traído conmigo mi propio técnico, uno que pertenecía al F.B.I., para que manejase los controles del aparato.

Me llamó una tarde:

—Washington hace señales.

Me arrastré fatigadamente fuera de la cabina y bajé hasta la celdilla del hangar, preguntándome si sería otra falsa alarma.

Era el Presidente. Sus labios estaban blancos:

—Cumpla usted con las instrucciones, capitán Mac Donald.

—A la orden, señor Presidente.

Los detalles habían sido preparados de antemano. Una vez acepté un recibo y un pago simbólico del comandante inglés de sector por el polvo diabólico que entregaba, mis deberes habían terminado. Pero, a ruego nuestro, Gran Bretaña había invitado a observadores y agregados militares de toda nación independiente y de los diversos Gobiernos provisionales de los países ocupados. Los Estados Unidos me designaron a mí como uno de ellos, a petición del coronel Manning.

La escuadrilla especial la componían trece aviones de bombardeo. Llegó el día de la terrible prueba. Uno solo de ellos hubiese podido llevar todo el polvo; pero se dividió éste para garantizar que una gran parte, al menos, en caso de que nos

atacaran, pudiese llegar a su destino. Había llevado yo un cuarenta por ciento más de polvo del que Ridparth calculó ser necesario para tal misión y mi tarea final era comprobar que hasta el último receptáculo que lo contenía se hallaba a bordo de los aviones de aquella siniestra «escuadrilla de la muerte». Se hizo notar especialmente a cada uno de los observadores militares extranjeros el poco peso del polvo que se empleaba.

Hecho esto despegamos al oscurecer, elevándonos hasta los veinticinco mil pies de altura. Renovamos combustible en el aire y ascendimos nuevamente. La escolta de «cazas» y «bombarderos» nos aguardaba ya, habiéndose aprovisionado treinta minutos antes que nosotros. El conjunto volante se dividió en trece pequeños grupos que cortaron el aire proa a la Europa Central. Los bombarderos que utilizábamos habían sido acondicionados para lograr el máximo de velocidad y de altura.

De diversos lugares de Inglaterra partieron al mismo tiempo otras escuadrillas actuando para distraer al enemigo. Su destino era cualquier punto de Alemania, su objetivo, originar una confusión táctica a las fuerzas aéreas del Reich para que nuestros propios aviones, los que llevaban aquella misión terriblemente importante, pudieran escapar a la atención del enemigo, cosa fácil de lograr volando tan altos.

Los trece aparatos de la «Escuadrilla de la muerte» se aproximaban a Berlín desde distintas direcciones e intentaban atacar la capital de Alemania en forma de estrella, a modo de los radios de una rueda. La noche era hermosamente clara y teníamos a nuestro favor una buena visibilidad lunar. Berlín no es una ciudad difícil de localizar, ya que posee la mayor área, en millas cuadradas, de las ciudades modernas. Está situada sobre una lisa planicie de aluvión. Pude distinguir desde mi carlinga los ríos Spree y Havel cuando nos acercamos.

La hermosa población estaba en tinieblas, naturalmente; pero una ciudad así ofrece distinta clase de oscuridad a la del campo abierto. Bengalas montadas en paracaídas flotaban aún sobre Berlín en diferentes lugares, mostrando que la R.A.F. había pasado por allí antes que nosotros y las baterías antiaéreas de tierra nos ayudaron a precisar el emplazamiento de la capital del Reich.

Se combatía en el aire muy por debajo de nosotros, a unos tres mil metros por lo menos de la altitud a que volábamos.

El piloto informó al capitán:

—Estamos en línea sobre el objetivo.

El técnico encargado del altímetro continuó registrando sus guarismos en las espoletas de los receptáculos metálicos. Éstos iban provistos de una ligera carga de pólvora negra, la suficiente para hacerlos explotar y esparcir el polvo después de cierto tiempo predeterminado por el ajuste de la espoleta. El método empleado no era más que un vehículo práctico. El polvo K.O. hubiese sido casi igualmente eficaz si se hubiese dejado caer en bolsas de papel; aunque, claro está, no quedaría tan bien distribuido.

El capitán se inclinó sobre el tablero del navegante, con una leve contracción

sobre su rostro:

—¡Uno, listo! —informó al bombardero.

—¡Suelte!

—¡Dos, listo!

El capitán miró a su reloj de pulsera:

—¡Suelte!

—¡Tres, listo!

—¡Suelte!

Cuando el último de nuestros diez paquetes del terrible polvo atómico salió del avión, dimos media vuelta y regresamos a la base.

Anson Mac Donald, un poco pálido por la emoción, apuró el contenido de su vaso antes de continuar.

—No se habían tomado disposiciones para mi regreso a Norteamérica; nadie había pensado en ello. Sin embargo era lo que yo deseaba más. No me sentía mal; un poco mareado quizá. Me encontraba como recién salido de una grave operación, hallándome todavía aturdido por múltiples impresiones aunque aliviado al ver que todo pasó ya. No obstante, ansiaba regresar a los Estados Unidos.

El Comandante británico se portó bastante bien conmigo. Mandó poner a mi disposición un aparato inmediatamente y agregar los tripulantes necesarios, además de una escolta de «cazas» que me acompañó más allá de la costa. Debió pensar el militar inglés que era una forma muy costosa de viajar un individuo aislado; pero, ¿qué importaba? El cumplía órdenes y nada más. Además, los aliados habían perdido millones de vidas en una tentativa desesperada para acabar con la guerra. Al lado de esto, ¿qué significaba el gasto de dinero? Dio las órdenes necesarias, pensando en otra cosa, y se despidió de mí.

Tomé una doble dosis de «Nembutal» y me desperté en Canadá. Traté de obtener noticias mientras se daba un repaso al aeroplano; pero no había ninguna. El Gobierno del Reich a través del Ministerio de Propaganda, había publicado un comunicado oficial después de la incursión, burlándose de la tan cacareada *arma nueva* de los británicos y manifestado que todo se había reducido a un ataque de importancia contra Berlín y otras grandes ciudades alemanas, pero que los atacantes habían sido rechazados, sin lograr otra cosa que daños pequeños y aislados. El «Lord Haw-Haw» de turno comenzó, después de leído el parte, una de sus charlas sarcásticas; pero no pudo continuarla. Otro locutor dijo que había sufrido un ataque al corazón y le sustituyeron con música patriótica. La radio del Reich cortó su emisión a mitad de la canción «Horst Wessel». Después, sobrevino un silencio, silencio impresionante. Era todo lo que se sabía en Montreal.

Volé de nuevo hasta los Estados Unidos y ya en territorio patrio tomé un coche militar, haciendo rápidamente el recorrido por la pista de Anápolis. Casi no me di cuenta de que habíamos llegado a la vuelta que conducía al Laboratorio Militar Karts-

Obre.

El coronel Manning estaba en su despacho. Levantó la vista cuando entré y dijo con voz apagada contestando a mi saludo castrense:

—Hola, Anson, y dejó caer la mirada sobre el papel secante de su pupitre. Volvió a dibujar muñecos en silencio, como si estuviese inconsciente.

Le miré con asombro y pude comprobar que mi Jefe en unos días había envejecido terriblemente. Tenía la cara terrosa y flácida; profundos surcos enmarcaban su boca en forma triangular. El uniforme se le había quedado grande y tenía el cabello encanecido. Su abatimiento moral era palpable. Apenado, me aproximé a él y le puse la mano en el hombro:

—No lo tome usted así mi Coronel. No fue suya la culpa. Son cosas de la guerra. Se les advirtió a tiempo y no hicieron ningún caso...

Levantó los ojos nuevamente y dijo por todo comentario:

—Estelle Karts se ha suicidado esta mañana. No sé por qué, pero la muerte de la doctora célebre me apenó más que la de todos los seres desconocidos de Berlín.

—¿Cómo fue? —pregunté.

—Intoxicada con ese polvo atómico de Satanás, después de conocer lo que suponía su invento. Entró en la cámara de experimentos y se quitó la coraza protectora.

Me la imaginé con la cabeza erguida, los ojos fijos y la boca comprimida que solía poner cuando alguien hacía algo que la desagradaba. Así caminaría voluntariamente a la muerte, al saber que su invención química se había empleado contra su país de origen.

—Quisiera haber podido explicarle —dijo el coronel Manning—, por qué tuvimos que hacerlo.

Luego añadió, con los ojos velados por el recuerdo:

—La enterraremos en un féretro forrado de plomo. Después, el coronel y yo nos fuimos a Washington.

Anson apuró un vaso entero de whisky antes de seguir:

—Allí vimos las cintas cinematográficas especiales que se habían tomado de la muerte y destrucción de Berlín. Ustedes no las conocerán; jamás se hicieron públicas. Eran de gran utilidad para convencer a las demás naciones del mundo de que la paz es una idea excelente. Yo las vi al mismo tiempo que Manning; se me permitió presenciarlas por ser ayudante del coronel, aun sin saber que yo había sido el emisario terrible.

Fueron tomadas esas vistas por un par de pilotos de la R.A.F. que habían eludido a la *Luftwaffe* para sacarlas. Los primeros metros mostraban algunas de las principales calle de Berlín en la mañana después del *raid*. No había mucho que ver en las telefotos; nada más que calles activas y concurridas, si se observaban con detenimiento, era fácil comprobar que se producía un número excesivo de accidentes automovilísticos.

El segundo día mostraba la tentativa de evacuar la población aterrada. Las plazas interiores de la ciudad estaban desiertas, a no ser por los cadáveres y los coches destrozados; pero las calles que conducían a las afueras de la urbe hervían de gente a pie en su mayoría, pues los tranvías no funcionaban. Aquellos infortunados seres huían, sin saber que la muerte la llevaban dentro. El aeroplano había descendido en algún momento y el *cameraman* enfocó directamente su lente telefotográfica sobre el rostro de una mujer joven durante varios segundos. Ella, a su vez miraba el lejano aparato con una mirada de angustia inolvidable; en seguida tropezó y cayó. Acaso fuese pisoteada por el tráfico. Uno de los seis caballos del ensayo había puesto los ojos así cuando el letal polvo comenzó a roer sus entrañas.

La última serie mostraba Berlín y las carreteras de su alrededor una semana después de la bestial incursión química. La ciudad estaba muerta, no había en ella una sola persona, hombre, mujer o niño. No había tampoco perros ni gatos; ni ratas siquiera que royeran los cadáveres. Dispersos aquí y allá, sobre las elevaciones y las hondonadas de la periferia, y en menor escala sobre el pavimento de las calles, como trozos de carbón caídos de una locomotora en marcha, se veían los quietos montoncitos humanos de los momificados seres que fueron antes ciudadanos de la capital del Reich... Aquello era todo lo que quedaba. ¡Para qué hablar más de la terrible hecatombe!

Por lo que a mí atañe, todo lo que me quedaba de espíritu se me quedó en aquella sala de proyección horrible, y no he vuelto a preocuparme.

Los dos pilotos que tomaron esas vistas murieron lentamente. Una infección sintética, acumulativa debido al polvo flotante en el aire sobre Berlín, los mató. Con precaución esto no hubiera ocurrido; pero los ingleses no creían entonces que nuestras extremadas precauciones fueran indispensables.

El Reich necesitó una semana aproximadamente para acusar el golpe. Probablemente se hubiese necesitado más tiempo, mas el nuevo Führer fue a Berlín al día siguiente del «raid» para *probar* que las jactancias británicas no tenían fundamento. No hay necesidad de relatar ahora los distintos Gobiernos provisionales que Alemania tuvo durante los meses siguientes; el único que nos interesa es el llamado de *restauración monárquica*, que utilizaba como símbolo, a un primo del antiguo Kaiser. Fue el que solicitó la paz. Entonces surgieron las perturbaciones. Cuando el Primer Ministro anunció los términos del Convenio privado que había firmado con el Presidente de los Estados Unidos, fue escuchado con un silencio que sólo interrumpían los gritos de: ¡Eso es vergonzoso! ¡Vergonzoso! ¡Pedimos su dimisión!

Supongo era inevitable que la Cámara de los Comunes reflejase el espíritu de un pueblo que había sido castigado despiadadamente durante cuatro años. Se hallaba en un estado de ánimo apto para exigir una paz semejante al Tratado de Versalles o aún de más duras condiciones.

El voto desfavorable de la mayoría no permitió al Primer Ministro otro camino.

Cuarenta y ocho horas más tarde, el Rey pronunció desde el trono un discurso que violaba todos los precedentes constitucionales, por cuanto no había sido suscrito por el *Premier*. En esta gran crisis de su remado, la voz real era clara y sincera; inculcó sus ideas al pueblo y se formó un Gobierno de coalición nacional.

No sé si habríamos «fumigado» con el *polvo del Diablo* a Londres o no para imponer nuestra paz. El coronel Manning creía que sí. Supongo que hubiese dependido del carácter del Presidente de los Estados Unidos; pero no tuvimos que hacerlo.

Los Estados Unidos y, en particular su Presidente, se hallaban enfrentados con dos tremendos problemas. Primero, teníamos que consolidar nuestra posición; en seguida, utilizar la ventaja temporal de un arma abrumadoramente poderosa para asegurarnos de que esa arma no se volvería contra nosotros. Segundo, habría que estudiar los medios para estabilizar la política extranjera de América, con el fin de que ésta pudiese manejar debidamente el tremendo poderío que, súbitamente, cayó en nuestras manos.

Como se ve, el segundo considerando era con mucho, el más difícil y serio. Si habíamos de establecer una paz razonablemente duradera —un siglo o cosa así— por medio del monopolio sobre un arma tan potentísima que nadie se atrevería a combatir, era imperativo que la política con arreglo a la cual actuásemos fuese más durable que las efímeras administraciones políticas. Pero, ya hablaremos de esto más tarde.

El primer problema requería atención inmediata. La cuestión era muy trascendental. La premura la exigía la misma simplicidad del arma. No necesitaba más que aviación para dispersarlo, y el propio polvo diabólico que podía fabricarse rápida y fácilmente por cualquiera que poseyese el secreto del procedimiento Karts-Obre, era sencillísimo y podía ser hallado por otros sabios en cualquier momento. El coronel informó al Presidente que el doctor Ridpart opinaba, y Manning estaba conforme con él, que el personal de cualquier moderno laboratorio de radiación atómica podía ser capaz de inventar una técnica química equivalente en seis semanas, sólo por las indicaciones dadas de los sucesos de Berlín, y pudiera ser capaz de producir polvo suficiente para causar la destrucción de importantes sectores humanos.

Se calculó el plazo máximo en noventa días... Noventa días a condición de que el enemigo no estuviera ya a medio camino de su meta investigadora. Pero... acaso no quedase ya tiempo alguno...

A esas fechas, el coronel Manning era ya miembro no oficial del Gabinete. «Secretario del Polvo del Diablo», le llamó el Presidente en uno de sus raros momentos joviales. En cuanto a mí, también tenía que asistir a las reuniones del Gabinete. Siendo yo el único técnico que había presenciado el horrendo espectáculo, íntegro, desde el principio hasta el fin, el Mandatario reclamó mi presencia.

Soy un hombre corriente como ustedes saben; debido a una serie de circunstancias curiosas me hallé de lleno en estos Consejos de los elementos

dirigentes. Pero descubrí en seguida que esos dirigentes eran hombres corrientes también, y con frecuencia estaban tan confusos como yo ante los acontecimientos.

El coronel Manning, en cambio, no era un hombre cualquiera. Su talento no corriente se había elevado en él al nivel del genio. Ya sé que unos le echaron la culpa de todo y otros le llamaron traidor y loco; pero yo sigo creyendo que era tan bueno como sagaz y prudente. Nada me importa que otros historiadores de segunda mano estén disconformes. Apuré Mac Donald un nuevo vaso y siguió:

—Propongo —dijo el coronel Manning—, que comencemos por inmovilizar todos los aparatos de aviación que haya en el mundo entero.

El Secretario de Comercio arqueó las cejas:

—¡No sea usted tan fantástico, coronel Manning! —dijo incrédulo.

—No exagero —contestó el militar, secamente—. Soy realista y veraz. La clave de este problema es la aviación. Sin aviación, el polvo K.O. es un arma inoperante. El único modo que yo veo de ganar el tiempo preciso para resolver el problema en conjunto, es sujetar en tierra a todos los aparatos aéreos y dejarlos sin funcionar. Con la única excepción de los que están actualmente al servicio del Ejército de los Estados Unidos. Una vez hecho esto, podemos tratar del desarme mundial completo y buscar medios permanentes de control.

—Vamos a ver —replicó el secretario. ¿No propondría usted que se inutilicen las líneas aéreas comerciales? Tenga presente que son una parte esencial en la economía del mundo. Sería una catástrofe inadmisibile.

—También es inadmisibile que le maten a uno y sin embargo sucede —contestó Manning con firmeza.

—Sí, propongo eso. Todos los aparatos de aviación. TODOS quedarán en sus bases inmóviles.

El Presidente escuchaba la discusión sin hacer comentario alguno. Al llegar aquí intervino:

—¿Y qué haríamos con los aviones de los cuales dependen ciertas agrupaciones humanas para mantenerse vivas, coronel; como las líneas de Alaska, por ejemplo?

—Si existen líneas aéreas tan imprescindibles, deben ser dirigidas únicamente por pilotos y tripulaciones del Ejército americano. Sin excepción alguna.

El Secretario de Comercio los miró alarmado:

—Una última pregunta: ¿Es preciso que tal prohibición rija lo mismo para los Estados Unidos que para las demás naciones?

—¡Naturalmente!

—Pero, esto es imposible. Además anticonstitucional, infringe los derechos civiles y supone la ruina de grandes sectores comerciales.

—También matar a un hombre es una infracción de sus derechos civiles —contestó Manning inflexible.

—No puede hacerse. Cualquier Tribunal Federal del país lo impediría en cinco minutos.

Miró pausadamente en torno a la mesa el coronel de Estado Mayor, viendo a rostros que pasaban de la indecisión al antagonismo.

—El problema es agudo, señores —dijo lentamente—, y creo deberíamos ventilarlo con serenidad y de frente. Pueden matarnos, habiendo pasado todo muy ordenada y constitucionalmente. O podemos hacer lo que deba hacerse, conservar la vida y arreglar después los aspectos legales del asunto. Escojan. —Se calló y aguardó con calma. El Secretario de Trabajo recogió el reto—: No creo que el coronel tenga ningún monopolio realista. Yo también me hago cargo del problema y admito que éste es muy serio. Ese polvo del diablo no debe ser empleado nunca más. Si me hubiese enterado a tiempo, jamás se hubiese utilizado contra Berlín ni contra nadie. Fue una masacre insensata. Y estoy de acuerdo en que es indispensable alguna especie de control mundial. Pero en lo que difiero del coronel es en el método. Lo que él propone es una dictadura militar impuesta por la fuerza al mundo entero. Admítalo, coronel. ¿No es esto lo que usted propone?

Manning no eludió la respuesta:

—Sí, exactamente eso es lo que yo propongo.

—Gracias. Ahora sabemos en dónde nos hallamos. Yo, personalmente, no considero las cortapisas democráticas y los procedimientos constitucionales de tan poca importancia como para que esté dispuesto a prescindir de ellos en cualquier momento que convenga. Para mí la democracia es algo más que una entelequia, es un artículo de fe. O surte efecto o me hundo con ella.

—¿Qué propone usted entonces? —preguntó el Presidente.

—¡Propongo que veamos en esto una oportunidad para crear la mancomunidad democrática mundial! Utilicemos nuestra dominante posición actual para dirigir un llamamiento a todas las naciones, pidiéndolas que envíen representantes a una Conferencia cuyo objeto será formular una constitución mundial.

—Una Liga de las Naciones —oí murmurar a alguien.

—¡No! —contestó él a esta indirecta observación. Una Sociedad de Naciones especial. La de antes estaba inerme, desacreditada, porque no tenía existencia real ni poder ni poseía medios para poner en vigor sus decisiones; no era más que una Asamblea de debates verbales, una cosa falsa. Ésta sería muy distinta, ¡porque pondríamos *el polvo letal en su poder!*

Nadie habló durante unos minutos. Se podía ver cómo los presentes daban vueltas a la idea en su cerebro, dudosamente, aprobándola parcialmente, intrigados por la sugerencia, pero inseguros sobre la conveniencia de aceptarla.

—Quisiera contestar a esto —dijo Manning.

—Hable usted, coronel —le alentó el Presidente.

—Hablaré. Voy a emplear palabras muy claras y espero que el Secretario Lamer me hará el honor de creer que hablo con entera sinceridad y con profunda convicción, dejando el amor propio a un lado. Veamos. Estimo que una Democracia Mundial sería cosa magnífica y confío en que se me crea si digo que sacrificaría gustosamente

mi vida por lograrlo. Estimo también que sería muy hermoso ver al león acostado al lado del corderillo; pero al mismo tiempo tengo plena seguridad de que el rey de la selva sería el único que se levantase. Si tratásemos de formar actualmente una democracia mundial, haríamos de corderillo en la combinación. Manning miró a todos y continuó:

—Hay muchísimas personas honradas y de buena fe, que hoy son internacionalistas. Nueve de cada diez tienen el cerebro reblandecido y la décima es tonta de remate. Si montamos una democracia mundial, ¿quiénes formarían el cuerpo electoral? Examinemos los hechos; cuatrocientos millones de chinos con menos concepto del voto y de la democracia que una pulga. Trescientos millones de indostánicos, que no poseen tampoco mejor visión electiva. Los millones de la Unión Soviética que creen..., sabe Dios en qué. África entera, semicivilizada solamente. Ochenta millones de japoneses, que creen estar destinados por el Cielo para gobernar al mundo. Nuestros amigos hispanoamericanos que querrían ir o no a remolque nuestro; pero que no entienden nuestra Carta de los Derechos del Hombre por lo menos de igual modo que nosotros. Doscientos cincuenta millones de habitantes en las naciones de Europa, todos ellos con espíritu de desquite y odio en sus corazones... Por todo esto no sería posible llevar a cabo esa idea. Es absurdo hablar de una Democracia Mundial en mucho tiempo. Si se pone el secreto del *polvo K.O.* en manos de tal organización, es lo mismo que armar a la Humanidad para que se suicide.

Larner contestó inmediatamente.

—Podría sentirme ofendido por algunas observaciones de usted; pero prefiero no hacerlo. Para expresar lo que pienso sin ambages le diré que lo que le pasa a usted, coronel Manning, es sencillamente que piensa como un militar profesional y no tiene fe alguna en el pueblo. Desconozco que los militares son necesarios; pero todo lo ven con miras a la disciplina y a la estrategia.

El sabio coronel Manning aguantó la acometida, hasta que le llegó el turno otra vez:

—Acaso sea yo todas esas cosas, Larner, pero usted no ha contestado a mi argumento. Admito sus dotes de orador, pero soy un hombre práctico. *¿Qué van ustedes a hacer con esos centenares de gente que ni tienen experiencia democrática ni sienten el menor amor por lo que significa?* Ahora bien; acaso no tenga yo la misma concepción de la democracia que usted; pero sé una cosa: allá en el Oeste, hay unos centenares de miles de electores que me enviaron al Congreso. No voy a estarme quieto y a permitir se siga un plan que, a mi modo de ver, tendrá como resultado su muerte y su ruina.

Seguro de sí, el coronel Manning continuó:

—He aquí el futuro probable, tal y como yo lo veo. Potencial en la fragmentación del átomo y en el desarrollo de letales radioactivos artificiales. Imaginemos que cualquier potencia fabrica provisión de ese polvo diabólico. Nos darían con él el

primer golpe, procurando ponernos fuera de combate y dejarles las manos libres. De la noche a la mañana fulminarían Nueva York y Washington, y después todas las zonas industriales, dejándonos desorganizados política y económicamente. Pero nuestro ejército, no estaría en esas ciudades; los Estados Unidos tendrían aviones y gran cantidad de polvo K.O. en algún lugar estratégico, donde no les alcanzase los primeros ataques del enemigo. Nuestros soldados procederían heroicamente a contaminar las grandes ciudades adversarias. Y así seguiría la contienda hasta que la organización de uno y otros países se perturbara por entero; tanto que ya no pudiesen mantener ninguno un nivel de industrialización suficientemente elevado para tener sus escuadras aéreas en buen estado y producir más polvo diabólico. Esto presupone hambre y peste en el proceso de su desarrollo. Pueden ustedes añadir los detalles.

Respiró, fatigado, para añadir:

—Las demás naciones entrarían en el juego. Sería idiota y suicida por supuesto; pero no hace falta cerebro para comprender qué sucedería. Se necesita únicamente para ello un pequeño grupo hambriento de poder, unos cuantos aviones y una provisión de polvo químico. *Es un círculo vicioso que no puede ser cortado hasta que el planeta entero quedara reducido a un nivel de economía tan bajo que no pudiera sostener la técnica necesaria para mantenerlo.* Calculo que esto sucedería cuando aproximadamente tres cuartas partes de la población mundial hubiesen perdido la vida a causa del polvo del Diablo, las enfermedades y el hambre. En el resto la cultura quedaría reducida al tipo de los bosquimanos.

»¿Dónde quedará vuestra Constitución y vuestra Carta de Derechos, si permitís que esto ocurra?

Mac Donald se impió el sudor que perlaba su frente y añadió:

—He abreviado, pero éstas fueron en concreto sus manifestaciones. No puedo recordar al pie de la letra todas las palabras de un debate que duró varios días.

El Secretario de la Marina también la emprendió contra Manning.

—¿No es usted un poco pesimista, coronel? Después de todo, el mundo ha visto no pocas armas secretas que iban a hacer de la guerra algo horrible de contemplar. Los gases venenosos, los tanques, los aeroplanos..., las mismas armas de fuego, si no he olvidado la Historia.

Manning sonrió con menosprecio:

—Ha puesto usted el dedo en la llaga, señor Secretario. Cuando el lobo vino de verdad, el muchachito gritó en vano. Me imagino que la Cámara de Comercio de Pompeya presentaría el mismo razonable argumento a cualquier geólogo en la época, cuya lucidez le hacía tener miedo al Vesubio. Trataré de justificar mis temores. El polvo K.O. difiere de todas las armas precedentes en su mortífera eficacia y en la facilidad de usarlo; pero lo más trascendental de todo es que nosotros no hemos podido hallar ninguna defensa contra él. Por un número de razones científicas, no creo que podamos hallarlas, por lo menos en este siglo.

—¿Por qué no?

—Sencillamente, porque no hay medio de contrarrestar la radioactividad, a menos de colocar una coraza de plomo entre el hombre y el polvo químico: una coraza de plomo *hermética*. La gente podría sobrevivir así en ciudades subterráneas aisladas del exterior, pero nuestra característica cultura americana perecería y el hambre acabaría con los modernos trogloditas.

—Coronel Manning —advirtió el Secretario de Estado—, me parece que ha omitido usted la otra alternativa.

—¿Cuál?

—La de conservar ese polvo letal como secreto exclusivamente nuestro, seguir nuestro camino y dejar que el resto del mundo se cuide de sí mismo. Éste es el único programa que armoniza con nuestras tradiciones.

El Ministro de Estado era un excelente caballero; pero algo lento en asimilar nuevas ideas.

—Señor Secretario —le dijo respetuosamente—. Cuánto me agradecería no tener que ocuparnos más que de nuestros asuntos exclusivamente. Ojalá pudiésemos hacerlo. Pero la opinión de todos los sabios y peritos en cuestiones atómicas es que no podemos conservar el control de tal secreto, a no ser mediante una política de rígida vigilancia. Los alemanes iban a la cabeza de la investigación nuclear y fue solo un afortunado azar el que hizo que nos adelantáramos a ellos. Le ruego se imagine a Alemania dentro de un año o dos provista de ese polvo infernal y con el recuerdo de la hecatombe...

El Secretario de Estado no respondió; pero observé cómo sus labios formaban la palabra *¡Berlín!*, y al mismo tiempo palidecía.

Cedieron al fin. El Presidente de los Estados Unidos había dejado deliberadamente que el coronel Manning llevase todo el peso de la discusión, conservando él entera su influencia personal para persuadir a los más recalcitrantes. Opinó en contra de someter el asunto a decisión del Congreso; los «fumigadores» enemigos, a su entender, volarían sobre Norteamérica antes de que cada Senador hubiese terminado su discurso. Lo que se proponía hacer, acaso fuese inconstitucional; pero si no obraba rápido quizá no quedase ni rastro de Constitución. Había precedentes... La Proclama de la Emancipación de los Negros, la Doctrina de Monroe, la Compra de la Luisiana, la suspensión del *Rabeas Corpus* en la Guerra de Secesión, la Cesión de destructores...

A 22 de febrero, el Presidente declaró el estado de alarma y envió su Proclama de Paz a todos los Jefes de naciones libres y soberanas. El documento en síntesis, despojado de sus adornos diplomáticos, venía a decir: «Los Estados Unidos están preparados para derrotar a cualquier potencia o combinación de Estados en brevísimo tiempo. En consecuencia, ponemos fuera de la Ley a toda clase de guerra y pedimos a todas las naciones que se desarmen inmediatamente». En otras palabras: «Soltad vuestras pistolas, muchachos, que os estamos apuntando».

Una nota adicional estableció el procedimiento a seguir: «Todo aeroplano capaz

de atravesar en vuelo el Atlántico debía ser entregado, en el plazo de una semana, en un aeródromo, constituido por una gran faja de pradera, al Oeste de Fort Riley, cerca del río Kansas. Para los aviones menores designaron un lugar próximo a Shanghai y otro en Gales». Se publicaron más tarde *memorándums* con respecto a otros equipos de guerra. El uranio y sus piritas no se mencionaban por el momento.

No se admitían excusas. El incumplimiento de esta orden sería considerado como un acto de guerra contra los Estados Unidos.

No se produjeron casos de apoplejía en el democrático Senado. Por qué, no lo sé. Motivo desde luego había.

Sonrió Anson ante sus últimas palabras, encendió un rubio «Carriel» y siguió su relato:

—Sólo había tres potencias que pudieran preocuparnos seriamente; Inglaterra, el Japón y la Unión Soviética. Inglaterra, había sido advertida; la sacamos de una guerra que estaba perdiendo, y sabían bien sus gobernantes lo que nosotros podíamos y estábamos dispuestos a hacer en favor de la paz mundial.

El Japón era cosa distinta. Estos amarillos fanáticos no habían visto lo de Berlín ni lo creían realmente. Además, se habían estado diciendo durante tantos años que eran invencibles, que lo creían así. No conviene desafiar a un japonés sin tener presente que morirá antes que perder su honor. Las negociaciones se llevaron a cabo con serenidad, pero la escuadra norteamericana se hallaba a mitad de camino entre Pearl Harbour y Kobe, cargada con polvo K.O. suficiente para fumigar seis de sus ciudades mayores, antes de terminar los acuerdos, si no accedían a lo que queríamos.

¿Saben ustedes cómo se logró? Esto nunca fue publicado en los periódicos; pero era la única forma viable de redactar las octavillas que lanzamos antes de dejar caer el polvo atómico. No fue preciso.

El Emperador del Sol Naciente tuvo a bien declarar un Nuevo Orden de Paz. La versión oficial, preparada para los japoneses, hizo aparecer el asunto como una útil colaboración entre dos grandes potencias amigas y que la iniciativa había partido del Japón.

La Unión Soviética constituía un enigma. Después de la inesperada muerte de Vladimir Ilich, más conocido por Lenin, ninguna nación occidental sabía mucho de lo que sucedía en Rusia. Nuestras propias relaciones diplomáticas se habían hecho ineficaces y caído en punto muerto.

Todo el mundo conocía, por supuesto, que el nuevo grupo encaramado al poder se llamaba a sí mismo la Quinta Internacional; pero lo que esto significaba, aparte de no exhibir con tanta frecuencia los retratos de Lenin y de Stalin lo ignorábamos.

Cautamente se avinieron a nuestras condiciones, ofreciendo cooperar al plan pacifista. Hicieron notar que la U.R.S.S. jamás había sido belicista, que se había mantenido aislada de la reciente lucha mundial hasta que la atacaron. Era natural, pensaban, que las dos únicas grandes potencias que quedaban en el mundo utilizaran su poder para garantizar una paz duradera.

Los Estados Unidos quedaron satisfechos, ya que la U.R.S.S. era la nación que más les había preocupado en este asunto.

Para dar fe de su buena disposición, los eurásicos comenzaron en seguida a entregar aviones pequeños en el campo de aerostación cercano a Shanghai.

El coronel Manning fue al Oeste para supervisar ciertos detalles en relación con la entrega de las grandes aeronaves, los aeroplanos transoceánicos que habían de congregarse en Fort Riley. Teníamos el proyecto de regalarnos con petróleo y después «fumigarlos» con K.O. en débil dosis desde baja altura, igual que se hace con los sembrados para quitarles los insectos dañinos. Así quedarían inútiles y olvidados, mientras atendíamos a otros asuntos.

Esto tenía sus riesgos. Evitaríamos que el polvo K.O. llegase a Kansas City, a Lincoln, Wichita o cualquiera de las ciudades próximas ni aun en particular. Las villas más pequeñas de alrededor fueron evacuadas temporalmente. Hubo necesidad de montar puestos de prueba y defensa en todas direcciones, a fin de poder mantener estricta vigilancia sobre la acción del polvo del diablo en aquellos lugares. El coronel Manning tomaba toda clase de precauciones para que ningún asistente a las pruebas fuera contaminado. Yo le acompañaba.

Volamos en círculos concéntricos sobre la estación receptora, antes de aterrizar en Fort Riley. Divisamos los tres campos de aterrizaje que se habían hecho precipitadamente. Las pistas brillaban al sol; el cemento, echado veinticuatro horas antes, ni se había secado aún. En derredor de cada una de las pistas se agrupaban los sectores de estacionamiento, ligeramente preparados. En algunos de ellos trabajaban todavía tractores y excavadoras. En los prados del Este, muchos aparatos alemanes e ingleses se hallaban aparcados con las alas y las carlingas tan plegadas como han de estarlo en la cubierta de despegue de un portaaviones. A excepción de unos cuantos que iban siendo remolcados a la posición deseada. Los pequeños tractores asemejaban, desde el aire, hormigas que arrastraran trozos de hoja varias veces más voluminosas que ellos.

Solamente tres fortalezas volantes habían llegado de la Unión Soviética. Sus representantes solicitaron una corta demora a fin de que se les pudiese entregar una provisión de la mejor gasolina de aviación. Aducían que andaban escasos del combustible necesario para efectuar sin peligro el largo vuelo sobre el Ártico. No había medio de comprobar la veracidad de este extremo y se concedió la prórroga mientras se les enviaba una expedición de combustible desde Inglaterra.

—Estábamos ya a punto de marcharnos, una vez que el Coronel Manning comprobó que se habían tomado las precauciones indispensables cuando llegó un despacho especial anunciando que una expedición de bombarderos de la U.R.S.S. llegaría probablemente antes de terminar el día. El sabio militar deseaba verlos. Aguardamos cuatro horas. Informaron que nuestra escolta de cazas los había divisado, al fin, sobre la frontera canadiense. Manning estaba impaciente y prefirió contemplarlos desde el aire. Despegamos, ganamos altura y aguardamos.

Nueve gigantes del aire constituían una avanzada de la escuadrilla rusa. Volaban en columnas escalonadas y parecían tan enormes que nuestros pequeños cazas apenas se distinguían a su lado.

Comenzaron a volar por último encima del aeródromo y estaban admirando su impresionante evolución cuando el piloto del Coronel, el Teniente Rafferty, exclamó:

—¡Qué demonios hacen! Se preparan a aterrizar con el viento de espaldas!

Yo no caía en lo que esto significaba; pero el Coronel Manning gritó al co-piloto:

—¡Póngame en seguida con el campo de aviación!

Manipuló en sus aparatos y anunció:

—Ya está, mi Coronel!

—¡Alarma general! ¡Pónganse las corazas defensivas! —gritó pálido el jefe.

No podíamos oír las sirenas, naturalmente; pero veíamos cómo los chorros de vapor blanco salían de la gran sirena sobre el tejado del edificio de la Administración; tres largos pitidos, después otros tres cortos. La señal de alarma fue casi simultánea con la primera nube que brotó de los aeroplanos de la U.R.S.S.

En vez de aterrizar, pasaron a poca altura sobre la estación receptora, congestionada ahora con aparatos de todos los países del mundo. Cada escalón táctico eligió como objetivo uno de los grupos concentrados en derredor de los tres campos de aterrizaje; chorros de un humo parduzco y pesado salieron de las tripas de todos los aviones rojos.

Vi desde mi avión, una minúscula figurilla negra saltar de un tractor y correr hacia el edificio más próximo. Entonces, la cortina de humo oscureció el campo.

—¿Comunica usted todavía con el aeropuerto?

—Sí, mi coronel, respondió el oficial.

—Conécteme con el jefe técnico de Seguridad. ¡Rápido!

El co-piloto conectó el amplificador, a fin de que Manning pudiera hablar directamente:

—¿Sanders? Aquí el coronel Manning. ¿Qué ocurre?

—Radioactivos, mi coronel, intensidad siete punto cuatro.

Esto suponía que los rusos habían duplicado la investigación atómica Kar-Obre.

El jefe militar cortó y pidió en seguida que la central telefónica del aeródromo le pusiese al habla con el Jefe del Alto Estado Mayor. Hubo un retraso irritante, ya que la llamada tenía que hacerse por hilo terrestre a Kansas City, y hasta hubo que convencer a un jefe-operador para que requisara cierta línea principal que se utilizaba comercialmente.

Conectamos por fin y el coronel Manning dio un informe. Le oí decir:

—Es lógico pensar que en estos mismos momentos otras escuadrillas rojas se aproximan a la frontera de Nueva York y a Washington; probablemente a Detroit y a Chicago también. No hay medio de comprobarlo. Que estén alerta para la defensa.

El jefe del Estado Mayor cortó, sin hacer inútiles comentarios. Las flotas aéreas de los Estados Unidos que habían permanecido alerta durante las últimas semanas,

recibirían inmediatamente las órdenes pertinentes a los pocos segundos y estarían ya en movimiento para dar caza y batalla a los atacantes; si era posible, antes de que pudiesen aproximarse a las citadas ciudades.

Eché una mirada al campo de aviación. Las formaciones habían quedado rotas. Uno de los bombarderos de la U.R.S.S. había sido derribado y quedó aplastado como a media milla de la estación receptora. Mientras miraba, uno de nuestros aviones enanos de bombardeo se dejó caer sobre un colosal aeroplano soviético y descargó sus explosivos. Fue un blanco perfecto, en el centro del avión; pero el piloto americano se detuvo demasiado y cayó antes que su víctima.

De nada serviría repetir los relatos periodísticos de la llamada guerra de Cuatro Días. El hecho es que lógicamente debiéramos haberla perdido, pero la ganamos por una rara combinación de suerte, precisión y buena táctica. Parece ser que los físicos atómicos de la Unión Euroasiática estaban casi tan adelantados como Ridpath y sus auxiliares cuando la destrucción de Berlín les facilitó la indicación final que necesitaban. De cierta manera nosotros los habíamos forzado precipitándolos a obrar antes de que estuviesen totalmente preparados a causa del plazo máximo fijado para el desarme mundial en nuestra Proclamación de Paz.

Si el Presidente norteamericano hubiese aguardado a que el Congreso debatiera y aprobara el proyecto antes de lanzar su proclama, no existirían ya los Estados Unidos. Segurísimo.

Es evidente, para sí al menos, que el coronel Manning previó algo así como la guerra de Cuatro Días y preparó tácticamente para ello una docena de defensas indirectas. No me refiero, claro es, a los preparativos militares; el Ejército y la Marina de Guerra se ocuparon de ellos. Pero obra de Manning fue que el Congreso de los Estados Unidos estuviera entonces de vacaciones; me consta de una manera especial, pues anduve en ello.

El coronel logró alejar al Congreso de la capital en los momentos en que temía que Washington fuese atacado. Claro que fue el propio Presidente quien concedió una licencia de diez días a la mayor parte del personal burocrático que trabajaba en Washington, y él mismo hizo una excursión por el sur de los Estados Unidos en aquellos días; pero debió ser Manning quien le inculcara la idea.

El famoso militar utilizó también el miedo a la peste. Hizo correr el rumor, completamente infundado, de que una terrible epidemia diezmaba Nueva York; por eso estaba casi desierta la enorme ciudad cuando fue atacada por los bombarderos de la U.R.S.S. Aun así, perdimos más de ochocientas mil personas sólo en el barrio de Manhattan.

Como siempre ocurre, se echó la culpa al Gobierno federal de las vidas perdidas, y los periódicos se mostraron implacables en sus críticas, por no haberse anticipado y ordenado la evacuación de todas las ciudades de importancia, según decían varios editoriales con grandes titulares.

Dirán ustedes: si Manning preveía algo de esto, ¿por qué no solicitó la evacuación?

Quizá por la razón siguiente. Una gran urbe jamás se ha evacuado, ni se evacuará, más que ante argumentos concretos y razonables. Londres nunca fue evacuado en gran escala y nosotros fracasamos totalmente en la tentativa de forzar la evacuación de Berlín. Las gentes de Nueva York venían considerando el riesgo de los ataques aéreos desde 1940 y se habían hecho ya a la idea de tal posibilidad. En cambio les cogió desprevenidas el rumor de una gran epidemia, y el miedo a esta inexistente plaga en Nueva York produjo la mayor desbandada conocida en una gran ciudad.

Y no hay que olvidar lo que nosotros hicimos en Vladivostok, en Irkutsk, en Moscú y en Leningrado; también aquéllas eran víctimas inocentes. La guerra es la guerra.

Dije antes que la suerte desempeñó también su papel. La mala visibilidad hizo que uno de nuestros aeroplanos bombardease Riazan en lugar de Moscú; ese error providencial dio al traste con el laboratorio y talleres atómicos, los únicos que producían radioactivos militares en la Unión Euro-Asiática. Causa espanto pensar que el error hubiese sido al revés; es decir, que uno de los aviones de la U.R.S.S., al querer atacar Washington, se hubiese equivocado y hubiera bombardeado las fábricas nucleares de Ridpath, en Maryland, cuarenta y cinco millas más allá...

El Congreso de los Estados Unidos reanudó sus sesiones en la capital provisional de San Luis, y la llamada Expedición Americana de Pacificación comenzó la tarea de arrancarle los colmillos a la Unión Soviética. No se trataba de una ocupación militar en el sentido usual; ésta tenía dos simples objetivos: primero, buscar, destruir con el polvo del diablo todos los aviones, talleres y campos de aviación. Segundo: localizar y «fumigar» los laboratorios de radiactivos, depósitos de uranio y las vetas de *carnotita* y *plechblendita*. No se hizo tentativa alguna para cambiar la orientación política del régimen bolchevique.

Nosotros empleamos el polvo K.O. de dos años de producción, lo que nos daba ventajas, respiro para producir e investigar en torno a la energía atómica, consolidar nuestra posición. Se ofrecieron grandes recompensas y premios a los sabios experimentados en producir energía nuclear, y alguien ideó una técnica que surtió excelentes resultados no sólo en la U.R.S.S., sino en casi todo el mundo. Consistía en un aparato denominado «alimaña», un instrumento que servía para olfatear la radiación, basado en el principio científico de la descarga electroscópica y perfeccionado *ad hoc* por el personal del Dr. Ridpath. Facilitó grandemente la labor de localizar el uranio y las piritas.

Una rejilla de «alimañas», debidamente espaciada sobre una zona sospechosa, podía localizar cualquier masa de uranio importante, casi tan fácilmente como un indicador de dirección puede encontrar una estación de radio.

Mas, a pesar de la excelente labor del General Bulfinch y de la Expedición de

Pacificación Mundial, fue el error original de pulverizar Riazan en lugar de Moscú, lo que hizo posible la victoria total.

Cualquiera que se interese por los detalles históricos de la labor de pacificación realizada debe consultar los «Procedimientos de la Fundación Americana para Investigaciones Especiales», obra en la que figura un documento titulado «Estudio para la Ejecución de la Política Americana de Paz». La solución *de jacto* del problema de vigilar al mundo para protegerle de la guerra, dejó a los Estados Unidos el problema, mucho mayor, de inventar un programa político que garantizase la seguridad plena de que el polvo mortífero no cayese en manos criminales.

El problema es tan arduo como el de la cuadratura del círculo y casi de tan imposible solución. Tanto el Coronel Manning como el Presidente creían que los Estados Unidos debían necesariamente conservar ese poder diabólico de momento, al menos hasta que se pudiera organizar alguna institución permanente a la cual pudiera confiarse tan delicado secreto científico. Tenía un riesgo: el de que la política extranjera reside conjuntamente en manos del Presidente y del Congreso. Por fortuna, en aquellas fechas teníamos un buen Presidente y un Congreso idóneo; pero no bastaba como garantía del futuro. Recuérdese que los norteamericanos hemos tenido presidentes ineptos y Congresos hambrientos de poder. Léase si no, la Historia de la Guerra con Méjico.

Estábamos a punto de entregar a futuros gobiernos de los Estados Unidos poder suficiente para convertir el globo entero en un imperio nuestro. Y opinaba el mandatario de entonces que nuestra característica y encomiada cultura democrática no resistiría tan suculenta tentación. El imperialismo degrada tanto al opresor como al oprimido, y no queríamos caer en tal precipicio.

El Presidente estaba resuelto a que nuestra flamante supremacía se usara únicamente para el mínimo absoluto de mantener la paz en el mundo; para el sencillo propósito de hacer imposible la guerra, ¡y nada más! No debía emplearse para proteger las inversiones americanas en el extranjero, ni para conseguir tratados comerciales... En suma: para ningún otro propósito que no fuese la simple abolición de las matanzas en masa.

No existe una ciencia sociológica completa e inútil. Acaso exista algún día, cuando una Física rigurosa nos dé una ciencia plena de Química coloidal, y ésta conduzca a su vez a un conocimiento entero de la Biología, pasando a una Psicología definitiva. Después de logrado esto podremos empezar a saber algo de Sociología y de Política. ¿Cuándo sucederá esto? Alrededor del año 5000, acaso, si la raza humana no se suicida antes.

Hasta entonces sólo contamos con el sentido común, y el conocimiento experimental de algunas probabilidades. El Coronel Manning y el Presidente «tocaban de oído».

Los convenios con la Gran Bretaña, Alemania y la Unión Soviética, en virtud de los cuales nosotros asumimos la responsabilidad de la Paz mundial y, al mismo

tiempo, garantizábamos a las naciones contratantes la seguridad de que no haríamos mal uso de nuestro poder, se aprobaron en el período de alivio y buena voluntad que siguió inmediatamente a la terminación de la Guerra de los Cuatro Días. Seguíamos, al obrar así, los precedentes establecidos por los Tratados del Canal de Panamá y del Canal de Suez, la política de Independencia filipina, etc. Debiéramos haber acordado que los grandes Estados devolvieran a los demás los territorios que les hubieran usurpado; por ejemplo, el Peñón de Gibraltar a España, por parte de Inglaterra. Sin embargo, no lo hicimos.

El verdadero propósito de esos convenios fue el de comprometer a los futuros Gobiernos de los Estados Unidos a una política irrevocable de benevolencia y de paz, sostenida a cualquier precio.

Después se dictó una ley para completar los Tratados diplomáticos y el Coronel Manning se convirtió en el Comisario Manning. Estos Comisarios federales tenían su cargo vitaliciamente, jurando crear un cuerpo íntegro, permanente y libre de toda presión exterior, semejante al Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Como quiera que los Tratados internacionales citados admitían un Comisariado conjunto, no precisaba que los comisarios fueran ciudadanos norteamericanos... El juramento que prestaban era el de *mantener la paz del mundo*.

Hubo dificultades para que esta cláusula fuese aprobada por el Congreso. Todo juramento similar había sido hecho siempre a la Constitución de los Estados Unidos.

No obstante, la Comisión se formó. Tomó a su cargo la aviación mundial y asumió jurisdicción sobre los radiactivos, tanto naturales como artificiales: comenzó entonces la lenta tarea de organizar la flamante Patrulla de la Paz.

Manning ideaba un Cuerpo de Policía Mundial, una aristocracia por medio de la selección y la doctrina forense digna de los casi ilimitados poderes que habían de ejercer sobre la vida de todo hombre, mujer o niño, en cualquier lugar del planeta. Porque su poder, prácticamente, sería ilimitado. Las precauciones necesarias para asegurar que el arma invencible mundial fuera en servicio de la paz, hacían axiomático que sus custodios dispusieran de un poder que sólo estaría por debajo de la Providencia. No habría nadie que vigilase a esos mismos agentes. Sus propios méritos y el celo que mantuviesen, uno sobre otro, sería todo lo que se interpusiera entre el bienestar de la raza humana y su desastre.

Por primera vez en la Historia de la Humanidad, el supremo poder político iba a ejercerse sin posibilidad de comprobación interior ni cortapisas del extranjero. Manning tomó a su cargo la magna tarea de perfeccionar ese Cuerpo pro Paz Mundial, aunque con la subconsciente convicción de que era excesivo para la naturaleza humana.

El resto de los comisarios fue nombrado con lentitud; el nombre de los propuestos se enviaba al Senado, después de largas consideraciones conjuntas del Presidente y Manning. El Director de la Cruz Roja Internacional, un oscuro profesor suizo de Historia, y el Dr. Igor Riniski, que había desarrollado por su cuenta la técnica Karts-

Obre, al que el F.B.I. descubrió en la cárcel después de la «fumigación» de Moscú, fueron los únicos extranjeros. El resto de la lista es bien conocido.

Ridpath y su personal científico eran necesariamente el grupo técnico básico de la Comisión; los mejores pilotos del Ejército y de la Marina de los Estados Unidos constituyeron las primeras patrullas. No se precisaban todos los pilotos en activo. Se hizo la selección examinando sus expedientes personales, sus historias respectivas; investigando sus hábitos y sus procesos psíquicos, sus reacciones emocionales, a través de los métodos más eficaces en boga por expertos psicólogos.

Su aceptación definitiva para la Patrulla pro Paz Mundial dependía de dos entrevistas personales: una con Manning, otra con el Presidente.

El Coronel me dijo que confiaba más en el olfato intuitivo del Presidente que en todas las pruebas de asociación y reacción que pudiesen discurrir los científicos.

—Tiene el olfato de un sabueso —dijo—. En sus cuarenta años de política práctica ha visto cientos de impostores y todos trataban de interesarle en algo. Los percibe hasta en la oscuridad.

El plan de largo alcance incluía a los jóvenes de todas las razas, color y nacionalidad, especialmente educados y entrenados para guardar la paz del mundo.

A su país de origen no podría regresar ningún hombre durante el servicio. Constituirían voluntariamente una expatriada Organización, sin más deberes que para la Comisión Pro Paz, formados con un espíritu de Cuerpo cuidadosamente cultivado.

Existía la posibilidad de que el proyecto fuera factible. Si se le hubiesen concedido a Manning veinte años para trabajar sin interrupción en este sentido, el Plan Universal habría funcionado en beneficio de todos.

El compañero propuesto para la reelección de Presidente de los Estados Unidos era resultado de un compromiso político.

El candidato a la Vicepresidencia era un conocido aislacionista que se había opuesto a la Comisión de Paz Mundial desde el principio del proyecto; pero tenía que ser él, a menos de provocar la división del partido en una época en que la oposición era fuerte. El Presidente pudo ser reelegido, pero con un Congreso notablemente débil. Sólo la facultad del voto impidió por dos veces el rechazo del *Acto de Paz*. El Vicepresidente no hizo nada por ayudarlo, aunque no encabezó ni secundó a los rebeldes. Manning revisaba sus planes febrilmente para completar un programa esencial que habría de entrar en vigor antes de finalizar el año 1952, ya que no se podía predecir el matiz de la nueva Constitución norteamericana.

Tanto él como yo, trabajamos con exceso y empezaba a darme cuenta de mi falta de salud. La causa no era difícil de diagnosticar. Padecía de un acumulado envenenamiento radiactivo. No era un cáncer bien definido que pudiera ser operado, sino un deterioro sistemático de funciones y tejidos. No había remedio ni alivio para ello, sino trabajo por hacer. Siempre he atribuido mi mal principalmente a la semana que pasé sentado sobre aquellos receptáculos de polvo diabólico antes del *raid* contra

Berlín.

17 de febrero de 1951. - Perdí la rápida vista que se dio por televisión del accidente aéreo que mató al Presidente, porque yo estaba descansando en mi departamento. Manning me exigía reposo todas las tardes después del almuerzo, pues todavía seguía yo prestando servicio. Me enteré de ello por mi secretario, cuando volví a la oficina, e inmediatamente fui a ver al Coronel.

Hubo en esta entrevista el mismo dolor e igual desconsuelo que el día en que murió Estelle Karts. Manning levantó la vista:

—¡Hola, Anson! —me dijo lacónicamente.

Le puse la mano sobre el hombro, con familiaridad, pues yo quería mucho a mi Jefe.

—No lo tome usted así, mi Coronel...

Cuarenta y ocho horas más tarde llegó un mensaje del nuevo Presidente para que Manning se presentase a informarle. Fui a entregárselo. Era un parte oficial que yo mismo descifré. Lo leyó con fisonomía impasible, sin alterársele un solo músculo.

—¿Va usted a ir? —pregunté.

—¿Eh? Claro, cómo no iba a hacerlo.

Volví a la oficina a coger mi abrigo, sombrero, guantes y la cartera de mano.

El Coronel levantó los ojos cuando volví.

—¡No vale la pena, MacDonald! —me dijo.

Debí poner gesto de insistir, porque añadió:

—Usted no va, porque hay aquí trabajo que hacer. Aguarde un instante.

Se acercó a su caja fuerte, hizo girar los discos, la abrió y sacó un sobre cerrado que puso sobre el pupitre que nos separaba:

—Aquí tiene usted las instrucciones precisas. Ocúpese de ello.

Salió, mientras yo abría el sobre. Leí atentamente las órdenes y me dispuse a cumplimentarlas. El tiempo urgía.

El nuevo Presidente recibió al Comisario Manning de pie, en compañía de varios íntimos suyos y guardaespaldas. Manning reconoció entre ellos al Senador que había intentado que se utilizara la Patrulla para recobrar las propiedades americanas expropiadas en Sudamérica y en Rodesia, así como al Jefe de un Comité de Aviación con quien había tenido conferencias desagradables al intentar éste buscar un *modus operandi* para restablecer las líneas aéreas comerciales:

—Es usted rápido en cumplir las órdenes que recibe. ¿Cómo está, Coronel?

Manning se inclinó.

—Vale más que no andemos con rodeos —continuó el Presidente de los Estados Unidos—. He dispuesto algunos cambios de política interior. Le pido su dimisión.

—Siento tener que negársela, señor.

—¿Cómo? ¡Eso ya lo veremos! Por el momento, Coronel Manning, queda usted relevado del servicio activo en el Ejército.

—Señor Comisario Manning es mi título ahora y el cargo que ejerzo.

El flamante mandatario se encogió de hombros:

—Sea uno u otro, queda usted relevado de todos modos.

—Lamento no estar de acuerdo otra vez. Mi nombramiento es vitalicio.

—¡Basta ya! —fue la respuesta—. Estamos en los Estados Unidos de América. No puede haber autoridad más alta que la mía. Queda usted detenido.

Recuerdo a Manning mirándole fijamente por unos momentos y contestando después lentamente:

—Puede usted detenerme físicamente, lo admito; pero le aconsejo aguarde unos minutos.

Se acercó a la ventana e indicó al Presidente:

—Mire allá arriba...

Seis bombarderos de la Comisión de Paz patrullaban por encima del Capitolio:

—Ninguno de esos pilotos nació en América —añadió el Coronel pausadamente—. Si me arresta, ninguno de nosotros sobrevivirá al día en que estamos.

Enmudecieron y Manning salió con gesto altivo.

Fue el sabio y valeroso Coronel el indiscutible dictador del mundo, pero siempre en defensa de la paz.

Le odiaron poderosos enemigos en otro tiempo, pero él continuó su ruta impasible. Trató de perfeccionar por todos los medios a su alcance la Patrulla de la Paz Mundial, hacerla fiel a su destino y automáticamente perpetua. ¿Lo conseguiría?

La enfermedad cardíaca que padece Manning hace todavía más difícil la respuesta, ya que lo mismo puede vivir veinte años que morir mañana y no hay nadie capaz de ocupar su puesto, dado su saber del misterioso «Polvo del diablo» y sus vastos conocimientos de iniciado en los secretos de la investigación atómica, aunque algunos de éstos, por el camino de la ciencia, ya van siendo del dominio universal.

—Yo voy a morir pronto —dijo opacamente MacDonald—, pero no me gusta que nadie en el mundo posea un poder semejante, la facultad de vida o muerte sobre todos los seres creados por Dios y que alienten sobre la tierra, el mar y el aire. Y estoy seguro de que a Manning tampoco.

Al terminar Anson su relato, la luz del amanecer neoyorquino se filtraba ya por las amplias ventanas del Club de Inventores.

III - EL SUBLIME METAL

A la tarde siguiente volvieron a reunirse en el Club de Inventores nuestros amigos, los conocidos escritores de investigación nuclear y materias atómicas Clemente Soria, Anson MacDonald, Nat Schachner, David H. Keller, Malcolm Jameson, Q. Patrick y un grupo de admiradores que siempre acudía a oírlos en esta singular tertulia.

—Bueno —habló el eminente ingeniero español, después de haber escuchado anoche el maravilloso relato de nuestro amigo MacDonald—, ahora le toca a usted. Mr. Schachner, el amenizarnos con sus experiencias en torno a los nuevos metales.

—No es mucho lo que yo pueda decir sobre el tema —repuso modestamente el aludido—, ni abrigo la esperanza de que se me crea; pero de todas formas accedo gustoso a ello.

Se retreparon cómodamente en las butacas aquellos hombres, teniendo a su alcance las copas y las pitilleras, y empezó así Nat su narración:

—El crepúsculo tendió su manto protector aquel día sobre la rugiente vida de Nueva York. Por un instante, se produjo el silencio, tal y como lo tenía decretado la naturaleza. En seguida la gigantesca ciudad acentuó retadoramente la tensión de sus músculos, aceleró el precipitado ritmo de su existencia...

Pequeñas luces parpadeaban sobre las masas urbanas cuando el Abogado, el comisionista y el hombre de negocios sacudían sus ya cansadas energías para renovar su esfuerzo. Las calles, encañonadas entre edificios de enorme altura, se orlaban con largos collares publicitarios. Broadway se convertía así en un incandescente tablero con extrañas figuras mecánicas que pregonaban desde las fachadas las virtudes de toda clase de productos industriales, baratos y lujosos. Los gerentes de las compañías de electricidad contemplaban entonces los gastos, cada vez mayores, registrados en sus centrales de distribución y debían sentirse plenamente satisfechos del negocio.

Y lo estaban, ciertamente, excepto por una sola cosa: por la amenaza que suponía el edificio Coultling. Era algo singular, digno de ser inserto en una versión actual de «Las mil y una noches».

Sin embargo, tal construcción, no terminada aún, debiera haber alegrado el espíritu comercial de los directores y accionistas de las grandes empresas productoras de energía eléctrica. Tenía el edificio en cuestión una altura de ciento cincuenta pisos, dividido en innumerables oficinas y estancias comerciales; podía albergar más de cincuenta mil empleados y era relativamente fácil calcular el consumo de kilovatios hora anuales. Teniendo en cuenta lo rápidamente que oscurece en invierno, el número habitual de días nublados y lluviosos, la ambición de dinero que obliga a trabajar en las oficinas hasta bien entrada la noche, el porcentaje usual de patronos que tienen a sus bonitas mecanógrafas tecleando horas extraordinarias, la afición al póquer en los mismos despachos y todas esas cosas distraídas que se les disfrazan a las confiadas

esposas con la peculiar explicación de «importantes reuniones de accionistas» y de Consejos de Administración, lo demás era cuestión de matemáticas.

Pero —y ahí estaba el busilis— en este caso las matemáticas sobraban. Excepto por el insignificante amperaje requerido para el funcionamiento de los ascensores, aspiradores, etcétera, nada importaba allí que la electricidad no se hubiese descubierto. Por ello fue precisamente por lo que el edificio Coulton causó tal sensación, lo mismo en el mundo práctico que en el científico. Los autobuses de turistas llegaban allí repletos de damas burguesas de Keokuk; de maestras de escuela, que no se atreverían a mostrar su excitación, procedentes de Walla Walla; de aburridos compradores de ropas hechas, llegados de Texas, y las inevitables parejas en viaje de luna de miel, que iban Dios sabe dónde, daban una vuelta especial por el lado sur del Parque Central hasta Coulton, y los guías, fatigados, aspiraban profundamente antes de llevarse el megáfono a los labios.

Una noche, el propio Thomas Coulton formaba la figura principal de un grupo congregado ante su ya universalmente famoso edificio. Re erguía sobre la insistente muchedumbre de periodistas, casi lo mismo que el edificio Coulton dominaba y empequeñecía a sus vecinos. Era un hombre grandote, de cuerpo y cabeza toscos, hablaba con voz fuerte, imbuido de los millones de dólares que figuraban en sus cuentas corrientes y en sus negocios, todo herencia de su padre.

En nada se parecía Coulton a la estampa habitual de un físico famoso —ya conocen ustedes el tipo: pálido, delgado, ascético, con ojos que arden al contacto de la llama científica—, ni tampoco a su ayudante, Harley Dean, que permanecía de pie entre el bullicioso y ávido grupo de reporteros con cuartillas y lapiceros en las manos.

Harley Dean hubiese podido pasar inadvertido entre los invitados jóvenes a una fiesta de sociedad; ciertamente, le sentarían bien el traje de franela y la raqueta de tenis en un partido de *fin de semana* en Long Island. Sin embargo, Dean era el verdadero descubridor del *Evanio n° 93* en la escala de elementos. Fue también él quien lo mezcló con otros elementos conocidos para hacer posible el edificio Coulton.

No obstante, por cada persona que conociese el nombre de Harley Dean, había millares que sabían el de Thomas Coulton. Fueron sus laboratorios, espléndidamente equipados, y sus enormes recursos financieros los que dieron al sabio Dean la oportunidad de proseguir sus audaces experimentos. El colosal egoísmo de Coulton y su vanidad de ser conocido como hombre de ciencia, además de multimillonario, fue lo que le convirtieron ostensiblemente en Jefe del Laboratorio experimental, dando al mundo científico la impresión de que él, Thomas Coulton, era el único padre y descubridor del *Evanio* y sus aleaciones.

Mr. Harley Dean permanecía en la penumbra, sin importarle mucho. Tal ha sido, no pocas veces, el destino de los verdaderos genios, desde que los ricos se dedicaron a las Ciencias y a las Artes por presumir. Se sonreía irónicamente al escuchar las resonantes frases de Coulton, dictadas por Dean y que tanto lucían luego en las

páginas de los grandes diarios y de las revistas especializadas; pero continuaba en su cotidiana labor con el mismo entusiasmo de siempre.

Empero, ahora no se sonreía. Estaba francamente preocupado. Vagos temores le asaltaban, presentimientos que se cernían más y más conforme pasaban los días y la tremenda empresa tocaba a su fin. No obstante, todo parecía marchar bien y no haber base alguna para su inquietud y preocupación, a no ser ese exceso de cautela del verdadero investigador científico, que siempre cree no poseer todavía datos suficientes que justifiquen la llegada a definitivas conclusiones.

Coulton se rió de los escrúpulos de Harley y activó sus planes sobre el maravilloso edificio, tan rápidamente como pudiesen hacerlo sus ingenieros y arquitectos.

Su optimismo era tan grande como su cuerpo; Dean era un trabajador incansable, siempre con la nariz metida en su labor; al paso que él, Coulton, tomaba decisiones instantáneas y pintaba su prisa con tremendas pinceladas sobre gigantescos planos.

—Lo que necesita, muchacho —le dijo a Dean con amistoso énfasis—, es visión de los negocios. Si señor, *Visión* con letras mayúsculas. Si le escuchase a usted, el mundo permanecería inmóvil. Deseche sus inocentes escrúpulos. Así jamás se haría nada. Pero, hombre, ¡si hemos ensayado y probado la maldita aleación durante más de un mes! ¿Qué más quiere usted?, ¿que dure un milenio? A no ser —añadió riendo— que posea usted acciones de cualquier Compañía de electricidad o del Trust del acero y sea eso lo que le pone nervioso. Yo sigo adelante. ¡Sin demora alguna!

El plural, al hablar de ensayos y pruebas, era puramente eufemístico. Todo lo que Coulton hacía era visitar el Laboratorio una hora o dos todos los días, eso si otros quehaceres se lo permitían, y en tan corto tiempo se las arreglaba para romper costosos aparatos, estropear importantes y delicados experimentos. En términos generales, ponía a prueba la paciencia de Harley Dean.

Esa tarde su voz se elevaba vanidosamente en el aire crepuscular.

Estaba en su elemento: hablar con ampulosas frases a los reporteros. Irritó con ello a Dean por primera vez. Su sentido del humor era insuficiente para aguantar a su Jefe esa noche. Quizá porque se sentía fatigado; o bien, porque la sombra del titánico edificio casi terminado ya llenaba sus sueños de pesadillas agoreras.

—¡Miradlo! —decía a los periodistas con gesto grandilocuente—: es lo más hermoso que el mundo ha visto jamás. Las siete Maravillas condensadas en una... Y algunas más que los griegos no pudieron incluir en la cuenta. Los reporteros alargaban el cuello y alzaron los ojos. Era en verdad una vista fantástica. La gran estructura de evanio se elevaba rectamente mil quinientos pies en el espacio; sus suaves y relucientes flancos metálicos, llenos de gracia y de belleza, daban, sin embargo, una impresión de tremenda resistencia. Suponía aquello una innovación enteramente metálica. Mas el milagro que suscitaba entrecortadas exclamaciones de admiración, tanto por parte de los pueblerinos forasteros como entre los científicos curiosos, era la extraña luminiscencia de ese metal recién inventado. En aquel

momento, el crepúsculo declinaba tornándose en tinieblas. Nueva York parecía un cepillo de desiguales y luminosas púas destacándose sobre un horizonte azulesco. El edificio Coulton no necesitaba luz ajena. Brillaba con fuego innato; irradiaba suavidad pura y blanca, fuerte como el sol del mediodía, aunque sin cegadores reflejos ni molestas refracciones. Lo mismo dentro que fuera del edificio, las paredes metálicas convertían en plena luz solar a las vencidas tinieblas nocturnas.

¡Un palacio de hadas que se eleva al espacio! El ruido de los martillos se filtraba hacia abajo desde los pisos últimos. Se daban los toques finales a la gigantesca estructura de un metal transparente hasta entonces desconocido. Faltaba una semana tan sólo para el primero de octubre, echa de la inauguración del portentoso edificio.

—Señores —seguía diciendo Coulton con su potente voz de millonario—, permítanme que les dé un consejo: vendan como puedan sus acciones eléctricas. La iluminación artificial ha quedado con mi sistema tan anticuada como las bujías y los quinqués de petróleo. Dentro de cinco años, todo nuevo edificio de los Estados Unidos, y aun del mundo entero, estará hecho de *Coultonita*.

—Acaso nos permita usted participar en sus negocios, Mr. Coulton —dijo riendo un periodista—, tengo un par de centenares de dólares que quisiera invertir provechosamente.

Coulton desplegó su amplia sonrisa y meneó la cabeza:

—Lo siento, muchachos, pero utilizo mis propios medios. Como sabéis —dijo con tono confidencial y humorístico—, yo también poseo algunos cochinos ahorrillos. —Y lanzó una sonora carcajada, riéndose de su propio ingenio. Los demás, contagiados, le hicieron coro.

—¿No le importa repetir la historia de su descubrimiento, Mr. Coulton? —preguntó un reportero de nariz larga y ganchuda, prueba étnica de su origen hebreo.

—¡De ningún modo! ¡De ningún modo! —La voz del millonario se hizo importante—: Perseguí yo este invento desde hace algún tiempo. Me obsesionaba. Y luego, un día cualquiera, después de meses y meses de penosa labor... ¡Eureka! ¡El éxito coronando mi esfuerzo y mis vigiliass! —Miró a todos como un pavo real y continuó—: Ante nuestros excitados ojos, cuidadosamente encerrado en el vacío, había un elemento sólido, verde oscuro, escamoso. Un nuevo elemento: el número 93 de la escala científica, que jamás habían visto; o manejado los seres humanos. Una nueva creación, un tributo —tosió con falsa modestia— al trabajo persistente y continuado, y si se me permite añadir, sin que parezca petulancia, a un ligero toque de...

—¡De genio! —completó alguien. Coulton se echó a reír:

—No iba a emplear exactamente esa palabra. De todos modos, apenas habíamos recreado nuestros ojos en la aparición milagrosa cuando se desvaneció. En su lugar quedó cierto gas. Ensayamos éste y hallamos que era *uranio X*. Una y otra vez preparamos con fórmulas adecuadas nuestro nuevo elemento; éste siempre desaparecía y resultaba el *uranio X*. Por lo tanto, le llamamos Evanion, porque era

tan... Bueno, para que lo entiendan ustedes diremos que lo llamamos *Evanion* porque es evanescente. Es apropiado, ¿verdad? Todos sonrieron admirando al gran inventor y le felicitaron.

Alguien le preguntó:

—¿Cuánto tiempo duró el *Evanio* antes de cambiar?

—Bueno... Veamos..., incidentalmente... ¡Mr. Dean! —gritó por encima de las cabezas de sus interlocutores—. ¿Recuerda usted por casualidad el número exacto de horas?

—Treinta y cinco y tres décimas de segundo —replicó Dean sin titubear desde fuera del corro.

El permanente fulgor del edificio hacía visible una sombra de amargura en los ojos del sabio, huella que quedó prontamente disimulada por Harley.

—Es mi auxiliar —explicó Coulton a los reporteros—. Un gran hombre para los detalles. Bueno, como les decía, era difícil hacerse con un elemento que, por decirlo así, no se detenía siquiera para que entablásemos amistad. Por lo tanto, hicimos experimentos. Ensayamos combinaciones con otros elementos más familiares; formamos aleaciones. Así fue como descubrimos la *Coultonita*. Es una aleación de *Evanio* con titanio y berilio, en proporciones determinadas y secretas por ahora. Perdonen la sinceridad con que les hablo; naturalmente, la fórmula debe continuar siendo nuestro secreto. Comprendan ustedes las razones que tengo para ello; no soy un romántico...

Los periodistas asintieron, haciendo con la cabeza gestos afirmativos. Coulton era un hombre de negocios, además de un gran físico. Y no se ocupaba de negocios por mera distracción.

—Sí, señor —prosiguió el millonario—. Sometí a pruebas esta extraña aleación durante más de un mes, antes de decidirme a construir el edificio Coulton. Respondió a todas las pruebas. Muchachos, pueden afirmar que no existe hoy nada comparable en todo el universo. Es el metal ideal, perfecto para cualquier uso que pueda concebirse, véanlo. Es más ligero que el aluminio; su fortaleza tensil es..., es de...

—Un millón doscientas treinta mil libras por pulgada cuadrada —dijo Dean—, sacándolo del atolladero.

—¡Exactamente! Es más duro que el diamante; sin embargo, extremadamente maleable, no es corrosivo; su punto de fusión es elevado y su módulo de elasticidad de Young es de..., vamos a ver...

—Setenta y cuatro millones —completó Harley fatigado del charlatán engreído.

Coulton se dio cuenta de ello y quiso terminar:

—Y ahí tienen ustedes, muchachos. ¡La *Coultonita*! ¡El mayor descubrimiento de todas las edades!

Los reporteros se marcharon a sus redacciones. Dean aguardó hasta que se fueron todos y entonces dijo:

—Mire usted, Mr. Coulton, no puedo quitarme de la cabeza la idea de que algo grave va a suceder. Estamos tratando con fuerzas desconocidas; con un elemento que no existía hasta que nosotros lo creamos. Más aún, con un elemento que se desvanece ante nuestros propios ojos. Debió usted haber aguardado hasta que se hubiesen hecho más pruebas con la aleación, hasta que nuestro invento estuviese sometido al paso del tiempo, hasta que...

La frente de Coulton se oscureció:

—¿Otra vez vuelve usted a sus absurdas teorías? —dijo colérico—. En nombre del cielo, ¡estoy ya cansado y hartado de sus jeremiadas! Le pago con muy buen dinero para que trabaje para mí y no quiero oír quejas ni tonterías. La responsabilidad de lo que pueda suceder es mía. Tranquilícese.

Dean se puso encarnado. Sus labios se apretaron; su noble fisonomía se contrajo en rígidas líneas.

El millonario reconoció señales de tempestad en el rostro del sabio y recogió velas. Necesitaba a Dean. Sin él, toda la estructura de su pretendida eminencia científica se derrumbaría inmediatamente.

—Bueno —se apresuró a decir—. No quise decir nada ofensivo para usted. Pero, por amor del cielo, usted es mi amigo, usted trabajó muchísimo haciendo pruebas y experimentos antes de que yo me decidiese a levantar este edificio, ¿no es así?

—Desde luego; pero...

—La aleación respondió a todas las pruebas hechas y se mostró estable como una roca, ¿no es cierto? Conteste.

—Exactamente; mas...

—Entonces, ¿por qué preocuparse? Como quiera que sea, es ya demasiado tarde; de todos modos el edificio está levantado, acabado, a punto de ser inaugurado.

Dean reconocía en su fuero interno que sus temores no se basaban en nada concreto, que carecía tal vez de fundamento. No obstante, exclamó:

—Por lo menos, Mr. Coulton, haga usted una cosa: deje el edificio por un plazo de, digamos, seis meses. Para entonces, si todo sigue bien, sabremos que la aleación es sólida y estable. Entonces puede usted continuar con toda confianza el resto de sus planes.

Coulton le miró fijamente, después echó la cabeza hacia atrás y rugió:

—¡Vacío durante seis meses! —Su voz quedó entrecortada por la risa y hasta las lágrimas le resbalaron por las sonrosadas mejillas—. Esto es lo más original que he oído desde hace años: una inversión de diez millones de dólares, en dinero contante y sonante, que se consume en impuestos e intereses sin producir nada, sólo porque el joven Harley Dean se siente demasiado cauto con respecto a un resultado científico. —Meneó la cabeza compasivamente—: Reconozco que puede usted ser un físico excelente, Dean; pero es un pésimo hombre de negocios. Este edificio mío es un éxito completo, y está alquilado desde el tejado a los sótanos, a rentas elevadísimas, a partir del primero de octubre. Y usted quiere que yo... Vamos... La risa volvió a

contorsionarle la cara y el cuerpo entero.

Era verdad lo que el millonario afirmaba, todas las empresas del mundo querían alquilar el edificio Coulton. Los nombres de carrera: abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, etcétera, las grandes corporaciones y los círculos sociales; lo mismo las empresas serias que los almacenes improvisados que trafican con dudosas mercancías, ambicionaban el *cachet* que habría de darles una dirección universalmente famosa. Pero los agentes encargados de alquilar el Coulton se frotaban las manos con júbilo, y como tenían donde escoger rechazaban de plano toda petición que no fuera avalada con la clasificación A en los anuarios comerciales de Dun y de Bradatreet. Aun así, la lista de aspirantes formaba colas interminables.

El primero de octubre comenzó el jaleo. Desde las primeras horas de la mañana hasta la noche, los camiones de transporte formaban convoyes que dificultaban el tráfico ante las entradas especiales de los servicios. Los muebles relucientes y los nuevos equipos de oficina se iban volcando allí, en ininterrumpida corriente. Hubo que formar cordones policíacos urbanos para apartar a los curiosos.

La inauguración de la magnífica estructura estuvo rodeada de gran boato. Los ingenieros famosos se mezclaban allí con los banqueros y los elementos oficiales. El Gobernador del Estado y el Alcalde de Nueva York entraron del brazo y pronunciaron discursos de circunstancias, elogiando a Thomas Coulton, sus conocimientos, su ciencia, su iniciativa, su civismo, su amplitud de visión, su riqueza; alabaron a su padre y a su abuelo, hasta el punto que Harley Dean, metido entre un grupo de científicos poco importantes, casi sintió náuseas. Doctas corporaciones enviaron delegados y otorgaron medallas, las cámaras cinematográficas funcionaron continuamente y las cintas magnetofónicas recogieron todos los discursos allí pronunciados.

Solamente los representantes de las Compañías que suministran energía y los del *trust* del acero brillaron por su ausencia.

Pasó el primero de octubre, como deben pasar todos los días. Pasaron también los meses de octubre, noviembre y diciembre. Nada sucedió; es decir, nada que justificase las advertencias pesimistas de Dean.

El edificio Coulton fue un éxito aún mayor del que se había esperado. Los inquilinos se extasiaban con la luz clara y difusa que emanaba de las paredes. Jamás cambiaba; no tenía los inconvenientes usuales de fusibles quemados, bombillas fundidas, cables con exceso de cargas. Distribuida su luz, tan suave para la vista, por igual a través de las estancias y el metal plateado o mate se prestaba a lujosos y artísticos efectos decorativos.

Los negocios aumentaban y la prosperidad sonreía a los inquilinos. Ser ocupante del edificio Coulton era una marca de distinción, algo selecto que se destacaba de las empresas corrientes. Los clientes importantes y los parroquianos ricos iban a esas oficinas y comercios, primero para ver con sus propios ojos las tan ponderadas maravillas; pero al mismo tiempo hacían gran número de encargos y de pedidos, de

transacciones y asuntos de todas clases, quedándose a comer en sus restaurantes y a divertirse en sus salas de espectáculos.

Todo el mundo se sentía feliz, pero Coulton más que nadie. De tan hinchado, flotaba en el aire; llevaba las medallas y condecoraciones, otorgadas por entidades científicas y gobiernos extranjeros, en su chaqueta de *smoking*. Soñaba y se veía ya como dictador financiero del mundo.

Porque a la luz del tremendo éxito que su primera aventura, cartas, mensajes telefónico?, cablegramas y *radios* le llovían, en ininterrumpida catarata, del mundo entero, pidiendo toneladas y más toneladas de la milagrosa *Coultonita*. El antaño poderoso *trust* del acero capituló y envió emisarios para buscar una fórmula de arreglo. Los Gobiernos europeos hicieron febriles pesquisas científicas. Hasta la lejana Mongolia y la remota Patagonia se hallaban representadas en el torrente de encargos, lo que suponía lo universal del triunfo.

Coulton perdió la cabeza. Vendió sus otras inversiones de capital; transfirió absolutamente todo lo que poseía —excepto el edificio, por supuesto— en dinero disponible. Inmensas fábricas surgieron como hongos sobre las planicies de Nueva Jersey; sus agentes se lanzaron por el mundo en busca de minas y arriendos, tratando de adquirir o contratar todos los depósitos conocidos de titanio y berilio. Dean siguió en la oscuridad, intranquilo, pesaroso, demacrado, discurriendo nuevos y más económicos medios para separar estos tesoros de sus inutilizables residuos. Afortunadamente, el *evanio* podía ser sintetizado y aislado, mediante un poderoso bombardeo de neutrones, del vulgarísimo azufre. Por suerte, sólo se requería una pequeña *traza* o porción del evanescente y nuevo elemento para manufacturar la aleación. Diez mil hombres trabajaban y percibían sueldos a las órdenes de Coulton.

—Bueno, joven pesimista —dijo jovialmente Coulton a Dean un día por centésima vez—, ¿qué tiene usted que decir ahora?

Era Navidad, y todo seguía perfectamente. La Sociedad «Empresas Coulton, Incorporadas», se había instalado magníficamente en el piso ciento cuarenta y nueve de la gigantesca torre del maravilloso metal.

La vista que se gozaba desde cada ventana era emocionante de veras, por su inigualable sublimidad y grandeza. Era ésta otra innovación que constituía por sí misma un rasgo genial. Fue idea de Dean, sugerida por el sabio y adoptada con su característico entusiasmo por el patrono, que se la apropió como todo lo demás.

Como sabemos, las ventanas tienen tres funciones. Llevar luz al interior de las habitaciones; permitir la entrada del aire y ofrecer vistas distraídas a las gentes que tienen tiempo para aburrirse.

De las tres, dos son fundamentales; la tercera, puramente estética. Pero el moderno «acondicionamiento del aire» hace innecesarios los grandes espacios para permitir el paso de suficiente oxígeno respirable, y la *Coultonita* podía prescindir de toda iluminación exterior. Por lo tanto, sólo quedaba el uso estético incidental.

Los hombres de negocios, empero, son eminentemente prácticos. Adoran el arte y

la belleza siempre que no mermen sus beneficios. Y la idea de dedicar grandes superficies tan sólo a que las mecanógrafas y los empleados pudiesen contemplar distraídamente el lejano océano, la plácida bahía, o los picos y agujas de Nueva York, era poco grata a un práctico hombre de negocios como Coulton.

Por lo tanto, las ventanas, en conjunto, parecían condenadas a desaparecer, hasta que Dean tuvo su inspiración. Abrir unas lumbreras pequeñas y redondas, como las de los trasatlánticos. Ocupaban poco espacio. En vez de vidrio ordinario, se pusieron en ellas cristales de aumento. Y al mirar, ¡el panorama parecía sobrenatural! Fue un buen tema de publicidad, no menos que una atracción más para los inquilinos y los visitantes, clientes posibles de toda clase de negocios.

Mas, volviendo a la pregunta de Coulton, Dean poco tenía que contestar. Al principio, había explicado sus puntos de vista, razonada y repetidamente; aunque sin resultado.

—Acaso tenga usted miedo de entrar conmigo en nuestras nuevas oficinas —dijo Coulton con sorna—. Si es así..., quédese.

Dean, que nada tenía de cobarde, supervisó el traslado de sus preciosos instrumentos de física y química al nido de águilas, en lo alto del edificio Coulton, que eligieron para laboratorio eventual.

Pasó Navidad y celebróse el Año Nuevo con las fiestas usuales. La gran estructura de evanio habíase convertido en un palacio comercial familiar a todos; su brillantez y siempre iluminado exterior no excitaba apenas ya la curiosidad de los neoyorquinos nativos. Nada parecía más estable, más perenne. Las fábricas de evanio llegaban al apogeo de su producción. La primera hornada de *Coultonita*, en lingotes, estaba preparada para su embarque. Dean se dedicó a otras investigaciones, se sumergió en ellas con ardor y deseos imprecisos de olvidar su inquietud. Sus temores habían disminuido; habían desaparecido prácticamente casi del todo.

La primera noticia de que algo podía no marchar bien procedió de un vigilante nocturno. Era obligación suya recorrer el edificio entero una vez cada noche, ver si había puertas abiertas, ladrones, inquilinos extraviados y, en general, para cuidar de que todo marchara normalmente. A eso de las diez de la mañana del 9 de enero entró el sereno con aire vergonzoso en el despacho particular del gran hombre, dando vueltas a su sombrero entre las manos. Había pasado ya con creces la hora de abandonar su servicio; pero era un escocés con gran noción de sus deberes y estimó que le incumbía informar directamente al jefe principal de lo observado. Dean se hallaba también en el despacho de Coulton, nervioso y excitado por la terminación de un importante trabajo y tratando de nacérselo comprender con vehementes palabras a su superior, que aunque presumía de sabio tenía malas entendederas.

—Buenos días, señor —dijo tímidamente el guardián de noche.

—Buenos los tenga usted. ¿Qué hay, buen hombre? —dijo Coulton interrumpiendo a su ayudante con cierto alivio. Gracias a esto había podido entrar el

modesto empleado tan fácilmente en el *sána* *sanctórum* directorial.

—Pues, pasa lo siguiente, Mr. Coulton —comenzó el vigilante—. Soy el guarda nocturno y hacía mi recorrido de inspección anoche, como de costumbre, en el piso 73; no, no debía de ser éste, porque recuerdo haber levantado la vista y vi sobre la pared una hermosa fotografía de un vapor construido en Clyde; de modo que debió de ser...

—Nada importa en qué piso estuviera usted —gruñó Coulton impaciente—. ¿Qué pasó tan importante que le hace a usted venir a mí en vez de dar cuenta al Jefe de Servicios?

—A eso voy —dijo el escocés con imperturbable gravedad—. Es muy difícil de explicar. Porque allí estaba yo, ocupado en mi tarea, examinando las puertas, todo muy quieto y tranquilo, cuando pasó... —Hizo una pausa y una llamita de miedo se asomó a sus claros y cándidos ojos.

—Bueno, acabe ya, por favor —exclamó con malhumorado ademán el millonario.

—El caso es, señor, que todo el edificio pareció experimentar una sacudida. Era algo muy raro. No se tambaleó, entiéndame, como cuando hay un terremoto, ni hizo mucho ruido. Pareció, más bien, como si todas las piezas del edificio se reajustasen, por decirlo así, como si cambiasen de postura. Era una sensación muy particular, diría yo, como si —buscó palabras adecuadas—, como si todo este extraño edificio se estirase o *creciese*. Esto es todo, Mr. Coulton. Recuerdo que cuando yo era un mozalbete...

—Mire, buen hombre. Usted bebió anoche, ¿no es eso?

El vigilante, indignado, se puso pálido.

—¡Señor! —protestó balbuciente—. No tiene derecho a ofenderme. Soy un hombre honrado. Nunca bebo alcohol, excepto..., acaso unas gotas de vez en vez, cuando es noche muy fría, para cumplir mejor mi deber.

—¡Está bien, está bien! Le perdono —Coulton quería tranquilizarse—. Bueno, ahora váyase a su casa a dormir. Y recuerde que si vuelve a beber durante las horas de servicio, ¡le ponemos de patitas en la calle! ¿Lo entiende usted?

—Sí, señor; pero es el caso que yo anoche no bebí... —El vigilante retrocedió asustado hasta la puerta, dio media vuelta y se fue tropezando escalera abajo, meneando la cabeza y hablando a media voz consigo mismo. El caso es que estas «gotitas»... no eran lo bastante para hacerle oír un ruido tan peculiar. ¿O lo eran?

Coulton lanzó un suspiro de satisfacción.

—Lo mejor para dar al traste con un rumor así, es cortarlo en su origen. ¿No le parece, Harley?

Pero Dean no había escuchado el diálogo. Durante todo el mismo se había ocupado en trazar números sobre el cuaderno que tenía delante. Estaba absorto en sus investigaciones. Continuó sin hacer caso a lo que le decía el patrón:

—Ahora, comprenda usted esto, Mr. Coulton. Moví la pantalla fluorescente a un ángulo de cuarenta y cinco grados e inserté otro imán...

El que no atendiera a lo que dijo el vigilante nocturno fue una lástima. Porque Dean era el único que, en esta fase del fenómeno, hubiese podido comprender toda la trascendencia del relato.

El fenómeno siguiente fue evidente para todos. Acaeció una semana después del observado por el sereno del edificio misterioso.

Dean se hallaba en el laboratorio, trabajando fuera de las horas habituales. Relucían ante él tubos catódicos, enormes imanes giraban sobre sus aros, fugaces destellos saltaban sobre la brillante superficie de una bola electrostática. Las paredes de *Coultonita* difundían sobre todo aquello su blanca y suave iluminación. La puesta del sol exterior había pasado inadvertida.

Harley gruñó algo, se pasó apresuradamente los dedos por los rebeldes cabellos y anotó unos guarismos en su librito de notas. No oyó entrar a Coulton. Y eso no era raro. Porque su entrada fue muy diferente de la manera ruidosa y segura de sí mismo que acostumbraba emplear.

El «gran hombre» permaneció silencioso por un momento. Después, tosió, con una tosecilla tímida. Algo muy diferente a su modo habitual.

Dean levantó la vista:

—¡Hola, Mr. Coulton! —dijo abstraídamente, sin más, y hubiese retornado a sus cálculos. Pero algo en la fisonomía de su jefe retuvo su atención. Estaba pálido y sus ojos dilatados se dirigían a las paredes del espacioso laboratorio, como si miraran sin ver.

—¿Qué pasa? —preguntó Dean.

Coulton se pasó por la frente su mano temblorosa.

—No sé —contestó—. Pero mire usted estas paredes.

Harley, sorprendido, miró en derredor suyo. Y en seguida lo vio. El efecto era tenue, casi imperceptible. Hubiese pasado inadvertido si Coulton no le hubiese dirigido específicamente su atención a ello.

La luminiscencia no era ya de un blanco puro, con ese levísimo matiz azulado que la hacía asemejarse tanto a la luz del exterior. Ahora temblaba un poco. Pequeñas y fugaces notas de color, se movían en veloz y agitada sucesión sobre las paredes de *evanio*. Se amalgamaban unas con otras; relucían y desaparecían; se desvanecían en el blanco puro y recomenzaban su incesante ir y venir.

¡Opalescencia! ¡Iridiscencia! ¡Como los aros de Nerotin sobre las tenues capas de petróleo! Era muy bello, sí, este refulgente cambio de colores armonizados..., pero era también algo inquietante y temible.

Coulton dijo:

—Es mucho más efectivo el fenómeno en las paredes exteriores. Todo el edificio es un juego de colores. Mire las gentes.

Dean avanzó como un autómatas al ventanillo que estaba inclinado en un rincón, y que ponía bajo su ángulo visual el panorama callejero. Su cerebro galopaba tratando de comprender este repentino cambio de luz al espectro.

La poderosa lente reprodujo clara y fielmente las animadas calles al pie del edificio. Era ya más de medianoche, la Central Park debiera haber sido a aquellas horas una desierta masa oscura de árboles y de profundas sombras. Sin embargo, estaba llena de gentes, de rostros apenas discernibles que contemplaban atónitos la gran estructura de evanio. Broadway era como un movedizo reguero de hormigas, y lo mismo la Quinta Avenida, y la Lexington.

Dean giró rápidamente. El cambio de colores lo moteaba todo, con lentitud. No era suficiente, empero, para interferir la visión normal.

—¿Qué piensa usted de esto, Dean? —preguntó Coulton. Estaba atemorizado, mucho más de lo que quería confesar.

—Es difícil de decir —admitió Harley—. Su frente estaba surcada con profundas arrugas de concentración—. La iridiscencia normal es el resultado de un cambio en el ángulo del observador, de forma que el espesor de la película por la cual debe pasar la luz reflejo para llegar hasta él, cambie también. Pero esto no es aplicable aquí. En primer lugar, la luz no es refleja; es inherente al material. En segundo lugar, nosotros, como observadores, permanecemos estacionarios.

—¿Entonces, qué?

Dean no hizo caso de la interrupción:

—Deben de haber ocurrido algunos cambios inherentes en la constitución de la aleación. Si éste es el caso, la *Coultonita* no es estable.

Con implacable lógica continuó, mientras Coulton permanecía con la boca abierta, incapaz de hablar, por una vez:

—Si nuestra aleación se halla en un proceso de transformación, entonces éste relativamente inofensivo juego de colores pudiera ser solamente el prelude de reajustes internos más profundos y trascendentes.

Por la imaginación de Coulton pasó fugazmente el extraño relato del vigilante nocturno. Había empleado esta misma palabra: ¡reajustes!

Harley miró extrañamente a las paredes:

—Pudieran terminar en efectos puramente inocuos, pero también pudieran...

Su voz se extinguió. Hubo un momento de silencio, mientras la cabeza de Coulton se despejaba gradualmente. El hombre de negocios no se disfrazaba ya de científico. Reunía fuerzas para lo que sabía iba a venir.

Dean respiró profundamente:

—Coulton —dijo con firmeza—, hay que evacuar el edificio... inmediatamente. Hasta que puedan estudiarse en detalle estos efectos, hasta que el transcurso de tiempo suficiente demuestre que no existe peligro.

El millonario rugió y mostró sus colmillos como un animal acorralado. Su rostro era una careta de furia.

—¡Basta de necedades, Dean! —gritó—. ¿Se ha vuelto usted loco? Sabe usted que el edificio Coulton está totalmente alquilado. La renta anual asciende a veinte millones de dólares. Los gastos de mantenimiento, a dieciséis. Me pide usted que

pierda un beneficio líquido de cuatro millones de dólares; que pague de mi bolsillo todos los enormes gastos, sólo porque las paredes del edificio cambien algo de color, porque tiene usted miedo a... ¡el Cielo sabrá a qué!

Dean le miró con ojos extraviados:

—Sí —dijo con voz queda—. Precisamente porque tengo miedo a... ¡el Cielo sabe qué!

Coulton apretó el puño:

—Olvida usted también —gritó— el efecto que causará en el mundo entero, en el gran alud de pedidos pendientes. ¿Cómo? El simple cierre del edificio, sea cual fuere el pretexto, traería inmediatamente un diluvio de anulaciones. Todo el dinero que poseo, todo lo que he podido reunir, pedir prestado o robar, está metido en esta empresa. ¡Me arruinaría, hombre, me arruinaría! Las fábricas se cerrarían, diez mil obreros quedarían en la calle, los bancos que me han adelantado tanto capital no podrían sobrevivir... ¿Y por qué? Porque usted, Harley Dean, sin saber tan siquiera lo que realmente significa este cambio de color, se erige en dictador de nuestras vidas y fortunas. Bueno, no va usted a decir ni a hacer nada. ¿Me oye? Le mataré si habla.

Sus palabras resonaban enérgicas en el vasto laboratorio. El aliento le subía tremante en profundas y estentóreas bocanadas. No había nada suave ni cordial en este millonario al verse a punto de perder su fortuna.

Dean no le tenía miedo. Nunca se lo había tenido. Su labor, su comfortable salario, nada significaban. Tampoco los dólares y centavos empleados en el negocio. Pero varias cosas que Coulton dijera habían hecho vibrar sus cuerdas receptivas. La idea de diez mil hombres echados a la calle, el pensamiento de posibles bancos cerrados, con el consecuente desastre económico para millares de depositantes, le hicieron vacilar.

Después de todo, ¿en qué basaba sus pronósticos? En una mera iridiscencia, en un juego de colores. Lo que realmente constituía el éxito de la *Coultonita* era precisamente su resplandor.

La más mínima alteración en su estructura interna, el más ligero reajuste de moléculas y planos de cristalización, inducidos posiblemente por la vibración normal, podían explicar la cambiante iridiscencia. No suponía necesariamente nada contra la inherente estabilidad de la propia aleación.

No había prestado atención alguna al relato del sereno, y Coulton, enfrentado con la ruina inminente si hablaba, no creyó oportuno traerlo a colación. Si el sabio se hubiese enterado de la mutación nocturna... Pero, discutir posibilidades pasadas es un procedimiento totalmente inútil.

Dean dijo, vacilando:

—Hay algo de tremenda verdad en lo que dice usted, mister Coulton. Acaso yo esté equivocado en mis pronósticos pesimistas.

Su jefe parecía un reo criminal arrancado a la horca:

—Por supuesto, amigo Dean —dijo con alegre sonrisa—. Sabía que vería usted

las cosas desde el punto de vista adecuado. Por ahora, acaso tengamos que estar un poco a la expectativa. Nada sucederá. Y si algo sucede que parezca peligroso, yo seré el primero en ceder. La vida humana es más importante que..., que... el dinero.

Las palabras se le atascaron inexplicablemente en la garganta:

—Habrà tiempo suficiente para obrar, no lo dude. De nada serviría obrar atolondrada y prematuramente.

Desgraciadamente, cuando sucedió lo inevitable no había ya tiempo de contenerlo. Pero, ¿cómo podía esperarse que un hombre de negocios lo supiese? Dean no acusó después a Coulton; mas, para sí mismo, no tenía excusa alguna.

Debía haberlo sabido; debiera haber insistido y tomado precauciones.

La nueva y singular iridiscencia significaba una fascinadora exhibición para los neoyorquinos. Una vez más, el edificio Coulton fue el blanco de las miradas de indígenas y forasteros. En verdad, el cambiante fulgor de colores, que abarcaban todo el espectro solar, variando desde el añil oscuro al más pálido amarillo, convertían los rectos muros, que parecían elevarse hasta las nubes, en una visión de maravillosa belleza. El mundo entero acudía a mirar y a quedarse boquiabierto, a exhalar gritos de admiración. No había la menor traza de alarma ni de duda en aquella visión maravillosa, propia de un cuento de hadas.

Tampoco se quejaban los inquilinos. El nacarado policromismo no parecía afectar a la contextura normal de la luz y formaba otra magnífica cambiante decorativa, de lo que antes había sido mera y regular iluminación.

Harley, sin embargo, a pesar de la sumisión expresada, estaba grave y pesaroso. Pasaba los días y las noches en su laboratorio, sin dormir apenas, casi sin comer, investigando el nuevo fenómeno, trabajando con secreta furia sobre ciertos misteriosos aparatos de endiablado y difícil manejo.

Coulton, exuberante como siempre, se mantuvo discretamente apartado del físico. Era un fanático extraño; su ayudante obraba y reflexionaba por él. Sin embargo, pensó en deshacerse de él lo más pronto posible; en cuanto se presentase una oportunidad.

El episodio siguiente del drama más terrible que han visto los siglos últimos ocurrió cinco días más tarde.

A plena luz diurna, en las horas cumbre de las actividades humanas, cuando el edificio estaba repleto de gente laboriosa. Cincuenta mil personas, hombres de gran posición, gerentes de empresa, abogados famosos, directores de cine, médicos ilustres, exportadores, corredores de bolsa, financieros, funcionarios, contables, mecanógrafas, subalternos, ascensoristas, limpiaventanas, mecánicos, agentes de negocios, curiosos, empleados de seguros, vendedores a comisión de cigarros o corbatas... En una palabra, una representación general de la vida norteamericana. Se observó primero una pequeña sacudida y leve trepidación. Todo el mundo interrumpió su labor, mirándose los unos a los otros con ojos interrogantes y

ligeramente inquietos. ¿Un terremoto? ¡Imposible! Nueva York jamás había sufrido un temblor de tierra. En Los Ángeles, en Chile, en el Japón, la tierra podía temblar, pero no en la hospitalaria Nueva York.

La trepidación y la sacudida aumentaron. Las paredes sonaban con cristalino ruido. Anne Merryweather, guapa y eficiente secretaria del poderoso Alfred Whitcomb, presidente de Vitex Pictures, se quedó helada de espanto con el lápiz en el aire. Mr. Whitcomb, de colorado rostro y abundantes carnes, se encogió sorprendido en su sillón. En la mente de Anne flotó una imagen absurda, aunque de parecido semejante al fenómeno que contemplaba. La de un caleidoscopio de juguete, propiedad de su hermanito pequeño, en el cual los diversos fragmentos de coloreado vidrio caían, con un ruidito cristalino parecido, y formaban flamantes combinaciones, nuevos diseños.

El chasquido de cristales aumentó. Las paredes parecían hincharse y contraerse otra vez para recobrar luego su posición. Extraños y estremecedores gemidos emanaban del torturado metal, que parecía casi humano en sus terribles lamentos. El sonido de planos que rozaban otros planos, de angustiadas moléculas, que se extendía más allá de límites razonables, parecía un endiablado elemento que tratara de alumbrar, de dar a luz nuevas estructuras en la construcción del edificio.

El ruido fue en aumento, hasta convertirse en insoportable clamor. Raspaba y perforaba los oídos de los asustados inquilinos. Las paredes gemían con el viento creador de fuerzas desconocidas y casi sobrenaturales.

Los ruidos humanos se mezclaron a los del metal. Voces, gritos, llantos, toda esa gama de sonidos confusos que emiten hombres y mujeres cuando temen por su vida.

—¡El edificio se hunde! —exclamó un tal Morlón Swaley, y corrió hacia la puerta de su lujoso despacho. Un importantísimo contrato quedó olvidado sobre su pupitre de nogal circasiano. El hecho de que acababa de pescar su pez, de que la *víctima* posaba ya la pluma sobre el papel para firmar con su nombre y apellidos, nada importaba. La ventaja inicial de una fracción de segundo en la huida significaba vida y le quedaban otros peces que pescar. Hay que conocer la psicología del hombre de negocios norteamericano para comprender que algo tremendo pasaba.

Los pasillos estaban congestionados por una densa multitud que luchaba a brazo partido, tratando de abrirse paso hasta las puertas. Swaley, en virtud de su rápida huida, encabezaba la carrera hacia los ascensores. El inacostumbrado ejercicio le hacía respirar entrecortadamente. Sus facciones de hombre de presa estaban ahora contraídas por el miedo:

«¿Por qué habría tomado él oficinas en el piso noventa y seis?», pensaba en medio de aquella horrorosa pesadilla.

Oprimió el botón del ascensor con temblorosos dedos y bajó en él chillando y dando puntapiés, bajo la súbita acometida de gentes enloquecidas por el pánico.

La cosa terminó casi tan rápidamente como había empezado. Un instante después las paredes volvieron a recuperar su equilibrio. Luego reinó completo silencio. El

metal, suave, pulido, inocente de expresión, relucía de nuevo con un brillo de tonos amarillentos.

Los gritos humanos se extinguieron. Las gentes casi enloquecidas miraron con húmedos ojos en derredor suyo; no vieron nada extraño. El pánico se les fue lentamente. Algunos que siempre se habían considerado como hombres serenos y de sangre fría, se sentían ahora un tanto humillados. No obstante, la gente continuaba oprimiendo los timbres de los ascensores. Pudieron haberse ahorrado este esfuerzo. Los ascensoristas habían escapado al primer síntoma de alarma. Poco importaba esto, ya que la corriente eléctrica había sido cortada por el fenómeno.

Fue Jimmy, un joven limpiabotas, detenido en el piso cincuenta y ocho, con el cajoncillo profesional muy agarrado en sus manos sucias, quien primero observó que el peligro arreciaba de nuevo:

—¡Eh! —chilló—. ¡Miren, miren ustedes eso!

La gente, llena de pavor, empezó a ver que las paredes de evanio habían empezado a derretirse, como si se convirtieran en goma blanda y resinosa antes de licuarse.

La aparente sólida *Coultonita* se ablandaba y caía sobre sí misma, cada vez más rápidamente, hasta convertirse en una poderosa corriente de brillante metal que cegaba al espectador con la velocidad de su carrera. Aquello parecía lava de un volcán en erupción. Sin embargo, era un fenómeno visual en parte, pues el edificio no perdía los contornos de sus líneas externas. Las paredes exteriores se mantenían en posición vertical y la aleación seguía siendo, al tacto, tan dura como de costumbre.

Elemento sólido-líquido, llamó luego Dean a este nuevo estado de transformación del evanio.

Para Harley, que estaba con la mano puesta sobre un conmutador que habría de enviar cincuenta mil voltios en arco entre los electrodos de un horno de reducción, los súbitos dolores de parto —llamémosle así— del edificio fueron entonces como una cegadora y deslumbrante revelación. Los afilados bordes del poderoso aparato se ponían en contacto; pero nada ocurría, como ya el físico había supuesto.

Saltó entonces apresuradamente al generador de fuerza supletorio, que había montado durante la última semana. No había *Coultonita* en su construcción. Enchufó la conexión con gesto veloz y seguro. Una explosión de chispas pasó del ánodo al cátodo. Gruñó con satisfacción. Pero mientras lo hacía, la vertiginosa corriente de moléculas incandescentes se debilitó, palideció y se tino de un débil color rojo. Alguna fuerza exterior combatía su poder neutralizando la rápida emisión de electrones.

Incluso para esto estaba Harley preparado. Respirando fuerte, se precipitó hacia otra máquina: un curioso aparato en forma de embudo, unido en su extremo inferior a un largo tubo de Coolidge, que a su vez conectaba con un barril recubierto de plomo. El conjunto del artefacto estaba montado sobre una mesa giratoria, en cuya periferia había gruesas barras de imán, expresamente envueltas en alambre de cobre. Ni una

onza de *Coultonita* había entrado en su construcción.

Dean metió una palanca y susurró una oración a los dioses de la Ciencia. El ruido y el griterío eran ya ensordecedores; el arco del horno se debilitó, hasta formar una línea fina y vacilante.

El tubo de Coolidge mostraba un fulgor azul pálido, la mesa giratoria comenzó a rotar. El sabio, impotente, se clavó las uñas en las palmas de sus manos. Los segundos siguientes iban a determinar su destino y acaso la suerte de los numerosos ocupantes del edificio endiablado.

Lentamente, muy lentamente al principio, la mesa dio vueltas y más vueltas. La tenue línea que apenas podía sostenerse entre los electrodos, se tambaleaba, pero no disminuía. Las fuerzas opuestas, casi se habían neutralizado la una a la otra. No del todo, por supuesto. Esto hubiera sido un milagro. Una minúscula diferencia en uno u otro sentido habría de tener tremendas consecuencias.

Dean aguardó estoico, con rígida faz, la señal que significaba la vida o la muerte. Las paredes comenzaban su ablandamiento, extrañamente circunscrito. El físico lanzó un gemido. Eso era, pues, la segunda fase evolutiva. Preveía la tercera. Mas, la final, la fase decisiva de la que todo dependía, se hallaba aún en el seno de los dioses, desconocida, incognoscible.

¿Era su imaginación o aumentaba realmente la velocidad de la mesa giratoria? Alguien le gritó casi al oído. Él no se volvió. Una mano pesada y temblorosa le tiró de la manga, Dean se desprendió sin mirar con impaciente gesto.

No había ya duda. La plataforma giraba más y más rápidamente, el fulgor del tubo se coloreó de un azul más intenso y el arco poderoso empezó su agitado relampagueo.

Entonces, sólo entonces, volvió Harley la cabeza. Era Coulton; pero un Coulton flácido y lívido. Toda su exuberancia, toda su vanidad, todo su agresivo empuje, le habían abandonado en aquellos trágicos momentos. Su fuerte y confiada voz de millonario no era más que un cascado bisbiseo. Sus mejillas estaban lívidas y sus ojos revelaban un terror de animal acorralado:

—¡Por amor del Cielo, Dean! —imploró roncamente—. ¿Qué pasa? ¿Qué significa esto? ¿Puede usted hacer algo?

Harley contempló a su jefe con repugnancia:

—He hecho todo lo que he podido. Nosotros dos estamos a salvo, por lo menos temporalmente. Pero, ¿y los otros, las cincuenta mil víctimas inocentes de su codicia y de su ligereza...? Intentaré por ellas hacer un milagro científico. Si las fuerzas que aquí intervienen no exceden a la imaginación humana, acaso pueda salvarles.

Coulton respiró profundamente. El color retornó a sus mejillas. Ni siquiera le ofendió el reproche de Dean. La única cosa que penetró en su caótico cerebro era el hecho de que se hallaba a salvo. Lo demás no importaba. Un egoísmo casi zoológico le invadía.

La neblina se condensaba en forma de concha plástica más allá de ellos. Brillaba,

se teñía débilmente de azul; pero no ocultaba las paredes del laboratorio, impregnadas todavía de su loca fluidez.

La mesa giraba con mayor velocidad; palpables emanaciones brotaban del rotatorio embudo. Los imanes eran un confuso borrón a su borde. La concha plástica ensanchaba su radio, lenta, pero inequívocamente.

—¿Qué significa todo esto? —se aventuró a preguntar Coulton.

—Lo que temí desde el principio. ¿No lo recuerda? La *Coultonita* no es estable. El *evanio* que entra en su composición quedó únicamente disfrazado, no anulado. Ha estado actuando sigilosamente, en líneas desconocidas, desintegrándose, emitiendo corrientes de innumerables electrones, positrones, neutrones, fotones... y sólo Dios sabe qué más. Toda la aleación ha estado en constante fermentación, imperceptible aún para nuestros instrumentos más delicados. Entonces, súbitamente, cuando la «levadura» había desempeñado su función, ese metal sólido, estable, aparentemente perenne, cambió en una nueva entidad, merced a misteriosos y desconocidos elementos.

Harley se enjugó el sudor que perlaba su frente, antes de continuar:

—Esto ha sucedido ya dos veces. La primera fue una mera diferencia de coloración. La segunda, en la que ahora nos hallamos, no podría llamarse nueva forma de la materia. Un sólido-líquido. Aún habrá más; lo temo.

Se detuvo un momento, escuchando. Reinaba el silencio dentro de la capa exterior de vibraciones, roto solamente por el zumbido incesante de la mesa giratoria. Para Dean, el resto del edificio podía ser una inmensa tumba. Él no podía hacer nada más; había hecho todo lo humano y científicamente posible.

La envoltura de fuerza que había colocado en derredor suyo el físico apagaba eficazmente las ondas sonoras y no podía penetrarse en ella sin grave peligro. La única esperanza para los demás, incluso para ellos mismos, estribaba en la dudosa posibilidad de que tuviese potencia suficiente para vencer las fuerzas antagónicas inherentes a la *Coultonita* y que la envoltura protectora ampliase su radio, lo bastante para incluir al edificio entero.

—¿Hasta qué punto durará el proceso? —dijo Coulton casi a media voz.

Dean meneó la cabeza:

—No lo sé. Puede usted tomarme por loco; pero tengo la certeza de que la *Coultonita* ha sido dotada de una vida peculiar enteramente propia, suya; una vida metálica, si usted quiere.

Coulton se quedó boquiabierto:

—¿Qué? Desde luego usted desvaría.

—Ésta es la única explicación. Después de todo, la vida no queda forzosamente limitada, por ninguna regla de lógica estricta, a lo que llamamos compuestos orgánicos. La vida puede definirse como una compleja estructura cualquiera, cuyos constituyentes químicos se hallan en estado de flujo constante y que obedece a ciertas leyes de permutación, crecimiento y vejez.

—El hecho de que nunca se haya asociado la vida con nada, a excepción de ciertos nitrocarbhidatos. no es un obstáculo. El *evanio* es un elemento creado artificialmente; jamás existió en la tierra, al menos que sepamos Posee ciertas cualidades de vida: cambio, desintegración, emanaciones irradiantes. De hecho, pasó por sus transformaciones vitales con increíble velocidad. Advierta que lo que nosotros hicimos fue moderarla, hacerla más semejante a los lentos y ordenados procesos que conocemos Los otros elementos que entran en la aleación actúan también como alimento para los procesos nutricionales, al ser ingeridos y convertidos en nuevas combinaciones de crecimiento.

Dean escuchó nuevamente. Ningún ruido llegaba del exterior; nada más que un silencio sepulcral completo. El hueco de la vibración chocaba ahora con las paredes, y al hacerlo, se cortaba su liquidez y las paredes volvían a ser un metal rígido, suavísimo al tacto.

Coulton lo vio y exclamó gozosamente:

—¡Estamos salvados! Es usted un genio en Física.

Dean despreció el halago y dijo:

—Aún no La envoltura, dentro de la cual nos hallamos, es una corriente de lo que yo llamo *triterones*, triple hidrógeno con una inmensa carga positiva. Los imanes rotatorios curvan la corriente hasta formar con ella algo así como una esfera hueca. Los *triterones*, en contacto con el *evanio*, neutralizan sus cualidades desintegrantes, se combinan con él para formar uranio, estable y desprovisto de vida. Lo malo es que no creo disponer de energía suficiente para forzar la envoltura hacia el exterior, de forma que incluya en su protección el edificio entero.

Coulton estaba satisfecho. El, por lo menos, se salvaría. No es que dejara de lamentar sinceramente la muerte de los inquilinos acorralados en el edificio que llevaba su nombre. Claro que lo deploraba. Se trataba simplemente de un equilibrio de fuerzas: su propia seguridad pesaba mucho más que la consideración a los demás. Con esa idea firme ya en su mente, recobró la confianza. Incluso ensayó una mala imitación de su antigua y estruendosa risa.

—¡La Coultonita viviente! ¡Qué fantasía, amigo Dean! Indudablemente es usted un poeta de la Ciencia.

Ordinariamente, Harley no hubiese contestado. Estaba harto de su jefe y más aún de su ilimitado egoísmo. Mas, si no hablaba, su imaginación estaría abrumada por la tensa angustia de la espera. Había que esperar y esperar a que la burbuja de fuerza nuclear fuese envolviendo lentamente otras vidas humanas. Por lo tanto, desvió su cerebro por serias consideraciones teóricas.

—¡Hay más que vida en eso! —dijo con iluminado—. ¡Evolución! La *Coultonita* pasa por un crecimiento racial, además del transcurso de su vida privada. Una vida calidoscópica, comprimida en un espacio corto, acelerando sus efectos. Aparecen bien limitados incluso los procesos evolutivos de los nitrocarbhidatos. Ese precursor estrépito representa una mutación, un repentino reajuste de moléculas y

planos en una nueva y diferente forma. Acaso tengamos el privilegio de presenciar la fase final de la evolución metálica, antes de que conozcamos el grado máximo de la madurez humana.

—¡Mire! —prorrumpió Coulton con apagada voz, mientras su rostro tomaba el tono gris de la ceniza.

Se callaron ambos e invadió el laboratorio un silencio espectral.

El globo protector de *triterones* parecía inmóvil, sin expresión física. Su acción no había llegado aún a las paredes. Ya no se veía el extraño elemento sólido-líquido. En su lugar se formó lo que después hubo de llamar Dean el plasma sólido-gaseoso de la existencia metálica.

La pared parecía haberse desintegrado. Desbordaba movimiento la evolución de las partículas. Una mirada escudriñadora podía divisar intersticios, intuir espacios que se abrían y se cerraban con pasmosa movilidad. Todo esto limitado, lo mismo que antes, por los definidos límites de la pared exterior, dura y sólida al tacto.

Fuera del circunscrito refugio del piso ciento cuarenta y nueve, todo era locura e indescriptible confusión. Únicamente unos cuantos afortunados próximos al suelo habían podido escapar al primer estrépito de alarma. Casi inmediatamente, las emanaciones de la vitalizada Coultonita habían obstruido toda salida, toda abertura, con una invisible muralla de radiación, en la cual los esfuerzos humanos y las herramientas perforadoras rebotaban ante su elasticidad.

Dentro de los pisos del diabólico edificio, cincuenta mil seres aprisionados luchaban, rezaban, maldecían y chillaban, según sus cualidades morales. Prominentes ciudadanos se abrían paso despiadadamente a través de los cuerpos de vecinos más débiles, en locos e infructuosos ímpetus hacia una salvación imposible. Otros, anónimamente, realizaron prodigios de heroico sacrificio, confortando a los moribundos, protegiendo a los débiles contra la muchedumbre, tranquilizando a los asustados y envolviendo en mantas piadosamente a los muertos, ya que otra cosa no cabía hacer.

Afuera, Nueva York era un ruidoso manicomio. Resonaban las sirenas, silbaban los pitos policíacos, las bocinas retumbaban con ronco clamor. Todo aparato contra incendios del área metropolitana, todo camión de reparaciones urgentes, toda ambulancia, fue enviado a la escena del desastre. La policía acordonó varias manzanas de casas en derredor del dramático edificio. Era una precaución acertada. Se movilizó apresuradamente la Guardia Nacional. Las tropas estacionadas en *Governor's Island* llegaron pronto en camiones militares, cubiertas con cascos de acero, equipadas con fusiles y bayonetas caladas.

Todos los millones de gentes que pueblan Nueva York se agolpaban contra los cordones de seguridad constituidos por espesas líneas de policías y soldados. *Central Park* era un mar humano, en constante oleaje. Frenéticos gritos de terror brotaban elegiacos y perforaban el espacio a cada nuevo cambio de la agonizante estructura.

Había millones de seres en la enloquecida masa, gentes que tenían amigos, parientes y personas queridas en la terrible ratonera del edificio Coulton.

Porque era desde fuera, mucho mejor que a los experimentados ojos de Harley, desde donde se veía claramente la increíble y diabólica evolución, tal que un espectáculo grandioso y alucinante.

La fase sólido-gaseosa hacía de la enorme torre comercial un tenue y deletéreo fantasma algo así como un espectro de sí misma. Empero, las hachas de los bomberos se mellaban contra el metal evánico, los arietes de asalto rebotaban inservibles a pesar de su potencia y enormes llamas de oxiacetileno, capaces de horadar murallas de acero, y no producían la menor impresión sobre las impenetrables paredes. Los que intentaban rescatar a las víctimas de su cárcel transparente, continuaban trabajando frenéticos, fatigándose con toda clase de máquinas en inútiles esfuerzos. Emplearon incluso la dinamita. La tierra tembló, saltaron cascotes y piedras en *geyser* gigantesco, el estruendo de la mina se elevó y sobrepuso al ruido reinante; pero el maldito edificio quedó intacto.

Un alarido de espanto surgió repentinamente de la muchedumbre espectante. El gas parecía condensarse. Giraba y giraba sobre invisibles ejes, hasta parecer una nébula en espiral. Los protuberantes flancos del elemento en combustión se abrieron en llamas, con una brillantez tan fuerte que cegó de momento los ojos de los espectadores.

La multitud se echó hacia atrás enloquecida, en búsqueda de seguridad. La misma policía, igual que los sudorosos y serios bomberos, retrocedieron presa del pánico, con rigidez, pero el tremendo fulgor no despedía calor alguno. Era *luz fría*, el sueño de todos los ingenieros.

Las fases de mutación sobrevinieron rápidas y cambiantes, con tal celeridad, que durante años continuó una controversia entre los observadores científicos acerca de lo que realmente había ocurrido.

En lo que después ocurrió, todos se mostraron de acuerdo. De la gran estructura de evanio brotó un ruido lento y rasposo, semejante al sonido de dos metales al rozar entre sí. Luego se oyó un golpeteo como de címbalos de cobre. Este sonido extraño se agudizó, haciéndose más plañidero. Tenía la queja metálica un leve ritmo. Esta armonía infernal tomó un compás acentuado; sus tonos aumentaron en potencia, hasta que Nueva York entero pareció un diapasón de armonías misteriosas, como una gran caja de resonancias metálicas.

La música macabra fluía en interminables compases, dominándolo todo, meciéndose en sobrenaturales melodías. Este ruido orquestal, de un dramatismo sin par, se oyó en Washington, en Boston y aun en Pittsburg. Era como una insospechada música sideral tocada por los espectros de las esferas, llena de peculiares efectos metálicos.

En torno de las fases últimas del metal transformable surgieron las mayores y más enconadas disputas. Algunos pretendían haber visto curiosas formas antropomorfas,

no humanas, que flotaban como espectros a través de la transparente estructura del edificio; formas geométricas, de carácter angular, pero que daban a los espectadores una inequívoca expresión de vida.

Otros llegaron incluso a sostener que aquellas metálicas formas endiabladas parecían dotadas de sensaciones, pues al comienzo se elevaban triunfantes y jubilosas. Luego, cambiaron indefiniblemente; pareció que la duda había penetrado en ellas, dando paso con ello al miedo, al horror, a la desesperación máxima. La visión final fue un último movimiento, torturado, retorcido, y desaparecieron. Así acabó el desastre evánico.

Conviene advertir que, en cambio hubo muchos millares de personas, allí presentes también, que se mofaron de tales invenciones fantásticas. Nada vieron de tales formas infrahumanas, supuestamente vivientes. Los que tales mitos forjaban, decían los no visionarios, es que quisieron aprovecharse de un trágico acontecimiento para reforzar ciertas teorías absurdas, minando con ello los cimientos de la religión del Estado, del Orden, de la Ciencia y hasta del desinteresado amor maternal. Porque si esas pretendidas visiones fueran reales, probaban que existía la vida más allá de los conocimientos humanos; que había instinto en los metales, en los minerales, en cualquier piedra o pella de barro. Un camino estúpido hacia el panteísmo y el ateísmo de los sin Dios. La Fe y la Ciencia rechazaron de plano tales majaderías, propias de mentes enfermas o aterrorizadas.

En cuanto al desenlace, sin embargo, ambos bandos se hallaron de perfecto acuerdo. Cuando todos miraban, los gigantescos bloques y paredes del edificio Coulton se inflaron y un terrible grito colectivo de horror ancestral surgió de la asombrada multitud. Luego, quedó muda, absorta. Del edificio Coulton no quedaba nada, era como si no hubiese jamás existido. El gigantesco palacio comercial desapareció sin dejar rastro. Momentos antes la enorme construcción era un ascua de luz, de ciento cincuenta pisos de altura. Y ahora, minutos más tarde, no había nada y la antes oculta silueta de Nueva York por la titánica mole de Coultonita, volvía a destacar sus conocidos perfiles sobre el espacio.

El edificio Coulton se desvaneció sin dejar más huella que una gigantesca burbuja, la cual cayó verticalmente y se hundió sin ruido en la profunda excavación que se hiciera para cimentar el rascacielos, al construirlo.

Como un meteoro nuclear, una onda veloz pasó sobre la ciudad, convirtiéndose luego en deletérea tromba marina rumbo al océano, dispersando su carga de átomos libres: electrones, neutrones y demás sobre áreas inimaginables para los humanos.

Una vez pasada la primera indescriptible confusión, y cuando el asombro, que había paralizado a todos, les dejó moverse, los equipos de bomberos, la Cruz Roja y muchas cuadrillas de salvamento avanzaron cautelosamente hacia el gran hoyo que sirvió de base al edificio Coulton, esperando verlo surgir de nuevo, volviendo a su posición primitiva y a su transparente solidez. Mas no sucedió así.

Al fondo de la excavación distinguieron un tremendo montón de seres, una

multitud compacta a cien pies bajo el nivel de la ciudad, un rebaño humano enloquecido que se agitaba y chillaba. Los bomberos y demás equipos lanzaron escalas y se pusieron a trabajar con la mayor rapidez.

Cerca de dos mil personas se salvaron. Entre ellas figuraban Coulton y Dean, muy maltrechos y sucios, pero sin heridas graves. El aparato de Harley se destrozó al caer el piso 149 a los sótanos. Sin embargo, como fue suave el descenso, había funcionado bien hasta el final, debilitando el ímpetu nuclear de la burbuja, frenándola, digámoslo así, con fuerza para salvar la vida de las gentes cautivas en ella.

El gran físico e investigador atómico Harley Dean, cuando todo se despejó y se conocieron a fondo los hechos, fue el héroe de la insondable catástrofe nuclear. Los periódicos del mundo entero reprodujeron su efigie; pero el sabio estaba abatido y desconsolado. Decía que su esfera de *triterones* protectores, producida por una complicada maquinaria de su invención, actuó con demasiada lentitud. En el momento final de la catástrofe sólo había conseguido defender y cobijar en su órbita a media docena de pisos. El resto, que arrastraba consigo unas 50.000 vidas humanas, se desvaneció misteriosamente, en un halo de partículas liberadas, en la corriente nuclear.

El edificio diabólico, su composición metálica, se transformó con excesiva rapidez, según explicaba el doctor Dean más tarde. Dijérase que su voluntad de vivir quedó pronto agotada ante la pujante energía del evanio activo. Su ciclo existencial o período de vida había sido comparable a millares de generaciones vitales en los nitrocarbhidratos. Pereció de senilidad, murió de acabamiento racial, igual que habrá de hundirse algún día la raza a fuerza de uso. En este caso de la *Coultonita*, la muerte significaba la dispersión y desintegración nuclear de sus poderosos componentes.

—Acaso —terminó Nat Schachner— sea éste el destino final de todas nuestras ambiciosas esperanzas científicas, de nuestros temores, de nuestros conocimientos y nuestras aspiraciones.

Caía la noche sobre Nueva York cuando nuestro amigo acabó su maravilloso relato en el Club de Inventores. Era el mismo que había publicado años antes, en 1935, en «Astounding Science Piction», una de las más prestigiosas publicaciones de la Era Atómica.

IV - LOS PESOS INGRÁVIDOS

A la noche siguiente ya estaban reunidos de nuevo nuestros amigos en el confortable *hall* del Club de Inventores de Nueva York, tras de haber saboreado durante la cena en común la buena calidad de la cocina de la casa. Fumaban y reían en franca camaradería, en tanto otros socios les saludaban con afecto, quedándose con ellos de tertulia o pasando a la biblioteca, que estaba inmediata.

De pronto, tras de haber echado una rápida ojeada a los periódicos del día, habló Clemente Soria, que, como buen español, era el más simpático y animado de los reunidos:

—Bueno, esta noche le toca a usted, amigo Jameson, amenizarnos la velada. Es usted un gran publicista científico, hombre de fantasía poderosa a la vez, y no puede negarse a ello. Comprendo perfectamente que las revistas especializadas le paguen bien sus colaboraciones y que las grande? editoriales del género se disputen su firma. Sea generoso con nosotros y narre gratis por una vez, y sin que sirva de precedente.

Malcolm Jameson, rubicundo y tranquilo sonreía y titubeaba ante la amable locuacidad de su amigo, el ingeniero español, quien insistió:

—Ande, no se haga rogar, que mañana salgo para el Canadá, pues he de residir en Montreal algunos meses, y quiero llevarme un buen recuerdo suyo.

Los demás asintieron y el interpelado dijo:

—Verdaderamente sería descortés por mi parte negarme a lo que gentilmente se me pide por Mr. Soria; pero, después de los magníficos relatos de nuestros camaradas Anson MacDonald y Nat Schachner, temo mucho el que queden decepcionados con el mío.

—Nosotros estamos seguros de lo contrario, ya que conocemos bien al ilustre colaborador de «Astounding Science Fiction», replicó David H. Keller, autor de una célebre narración titulada «La guerra de la hiedra».

—Bueno, puesto que ustedes quieren que hable a toda costa, no me culpen luego del hastío que pueda causarles. Empiezo. El protagonista de mi historia, del capítulo que me toca llenar en estas agradables veladas de nuestro Club, era vecino mío y por eso pude seguir de cerca la mayor parte de los episodios.

Efectivamente, cuando se vive junto al domicilio de un joven aficionado a los inventos se pueden esperar cosas extraordinarias en cualquier momento. Cuando el aire soplaba en dirección a mi casa, me llegaban de los corrales y cobertizos de los Nickleim los peores hedores químicos y ya me había habituado al ruido infernal de las más extrañas explosiones. Tampoco hacía caso, a fuerza de repetirse la escena, cuando veía salir a Elmer, hijo de aquellos endiablados vecinos, con las cejas y el pelo chamuscados, incluso con las manos envueltas en vendajes.

Elmer era un chaval que empezó devorando cuentos y novelas científicas. Rara vez salía de su casa cuando muchacho sin llevar en su mano algún libro del género

que dio fama a Julio Verne y daba crédito a cuanto con fe entusiasmada leía. Era fuerte y soñador, hábil para los quehaceres mecánicos a que su padre se dedicaba y todo hacía suponer en él al futuro hombre de provecho, tipo a la vez práctico y fantasista que se da con frecuencia en los Estados Unidos.

Teniendo tal afición a las ciencias y a los libros, lógico hubiera sido anticipar que sobresaldría también en el colegio; pero no resultó así. En seguida se dio cuenta que no podía seguir él por las rutas trazadas para el nivel común de los escolares. Un profesor de Física tuvo que expulsarlo por no sé qué loco experimento llevado a cabo en las aulas con el material explosivo del Instituto. Elmer mezcló varios productos de la manera menos científica, y los fuegos artificiales resultantes fueron demasiado espectaculares.

Pero la prohibición de asistir a las clases no amilanó a Elmer. Montó un *laboratorio propio* en el cobertizo de su casa, comprando todo lo que necesitaba en los almacenes de drogas, empleando en ello sus ahorros.

Algunos creían que el muchacho iba a ser algo en el futuro; pero la mayoría opinaba sencillamente que estaba chiflado. Yo pertenecía al grupo de los primeros y le ayudaba con pequeños préstamos. Pocos de sus inventos dieron resultado en el transcurso de los años; pero logró vender un dispositivo utilizable en televisión a una poderosa fábrica. En cierto modo, aunque consiguió algún dinero con ello, fue deplorable que lo vendiese. La Compañía compró la patente por una cantidad fija global y pagó a tocateja; mas luego, por razones de conveniencia, suprimió el invento, lo que irritó a Elmer. Esta experiencia le inspiró un violento prejuicio contra todas las grandes empresas fabriles, y contra toda la estructura legal referente a las patentes. El muchacho juró que en adelante guardaría el secreto de sus descubrimientos.

Aproximadamente por aquellas fechas murió su padre y parecía lógico que Elmer, al tener que ayudar a su familia, como hijo mayor de la misma, pondría fin a sus científicos escauceos. De la noche a la mañana se hizo un joven normal y apenas se le veía en el misterioso cobertizo. Sus ocupaciones lo retenían en la villa, continuando un modesto negocio de transportes que había heredado de su padre. Su camión era una vieja «chocolatera» ruidosa, de escasa potencia; pero Elmer, buen mecánico, se daba maña para que su «cacharro» no dejara de rodar. No sólo funcionaba, sino que, con asombro de todos, ganaba dinero en una época de gran competencia, cuando la gasolina costaba cara y era difícil de obtener. Comencé a creer, cuando me lo dijeron, que había presenciado el fin de un inventor y que estaba asistiendo al nacimiento de un prominente hombre de negocios. Fue el mismo Elmer quien dio al traste con esta figuración mía.

Cierta mañana detuvo su camioneta junto a la verja de mi jardín y avanzó hasta la casa. Me saludó, cordial, y sacando del bolsillo un rollo de billetes de Banco, separó dos de veinte dólares.

—Tome y muchas gracias —me dijo—. Me vinieron muy bien cuando me los

prestó; pero ya voy arreglándome.

—Me alegro mucho —contesté—. Pero no corría prisa que me los devolvieras. Me agrada saber que te van bien las cosas como transportista. Acaso no sea tan distinguido como alcanzar reputación de inventor y científico; pero, al menos, harás fortuna.

Me dirigió una mirada especial y se sonrió de mi error:

—¿Conque me cree un vulgar transportista, eh? —dijo—. Se engaña, como todos. No llevo cosas de una parte a otra por divertirme, ni tampoco por ganar dinero. Esto es incidental. Lo que hago es comprobar, y a usted puedo decírselo en secreto, una teoría que se me ha ocurrido.

—Gracias, Elmer, por hacerme tu confidente. Seré discreto como siempre. ¿Qué es lo que se te ha ocurrido?

Me había expuesto muchas de sus teorías, posibles e imposibles. La mayoría fracasaban. El muchacho tenía un punto de vista muy original con respecto a los misterios de la naturaleza.

—Se refiere a la fuerza de la gravedad. He descubierto lo que es, ¡figúrese! Conseguí más que nadie desde Newton. Es realmente una cosa muy sencilla, como sucede siempre con los grandes inventos, una vez descubierto su secreto.

—Sí —contesté—: eso es lo que dice Einstein, aunque no terminó su fórmula universal. De modo que te has adelantado —agregué un tanto incrédulo.

—Así es. Desde hace tres meses mi camioneta funciona impulsada por la fuerza de la gravedad.

Aquello me parecía absurdo. La carretera de la región en que vivíamos era montañosa y permitía recorrer muchos trayectos cuesta abajo. Pero un vehículo no podía subir cuesta arriba sin tracción. Elmer me miraba con triunfal semblante y comprendí que deseaba hacerme partícipe de su magno descubrimiento. Sin embargo, como era tan desconfiado, no quise preguntarle abiertamente.

—He descubierto algo grande Mr. Jameson —me dijo, confidencial—. Tan grande, que no sé qué hacer con mi hallazgo. Quisiera dárselo a conocer a alguien, pero...

—Pero ¿qué?

—¡Qué sé yo! No me importa que se rían de mí, aunque me gustaría mantener el secreto por algún tiempo. Si los demás transportistas averiguasen cómo hago lo que hago, podrían reunirse en contra mía, destrozarme la camioneta y arruinar mis medios de vida, por el momento. Por otra parte, nadie sabe lo que otros pudiesen hacer con mi idea si fueran dueños de ella antes de que la teoría esté enteramente estudiada, de una manera científica.

—Sé guardar un secreto, puedo jurártelo.

—Lo sé —respondió—. Venga conmigo y le mostraré mi descubrimiento.

Subí con él al camión. Pisó la puesta en marcha y el motor arrancó al fin; aunque temí que nos despedazara a los dos a fuerza de sacudidas, antes de decidirse a

funcionar. A continuación, avanzamos camino abajo, en constante vaivén, metiendo un ruido infernal.

—Y la gravedad, ¿cuándo interviene? —le pregunté.

—No la utilizo en la población —me contestó—. Podrían notar algo.

Continuamos nuestra marcha hasta el despacho central de expediciones al por mayor de una compañía petrolera. Había estado lloviendo intermitentemente toda la semana y el barro abundaba; pero Elmer evitó con cuidado los charcos profundos y llegamos sin tropiezo hasta la plataforma de carga. Fue allí donde experimenté la primera sorpresa. Un par de fornidos mozos comenzaron a echar carga en el viejo vehículo y cuando terminaron, hubiese apostado hasta el último dólar a que la camioneta de Elmer no podría llevarla ni a dos millas. Llevaba seis grandes barriles de grasa, que pesaban cuatrocientas libras cada uno; media docena de cubas de petróleo y algunas mercancías empaquetadas. El camión crujía fatigadamente y cuando pusieron encima el último bulto, sus muelles estaban aplastados hasta lo inverosímil. Ya era bastante llevar tal exceso de carga: pero lo peor es que iba consignada al establecimiento de Peavi, en Breedville. Había que recorrer cuarenta millas de distancia por una carretera tan mala como la peor que pudiera encontrarse en toda América.

—No podrás subir la Colina del Venado con este peso, —le advertí a Elmer—; pero él hizo una mueca y se metió en el bolsillo la remesa de facturas. El agente de la compañía petrolera también se quedó mirando con expresión de duda y de asombro. Había utilizado los servicios de Elmer muchas veces, y siempre le parecía aquello un milagro. El buen hombre desconfiaba de sus propios ojos.

Entretanto, Elmer puso en marcha el coche y retrocedimos para salir del patio. Hicimos mucho ruido y hubo fallos del motor; pero pronto rodábamos hacia las afueras de la población.

Un poco más allá de la última casa, la carretera de Breedville dobla de pronto por la derecha hacia un bosquecillo de árboles tupidos y Elmer se detuvo en un lugar discreto, junto a un montículo de piedra contiguo al camino. Paró el motor y sacó de su caja de herramientas una especie de cable.

—Lo primero —dijo—, es aligerar la carga.

Enganchó un extremo del cable en un barril de grasa y el otro extremo lo llevó hasta la desnuda roca, sujetándolo allí. Este cable misterioso terminaba en unas ventosas de caucho. Parecía estar hecho de cuerda vegetal trenzada con alambres de cobre entremezclados, por una punta se achataba y ensanchaba como el capuchón de una cobra. En esta parte llevaba una pequeña esfera y unos botones eléctricos. Elmer ajustó la esfera y oprimió un botoncito. Inmediatamente se oyó un chasquido al moverse el chasis de la camioneta y observé que ésta se había elevado un poco.

—Ahora levante ese barril —me dijo Elmer sonriendo.

Así lo hice. De no haber tenido otro a mis espaldas, me hubiese caído hacia atrás. Había cogido el borde superior del tonel y dado un tirón, sin soñar que pudiese mover

cuatrocientas libras de pesada grasa. Pero la cuba obedeció a mi esfuerzo con la mayor facilidad, como si fuera una caja de cartón vacía.

—Lo que constituye el peso —explicó Elmer—, son los gravitones. Toda materia molecular los contiene, en mayor o menor grado. Hasta ahora nadie supo cómo extraerlos. El peso sólo podía manipularse moviendo la materia misma. Yo, simplemente, chupo la mayor parte de esos gravitones y los meto en la roca. En donde no estorban. Esto es fácil, porque existe una pendiente gravítica en esa dirección.

Como explicación científica, distaba mucho de ser satisfactoria. Mas ahí estaba el barril, con su tara claramente marcada, y ahora casi ingrátido. El peso había salido de él tan fácilmente como una descarga eléctrica. Elmer pasaba el cable de un fardo a otro y conforme los iba tocando, la plataforma del camión se elevaba gradualmente. Cuando terminó su faena, estaba tan alta sobre las ballestas como si no soportase carga alguna.

—Utilizaré el último de estos barriles como acumulador de energía —dijo el inventor recogiendo el cable y apartándolo—. En seguida, vi que establecía conexión entre este cable y otro que había debajo del volante, pasando hasta la cubierta del motor. Levantó ésta y me mostró un aparato acoplado sobre el eje, con el árbol de rotación. Era una pieza en forma de cebolla metálica y tenía dos conductos o hilos. Uno era la conexión con el barril motriz y el otro un trozo de cable que colgaba hasta el suelo, haciendo contacto con el firme especial de la carretera.

—Llamo a esto mi *Kineticisador* —dijo Elmer—. Es realmente un motor de gravedad. Funciona a base del mismo principio físico que una turbina hidráulica, excepto que no requiere la presencia del agua. El cable superior posee mayor resistencia gravítica que el que empleo para extraer el peso. Alimenta lentamente una corriente de gravitones que pasa a las aspas superiores de un rotador de acero. Adquieren peso y comienzan a descender, ejerciendo presión lateral. Al fondo de la camioneta la corriente llega al cable que roza el asfalto y los gravitones se esfuman en el piso de la carretera. Cuatrocientas libras de peso que caen desde una altura de cuatro pies dan cierta cantidad de fuerza de energía motriz, especialmente cuando se aprovecha entera. ¿Comprende?

¿Lo comprendía yo? No lo sé; creo que no. De todos modos, Elmer dejó caer el *capó* de un golpe y ambos trepamos a la cabina. Esta vez arrancamos con celeridad. La fuerza motriz era suave, constante y silenciosa, sin hallar resistencia: como el vehículo se había aligerado de peso, saltaba ahora como una liebre. El motor de gasolina permanecía ocioso. El único ruido procedía del cascabeleo de las aletas y de la corriente del aire. Breedville parecía estar ya más a nuestro alcance.

Una vez que llegamos a una gran recta de la carretera, Elmer comenzó a ilustrarme acerca de los elementos gravíticos.

—Fue el estudio de Enrenhaft sobre los elementos magnéticos lo que me indujo a pensar en esto. Como quiera que él se ocupó ya con éxito de la magnetalisis, no me

molesté en estudiar esa rama técnica. Lo que me interesó más fue el lógico parentesco, de una parte, existente entre los fenómenos eléctricos y magnéticos en general; de otra, la fuerte correlación de los campos magnéticos y el hierro, y el magnetismo relativamente débil en otras sustancias.

Continué escuchándolo mientras avanzábamos. La teoría de Elmer sobre los gravíticos era muy compleja, y en algunos puntos, verdaderamente arbitraria. Sin embargo, en conjunto, sus ideas científicas, un tanto embarulladas, mostraban cierta consistencia y armonía. Además, yo caminaba sobre una corriente de gravitones lo cual era la mejor demostración de que estaba en lo cierto. Según los puntos de mira de Elmer, en un principio existía el caos y toda materia fue altamente magnética. Aquello plasmó en nébulas, y luego en astros. De allí las terribles presiones y las variables temperaturas exteriores, basándolas al exterior en forma de radiante energía. Las tensiones atómicas emiten enormes cantidades de luz y calor, grandes chorros invisibles de magnetones y electrones. Al final de todo el proceso evolucionador, sólo queda un residuo: las frías e inertes rocas de los cuerpos planetarios. A excepción de los metales férricos, ninguno de estos residuos retiene más que un débil fragmento de su fuerza magnética original. Aunque la piedra, el granito y la roca poseen cierta potencia de atracción. Como la Tierra es una concentración de esta clase, suscitó los cálculos y estudios de Newton, debido a su forma geológica de manzana.

Partiendo de este concepto, Elmer habló largamente de ello y de los átomos que componían el universo. La masa, afirmaba, en lo que concierne a lo que nosotros llamamos peso, es simplemente un asunto de coeficiente gravitónico, puesto que un gravitón es la unidad más baja, un aspecto más del átomo. No lo dude. Es el núcleo de un magnetón lo único que queda después de habersele despojado de sus cáscaras externas. El gravitón es absolutamente inerte y hasta ahora estaba encerrado en los átomos de la sustancia original a que pertenecía. Si se logra separarles, su ausencia no priva a la sustancia madre de nada, a excepción del peso. Restando entonces la pura esencia gravítica, la energía potencial se puede transformar en Kinética con un mínimo de pérdida. Esto era lo que mi avisado vecino hacía.

—Encontrar un conductor adecuado fue lo que me costó más trabajo —me confesó el muchacho— y no le diré todavía cuál es. Tan pronto como lo hallé, construí este motor. Ya ve usted mismo lo bien que funciona.

Efectivamente, podía comprobarlo. Subimos la Cuesta del Venado velozmente, como en volandas, gracias a la silenciosa propulsión y a la ingravidez de la carga. Pensé entonces en los macizos montañosos que nos servían de telón de fondo, inmóviles en su grandeza, con millones y millones de toneladas de encerrada potencia, que sólo aguardaban la mano científica para ser liberada y convertida en energía fabulosa. Imaginaba centenares de centrales kineticizadoras en derredor de sus vertientes graníticas, emitiendo energía utilizable y gratuita. Lo que no se me ocurrió fue pensar en lo que sucedería cuando esas montañas quedasen eventualmente despojadas de peso. Pero —me decía a mí mismo—. «¿Cómo quedarían afectadas las

demás propiedades de los materiales con la alteración del peso natural?». Debió oírme Elmer y dijo:

—¡Oh, no mucho! Los relativos pesos del durtiminio, acero y plomo nada tienen que ver con su energía tensil. Eliminé casi todo el peso de una probeta de mercurio e hice la prueba. Comprobé científicamente que se hacía mucho más viscoso el mercurio cuando era ligero, característica que usualmente queda contrarrestada por su pesadez normal. Por lo demás, era el mismo elemento. Tengo en mi taller un yunque que pesa menos que un globito infantil. Si no estuviera sujeto con abrazaderas de hierro el bloque de cemento en que se apoya, se elevaría y daría contra las vigas del techo; sin embargo, puedo martillar con fuerza sobre el mismo.

Estábamos ya cerca de Breedville y comenzó a llover de nuevo. Elmer bajó las cortinillas protectoras y le pregunté cómo reaccionaría Mr. Peavy al recibir barriles de grasa tan ligeros y faltos de peso.

—Ya me ocuparé de esto antes de que lleguemos —dijo el joven inventor sonriendo, al verme tan intrigado.

Averigüé lo que quiso decir al hacer alto, bajo un puente ferroviario, a una milla escasa del establecimiento de Peavy. Saltó del vehículo y sacó nuevamente su cable. Esta vez lo sujetó a uno de los gruesos pilares de cemento y acero que sostenían la armazón del viaducto. Uno por uno, fue recargando los barriles con peso muerto extraído del puente.

La carrocería gimió de nuevo bajo la carga excesiva.

—Es difícil medir bien los barriles, devolverles su peso con exactitud. Tengo que perfeccionar este detalle. En el último viaje que hice, Peavy chilló como un condenado porque la mercancía pesaba poco. Esta vez va bien servido. No se quejará por recibir más libras de las que paga; ya verá lo contento que se pondrá el muy bribón.

Queda relatado el ciclo prodigioso de los transportes del negocio de Elmer Nickleim. No era extraño que sus gastos de gasolina y neumáticos fueran inferiores a los de sus colegas en el oficio, ni el que pudiera lanzarse a los más largos viajes con una carga excesiva. Todo se limitaba a reducir la carga acero, utilizando parte de ella como propulsión y a reponerla nuevamente al término del trayecto.

Llegamos por fin al almacén de Peavy utilizando el carrasposo motor de gasolina. Nadie notó allí la menor cosa anormal cuando nos detuvimos y descargamos. Peavy puso buen cuidado en pasar a la báscula cada barril y cada caja, pero no hizo comentario alguno cuando comprobó que su peso excedía al marcado. Probablemente calcularía que era una compensación a la deficiencia observada en la expedición anterior, sobre lo cual la compañía abastecedora se había mostrado reacia en un principio. Recogió algunos envases y comenzamos nuestro recorrido de vuelta.

La lluvia arreciaba y cuando llegamos al puente ferroviario había grandes charcos en el camino. Elmer se detuvo el tiempo suficiente para extraer algunos centenares de libras más y meterlas en una de las cubas vacías, al objeto de utilizarla como fuerza

de propulsión en el trayecto de vuelta. Me dijo que aquél era el mejor sitio de por allí para obtener rápidamente el peso necesario.

Arrancamos; mas apenas habíamos avanzado un centenar de yardas, cuando oímos un ruido enorme a nuestras espaldas; a continuación, el resonante choque de piedras y metal al romperse. La tierra se estremeció y una oleada de agua sucia voló por los aires.

—¿Qué diablos sucede? —exclamó Elmer, frenando la camioneta y deteniéndose.

Lo que pasaba a nuestras espaldas no era nada grato: la pilastra de cemento que acabábamos de dejar se había inclinado desde sus cimientos hasta chocar contra el pilar gemelo. Lo que había sido relleno de tierra y grava detrás del puente, era ahora una masa informe de barro.

Empapado el muro por varios días de lluvia, con el exceso de la humedad, ese relleno actuó como el agua en una presa y cedió la línea de menor resistencia. La ahora casi ingrátida pared de contención había cedido, al estar falta de su peso físico. Los dos grandes y negros refuerzos de acero que la sostuvieran estaban rotos.

—¡Dios Santo! —exclamó Elmer al contemplar semejante espectáculo—. ¿Cree usted que yo tengo la culpa de esto? —me preguntó.

—Temo que sí —hube de responderle. Acaso el cemento armado no necesite peso para tener fortaleza; pero sí lo necesita para servir de muro de contención.

Bueno, el daño estaba hecho y Elmer algo asustado. Iba a pasar pronto un tren y había que hacer algo. Nos dirigimos a la granja más próxima y desde allí avisamos a la estación que había un desprendimiento de tierras. Después, regresamos a casa. Elmer estaba muy preocupado.

Los días siguientes fueron de observación. Los ingenieros ferroviarios y los técnicos de la comisión de Obras Públicas nombrada al efecto estudiaban el fallo del muro de contención, sin dar con las causas. El pilar volcado estaba intacto. No se percibía en él ni una sola grieta; sólo unos cuantos desconchados hechos al caer, pues el choque violento hizo saltar los ángulos salientes. Los peritos cortaron trozos de la obra derrumbada y los mandaron a buenos laboratorios de ingeniería para comprobar su resistencia. Repasaron minuciosamente los libros y la documentación legal de la empresa que construyó el puente. El muro se había hecho de acuerdo con las especificaciones dadas por los ingenieros y fue debidamente inspeccionado al tiempo de inaugurarse. Los fragmentos de prueba sujetos a tensiones y presiones y resistencias reaccionaron normalmente; poseían exactamente la fortaleza tensil y de compresión que debían tener. La mezcla era adecuada; los ingredientes constructivos irreprochables. ¡Lo único raro que hallaron fue que el material examinado tenía el mismo peso que un volumen igual de madera corriente!

Sesudos trabajos comenzaron a publicarse en las revistas de ingeniería sobre la pérdida de peso en los cementos viejos, la extraordinaria deterioración observada en un pilar de cemento y cosas por el estilo. Durante toda esta singular controversia, Elmer no dijo *esta boca es mía*, ni yo tampoco. Mantuve silencio por diversas

razones, y entre ellas por el hecho de que había dado palabra de no divulgar el invento.

Además, porque temía que cualquier cosa que yo dijese en tal sentido resultaría demasiado extraña y ridícula para poder ser creída.

La huella de este incidente permaneció en la oscuridad.

La misma excursión que me había permitido conocer el secreto fue la causa de que no siguiera el proceso técnico y las explicaciones dadas. Cogí un catarro en el viaje y no tardó en convertirse en pulmonía. La enfermedad se complicó y hube de permanecer en la cama de un hospital durante meses. Cuando salí del sanatorio y pude reanudar mi vida normal, supe que mi vecino se había marchado, sin duda en busca de más amplios horizontes.

Es lástima que la infortunada experiencia de Elmer, el incidente de su primitiva invención, le alejasen de los acostumbrados cauces científicos, pues sigo creyendo que lo que sucedió después, fue porque cayó el invento en manos de gentes poco escrupulosas. Hasta mucho más tarde del hundimiento del cruce ferroviario, nada supe de Elmer ni de su trascendental hallazgo. Luego, pequeñas noticias sueltas me indicaron, que, si bien se guardaba su secreto, alguien lo seguía explotando tal vez porque su descubridor carecía de imaginación suficiente para dedicarlo a mejores utilizaciones.

Me llamó la atención, por ejemplo, el enorme éxito económico obtenido por los Transportes Trans-Americanos. No dejaba de ser significativo para mí que la estación de salida, al mediodía, de su línea principal estuviera instalada en el fondo de una abandonada cantera de piedra y que su terminal del Pacífico acabara en un profundo desfiladero. Adiviné de dónde procedía la fuerza motriz empleada por esta poderosa empresa de transportes por carretera, especialmente cuando un agente vendedor de gasolina me dijo que no le compraban a nadie más que contados litros de combustible. No pudo comprobar tampoco de dónde procedía el que utilizaran. También pude observar que la Compañía de referencia andaba continuamente metida en reclamaciones judiciales, originadas siempre por discrepancias en el peso de las mercancías transportadas. De ahí deduje que Elmer no había resuelto aún el problema de medir y graduar bien sus inyecciones de gravedad succionada.

Había otros indicios que revelaban en los Trans-Americanos la oculta intervención de mi vecino. Los ingenieros de Caminos descubrieron que, a lo largo de ciertas rutas, que eran las seguidas preferentemente por los camiones de dicha Compañía de Transportes, al cabo de algún tiempo, incluso los caminos apisonados, apenas necesitaban ligazón. Se comprobó que la capa de estas rutas era increíblemente pesada, de una materia hecha como polvo de plomo; por lo tanto la superficie no se levantaba y ni dispersaba con el tráfico. Pasado el tiempo, se ponía tan dura y compacta como el piso de un taller metalúrgico, en donde los fragmentos de hierro van cubriendo el suelo.

También surgieron en la prensa incidentes chuscos. Alguien debió robar trozos

del misterioso conductor de gravitones, pues se comentó alegremente el relato de un policía, al que se supuso demente o embriagado además de embustero, que persiguió a un hombre que huía ;con un gran cofre de hierro a la espalda! El ladrón escapó y, por lo tanto, el secreto de Elmer quedó relativamente seguro por algún tiempo. Luego salió a la luz pública lo que se llamó *el timo de las patatas*. Les diré cómo fue: un chofer que había estado al servicio de los Transportes Trans-Americanos, sabiendo que las patatas se vendían al peso, vio su oportunidad. Robó un trozo del cable mágico de Elmer y se dedicó al negocio patatero. Al principio, fue discreto. Las patatas que pasaban por sus manos tenían sobra de peso, pero el exceso no era muy grande. Los que tenían a su cargo el suministro de colegios, hoteles, hospitales, cuarteles, sanatorios y otras grandes instituciones, fueron los primeros en notarlo, alarmados. ¿Por qué aquel exceso de gasto? Empezaron a indagar y la codicia acabó con el ex chofer-comerciante. No contento con el sobrepeso inicial de un diez o un veinte por ciento, inyectó más y más a su mercancía. Las amas de casa y las cocineras, incluso, comenzaron a quejarse de que las patatas mayores exigían gran esfuerzo para manejarlas.

Un día en que los inspectores de Mercados y Abastos irrumpieron en el almacén del patatero en cuestión, se descubrió la trampa. Hallaron allí un chorro constante de patatas sobre cierta correa transmisora acanalada que pasaba junto a un receptáculo lleno de chatarra férrica. Conforme pasaba cada tubérculo por determinado punto, lo rozaba un poco de lana mineral, hecho lo cual el tirante transmisor derramaba las patatas por el suelo. Desde allí las transportaba al departamento de embalaje a unos aparatos convenientemente dispuestos.

El curioso proceso del patatero tropezó con mil dificultades legales. Sobraban precedentes para castigar las deficiencias de peso, pero ninguno referente al exceso de peso añadido con artificio. Los químicos trataron de probar, una vez que comprendieron el empleo de los gravitones móviles, que la introducción de gravitones férricos en un producto alimenticio constituía determinada adulteración perjudicial para la salud de personas y de animales. Fracasaron. La composición de las patatas no había sufrido ninguna alteración. Es decir, igual que ocurre con el hierro temporalmente magnetizado. Finalmente, se sobreseyó la causa, con gran disgusto de los inspectores de Mercados, por no haber una legislación adecuada al caso.

Con tal motivo surgió un chaparrón de leyes castigando la alteración de los pesos naturales. Lo inevitable. Estado tras Estado de Norteamérica las puso en vigor y la Comisión de Comercio Interestatal abrió una investigación especial de los transportes Trans-Americanos, basándose en las declaraciones hechas por el tramposo comerciante y antiguo conductor de dicha compañía. Lo grave fue el hundimiento de arrecifes en el terminal oeste de la Compañía. La succión geológica de peso se convirtió en delito federal, fraude castigado con severas sanciones en todos los Estados de la Unión norteamericana. El arrecife se desintegró, se derrumbó primero y

luego, ante la admiración de las gentes, se elevó por los aires como si fuera un dirigible. Lo dijo la prensa, pero nadie se lo creía.

El hecho tuvo lugar una tarde, después que llegó allí un pesado convoy. Había que reponer miles de toneladas de peso, y las unidades de energía propulsora de los camiones que llegaban aún recargaron más peso adicional. El ya bastante aligerado montículo entregó sus últimas toneladas, porque llevaba mucho tiempo sirviendo de generosa *nodriza*. La piedra, estratificada en capas sueltas, carecía de cuerpo; de modo tal que, con estruendo que pudo rivalizar con el del cerco de Stalingrado en la última guerra, cayó y se deshizo, *hacia arriba*, en una nube de polvo de volantes fragmentos. Estos pequeños trozos, aunque eran de piedra, no pesaban casi nada, se elevaron como globos y pronto fueron dispersados por el viento.

Desgraciadamente, el desfiladero de referencia no está muy lejos de una de las más frecuentadas rutas aéreas del país. Horas después, los pilotos daban cuenta a sus bases de haber visto lo que ellos llamaban cuerpos inertes extrañísimos que flotaban por las elevadas capas del aire. Alguno encontró algo a su paso, apenas del tamaño de un puño, y como el avión volaba a gran velocidad, al chocar se quedó con una ala deshecha. Esa misma noche, dos aeroplanos del servicio regular estratosférico oficial capotaron, acribillados ambos por ingravidas piedrecillas. Pues si bien esos residuos pétreos eran más ligeros que el aire, conservaban todavía cierto peso residual y su fuerza tensil intacta.

Intervino el Congreso. Se anuló la licencia de circulación para los transportes Trans-Americanos, confiscando su material. A Elmer se le prohibió que tomara parte en esta clase de negocio. En los Estados Unidos no había sitio para su invento.

Así debió de acabar la llamada *Teoría de Gravíticos* y sus desdichadas aplicaciones. Mas no fue así. No lo fue porque Elmer y sus socios habían probado la ambición de los beneficios seguros y fáciles y no querían renunciar voluntariamente a ellos. Según se rumoreó por entonces, más que el inventor fueron sus poco escrupulosos asociados los que llevaron la parte financiera del negocio, relegando a Elmer con amenazas a un laboratorio científico y técnico para que buscara otros medios de utilizar su Kineticizador. Como quiera que fuese, la fase siguiente del invento estuvo varios años en incubación. Durante algún tiempo, los gravitones cesaron de ser noticia, no hablándose de ellos más que en algunos círculos científicos, en donde todavía se suscitaban controversias en uno u otro sentido. La gente comenzaba a olvidar el tema de los gravitones cuando Caribbean Power apareció en las columnas de los periódicos.

Tan extraña empresa inició sus operaciones en una diminuta isla del Caribe llamada Cayo del Cangrejo. Se trataba de un islote de arena coralífera sin valor, frecuentemente barrido por los huracanes antillanos, que había quedado sin mencionar en el Tratado que firmaron los Estados Unidos y España a la terminación de la guerra de 1898. Continuaba por lo tanto siendo territorio español nominalmente,

hasta que el *Sindicato Gravitónico* lo compró al Gobierno de Madrid por unos cuantos millones en oro. Entonces se constituyó allí la llamada Mancomunidad del Cangrejo como Estado independiente, regido por sus propias leyes a todos los efectos.

Contaban ya en la flamante republiquita con una valiosa adición en su caja de trucos mágicos. Era el tercer gran invento de Elmer. Un transmisor de energía eléctrica radiada por haces. Pronto hicieron contratos con importantes industrias de las vecinas naciones de América para la venta de ilimitada potencia emisora, a precios y tarifas sin competencia posible. Al principio, las grandes potencias marítimas protestaron, sospechando de lo que se trataba y temiendo vagamente los incalculables efectos que pudiera tener aquello sobre la navegación si se le robaba al mar parte de su peso. La tempestad de alarma se calmó cuando la Mancomunidad dijo formalmente que para nada tocarían el agua del mar. Comprometiéronse a no extraer energía más que del potencial isleño que poseían en sus aguas jurisdiccionales. Por tanto, el mundo se tranquilizó y olvidó sus temores. Ocurriese lo que ocurriese, en Cayo del Cangrejo existía la posibilidad de hallar fuerza barata y abundante para las industrias; y en el peor de los casos, un islote de coral más o menos poco importaba al mundo. Aunque sus arenas llegaran a flotar por el espacio, como había sucedido en el famoso desfiladero de la costa del Pacífico, pocos daños podía causar, ya que el islote antillano estaba bastante alejado de las rutas aéreas más utilizadas.

Esperanzas prematuras. No contaron con el ingenio de los *gangsters* que dirigían el negocio. En seguida construyeron grandes grúas sobre el Cayo y las perforadoras comenzaron a profundizar el suelo. Cuando los pozos alcanzaron ocho millas de profundidad, las torretas de transmisión estaban ya construidas y dispuestas. Entonces se produjo una corriente inmensa de energía eléctrica y aparentemente inagotable. Baterías de dínamos Kinetizadoras comenzaron a funcionar, suspendidas por cables en las profundas entrañas del planeta, convirtiendo así el peso superior en kilowatios, los cuales se enviaban a la superficie por medio de alambres de cobre. Allí se convertían en ondas de energía radiadas, las cuales se enviaban a los clientes y compañías abonadas. Era una energía limpia y regular. La industria, agradecida, prosperó mucho en esos años.

Hasta qué profundidad hizo penetrar el Sindicato Gravitónico sus perforadoras, nadie llegó a saberlo. Ni tampoco cuántos millones de toneladas de peso terrestre fueron convertidas en energía eléctrica y transmitidas a las fábricas del mundo. Al cabo de cierto tiempo el audaz proyecto revolucionó la economía mundial. Con energía tan barata como el aire, los depósitos carboníferos perdieron casi todo su valor, y a los de petróleo les sucedió otro tanto. En el apogeo de tal plétora de fuerza gravítica, ciudades como Nueva York llegaron a instalar unidades térmicas al aire libre, para que sus ciudadanos, aun en las épocas de más intenso frío, pudieran pasearse por las calles sin llevar abrigo alguno. No había necesidad de economizar o

conservar energía. La vieja *Tierra Firme* tenía gravitones de sobra para toda una eternidad.

El comienzo del saldo de cuentas llegó con el desastre de Nueva Nassau. Un fuerte terremoto arrasó la ciudad y una tromba marina dejó en ruinas las poblaciones costeras de Florida. Cuando cesaron los temblores de tierra, el Imperio Británico descubrió que le habían añadido otra isla casi continental a sus dominios. El banco coralífero de las Bahamas se elevó sobre el agua, estabilizándose a una altura de diez a cincuenta pies sobre el nivel del mar en toda su extensión. Pero este aparente beneficio llevaba anejo un inconveniente. El lecho marítimo del estrecho de Florida había subido también y la comente del golfo disminuyó proporcionalmente. Los europeos comenzaron a preocuparse por los efectos que todo esto producía en el clima del Viejo Continente. Eminentes geólogos explicaron que ello se debía al ajuste isostático. Afirmaron que si la banda de la «Caribbean Power» continuaba robando a la región su peso natural, no habría nada que pudiese sujetarla en su base. Las masas geográficas adyacentes se precipitarían a llenar el vacío, al paso que las vetas internas, inquietas y semifluidas, ascenderían. No tardaría en llegar el momento en que se levantarían montañas rivales del Everest y del Himalaya en el lugar mismo donde había estado el archipiélago de las Bahamas; cuando llegase ese día, las otras islas de su alrededor y las más próximas áreas continentales serían meros bancos de arena en un mar cada vez menos profundo. Por lo tanto la República del Cangrejo debía desaparecer. Era un asunto que decidiría el Tribunal de las Naciones Unidas.

—Bueno —terminó Malcolm Jameson—, ésta es la historia del Keticizador de Elmer Nickleim, tal y como yo la conozco. Me pregunto aún si estaría mi antiguo vecino con los de su cuadrilla el día en que los bombarderos de la O.N.U. se presentaron y borrarón del mapa a la «Caribbean Power». Si estaba todavía allí, me figuro que lo harían prisionero, pues la pandilla con que se había asociado últimamente eran *gangsters* y gentuza tan audaz como codiciosa. O tal vez fueran todos con la metralla atómica al fondo del océano, perdiéndose así los secretos de su diabólico invento.

Los contertulios del Club de Inventores le felicitaron por su prodigioso relato al terminar y luego, puestos ya en pie para marcharse a descansar, levantaron sus copas en honor de Mr. Clemente Soria, el eminente colega español que marchaba en viaje científico por una temporada a las nevadas selvas del Canadá.

La historia de Martín Vilalta

José María Aroca

Los hombres del futuro podrán comunicarse entre sí telepáticamente. La pérdida de ese reducto individual que es la mente quedará compensada por el mejoramiento de las relaciones humanas, las cuales serán más sinceras, ya que nadie podrá ocultar sus verdaderas intenciones a los demás.

(Th. Sturgeon, CIENCIA Y FUTURO).

Para Martín Vilalta, el día empezó como otro cualquiera. Mientras se estaba afeitando experimentó una leve sensación de embotamiento, como si su sueño no hubiese sido lo bastante reparador. Desayunó en medio de su habitual silencio, rozó superficialmente con los labios la mejilla de su esposa y salió de casa, camino de la estación, tal como venía haciéndolo cada mañana desde hacía veinte años.

Martín Vilalta, bien cumplidos los cincuenta, trabajaba en la Sociedad Barcelonesa de Crédito. A él llegaban numerosas personas necesitadas de una ayuda financiera. Su tarea consistía en averiguar quiénes, entre aquellas personas, estarían en condiciones de devolver el préstamo solicitado. Desde hacía mucho tiempo había descubierto que el único modo de cumplir con su tarea consistía en dudar sistemáticamente de todos y cada uno de los solicitantes. En aquella clase de ocupación no cabían los sentimientos personales.

En la estación de Sarria, mientras esperaba el tren, su malestar se hizo más intenso. Cuando llegó a la oficina, el dolor se había concretado en la parte posterior de su cabeza, encima de la nuca. De mala gana, aceptó unas tabletas de aspirina de uno de sus compañeros de sección que había observado su aspecto de fatiga. Don Julián, el jefe de la sección, cruzó por delante de su mesa mientras Martín Vilalta tragaba las tabletas con un poco de agua.

—¿Se encuentra usted mal? —inquirió don Julián.

—No es nada: un simple dolor de cabeza —respondió Martín Vilalta.

Poco después se presentó una mujer, modestamente vestida, solicitando un préstamo para pagar la entrada de un piso. Lo brusco de la negativa de Martín Vilalta hizo que el escribiente que ocupaba la mesa contigua enarcara las cejas, sorprendido.

Era casi la hora del almuerzo cuando un hombre de rostro blanco como la cera, ojos enrojecidos y boca temblorosa, se sentó al otro lado del escritorio. Dijo que se llamaba Farrerons. Martín Vilalta paseó una mirada experta por sus ropas mientras escuchaba lo que el señor Farrerons estaba diciendo. Según él, se había jubilado hacía poco tiempo y necesitaba un préstamo con suma urgencia. Podía responder con el título de propiedad de una pequeña finca, cuya venta se proponía gestionar. Tomando

unas cuantas notas en una cuartilla, Martín Vilalta continuó su interrogatorio.

El solicitante estaba viviendo con su hijo y su nuera. Y se proponían encerrarlo en un asilo, pretextando que el piso en el cual vivían era muy pequeño. Su nuera estaba a punto de dar a luz... Pero el señor Farrerons sabía que la verdadera causa estribaba en lo escaso de su pensión de jubilado, y tenía la seguridad de que si podía ofrecerles algo más de dinero cambiarían de idea. Al llegar a este punto, Martín Vilalta, que había estado escuchando con aire impaciente, estrujó la cuartilla en la cual había tomado las notas, la tiró a la papelera y despidió al solicitante con más brusquedad que de costumbre.

Cuando el señor Farrerons se hubo marchado, sonó el timbre que anunciaba la hora del almuerzo. Martín Vilalta bajó al restaurante de la esquina, como todos los días, aunque no tenía apetito. El dolor se le había corrido a las sienes. insidiosamente.

A su regreso a la oficina, don Julián le hizo entrar en su despacho. Don Julián tenía un aspecto preocupado y vacilante. Dijo:

—¿De veras se encuentra usted bien, Vilalta? Le he estado observando, y... bueno, tal vez sea una impresión mía...

Martín Vilalta replicó con cierta impaciencia que se encontraba perfectamente.

—No he podido dejar de notarlo —insistió don Julián—. Me ha parecido que trabajaba usted bajo una especie de tensión. Su..., su actitud de esta mañana... Desde luego, hay que mostrarse firme. Pero, al mismo tiempo, es necesario obrar con imparcialidad...

Se interrumpió. Bondadoso por naturaleza, le resultaba difícil administrar la reprimenda.

—Si cree usted que me he excedido en mis atribuciones... —empezó fríamente Martín Vilalta.

Don Julián se frotó nerviosamente las manos y dijo que no lo creía, ni mucho menos. Pero se había fijado en uno de los solicitantes, en particular. Un anciano, no había captado el nombre, que se había presentado poco antes de la hora del almuerzo...

—Tal vez me equivoque, pero me pareció que le trataba usted *de* un modo...

Don Julián se interrumpió de nuevo.

—Sí —dijo Martín Vilalta secamente—. Era un tal... —Frunció el ceño—. Un tal... —repitió.

Tenía el nombre en la punta de la lengua, pero no podía recordarlo, a pesar de que se enorgullecía de su capacidad para retener nombres y caras.

Don Julián acabó de convencerse de que Martín Vilalta estaba enfermo. Pero no se puede agarrar a un empleado por el hombro y ordenarle que se marche a casa. Por lo menos, no a un empleado como Martín Vilalta. Suspiró.

—No se preocupe, Vilalta. Y tómesese las cosas con calma...

De nuevo en su escritorio, Martín Vilalta se quedó mirando fijamente la pared y trató de recordar el nombre. Al igual que antes, lo tenía en la punta de la lengua pero

se negaba a tomar forma. La concentración aumentó la intensidad de los latidos en sus sienas. A pesar del creciente malestar que experimentaba, persiguió el evasivo nombre con la misma perversa tenacidad con que escarbamos con la lengua en una muela cariada.

Anotó todas las letras del alfabeto en una cuartilla, intentando construir unas sílabas detrás de ellas. Cuanto más se concentraba, más enmarañados y caóticos se hacían sus pensamientos. Había momentos en que llegaba a olvidar lo que estaba tratando de recordar. Y el dolor crecía y crecía, localizado ahora en un punto central de su frente, algo más arriba de los ojos.

Hasta media tarde no recordó las notas que había tomado del solicitante. Pero cuando se inclinó ávidamente sobre la papelera, descubrió que había sido vaciada durante la hora del almuerzo.

El evasivo nombre ocupaba por entero sus pensamientos. Se convirtió en la cosa más importante de su vida. Hasta entonces, nunca había olvidado un nombre. ¿Un primer síntoma de senilidad, acaso? Así empezaba la cosa. Una especie de amnesia. Un toque de aviso...

¿Cómo diablos se llamaba el viejo?

Continuaba embargándole la preocupación cuando regresaba a casa, en el tren. El dolor en la frente se había convertido en una especie de centro de sólida presión que parecía encontrarse dentro del propio cráneo. Apretó las palmas de las manos contra sus sienas hasta que se dio cuenta de las inquisitivas miradas que le dirigían sus compañeros de compartimento. Entonces apartó las manos y se sentó muy rígido, sabiendo que no habría paz en su mente hasta que recordara aquel maldito nombre.

Cuando llegó a casa se dirigió directamente al cuarto de baño. Se lavó la cara con agua fría. Todo aquello era tan absurdo... ¿Carreras? ¿Farreras? Se encaminó al comedor con un torbellino de nombres en su cerebro.

—Pareces cansado, querido —dijo Celia en tono solícito.

—No más que de costumbre —replicó Martín Vilalta secamente.

Celia estaba sentada junto a la ventana, resolviendo el crucigrama de «La Vanguardia», como todas las tardes. Siempre se sentaba en el mismo lugar, con la cabeza inclinada sobre el periódico, el diccionario al alcance de la mano.

Martín Vilalta se dejó caer en su butaca. Su cuerpo estaba tenso con el torbellino que rugía en su cerebro. No podía continuar así. Debía dominarse, tratar de relajarse.

Relajarse...

Martín Vilalta respiró lenta y profundamente, tratando de no pensar en nada. Paulatinamente, la tensión remitió. Sus párpados se estremecieron y quedaron inmóviles. Experimentaba la sensación de que estaba asomándose a su propio cerebro, abriendo puerta tras puerta, dejando paz y tranquilidad detrás de él. El dolor acabó por desaparecer. Ahora, su mente estaba abierta y relajada... Y el nombre era...

Farrerons.

Martín Vilalta suspiró, aliviado.

—... ocho letras —dijo Celia súbitamente—. *Hospital para leprosos. Le-pro-se-ría... No, son diez...*

—Lazareto —dijo Martín Vilalta sin abrir los ojos.

—¿Cómo? —inquirió Celia, desconcertada—. Estaba pensando en mi crucigrama.

—Lo sé —dijo Martín Vilalta, en tono impaciente—. Lazareto, ésa es la palabra.

A Martín le pasa algo. No me ha gustado el aspecto que tenía al llegar. Parece cansado... ¿Cómo ha sabido lo del crucigrama? Tal vez debiera prepararle una infusión bien caliente, antes de acostarse. Pero, es tan reacio a tomar nada...

Martín Vilalta frunció el ceño y abrió los ojos. Celia le estaba contemplando, ansiosamente.

Tiene un aspecto raro —continuó Celia—. Estoy segura de que no se encuentra bien. Y no entiendo lo del crucigrama. Tal vez lo ha estado resolviendo en la oficina. Pero ¿cómo sabía que estaba en aquella palabra, precisamente?

Los labios de Celia no se movían. Estaba hablando, pero su boca permanecía inmóvil y, sin embargo, sus palabras se encontraban dentro de la cabeza de Martín Vilalta. Miró fijamente a su esposo, tratando de comprender lo que sucedía.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Celia en voz alta.

Tengo que comprarle un par de camisas —continuó, con la boca cerrada—. La que lleva empieza a estar rozada de los puños. Creo que hay unas rebajas en El Corte Inglés...

Martín Vilalta se puso en pie y salió del comedor. La voz en el interior de su cabeza salió con él, debilitándose a medida que se alejaba de Celia.

¿Adonde irá ahora? Tal vez en busca de un libro. Tal vez quiera leer un poco. Pero, ¿por qué ha salido así, sin decir palabra? Algo le pasa...

La voz se apagó. La mente de Martín Vilalta quedó vacía.

Miró fijamente a través de la ventana. Algo le había ocurrido; algo que le había infundido la capacidad de leer los pensamientos de su esposa. La voz que había oído dentro de su cabeza eran los pensamientos de Celia. Apoyó las manos en el cristal de la ventana. Había un nombre para esta clase de fenómeno. Percepciones extrasensoriales, o algo por el estilo. La ciencia no negaba tal posibilidad. Se trataba de un séptimo sentido latente en alguna parte del cerebro. ¿Dónde lo había leído?

De pronto, se encontraba con el don de leer los pensamientos. Un don que ofrecía perspectivas ilimitadas. Pero, ¿se trataría de un fenómeno pasajero? ¿Persistiría?

Caso de persistir, este nuevo don resultaría inapreciable para su trabajo. A partir de entonces, sería inútil que los solicitantes trataran de mentir. Más tarde, cuando conociera más a fondo aquella nueva cualidad, podría explotarla. En un escenario, tal vez.

La cosa era... ilimitada. Representaba un poder nunca soñado.

Embriagado con la gloria de su secreto regresó al comedor. Celia estaba en la

cocina, preparando la cena. A Martín Vilalta le resultó un poco molesta la incesante corriente de los pensamientos de su esposa. Le entristeció descubrir que le consideraba más como a una máquina de ganar dinero que como a un compañero amado. Cuando llegó la hora de acostarse, Martín Vilalta se demoró en el cuarto de baño hasta que la voz en el interior de su cabeza se apagó, y supo que Celia se había quedado dormida.

A la mañana siguiente, Martín Vilalta fue el primero en despertar. Permaneció un rato en la cama, mirando al techo, mientras repasaba los acontecimientos del día anterior. Ahora no había ninguna voz en el interior de su cabeza. Se incorporó en el lecho, escuchando. Tal vez el nuevo sentido había sido una cosa efímera, provocada por la tensión del día y desaparecida tras una noche de apacible sueño... Miró a Celia: iba a saberlo en el momento en que su esposa despertara.

Como cada mañana, lo primero que hizo al levantarse fue abrir la ventana de par en par y aspirar profundamente la fresca brisa matinal. Era una de las ventajas de vivir en las afueras: el aire no estaba tan viciado como en otras zonas de la ciudad. La calle, con sus viejos y frondosos plátanos, se extendía silenciosa y solitaria entre dos hileras de casitas de una sola planta. Martín Vilalta se asomó a la ventara. El repartidor de la leche, calle arriba, iba dejando las botellas en los zaguanes. Martín Vilalta le oyó silbar un ritmo de moda. Y, mezclada con el silbido, resonó en su cerebro la voz del repartidor:

Dos para los Segarra... Dos para los Iglesias... Una para los Vilalta...

Martín Vilalta sonrió mientras se apartaba de la ventana: el nuevo sentido continuaba allí. Celia se removió en la cama y abrió los ojos.

... Saltando de un tren y corriendo a lo largo de la vía.

La voz de Celia se apagó. «¿Un eco de un sueño?», se preguntó su marido.

¿En qué día estamos? —continuó la voz—. Miércoles. Hoy me pondré el vestido verde. Martín se ha levantado. El desayuno...

La voz se había puesto en marcha. Y continuó. Sin interrupción. Por primera vez desde que había adquirido conciencia de su nuevo sentido, Martín Vilalta se preguntó si habría algún modo de obstruir la recepción.

Los monótonos pensamientos de Celia le acompañaron mientras se afeitaba, mientras se vestía, mientras desayunaba. Hubo una momentánea adición cuando llegó el chico de los periódicos. Por unos instantes, dos voces hablaron juntas en su cerebro. Cuando eso ocurrió, le resultó casi imposible separar una de otra. Aquello era algo en lo cual no había pensado. Su mente recogería los pensamientos de *todas* las personas que estuvieran cerca de él. ¿Y a qué distancia debía encontrarse una persona para que sus pensamientos pudieran ser captados? Trató de calcularlo. Había captado los pensamientos del repartidor de la leche a unos diez metros... Martín Vilalta frunció el ceño. En un círculo con un diámetro de veinte metros cabía mucha gente. Casi una multitud. Y todos transmitiendo pensamientos al mismo tiempo. Se

preguntó cuál sería el efecto.

Lo descubrió al llegar a la estación. Una babel de voces resonó en el interior de su cráneo. Una barahúnda de sonidos que carecían de significado y que llenaron su cabeza con un dolor casi físico. Soportó la tortura por espacio de cinco minutos. Luego salió de la estación. Echó a andar a lo largo de la calle, invadido por un indecible horror. Los pensamientos de los transeúntes se levantaban y caían como rompientes sobre una playa pedregosa. Martín Vilalta entró en una calle más tranquila. El tumulto amainó. Ahora eran sólo fragmentos: una mujer limpiando una ventana; un niño jugando en un jardín; el dependiente de una tienda de comestibles cuya mente estaba llena del recuerdo de la muchacha con la cual había salido el domingo anterior.

Martín Vilalta desembocó en otra calle más ancha. El tumulto arreció, más fuerte que nunca, más fuerte que el rugir del tránsito. Ahora, el único deseo de Martín Vilalta era encontrar un lugar solitario.

Se refugió en un pequeño parque. Un sendero enarenado conducía a una plazoleta rodeada de bancos de madera con un diminuto surtidor en el centro. Se dejó caer en uno de los bancos. Sosteniéndose el rostro con las manos, cerró los ojos. Por primera vez desde que había salido de casa podía pensar con claridad. La situación era insoportable. Pero, ¿qué podía hacer para cerrar la espita de los pensamientos ajenos?

... a veinticuatro pesetas. Es un asco. A este paso, no sé adonde iremos a parar...

La voz era la de una mujer cargada con la cesta de la compra. Martín Vilalta tuvo que esperar a que se hubiera marchado, llevándose sus pensamientos, para poder meditar de nuevo con claridad.

Podía acudir a un médico. Tal vez existía alguna droga capaz de embotar el cerebro. Martín Vilalta se irguió, con un brillo de esperanza en los ojos. ¿Y una operación? Quizás aquella parte del cerebro que había estado dormida y que ahora había despertado pudiera ser extirpada...

La consulta de un médico. Allí habría una recepcionista; probablemente una enfermera. Y pacientes esperando... Se sentaría enfrente del médico y ni siquiera sería capaz de explicarle lo que le sucedía, debido a la babel de sonidos que resonaría en su cerebro...

«¡Dios mío!», exclamó Martín Vilalta.

Los apagados murmullos parecían aumentar en intensidad. ¿Significaba esto que su mente estaba haciéndose más sensible? Se puso en pie, tambaleándose un poco, y echó a andar a lo largo del sendero, sin saber adonde iba, ni por qué.

Al otro extremo del pequeño parque las voces ensordecedoras estaban esperándole, insidiosas, para llenar su cerebro de clamores.

Su cráneo era como una cáscara de huevo llena de resonancias.

Y llegaría un momento en que la cáscara se rompería...

Encima del hueso, la piel de su frente estaba tensa como un pergamino. El sudor empapaba su rostro. Las voces gritaban, y gritaban, y gritaban. No había ningún

sonido en el mundo excepto el que resonaba en el interior de su cráneo.

Silencio... Necesitaba silencio. En alguna parte tenía que haber un lugar solitario donde pudiera encontrar silencio y paz.

No supo cómo había llegado allí. Anduvo y anduvo, y de repente se encontró en una zona despoblada, tendido sobre la hierba, a la sombra de un árbol. Y en el interior de su cráneo había silencio y paz, turbados solamente por un apagado murmullo, no demasiado molesto.

Silencio y paz... Pero, no podía quedarse allí indefinidamente. Más pronto o más tarde tendría que regresar a los lugares poblados de gente. El día se extendía delante de él. Cuando se hiciera de noche pensaría en el futuro. A no ser que el hambre le acosara antes...

Una voz hurgó en su mente.

Comida... comida... comida...

Martín Vilalta se incorporó bruscamente. La voz cambió.

Miedo —dijo ahora—. Miedo... miedo... miedo...

No había nadie a la vista.

Otra voz, distinta.

Comida... comida... comida...

Por encima de su cabeza, un pájaro se remontó hacia el claro azul del cielo.

Contemplándolo, sin comprender todavía, temiendo comprender, Martín Vilalta levantó una mano.

Peligro... peligro... peligro... —chilló la voz.

El pájaro posado en el árbol emprendió el vuelo. Se convirtió en un punto diminuto y desapareció. La voz se apagó.

«¡No! —imploró Martín Vilalta desesperadamente—. ¡No!».

El apagado murmullo iba haciéndose más intenso. Martín Vilalta supo que lo que estaba oyendo eran los pensamientos mezclados de una ciudad de seres pensantes. La sensibilidad iba en aumento. Enfrente de la cortina había voces más pequeñas. Voces que hablaban con el instinto más que con la razón, sus mensajes traducidos en palabras y arrojados al torbellino de su mente.

Martín Vilalta escuchó las voces multitudinarias de los pequeños seres que poblaban los campos y el cielo.

Se puso en pie, tambaleándose. No había escape posible.

El mundo era todo ruido. Apretó las palmas de las manos contra sus oídos mientras echaba a andar. La cacofonía de ruidos fue haciéndose más y más insoportable.

Y luego el mundo estalló en una explosión de sonido y un relámpago de luz. Martín Vilalta cayó de rodillas y después hacia adelante, boca abajo, junto a la vía del ferrocarril.

Martín Vilalta recobró el conocimiento. El grisáceo cielo se convirtió en un techo.

Percibió un leve olor a formol. Movi6 las manos, descubriendo que estaba cubierto con algo. Volvi6 la cabeza. Estaba tendido en una cama. A su izquierda habfa otras camas; tres, todas vacfas. En otra cama, a su derecha, habfa alguien. Se encontraba en un hospital.

Martfn Vilalta se incorpor6, apoyando el codo contra la almohada. Una pequefia sala de hospital. Cinco camas, dos de ellas ocupadas. Mir6 el otro lecho ocupado. El hombre —era un hombre, desde luego, a juzgar por los cortos cabellos blancos que asomaban por encima de la s6bana— estaba dormido.

Reinaba un gran silencio.

Luego, Martfn Vilalta record6. Escuch6, conteniendo la respiraci6n...

Silencio. Ning6n sonido.

La pesadilla habfa terminado. Aquel don que 6l no habfa pedido y que le habfa proporcionado indecibles torturas, era ya solamente un mal recuerdo. Martfn Vilalta suspir6, aliviado. Cerr6 los ojos, saboreando el silencio, ba6andose en 6l.

El hombre de la cama contigua se removi6.

... No puedo seguir asf... No lo comprenden. El agua est6 muy frfa... Pronto habr6 terminado todo...

Martfn Vilalta se estremeci6. La sensaci6n de alivio se convirti6 en frfo horror. Asf habfa empezado la cosa. Y ahora empezaba de nuevo. Y el ciclo se repetirfa, una y otra vez: el comienzo, la tortura aumentando paulatinamente, el clfmox final... y vuelta a empezar.

Martfn Vilalta desliz6 las piernas fuera de la cama. La voz runruneaba implacablemente en el interior de su cr6neo. Tambale6ndose, cruz6 la sala y abri6 una puerta que se encontraba al fondo de la habitaci6n. La puerta daba a un cuarto que olfa a comida y a jab6n.

Un fregadero en un rinc6n; estantes; platos, tazas y vasos. Bandejas de metal. Una alacena. En uno de los compartimientos, cuchillos, cucharas y tenedores. Martfn Vilalta alarg6 la mano. Sus dedos se cerraron alrededor del mango de uno de los cuchillos.

La monja llevaba una toca almidonada y crujiente. El m6dico una bata inmaculadamente blanca.

—Los dos han ingresado esta tarde —explic6 la monja mientras entraban en la sala—. Un tal Martfn Vilalta, al que recogieron junto a la vfa del tren, sin sentido...

Vio la cama vacfa, las ropas desarregladas. Frunci6 el ce6o y llam6:

—¡Enfermera!

La enfermera se present6 con un mont6n de toallas, justificando asf el haber abandonado la sala.

—He ido a buscar toallas, hermana —se disculp6.

—Ya sabe que no quiero que abandonen la sala —la reprendi6 la monja—. El se6or Vilalta ha recobrado el conocimiento. Estar6 en el cuarto de ba6o. Ser6 mejor

que vaya allí, por si necesita ayuda...

—Veamos al otro enfermo —dijo el médico.

—Le han sacado del río —explicó la monja—. Posiblemente intentó suicidarse. Desde que ingresó ha estado delirando.

Como para confirmar sus palabras, el enfermo empezó a murmurar.

—No quería que me llevaran allí... Pero nadie me ayudaba... Nadie me ayudaba...

—Siempre repite lo mismo —dijo la monja—. Al parecer, vivía con unos parientes que querían internarlo en un asilo de ancianos. Habla de un préstamo que pidió, y que no le concedieron.

—Lamentable —murmuró el médico. Cogió la hoja de cabecera—: Manuel Ferrerons...

En el pequeño cuarto que había al otro extremo de la sala, la enfermera gritó, gritó...

El libro

Francisco Valverde Torné

Incluso entonces lo habría confesado. Nunca, en mi dilatada vida de bibliófilo, había visto nada semejante. Lo encontré en un puesto de libros delante del parque, adonde solía ir a curiosear con cierta frecuencia. Cuando distraídamente hojeé sus páginas, comprendí que tenía en las manos un ejemplar para mí extraño, aunque ni por su aspecto, ni por sus irreconocibles signos, pude deducir su origen. En aquel momento pensé que sólo debía tratarse de un libro de poco valor, impreso en una lengua extraña; pero de todos modos había algo en él que lo hacía distinto de los demás. Jamás pude saber cómo había ido a parar allí, a un puesto de libros viejos y baratos, donde excepcionalmente solía encontrar alguna antigüedad de escaso valor, en realidad mucho más vieja que antigua.

A pesar de ser para mí totalmente desconocida la escritura, comprendí que los caracteres de aquel libro no eran antiguos; su perfecta distribución, la claridad de los signos y su pequeño tamaño, entre otros detalles, indicaban un procedimiento de impresión absolutamente moderno. Y esto era precisamente lo más extraño, porque sus muchos deterioros no parecían recientes, sino hechos por el transcurso del tiempo.

Si en algo soy un experto, puedo asegurar que es en calcular la edad de un libro con muy pocos años de error, incluso prescindiendo de las pistas más claras, como pueden ser los tipos de los caracteres, la calidad del papel, su color, la ortografía, el contenido temático, el estilo, etc. Y todo esto es importante, porque con frecuencia la fecha de edición puede ser un dato que nada diga acerca de la autenticidad de un ejemplar. Puedo presumir de haber descubierto algunas falsificaciones muy hábiles.

Aquel nuevo hallazgo merecía, por lo menos, un concienzudo estudio. Pagué por él unas escasas monedas y, dudando todavía si había hecho una buena adquisición, me fui a casa. Estaba acostumbrado a las desilusiones cuando adquiría algún ejemplar aparentemente valioso, y que luego resultaba una imitación más o menos perfecta. Pero cuando comencé a estudiar aquel libro con más detenimiento, comencé a creer que aquella vez había encontrado algo verdaderamente insólito. Era como una de esas premoniciones que le asaltan a uno muy raramente con la claridad de una certeza.

Mi perplejidad iba en aumento cuanto más profundizaba en el estudio de aquel libro. De momento, lo único que conseguí aclarar, y que fue bastante para aumentar mi asombro, fue que su antigüedad se remontaba a varios siglos, aunque esto era preciso comprobarlo con otros medios que yo no tenía a mi alcance. Pero sabía quién podía hacerlo: mi amigo Gabriel.

Aunque era ya noche avanzada, no dudé en telefonar a Gabriel. No me había dado cuenta de que había oscurecido, abstraído en el estudio de aquel misterio. Como sospechaba, mi amigo estaba durmiendo, pues tardó varios minutos en descolgar el aparato.

—Siento molestarte a estas horas —empecé disculpándome—, pero es preciso que saltes inmediatamente de la cama.

—Lo único que me haría saltar de la cama sería un incendio.

—Entonces iré yo a tu casa...

—No, espera...

Le oí murmurar algo a su esposa. Después volvió a hablarme.

—Bueno, ¿qué pasa?

Se lo expliqué en pocas palabras, añadiendo que lo mejor era que lo viese él mismo.

—Dudo mucho de que lo que estaba soñando fuera más fantástico que eso que me cuentas. Si no fueras un experto en esta materia pensaría que me estás tomando el pelo.

—Ya sabes que no gasto bromas.

—Está bien, pero ¿quieres decirme qué tengo yo que ver con...?

—Te lo explicaré cuando estés aquí —le interrumpí.

La verdad era que nunca había tenido necesidad de requerir la ayuda de mi amigo Gabriel, y mucho menos a medianoche. Por eso le piqué tanto la curiosidad que cuando abrí la puerta observé que sólo había perdido el tiempo justo para ponerse un abrigo encima.

—Te agradezco mucho que hayas venido —le dije, quizás un poco arrepentido—. Tú sabes que si no fuera importante no te habría molestado...

—Sí, sí, ya sé —dijo con un ademán que podía interpretarse de mil formas distintas—. Pero ya he llegado. A ver esa maravilla.

Me siguió al despacho con aire de cansancio, pero pude observar en sus ojos una lucecita de curiosidad que tranquilizó a mi conciencia.

El libro estaba sobre la mesa. Lo tomó con cuidado, como si temiera que al contacto de sus manos se transformara en polvo. Lo observó por todos lados y lo abrió por el centro.

—Dame una copa y una silla —dijo.

Me apresuré a complacerle en ambas cosas. Se bebió el licor de un trago y después permaneció unos instantes reflexivo.

—Conozco un buen especialista en lenguas muertas y exóticas —dijo luego—. Si él no puede traducirlo, no lo hará nadie. Tiene a su cargo el mejor traductor electrónico del mundo.

—Eso pensé —respondí tímidamente—. Recordé que me habías hablado de él. Pero me bastaría saber el origen de este ejemplar. Le he... ¡hum! Le he calculado no menos de quinientos años... ¡Sí, no te asombres!

—¡Pero, hombre, hasta un colegial podría decirte que este libro no puede pertenecer a la Edad Media! La invención de la imprenta...

—Un momento, por favor —le interrumpí—. Si no se tratara de algo extraordinario, te habría dejado tranquilo con tus dulces sueños. Parece que estamos hablando de algo imposible. Pero tú, como paleontólogo, debes saber que la verdad tiene a veces tantas caras que la verdadera queda oculta por la sombra de las falsas. También sabes que algunas invenciones modernas no son más que repeticiones de otras más remotas que cayeron en el olvido. Además, en este caso hay ciertos indicios que no tienen explicación posible, a menos que admitamos que sabemos muy poco del pasado. Este libro *no pudo* ser impreso hace más de quinientos años. Sin embargo, yo sé que los tiene. Por eso he pensado en ti. En la Universidad cuentas con medios para calcular con la máxima precisión la edad de este papel...

—Sí, siempre que pase de los cien años.

—Bien, sólo te pido que lo hagas.

—Desde luego —asintió. Se metió el libro en el bolsillo y se dirigió a la puerta—. Te avisaré en cuanto obtenga los primeros resultados.

—¿Cuándo?

—No sé... Tal vez mañana.

Tardó varios días en hacerlo. Entretanto, me fue completamente imposible localizarle, aunque en una ocasión incluso fui en su busca a la Universidad, donde tuvo la desfachatez de negarse a recibirme. Creo que jamás he tenido tantos deseos de asesinar a una persona.

Por fin, cuando la ansiedad estaba a punto de matarme, una tarde sonó el teléfono de mi despacho.

—Soy yo, Gabriel —me respondió una voz cansada.

Una sarta de maldiciones se me hizo una bola en la boca, pero conseguí tragármela y sólo exclamé:

—¡Tú! Gracias a ti he logrado planear varias formas del crimen perfecto. ¿Qué diablos te has propuesto?

—Perdona, pero esto requerirá una larga explicación. Tu libro ha resultado ser mucho más asombroso de lo que imaginas.

—¿Contiene el auténtico secreto de la piedra filosofal?

Esta pregunta la hice muy seriamente. En mi mente se habían alojado toda clase de fantasmas que danzaban en la cueva de un alquimista, y que luego se convertían en brujos medievales haciendo pócimas milagrosas, mientras sus dedos descarnados recorrían las líneas de un libro gigantesco. Creo que el mismo Gabriel me había obligado a pensar en todo esto. Su misterioso silencio, mientras imaginaba a mi adorado libro bajo la observación de sus ojos científicos, me había sumido por unos días interminables en un mundo irreal y fantástico, donde todo era posible. Lo veía desgarrando el velo de ocultos secretos que cambiarían la faz del mundo.

—Se trata de algo mucho mejor —respondió, enigmático, a mi pregunta.

—Es un libro de brujería, ¿verdad?

—Será mejor que nos veamos.

—¡Pero dime algo!

—Espérame ahí.

Ignoro si tardó mucho tiempo, porque mi reloj parecía haberse detenido. Cuando Gabriel llegó comprendí que llevaba varios días en la misma situación. Sus ojos estaban enrojecidos y habían perdido el brillo. Tenía el rostro demacrado y las mejillas hundidas. A pesar del cansancio físico que sin duda le tenía agotado, su sistema nervioso debía de estar haciendo milagros para mantenerle en pie.

—Tenías razón —dijo. Su voz sonaba como un susurro—. Tiene más de quinientos años.

Creo que solté una exclamación de triunfo. Pero yo esperaba algo más.

—¿Qué otras cosas has descubierto?

Su mismo cansancio le impedía darse cuenta de la ansiedad que me devoraba. Dejó con parsimonia el libro sobre la mesa, pero siguió mirándolo fascinado, o quizá sin fuerzas para mover sus ojos en otra dirección.

—Lo he sometido a todas las pruebas imaginables —dijo después de sentarse—. No cabe la menor duda de su edad...

—Sí, pero debe de haber algo más —le acució.

Por fin movió los ojos para mirarme, pero dudo de que me estuviera viendo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste acerca de la verdad oculta del pasado? —dijo—. Tenías razón. Lo ignoramos casi todo. Empecé por encontrar algo que al principio no pude creer: la calidad del papel de este libro no solamente era desconocida hace quinientos años, sino que «también lo es hoy». La tinta empleada contiene algunas sustancias igualmente desconocidas.

Todo esto no me asombró lo más mínimo. En realidad lo único que me tenía obsesionado era el contenido de aquellas páginas enigmáticas, donde presentía un secreto terrible. Sin embargo, hice un esfuerzo por seguir hasta el final el camino que Gabriel había elegido para sus explicaciones.

—¿Quieres decir que este ejemplar... procede de una civilización desconocida?

—También lo pensé..., pero no era posible que existiera una civilización hace solamente quinientos años que no dejara más vestigio que ese libro. No, amigo mío.

—¿Entonces?

—Parte de mi tiempo lo he empleado en hacer ciertas investigaciones. Al llegar a este punto comprendí que no podía detenerme ninguna idea, por disparatada que me pareciera. Todavía no sé cómo pude lograrlo, pero conseguí meter las narices en el Archivo Histórico... Ya sabes, todo cuanto se guarda allí se mantiene bajo mil llaves de contacto molecular, en unas condiciones de esterilización perfectas. Se conservan algunos documentos que se remontan a los comienzos de la historia de casi todos los pueblos. Y allí encontré algo que me dio una pista.

Mi ansiedad crecía como la presión del vapor de una caldera sometida a una temperatura creciente. Y también me imaginé capaz de estallar. No obstante, esperé que Gabriel prosiguiera.

—Hemos de trasladarnos a la Edad Media, donde historia, fábula y brujería se mezclan en una confusión donde es muy difícil encontrar una pequeña verdad indiscutible. Existe una leyenda medieval... —Hizo un esfuerzo por recordar detalles—. ¡Oh, he olvidado ahora la época exacta! Fue preciso hacer una fotocopia del documento manuscrito y someterlo al traductor electrónico... No fue fácil, pues le faltan muchos fragmentos. Creo que te hablé del traductor electrónico, ¿no?

No creo que lo hiciera a propósito, pero llegué al límite de mi resistencia emocional.

—¡Sigue!

—Bueno, en resumen, se pudieron aclarar algunas cosas. Un cuerpo, algo así como una nave envuelta en llamas, cayó del cielo, con una gran explosión. Según la leyenda fue una estrella, pero hemos de darle una interpretación, claro. Se encontraron algunos objetos extraños, entre ellos un libro que escapó a la destrucción por hallarse protegido en una caja metálica... Aquel libro producía la muerte a sus poseedores, pero no podía ser destruido, porque ello traería la destrucción del mundo. Verdades y supersticiones, muertes tal vez atribuidas al diablo y que pudieron ser consecuencia de una contaminación de origen radiactivo, todo está envuelto en nubes traslúcidas, pero entre las cuales parece asomarse la verdad. Había muchas otras cosas que no recuerdo... Sí, trozos carbonizados de seres vivos...

Me levanté de un salto.

—¿Y tú supones que ese..., ese libro es el que encontramos? ¿Dónde termina la historia y empieza la leyenda, Gabriel? ¿Ese libro, entonces, procede de otro mundo?

—Así es...

—Pero eso es una revelación, eso significa...

—Eso significa muchas cosas, amigo mío. No existe otra explicación. También coinciden ciertas descripciones. Es imposible el error. Además, los resultados obtenidos en el laboratorio indican claramente que algunas de las materias utilizadas son absolutamente desconocidas para nosotros. La radiactividad ha desaparecido, pero gran parte de sus deterioros son debidos a ella. Añade a esto su indudable antigüedad, y otra cosa muy significativa: está redactado en una lengua indescifrable. Ése es el tesoro que tienes. Un libro de otro mundo. Se han sacado fotocopias de las páginas mejor conservadas para someterlas al traductor electrónico. Espero que dentro de pocos días obtengamos la primera información.

Me pareció haber estado sumido en un sueño irreal. De pronto me di cuenta de que Gabriel se había marchado. Pero el libro misterioso estaba allí. Lo tomé con cuidado exquisito entre mis manos y lo abrí por una página cualquiera, donde miles de signos, como negros insectos burlones, bailaban ante mis ojos. ¿Qué secreto de otro mundo ocultaban? ¿Algún brujo había logrado alguna vez descifrarlo? ¿Tal vez

aquel que lo encontró entre los restos de la nave destruida?

Y el secreto al fin me fue revelado.

Gabriel me invitó algún tiempo después a asistir al gran descubrimiento.

Ante el traductor electrónico me hubiera quedado vivamente impresionado en otra ocasión, pero entonces había algo más grande para mí que el interés que pudiera brindarme toda la delicada complejidad de aquella máquina fabulosa.

—Al principio, incluso el traductor falló —comenzó a explicarme Gabriel, con una serenidad nueva e increíble. Hasta estoy seguro de que su rostro resplandecía—. Pero pronto encontramos una pista.

—¿Está todo traducido?

—No es preciso hacerlo. Ahora cada uno de los signos tiene una claridad radiante.

—No comprendo...

—Comprenderás en seguida.

Me mostró a la transparencia una de las fotocopias, que representaba una página entera. Para una mayor claridad de observación la colocó en un proyector, y la imagen apareció en la pantalla plástica en sus dimensiones normales.

—Las páginas fueron sometidas al azar al traductor, sin resultado al principio. Pero de pronto surgió lo maravilloso. Esta máquina extraordinaria no solamente interpreta el lenguaje escrito, sino también el fonético.

—Es decir, que también «habla»...

—Milagros de la técnica... Bien, al fin consiguió traducir, mejor dicho, «leer» un sonido, una palabra... Mi *nombre*.

—¿Qué?

—Sí, dijo «Gabriel». ¿Comprendes?

—Nada.

—¡La máquina había encontrado el punto de arranque para la traducción total! Es como el principio de un rompecabezas.

—¡Pero eso es imposible! ¡Si el libro procede de un mundo remoto, perdido en el espacio...!

—¡Ésa es la clave! —exclamó Gabriel súbitamente excitado.

Confieso que en aquel momento, para mí, la oscuridad se hizo mucho mayor. En un cúmulo de contradicciones es imposible divisar una luz. Para mí, todo se desmoronaba.

—Entonces recordé —siguió Gabriel—: ¿qué podía significar la coincidencia de un nombre entre dos mundos separados no solamente por el tiempo, sino tal vez por centenares de años luz?

—No encuentro respuesta.

—Mi querido amigo, Gabriel no es un nombre inventado por los hombres... Recuerda: «Yo soy Gabriel, que asisto ante Dios y he sido enviado para hablarte y

comunicarte esta buena nueva»... Gabriel es el ángel anunciador del Dios Creador de todos los Universos...

—¡Dios mío! ¡Una Biblia!

La voz de Gabriel fue para mí como si oyera al ángel divino.

—Sí, una Biblia impresa hace quinientos años por unos hombres que encontraron la forma de viajar hacia las estrellas, aunque jamás volvieron, ignoramos por qué causa, y quizá lo ignoremos siempre. Tal vez su misma civilización les destruyó; aquella civilización que llamaba Yahvé al Creador y a su mundo Tierra...

El hombre mecánico

Francisco Valverde Torné

El doctor Krul se disponía a abandonar su consulta cuando oyó el zumbido del aparato de intervisión. Pulsó el botón de respuesta y en la pantalla apareció el rostro femenino, orlado de una cabellera rubia, de su ayudante.

—Doctor, acaba de llegar un nuevo paciente.

—Iba a marcharme ya...

—Se lo he dicho, pero ha insistido mucho en verle.

Por lo común los pacientes del doctor Krul no acostumbraban insistir si llegaban tarde a la consulta, aunque esto no solía ocurrir. Se les asignaba previamente una hora, y jamás se había dado el caso de que acudiera uno sólo sin haber sido citado con anterioridad.

—¿Tenía hora fijada? —preguntó a su ayudante.

—Creo que no.

—¿No está segura?

—Es que no ha querido darme su nombre. Sin embargo, estoy segura de que han venido todos los que tenía anotados para hoy. Creo que debería verle, doctor, a pesar de todo.

El doctor Krul guardó silencio, aunque estaba intrigado. Su trabajo se reducía exclusivamente a una rutina, en la cual casi todos los casos apenas se diferenciaban de los demás: trastornos cerebrales más o menos agudos, pero que se solucionaban satisfactoriamente en un par de sesiones. La insistencia de su ayudante, pues, no podía ser caprichosa.

—Está bien —accedió—. Haré una excepción. Dígale que pase.

Volvió a abotonarse la bata blanca y esperó de pie en medio del despacho.

Sus ojos, acostumbrados a penetrar en el interior de su pacientes, tropezaron con un muro infranqueable cuando se encontraron frente a la fría mirada del desconocido. Era un hombre alto, de movimientos algo torpes, con el pelo extrañamente negro, de reflejos metálicos azulados. Su tez aceitunada parecía una máscara animada de una vida absurda, aunque su expresión era tan enigmática como su mirada.

La penumbra del atardecer penetraba a través de la ventana difuminando las sombras. El doctor Krul encendió la luz.

En seguida comprendió que se hallaba ante un hombre completamente distinto de todos los pacientes que habían desfilado por su consulta a lo largo de toda su carrera, aunque no podía definir en qué consistía la diferencia.

«Vivimos en un mundo donde los hombres carecen de problemas —había escrito

una vez en uno de sus trabajos científicos para la Revista de la Academia de la Mente —. Sólo el cerebro continúa encerrando misterios ocultos. Tal vez sus mayores trastornos sean en gran parte motivados por la ausencia de problemas más allá de la especialización del individuo dentro de una sociedad en la cual sólo cuenta con un lugar sin horizontes. Sería conveniente, tal vez, acostumbrar al hombre de nuevo a la idea del fracaso. La necesidad de confiar en sus propias fuerzas imprimiría un sentido nuevo a su vida, y podría perseguirse un fin. Frente a la máquina, el hombre defendió la libertad. Pero al final la ha sacrificado también y ahora sólo cuenta con la más estúpida de las felicidades: la absoluta».

Ignoraba por qué aquel hombre que tenía delante le hacía recordar estas ideas, que casi habían estado a punto de arruinar su carrera de doctor de la Mente. Acaso la razón estaba en que el desconocido parecía tener impresa en su rostro inmóvil la imagen de algo parecido a la muerte. Era una impresión sin fundamento que, no obstante, producía inquietud.

—Bien, siéntese —invitó el doctor.

El desconocido lo hizo maquinalmente, hasta el punto de que el doctor Krul pensó que se habría caído al suelo si no le hubiera acercado rápidamente la butaca.

—¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó, esforzándose en dar a sus palabras una entonación profesional.

El desconocido tardó unos segundos en responder. Lo hizo cuando el doctor iba a repetir la pregunta. Su voz monótona carecía de inflexiones, y su tono casi arañaba los oídos.

—No lo sé. Por eso he venido.

El doctor Krul se sentó frente a él, sin dejar de mirarle. Su interés creció cuando, tras preguntarle por su nombre, el desconocido respondió:

—No lo sé.

Esto, aunque poco frecuente, no era un síntoma extraño.

—Muéstreme su placa de identificación.

—No tengo.

Esto no era extraño, sino sencillamente imposible. En aquella sociedad supertécnica, cada hombre era un número, un lugar, una ocupación, una pieza que podía ser sustituida, pero que no podía tener duplicados. Prácticamente no podía ocurrir, pero en el caso insólito de que un hombre consiguiera desprender de su cuerpo su placa de identificación, sería automáticamente destruido. La placa era la única garantía de la vida, y también de una dignidad incomprensible, seguramente, por las pasadas civilizaciones, cuando en el mundo existía la enfermedad y el dolor. A veces el doctor Krul se había preguntado hasta qué punto el hombre se había redimido de la tiranía de la máquina, si en realidad no habían caído en un maquinismo más sutil, más cruel, hipócritamente disfrazado con una apariencia de libertades falsas.

Ahora el problema adquiriría consistencia viva, y trató de ordenar sus ideas.

—A ver si he comprendido bien —dijo, analizando cuidadosamente el significado de las palabras—. ¿Quiere decir que ha logrado quitarse la placa?

—Quiero decir, simplemente, que no la tengo.

Para probar su afirmación, el desconocido le mostró el pecho desnudo. Su piel era tan aparentemente muerta como la de su rostro. Era una impresión indefinible, como una certeza sin pruebas, un convencimiento que iba más allá de la razón.

El doctor Krul llamó a su ayudante, encendiendo el intervisor.

—Puede marcharse —dijo—. Creo que permaneceré aquí mucho tiempo.

El rostro de la muchacha denotó una fugaz sorpresa, pero se limitó a preguntarle si de veras no necesitaba nada.

—No. Pero mañana le ruego que venga temprano.

—Muy bien. Buenas noches, doctor.

Al apagar el intervisor el doctor se enfrentó de nuevo con su problema. El caso ni siquiera podía haber sido imaginado, como no fuera por alguno de los cerebros desquiciados que tenía que tratar diariamente. Algo imposible. Pero allí estaba. Era como una demostración palpable de sus íntimas ideas, que jamás se había atrevido a confesarse a sí mismo. Aquel hombre era auténticamente libre. ¿O acaso no era... un hombre? Su imaginación iba demasiado lejos, sin duda. Debía existir una explicación lógica. Era preciso que pusiera freno a sus divagaciones imaginativas para enfrentarse fría y científicamente a la realidad. Hacía tiempo que había aprendido a no creer en los milagros.

—¿Cómo lo hizo? —inquirió, esforzándose por mantenerse tranquilo.

—¿Quiere decir cómo me desprendí de la placa?

—Eso mismo.

—No creo haberlo hecho. Al menos, no lo recuerdo.

—Pudo hacerlo alguien más. Eso es importante. ¿Entiende?

—Tal vez no la tuve nunca. De lo contrario, habría quedado una cicatriz.

Esto era verdad. Pero, ¿qué significaba este detalle frente a la evidencia de un imposible hecho realidad?

—Su caso deberá ser denunciado a las autoridades. ¿Se da cuenta?

—Pero yo he venido a ver al doctor. Necesito ayuda.

—De acuerdo. Bien, dígame por qué... ¿Qué le ocurre?

—Se lo he dicho. No sé quién soy. No recuerdo nada. Me he encontrado a mí mismo en la calle. Fue como si hubiera surgido de la nada. El instante anterior no había existido para mí. Deseo recordar, saber de dónde vengo. Esto es todo.

El doctor hundió sus manos en sus cabellos. Fue un movimiento estúpido, pero no se le ocurrió otra cosa para ordenar sus ideas. Los casos de amnesia eran frecuentes, aunque no abarcaban la totalidad del pasado. Además, aquel hombre hablaba como si su drama interior no le afectara lo más mínimo, como si deseara saber solamente por curiosidad. Era un enigma íntegro. Un antiguo robot se hubiera comportado como él, sólo que esta idea era la más disparatada de todas. Durante siglos los hombres

mecánicos habían permanecido olvidados totalmente. La civilización se había librado de aquel azote... ¡Cielos! ¿Por qué pensaba de aquel modo? El doctor Krul rechazó sus pensamientos, casi con un sentimiento de vergüenza. No debía olvidar que era uno de los más notables científicos de una época que había superado todas las debilidades.

—Tendré que hacerle una exploración cerebral —dijo.

—Bien, confío en usted.

—¿Tiene miedo? —preguntó el doctor con una chispa de esperanza.

—Hay muchas cosas que desconozco. En realidad lo ignoro todo.

—¿Tiene idea de la muerte?

—Estoy seguro de que no piensa matarme.

—Claro. Sólo trato de saber un poco más de su conciencia antes de hacer la exploración.

—Mi conciencia... —murmuró el desconocido, reflexivo. Por primera vez pareció que su expresión perdía su rigidez para ensombrecerse un poco. Pero fue un gesto tan fugaz que el doctor lo atribuyó a una ilusión de los sentidos, a una materialización del deseo de descubrir en aquellas facciones un poco de humanidad.

—Su amnesia es total en cuanto al tiempo —dijo—, pero no en cuanto a sus otras facultades. Su memoria sólo falla en una dirección. Debería haber olvidado el lenguaje. Sin embargo, habla.

La fiebre de la investigación se apoderó vivamente del doctor. El hecho de que el desconocido careciera de placa de identificación excluía toda posibilidad de un fraude. Se hallaba frente a un imposible viviente. Recordó todo lo que había leído acerca de la era de la mecanización que en el pasado marcó el camino crucial y decisivo de la humanidad. El hombre tuvo que enfrentarse con la máquina, que se había convertido en su enemigo mortal. La lucha había sido espantosa. Nunca el hombre había estado tan cerca de su destrucción total, víctima de la misma perfección de su propia obra.

Pero todo esto estaba demasiado lejos en el pasado, todo estaba muerto. Del resultado de aquella lucha algo sustancial había cambiado. El mundo era distinto, pero la conciencia, de la cual aquel ser parecía carecer, era la misma.

—Pase —indicó el doctor al desconocido, abriendo una puerta—. intentaremos saber qué secretos se ocultan en su cerebro.

Mientras el doctor ponía a punto toda la complejidad electrónica del explorador cerebral, observaba de reojo al paciente, que se mantenía impassible.

«Esto impresiona a todos los que por primera vez se tienen que someter a ese monstruo devorador de conciencias —pensó el doctor con un estremecimiento—. Sin embargo, este hombre ni siquiera se inmuta. No es posible que el autodomínio llegue tan lejos... a menos que se carezca de nervios».

Con la misma impassibilidad, el desconocido se dejó poner el casco, de donde partían una serie de cables, conectados al explorador electrónico. El doctor apagó la

luz y clavó sus ojos en la pantalla... donde comenzaron a dibujarse una serie de rayas sinuosas...

La bella ayudante del doctor Krul llegó temprano a la consulta. También ella había observado algo extraño en el último visitante del día anterior, hasta el punto de que su recuerdo, unido al desacostumbrado comportamiento del doctor, la había mantenido toda la noche preocupada, contando las horas, hasta que el sol comenzó a romper las tinieblas.

Al sentarse frente a su mesa conectó el intervisor. El doctor no estaba en el campo visual de la pantalla, pero oyó su voz sensiblemente alterada.

—¿Quiere venir, por favor? —dijo, omitiendo su acostumbrado saludo.

Era lo que la muchacha deseaba oír.

—En seguida, doctor.

Le encontró examinando unos gráficos.

—Acérquese y vea esto —dijo sin levantar los ojos, cuando su ayudante entró en el despacho—. Son los resultados de una exploración cerebral. Écheles un vistazo.

Ella lo hizo en silencio. Después se incorporó, perpleja.

—No lo entiendo —confesó.

—Lo entenderá cuando le explique que está usted viendo el gráfico de las ondas cerebrales de algo que hacía siglos creíamos exterminado: un hombre mecánico.

—¿Un... robot? —musitó ella con un hilo de voz.

—Comprendo que le cueste trabajo creerme.

—¡Pero eso es imposible! Debe... debe de haber un error.

—No lo hay.

El doctor se dirigió a la puerta que daba paso a la habitación contigua. Al abrirla, sus goznes chirriaron levemente. Era la primera vez que la muchacha lo advertía.

—Acérquese —añadió el doctor—. Prepárese para ver algo horrible. Me he visto obligado a destruirle. Era mi deber. Pero esta historia no terminará aquí. Presiento que una gran amenaza se cierne de nuevo sobre el mundo. Sospecho que esto no es más que el principio de una nueva lucha entre hombres y máquinas. Y esta vez es posible que el resultado sea distinto.

La muchacha se debatió entre el horror que le producían las palabras del doctor y su propia razón, que rechazaba aquella pavorosa idea. Un estremecimiento la hizo vacilar antes de franquear el umbral.

Fue suficiente un solo paso para comprobar con sus propios ojos la espantosa verdad. Después se detuvo paralizada, mientras el doctor sumergía sus manos en agua.

—Haga lo mismo que yo. Debe descargar la tensión de sus nervios.

Ella reaccionó de pronto y huyó, perseguida por la visión de aquel ser mecánico, tumbado en el suelo, mostrando sus entrañas blandas, orgánicas, en medio de un charco de sangre ROJA...

35, sin regreso

Juan G. Atienza

Se detuvo delante de la casa. No era posible. Y, sin embargo, la dirección estaba clara, diáfana: número 35, piso 24. El membrete de la carta no podía estar equivocado. Ni él, que había recorrido la misma calle miles de veces. El número se destacaba, luminoso, encima del portal: 35. Treinta y cinco, un tres y un cinco, sin A, sin B, sin *Duplicado*. Treinta y cinco a secas. Pero no podía ser.

Porque el membrete de la carta marcaba piso veinticuatro —eso estaba claro, en números grandes, redondos, como caligráficos— y la casa que había ahora ante él no tenía más que un piso y la planta baja. Y no había detrás ningún otro edificio alto que hiciera suponer, por cualquier razón, que el acceso estuviera allí y que hubiera que atravesar el viejo caserón para alcanzar el inmueble funcional de veinticuatro pisos o más. No, nada de eso. Detrás, sólo cielo. Solares, tal vez. O casas tan bajas como aquélla.

Volvió a leer la carta, buscando una explicación:

Muy señor nuestro: En respuesta a su alta, del 4 pp. nos es grato comunicarle que ha sido usted preseleccionado para ocupar el puesto que solicitábamos. Le rogamos que acuda usted a nuestros locales sociales cualquier día laborable, de siete a nueve de la tarde, con el fin de mantener una entrevista personal. En espera de su agradable visita, quedamos de usted.

Atte.

Y debajo una firma ilegible. Pero eso importaba muy poco. Él, en principio, no tendría más que exhibir la carta y ya le llevarían adonde fuera necesario. Pero exhibir la carta, ¿dónde?

—Mejor será que pregunte. Puede haber una equivocación, pero me la aclararán ahí enfrente, si es que hay alguien.

Porque todas las ventanas permanecían a oscuras en el caserón que lucía el número 35. Todas las luces apagadas, excepto la que hacía resaltar, desde atrás, el número de la casa.

Atravesó la calle y se acercó a la puerta. Estaba hundida en el quicio, de modo que quedaba totalmente a oscuras, a pesar de las farolas del alumbrado público. Tanteó en busca de un timbre y oprimió lo que le pareció un botón. Pero dentro no se escuchó ningún sonido. Ni cerca, ni lejos.

Y, sin embargo, la puerta se abrió silenciosamente frente a él, al mismo tiempo

que se encendía dentro, despacio, una luz. Entró. Se encontraba en un vestíbulo de muebles pasados de moda, oscuros, macizos. Un vestíbulo de techos altísimos, que casi se perdían en la penumbra de las lámparas de pie o de los apliques de cristal barato de dudoso gusto adosados a los muros. Miró en torno, buscando a alguien. Estaba —o creía estar— solo. Llamó con voz tímida:

—¿Hay alguien aquí?

—... ¿Sí?... —respondió la resonancia.

Y, casi al mismo tiempo, se encendió una lucecilla roja, intermitente, en el lado oscuro del vestíbulo. Una lucecilla alargada que, al acercarse, resultó ser un cartelito de letras fluorescentes encima de una especie de micrófono: HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

—Busco la oficina de P.I.R.A.S.A., piso veinticuatro —dijo, obedeciendo la orden de hablar en voz baja y acercando la boca a las ranuras del micrófono. Y añadió—. ¿Es aquí...?

Oyó un zumbido muy tenue y luego una vocecilla que parecía provenir de una cinta magnética, o de un aparato mecánico:

—*Ascensor número siete, por favor, ascensor número siete, por favor...*

«Vaya, sí es aquí», se dijo a sí mismo, aunque... Miró en torno suyo otra vez. Había a su izquierda un pasillo oscuro que ahora empezaba a iluminarse y una fila de puertas —como diez— sobre una de las cuales se encendía un piloto intermitente con un ruidillo de bocina remota. Se acercó a la puerta. Las anteriores tenían números correlativos y ésta era la séptima. La puerta se corrió silenciosa ante él, dejando al descubierto la caja de metal acerado de un ascensor.

Dudó unos segundos antes de entrar. Buscó con la mirada a alguien, quienquiera que fuese. Alguien que, simplemente, pudiera decirle si debía hacer caso de aquellos mecanismos. Pero estaba solo.

Al entrar, la puerta del ascensor se cerró tras él. Tuvo un sobresalto. Luego se tranquilizó. Esperó un momento, pero el aparato permanecía quieto. Y él estaba encerrado dentro. Revisó las paredes metálicas y volvió a encontrar, junto a la puerta corrediza, las ranuras de otro micrófono y el mismo cartel encima: HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

Se encogió de hombros. Acercó los labios a la ranura y musitó:

—Piso veinticuatro... Pirasa...

Sintió, de pronto, como si perdiera su peso, como si estuviera a punto de echarse a volar y pegar con la cabeza contra el techo. El ascensor ¡bajaba! a velocidad endiablada. Fueron cinco segundos de angustia —apenas cinco segundos, que se le hicieron siglos— y luego recuperó su peso bruscamente. Buscó la señal que le indicase que se hallaba ya donde quería, pero el ascensor no tenía ni botones ni indicador de pisos. Nada. Sólo una puerta corrediza de doble hoja retráctil que se estaba abriendo en aquel instante sobre un pasillo oscuro.

Salió despacio, con un peso extraño en la boca del estómago. El pasillo, con

puertas a ambos lados y un recodo allá lejos, hacia la izquierda, se había iluminado mientras él salía, pero con una luz más tenue que la que lucía en el vestíbulo de arriba. Enfrente de la salida del ascensor había una nueva ranura y el cartel de costumbre: HABLE AQUÍ, SIN GRITAR. Se acercó despacio, entre fastidiado y temeroso, harto ya de no encontrar un ser humano en todo aquel recinto.

—Vengo por lo del anuncio en..., en el periódico... Un empleo de...

Se encendió una luz roja sobre el micrófono. Una flecha que indicaba la izquierda. Miró hacia la izquierda. Allá al fondo, donde el pasillo hacía un recodo, se encendía en aquel momento otra flecha que señalaba precisamente la parte invisible.

Dobló el recodo y vio cómo el pasillo se alargaba desmesuradamente, con puertas a los lados, durante casi un centenar de metros. Lo recorrió despacio, midiendo cada paso, haciendo ruido aposta para comprobar si alguien se asomaba a cualquiera de aquellas puertas y le preguntaba... Bueno, cualquier cosa: que qué buscaba, que se marchase. Se habría sentido más a gusto si alguien hubiera aparecido por allí diciéndole que se fuera, que no eran horas de visita, que volviera otro día. Habría regresado a gusto en cualquier otro momento, cuando aún la luz del día...

—Pero ¿qué luz ni qué?... Si estoy metido veinticuatro pisos bajo tierra, qué luz iba a llegar hasta aquí...

Miró el reloj. Las siete. La misma hora que marcaba cuando atravesó la puerta del número treinta y cinco. Se lo acercó al oído: se había parado. Lo agitó, le dio unos golpecitos. Nada.

—Tendré que llevarlo a arreglar, cuando... —dijo más fuerte de lo que se había propuesto.

Entonces oyó un zumbido a su derecha. Se volvió. Un cartel se encendía intermitentemente: HABLE AQUÍ, SIN GRITAR. Y debajo otra ranura de micrófono. Se acercó, paciente:

—No, que se me ha parado el reloj...

No hubo respuesta. Las flechas rojas seguían encendiéndose e indicándole el camino. Sintió que hacía calor.

—¡Qué...! —se detuvo, temeroso de que otro micrófono le obligase a decir una estupidez.

Al final del pasillo había una escalera. Sólo de bajada.

Las flechas rojas seguían los peldaños, hacia abajo. Descendió un piso más. Otro pasillo. Un recodo a la izquierda. Más calor, como si la calefacción funcionase a toda potencia.

Y, al fondo, una puerta de cristales con el interior débilmente iluminado y un piloto —rojo también— encendiéndose con intermitencias regulares, como si se le invitase a ir allí y no a ninguna otra parte.

Abrió la puerta esperando, por fin, llegar a algún sitio. Pero la puerta daba a otra escalera —siempre de bajada— con peldaños cubiertos de moqueta roja que apagaban el ruido de las pisadas. A medida que descendía el silencio le envolvía más

y más, como si se encontrase solo en aquel edificio inmenso. O en el mundo.

La escalera terminaba al cabo de treinta y nueve escalones. Luego, el rellano se abría a una especie de vestíbulo inmenso y vacío, con el suelo y las paredes cubiertas de moqueta. Moqueta verde. Quiso llamar en voz alta, pero tuvo miedo de que la voz se le apagase en la garganta. Paseó la vista en torno suyo, hasta hallar el micrófono de siempre y el cartelito de luz roja encendiéndose y apagándose: HABLE AQUÍ, SIN GRITAR. Se acercó:

—Quería ver... No sé, a alguien. ¿Hay alguien por aquí? —preguntaba con un nudo en la garganta.

Esperó una respuesta. No oyó nada, como si el mundo —o él— se hubiera vuelto sordo. Pero volvió a ver luces rojas encendiéndose intermitentemente. Luces en forma de flecha, conduciéndole hacia el fondo casi invisible del gran vestíbulo vacío. La luz ambiente subió despacio a medida que él avanzaba, hasta dar un tono mate a las paredes verdes, vacías de muebles, de cuadros, de todo lo que no fuera, simplemente, las ranuras de las luces o los huecos de las puertas.

Entonces se dio cuenta —o creyó dársela— de que las luces trataban de engañarle. ¿Por qué tenía que obedecerlas? Se dirigió a la primera de las puertas y la abrió violentamente. Pero detrás del batiente no había más que un muro, como si la puerta fuera un simple elemento decorativo. Lo mismo le sucedió con las demás puertas que intentó franquear.

—No, no... No puede ser —se repitió a sí mismo en voz muy baja—. Tiene que haber un lugar, un sitio donde...

Pero no había nada, excepto las luces rojas de las flechas, guiñándole, conduciéndole no sabía adonde.

Tuvo miedo y quiso regresar. Le atosigaba, además, el calor que subía constantemente. Estaba —debía de estar— en el piso veintiséis, hacia abajo. Dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, en busca de la escalera por la que antes había bajado. Pero, a medida que se acercaba a ella, o hacia el lugar donde suponía que debía estar, la luz disminuía, hasta convertir aquello en una tiniebla dulzona y caliente, como si le sumergieran en un líquido amniótico que le impidiera incluso respirar.

Se dio más prisa, tanteando a ciegas con las manos extendidas delante de él, porque no veía nada. Y entonces, las manos tropezaron con la pared de moqueta, muy caliente, como si los tubos de un extraño sistema de calefacción pasasen por detrás justo de la tela alfombrada. Siguió la pared a tientas, pero no parecía terminar nunca. Ya ni puertas, ni vanos, ni seguramente ranuras con cartelito donde poder decir —sin gritar, por favor— que quería salir de allí y marcharse a su casa.

Su casa. Se detuvo. Su casa estaba lejos, muy por encima de su cabeza, a sesenta o setenta metros por lo menos. Y él estaba aquí como enterrado, entregado a la mecánica de las luces rojas llenas de guiños que le marcaban no sabía siquiera qué camino.

Se volvió bruscamente. La luz comenzó a encenderse de nuevo. Una luz que ya no sabía de dónde venía, como si se produjera allí mismo, en la atmósfera atosigante de aquel salón sin medidas. Pero había algo que sí estaba claro: la luz le indicaba un camino, una ruta que tenía que seguir si quería seguir viendo algo. Y flechas de luz roja intermitente volvían a marcar sus pasos.

Se encogió de hombros. Seguiría. Tendría que seguir, hasta llegar a algún sitio.

Las flechas le encaminaron hacia un arco de medio punto que no había visto anteriormente. El arco era muy bajo y enmarcaba una escalera. Una nueva escalera de bajada. La luz, ahora penumbrosa, le mostraba las paredes desnudas, como metálicas, aceradas. Recordó el ascensor. Paseó los ojos a su alrededor, buscando los peldaños que subieran. No había. Sólo peldaños hacia abajo, siempre hacia el fondo de..., ¿de qué? Pero las flechas parpadeaban, invitándole a seguir bajando.

Una vuelta completa hasta el piso siguiente. Una puerta. Un pasillo penumbroso, de paredes metálicas también, calientes. Delante, la luz mortecina de las flechas, indicándole seguir, seguir. Detrás, cuando volvió la cabeza, la oscuridad, la tiniebla absoluta. Otra puerta, más escalones que descendían, una escalera de caracol, como la anterior, al piso de más abajo. ¿Cuál sería? Veintinueve, treinta, no sabía ya. Tenía la conciencia caliente, envuelta en vahos de sudor, embotada de miedo y calores húmedos que le caían despacio sobre los ojos, escociéndole la retina, nublándole la mirada borracha que sólo veía ya, delante, luces rojas en forma de flechas parpadeantes. Y pasillos y cuartos pequeños que iban a desembocar a otras escaleras retorcidas, renegridas por el calor, con fuego por dentro. Y más escaleras —siempre hacia abajo, más y más abajo— que daban a recintos progresivamente más chicos, de muros más estrechos y más altos, de techos que se perdían en lo alto, donde no llegaba ya la luz difusa que lo envolvía todo, como niebla ligeramente fosforescente. ¿Hasta cuándo?

—¿Hasta cuándo? —gritó.

HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

—¿Hasta cuándo? —gritó más fuerte, contra la rendija del micrófono.

HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

—¡No puedo...! ¡Me estoy asando! —trató de hablar más bajo.

HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

Encendido, apagado, encendido, apagado.

—¡Me estoy asando...! ¿Dónde hay alguien?

Flechas. Por aquí. Siempre por aquí. Seguir la flecha. El camino trazado, sin desviarse. No salirse del camino. Bajar. Bajar siempre.

Más calor.

HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

Aproximó la boca reseca a la ranura del micrófono, debajo de las palabras rojas. Encendido. Apagado.

—Tengo sed...

Flechas. ¿Agua? No, sólo flechas. Y escaleras que bajaban, más escaleras y más flechas. Y un calor ascendente, intolerable, filtrándose desde todas partes, haciéndole caminar, porque dejar los pies inmóviles un segundo en el suelo era saltar sobre ascuas candentes.

—¡Agua!...

HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

—Agua... Agua...

Flechas. Otra escalera y el aire haciéndose irrespirable a fuerza de quemar los pulmones como gas incandescente, como un horno encendido que hubiera abierto su puerta sobre su boca, sobre sus narices reseca, incapaces de captar un olor.

Las piernas ya no le sostenían. Sentía llagas en los pies, dentro de los zapatos, llagas que le impedían caminar, que le doblaban las rodillas, sin fuerzas, acercándole al suelo ardiente.

Intentó apoyarse en la pared metálica y lanzó un grito de dolor.

HABLE AQUÍ, SIN GRITAR.

Hablar, allí o en cualquier otro sitio, pero con alguien o consigo mismo, hablar, sentir una bocanada de aire frío en la garganta, en la nariz, en los pies. Agua fresca, fría, hielo. No, sólo calor, fuego que se escapaba de todas partes.

De su garganta salió un sonido ahogado, sordo. Tan bajo que ni siquiera encendió el cartelito luminoso del micrófono. Cayó de rodillas, sintió la mordedura del metal al rojo sobre la piel, sintió por fin olor, el olor de la carne chamuscada, de su propia carne chamuscada.

Y luego nada. Un chisporroteo, un estallido corto, al reventar una ampolla de la piel. Descansar sobre la plancha al rojo. Descansar. Dormir...

—Buscaba... trabajo. Sólo buscaba... —no pudo seguir.

Tenía achicharradas las cuerdas vocales, los labios negros, los ojos reventados. Se dio la vuelta, despacio, con la última fuerza. Un hedor de carne asada se escapó de su pecho, de su vientre, de su cráneo despellejado.

Sin gritar... Sin gritar...

Las tablas de la ley

Juan G. Atienza

Mientras se vestía, aún con la boca reseca por el mal sueño que había tenido, tomó una decisión firme:

—De hoy no pasa.

Hoy —aquel día— era su cumpleaños: veintisiete. Era casi un viejo. A los treinta se jubilaría tranquilamente y dedicaría el resto de su vida —ochenta, noventa años más— a recorrer el mundo y a subsistir como un rentista con la paga íntegra de su retiro. Una hermosa perspectiva.

Pero...

Pero estaba solo. En casi diez años de búsqueda intensiva no había logrado encontrar una compañera. Mientras tanto, todos sus amigos se habían casado, en régimen provisional o definitivo, y eso le daba envidia. Claro que su caso era distinto. El era del grupo K y, con razón, cada vez que lo confesaba a alguien oía las mismas palabras:

—Chico, mala suerte. Lo siento, de veras...

Según las más recientes estadísticas, la población mundial, gracias a la implantación de las leyes genéticas, se ha reducido a mil quinientos millones de habitantes sin un solo día de guerras ni revoluciones. El equilibrio establecido ha tenido como consecuencia una más equitativa distribución de los bienes de consumo y un incremento considerable del nivel de vida...

A juzgar por la última encuesta pública realizada a través del Instituto Federal de Estadística, la distribución de los grupos genéticos en el mundo corresponde a los siguientes porcentajes: Grupo A: 2,43%; grupo B: 5,84% (...) Grupo F: 6,12%; (...) Grupo K: 0,000006%...

Y él tenía que decir que sí, que gracias, que también él lo sentía. ¡Y tanto que lo sentía! Formaba parte de un grupo-genético que abarcaba a seis personas por cada millón de habitantes. Y, si todavía la proporción de hombres y mujeres se conservase más o menos igual, podría haberse dado por satisfecho. Pero resultaba que al grupo K pertenecían doscientos cuarenta y nueve hombres por cada mujer. Sólo cuatro mujeres entre mil individuos del grupo K. Treinta y seis mujeres en todo el mundo: las máquinas nunca se equivocan.

Treinta y seis mujeres en todo el mundo. Y una de ellas tenía que ser suya, pero ¿cuál?

Durante años, había gastado casi la mitad de su sueldo en anuncios por palabras puestos en las principales redes de emisoras y visodiarios del mundo entero. Cada

mañana, y cada mediodía, y cada noche, al revisar el buzón, había buscado impaciente la respuesta a su llamada.

Hombre apuesto, de veintisiete años, ingeniero especialista en cámaras de vacío, soltero, con sueldo mensual de veinte mil créditos, busca con fines matrimoniales mujer de quince a veintiocho años perteneciente al grupo genético K. Escribir con pretensiones, fotografía y curriculum vitae a Fernando Suva, Polígono LXXXVI, Grupo WT 45, Madrid, 38.

Y la respuesta nunca llegaba. O sucedía como aquella vez, cinco años atrás, en que se le ofreció sin condiciones una bantú de cincuenta y nueve años; o como aquella carta de mediados del verano anterior, en la que una madre le comprometía formalmente a su hija —sólo sospechosa de pertenecer al grupo K—... si tenía paciencia para esperar a que naciera, seis meses después.

—¡Y si sólo hubiesen sido seis meses!... —se confesó Fernando a un amigo—. Pero, ¿y la lactancia? ¿Y el colegio?... ¿Y luego que se te muere, y quedarte viudo sin haberla catado siquiera? ¡Nada, que no me decido!...

Y así habían transcurrido veintisiete años de su vida, sin más esparcimiento erótico que sus visitas espaciadas a las sesiones del oniroscope, sin más amor —¡bueno, amor!—... que alguna escapada furtiva e insatisfecha a los prostíbulos ilegales del barrio viejo. Pero la ley era la ley y no había ser humano que pudiera transgredirla sin acarrearle la ruina para el resto de su vida.

Artículo 367: será declarado ilegal y castigado con la pérdida completa de la ciudadanía el matrimonio o apareamiento entre individuos de sexo opuesto pertenecientes a distinto grupo genético.

Artículo 4.587, apartado B: todo individuo que haya perdido sus derechos totales de ciudadanía quedará de por vida a disposición de las autoridades federales para ser destinado al servicio gratuito y permanente del Estado en calidad de peón en cualquiera de las industrias o servicios nacionalizados, sin que el Estado tenga obligación de remunerar dicho trabajo más que con dosis alimenticias diarias que reúnan las calorías necesarias para la supervivencia.

Pero de hoy no pasaba. Estaba dispuesto a celebrar su cumpleaños gastándose lo que fuera necesario para salir de su atolladero. Sabía —porque más de una vez vio las tarifas— lo que el Instituto Federal de Estadística cobraba por una consulta de aquel tipo, pero no quedaba otro remedio. Y sólo para aquella ocasión había estado ahorrando pacientemente; para permitirse un lujo que muy pocos rentistas podían concederse.

Se puso su mejor traje —aquel verde oliva de algodón sintético que empleaba únicamente en las grandes solemnidades— y tomó un helitaxi hasta la terraza de la sede local del Instituto. Un empleado lleno de galones acudió solícito, mientras pagaba la carrera. Sobre su gorra plástica lucía en siete idiomas la palabra INFORMACIÓN.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó con ojillos ávidos.

—Necesito unos datos del Servicio Público Genético.

—¡Por aquí, señor!... ¡Por aquí, por favor!...

El funcionario se deshacía en reverencias. Sabía, sin duda, lo que el cliente tendría que pagar y, por lo que sabía, sospechaba también el montante de su propina. Le condujo a través de los corredores hacia el ascensor de bajada rápida y le abrió ceremoniosamente la puerta para que pasase delante.

El Instituto Federal de Estadística es un organismo paraestatal dedicado a la investigación y almacenamiento de datos que puedan ayudar tanto a un mejor gobierno del planeta como a un eficaz control de todos y cada uno de sus ciudadanos. Funciona constantemente y sin interrupción desde fines del siglo pasado y comprende tantas secciones como ministerios federales, distribuidas en otras tantas computadoras gigantes, conectadas, a su vez, con el Ordenador Central de la Presidencia del Gobierno Federal.

Todo ciudadano del planeta, mediante el pago de los servicios solicitados —cuya tasa está a disposición del público en todas las sucursales provinciales del Instituto — tiene derecho a consultar los datos que puedan serle necesarios para el normal desarrollo de su vida y de sus actividades. Las respuestas están absolutamente garantizadas y de su exactitud responde el Instituto mediante un seguro concertado con los fondos del Tesoro Federal.

El ascensor les bajó hasta el piso treinta y dos. Doblándose en reverencias cada vez más profundas a medida que llegaban a su destino, el funcionario le precedió a través de más pasillos y más salas con ventanillas, hasta un saloncito coquetón decorado con viejos motivos pastoriles del siglo XVIII.

—Tendrá usted que esperar un momento, señor —sonrió de oreja a oreja el empleado, tendiendo disimuladamente la mano—. El gerente del Servicio estará aquí antes de diez minutos. Ha tenido usted suerte, señor... No hay más visitas esperando...

Fernando depositó una moneda de cincuenta créditos en la mano tendida del empalagoso funcionario y le contempló desaparecer como un rayo detrás de las cortinas, murmurando: «Gracias, señor... Muchas gracias, señor...», mientras manoseaba la moneda de plástico.

Encendió un cigarrillo antinicotínico y se dispuso a esperar, contemplando avariciosamente los pechos turgentes de las pastoras francesas de los tapices. ¡Si él pudiera encontrar una mujer con aquellas características!... A veces, yendo por la calle, se había quedado contemplando a cualquier chica que pasaba a su lado y, viendo el contorno firme de su pecho y sus piernas rectas embutidas en ceñidos pantalones de espuma, sentía tentaciones de acercarse a ella y probar suerte:

—Señorita, por favor, ¿no será usted por casualidad del grupo K?

Pero nunca se decidía. Había en el mundo treinta y seis mujeres de su grupo, sólo treinta y seis entre mil quinientos millones de habitantes. No podía dar la casualidad de que aquella chica —no aquella otra, o la del verano anterior, aquella del

monopieza que estuvo a su lado una mañana en la playa— fuera precisamente alguna de las treinta y seis mujeres a las que podía aspirar.

Sus ojos resbalaron soñadores de una a otra pastorcilla. Le gustaban todas. Habría sido capaz de enamorarse de cualquiera de ellas, con tal de que le hubiera exhibido una tarjeta de identidad con la letra anhelada. Pero —pensó, tragando saliva—, en aquellos remotos tiempos de las pastorcillas no había tarjetas genéticas, ni leyes que controlasen penalmente los coitos y los matrimonios extragenéticos. ¡Aquéllos eran buenos tiempos antiguos! O lo habrían sido, al menos para él.

Oyó abrirse una puerta a sus espaldas y se volvió con el sobresalto de haber podido ser descubierto en sus más recónditos pensamientos. Pero, al ver el rostro sonriente y jovial del hombre que había entrado, se tranquilizó. Estrechó la mano húmeda que se le tendía, y con un encogimiento tímido de hombros, tomó asiento en la butaca adaptable que el hombre le señalaba. Fernando miró al recién llegado, mientras le veía abrir la carpeta de datos reglamentaria que llevaba en la mano, y esperó a que le preguntasen.

—¿Su nombre, por favor?

—Fernando Silva, soltero, veintisiete años, ingeniero de cámaras de vacío, grupo genético K.

El hombre escribió en silencio los datos que le daban. Al apuntar el último silbó sordamente.

—¡Grupo K!... Y soltero... —le miró durante un instante, que a Fernando se le hizo un siglo—. Supongo que a eso obedecerá su visita.

Fernando hizo un gesto afirmativo. El hombre movió la cabeza, como si se encontrase ante un caso sin solución.

—Y querrá usted, seguramente, una orientación matrimonial...

—Bueno... No exactamente orientación... No tengo mucho donde elegir, ¿sabe? Quiero más bien los datos completos de todas las mujeres que pertenecen a mi grupo. Treinta y seis, en total... Tal vez una más, si ha nacido alguna en el tiempo transcurrido desde la publicación de la última estadística.

—¿Y está usted seguro de que es ésa la información que necesita?

—Exactamente, ésa...

—Bien, señor... —consultó sus notas y repitió—, señor Silva. Nosotros estamos precisamente para servir al público, pero le advierto que la tarifa...

Fernando le interrumpió, con un gesto vago de su mano.

—No se moleste, conozco de memoria la tarifa. Pero creo que no tengo otra solución.

—No, no..., realmente... —movió la cabeza pensativo el gerente—. A no ser que quiera usted probar con los anuncios...

—Ya probé. Y también con la posibilidad de una intervención genética. Todo ha fallado hasta ahora.

¡Sensacional!... ¡único!... La solución de su vida al alcance de sus manos.

¿Quiere usted pertenecer al mismo grupo genético que la mujer de sus sueños? La Sociedad Genética de Trasmutaciones le ofrece una posibilidad. Cuarenta por ciento de éxitos. Devolvemos el importe del tratamiento en caso de imposibilidad transmutatoria.

—Siendo así... —el hombre se levantó—. Tendrá usted que abonar treinta y siete mil créditos en concepto de fianza, mientras se realizan las investigaciones. El resto lo abonará usted contra la entrega de la información completa. Dentro de cinco días puede usted venir en busca del resultado.

Fernando pagó sin discutir. Todo era, centavo más o menos, tal como lo había previsto.

Ahora sólo quedaba eso: esperar.

—*¿La ley? ¿Qué tiene de malo la ley genética? ¿Han observado ustedes acaso un aumento de las taras congénitas? ¡No!... ¿Ha aumentado peligrosamente la población mundial? ¡No!... ¿Ha sido necesario recurrir a las viejas guerras para restablecer equilibrios demográficos? ¡No, no y no!... Luego la ley, esa Ley que deberíamos escribir siempre con mayúsculas y en letras de oro, por ser la Ley Fundamental de nuestro tiempo, es ante todo eficaz. Y sana. Y útil al hombre. Y promotora del progreso. Me dirán ustedes (lo sé) que el hombre y la mujer carecen ahora de libertad para elegir el compañero con quien han de compartir su vida. ¿Pero es que el hombre, por más palabras que nuestros antepasados quisieran emplear para demostrarlo, es acaso libre? ¿No nace acaso con un código genético que marca su vida entera? ¿No nace aquí y ahora sin haberlo elegido? ¿Por qué, entonces, no facilitarle, con nuestra Ley, la posibilidad de engendrar hijos mejores que él, ayudando así a que la raza humana progrese y llegue a convertirse en la dueña absoluta y cabal del Cosmos? Mañana mismo, cuando nuestras potentes naves de motores superlumínicos se lancen a los espacios siderales, irán pilotadas por hombres mil veces mejores y más sanos que nosotros. Y...*

Fernando no quiso abrir el informe del Instituto hasta encontrarse solo en su apartamento, lejos de cualquier par de ojos que pudieran descubrir sus sentimientos y sus emociones.

Ahora sí. Ahora iba a saber de todas ellas, de las treinta y seis mujeres con las que, eventualmente, podría compartir el resto de su vida. Sabría de ellas con pelos y señales inequívocas. Vería sus fotografías tridimensionales copiadas fielmente por los laboratorios anejos a las computadoras demográficas del Instituto. Sabría de su vida, de sus gustos, de sus esperanzas, del color de su piel, de su idioma, de su fe religiosa —si la tenía— y todo, ¡todo cuanto podía ayudarle a encontrar a su elegida!

Sonrió levemente para sí, apretando el voluminoso paquete que le habían entregado contra el pago de cuarenta y tres mil créditos más. Sí, era caro, pero merecía la pena. Debía de merecer la pena, al menos. Las estudiaría una a una, amorosamente, integrándose en el ser de aquellas treinta y seis desconocidas, hasta encontrar a la que iría a buscar al rincón más apartado de la Tierra. Y, cuando la

encontrase, le diría:

—Iliona (o María, o Astrid, o Yovanka, o Bawella, o Chifonin, o Gretel), te he encontrado al fin. Pertenezco al grupo K, como tú. Hemos nacido el uno para el otro. Ven conmigo a compartir mi jubilación y...

No, no le gustaba. Muchas veces se repetía a sí mismo las palabras que le diría a ella, pero más a menudo prefería imaginarse el encuentro mudo, los ojos que se reconocían —como si una gran K emergiera de sus pupilas— y los brazos que se tendían mutuamente para abrazarse, para estrujarse en aquel definitivo enlace de genes gemelos, de genes legales, para engendrar pronto hijos sanos e inteligentes conforme a la Ley.

Fernando era respetuoso con la ley. De todas las leyes, pero de aquélla sobre todo. Tan respetuoso que había sentido profundos remordimientos cada vez que acudió a los prostíbulos para revolcarse durante media hora con una ramera del grupo X.

Artículo 387 bis: los niños de ambos sexos cuyo análisis genético demuestre que pertenecen al grupo X, serán inmediatamente esterilizados, dado el peligro que supone para la sociedad la posibilidad de que, en el futuro, se conviertan en generadores de individuos con taras congénitas. Los miembros del grupo X no podrán, por tanto, ejercer junciones de ciudadanos de primera clase y deberán abstenerse de solicitar permisos matrimoniales que en ningún caso podrían serles concedidos, ni siquiera después de haber sido demostrada claramente su esterilidad.

Llegó sin aliento a su casa. Era casi de noche, en el cielo se habían encendido las grandes farolas de iluminación iónica y, al ponerse el sol, comenzaba en la ciudad el día artificial. Cerró todas las ventanas y, dejando el precioso paquete sobre su mesa de trabajo, preparó una comida que la impaciencia ni siquiera le dejó terminar.

Abrió el envoltorio rompiendo materialmente los plásticos que lo precintaban. Dentro había treinta y seis carpetas rosa de distinto grosor. Contuvo la tentación de seleccionar y comenzó por la primera.

La fotografía tridimensional le hizo dar un respingo y los ánimos se le encogieron: representaba a una anciana más que nonagenaria, con la tez cobriza y un universo de arrugas sobre el rostro apergaminado. Los cabellos, escasos, blancos y estropajosos, le daban el aspecto de una bruja de cuentos infantiles. Por la ficha adjunta supo que era una india cherokee que respondía al nombre de Gacela Tímida y que habitaba en una reserva de Arizona; que era soltera desde que, sesenta y cinco años atrás, la Ley anuló su matrimonio con otro indio de la misma tribu que pertenecía al grupo H. El hecho de que estuviera dispuesta a contraer nuevo matrimonio no excitó los ánimos de Fernando.

La segunda... La tercera...

Al cabo de cinco horas febriles, las treinta y seis fichas estaban distribuidas en cuatro montones distintos.

El primer montón contenía a las imposibles e indeseables. Seis mujeres de más de setenta años: una alemana, dos watusis, una china, una beduina, una argentina de la

Tierra del Fuego y una pielroja: Gacela Tímida.

El segundo grupo contenía las fichas de dos recién nacidas, una en Ucrania y la otra en Pakistán. Había otras seis niñas menores de diez años —una en la vecina Salamanca, por cierto— y una monja budista vietnamita de veinte años que había hecho votos solemnes de soltería. Además, era espantosamente fea.

El tercer grupo, el más numeroso, contenía las fichas de diecinueve mujeres casadas, cuya edad oscilaba entre los catorce y los cincuenta y cinco años. Todas con hijos.

Artículo 372: los matrimonios podrán realizarse entre los doce y los cuarenta y cinco años de edad de los contrayentes. No será permitido ningún matrimonio que quede fuera de los límites de edad por parte de cualquiera de los cónyuges. El Gobierno Federal y los gobiernos cantonales tomarán medidas tendentes a fomentar los matrimonios entre jóvenes, proporcionándoles gratuitamente las dosis reglamentarias de medicamentos anticonceptivos para que sean usadas hasta el momento en que la estabilidad económica de las parejas permita que tengan descendencia sin que los hijos hayan de ser alimentados y educados por cuenta del erario cantonal o federal.

El cuarto montón contenía una sola ficha: Virginia.

Virginia Méndez. Veinticuatro años. Unos ojos y un cuerpo capaces de despertar la pasión de cualquiera. Estudios superiores. Aficiones musicales, pasión por los viajes.

Casada.

Sin hijos.

Casada. Casada. Casada con Efraín Zubiaurre, de treinta años, médico. El matrimonio tiene su residencia en Madrid, polígono XV, grupo HM 469, distrito 26.

Fernando permaneció una hora larga contemplando alternativamente las tres fotografías tridimensionales de Virginia. Una hora larga preguntándose por qué habría sido Efraín Zubiaurre y no él quien la había encontrado. Virginia pudo haber pasado junto a él cincuenta veces, antes de casarse. Pudo cruzarse con ella y haberla abordado como quiso abordar a tantas otras muchachas. Pudo hacerlo y no lo hizo. El la habría tropezado en la calle y la habría detenido, preguntándole:

—¿Su Grupo?

—K —habría contestado ella.

Y el corazón de Fernando habría batido como solo un corazón enamorado habría podido batir.

—¿Casada?

—Soltera... ¿Tú eres también del K?

Y la habría tomado de la mano y la habría mirado profundamente a los ojos —esos ojos en los que resplandecería probablemente una gran K visible sólo para ellos — y habrían corrido a la alcaldía próxima para legalizar su deseo hambriento de hombre y mujer solitarios de amor. Y luego...

Pero aquella escena no la había vivido él, Fernando Silva, sino un médico llamado Efraín Zubiaurre, que ahora gozaba de la compañía de Virginia... para toda la vida.

Artículo 237: los matrimonios podrán ser declarados nulos: A) por parte del correspondiente Departamento del Gobierno Federal, en el caso de posteriores incompatibilidades genéticas descubiertas a lo largo de las inspecciones médicas periódicas; B) por las autoridades competentes y a petición de los propios interesados, en el caso de incompatibilidad de caracteres, malos tratos, infidelidad manifiesta con otro miembro del mismo grupo genético o fecundidad excesiva, con peligro de inestabilidad demográfica.

Artículo 465: cualquier individuo de ambos sexos, en estado de divorcio legal o de viudez, podrá ser considerado como libre para contraer nuevo matrimonio, siempre que éste se efectúe dentro de las disposiciones fijadas por la Ley Genética.

Por la noche, entre pesadillas en las que veía artículos y más artículos de la Ley, Fernando soñó con Virginia. Una Virginia casada —con él— con la que se lanzaba a los goces del matrimonio y de la jubilación, corriendo sin tregua por toda la superficie del Planeta. El sueño, una y otra vez, comenzaba feliz, en el lecho —con ella—, o a la orilla del mar —con ella siempre—, o en lo alto del Mont Blanc —con ella a su lado, amorosa, entregada, solícita— y seguía así, por unos segundos, en la felicidad de la vida compartida, hasta que surgía, de entre la nieve, o de debajo de las olas, o de entre el mismo embozo de la cama, la figura —horrenda, vampiresca— de Efraín Zubiaurre, reclamando su presa. Y entonces luchaban los dos. Y Fernando sentía las uñas y los dientes del súcubo sobre su carne y veía derramarse su propia sangre sobre la nieve y sobre la arena, y sobre las sábanas, y le veía luego marcharse con Virginia, en un abrazo que les confundía, hasta perderse de vista, dejándole solo, con las entrañas esparcidas, sin fuerzas para perseguirles y reclamar lo que le pertenecía.

Despertó con dolor de cabeza, un dolor que le taladraba el cráneo como un berbiquí. Llamó por el video a su oficina, para comunicar que no iría a trabajar aquella mañana, y se tomó cinco aspirinas y una taza de café cafeinado.

Luego se echó a la calle. Un helitaxi le llevó hasta el polígono quince y le depositó en los jardines del grupo HM 469. Lentamente, con complejo de cazador furtivo, recorrió uno a uno los buzones de todos los bungalows que componían el grupo, bajo la mirada extrañada de dos niños que deambulaban aburridos por los jardines demasiado cuidados. El corazón le dio un salto cuando halló el nombre de Zubiaurre en uno de los buzones.

Era allí. Precisamente en aquella casa de la que salían suavemente las modulaciones del segundo concierto electrónico de Krakauer. Ella tenía que estar escuchándolo en aquel instante. Se sentó despacio en un banco público que le permitía oír la música y no perder de vista la puerta de la casa. Y esperó. Estaba dispuesto a esperar lo que fuera, con tal de ver una vez a Virginia y poder

convencerse a sí mismo de que su sueño era sólo el producto de una imaginación deseosa y calenturienta.

Los niños aburridos se marcharon despacio y el latido vibrante de la música de Krakauer apenas se vio interrumpido, durante horas, por el paso de algún helicóptero por encima del grupo residencial o por las voces esporádicas de algún vecino. Dentro de la casa nada, salvo la música, parecía vivir.

De pronto sobrevino el silencio. El sol caía de plano sobre los jardines y, al interrumpirse la música, surgieron de la nada los zumbidos tenues de cincuenta termorreguladores, como el bordoneo imperceptible de un enjambre de abejas. La sombra de un helicóptero se interpuso entre el sol y él y el aparato se posó suavemente frente a la puerta de los Zubiaurre.

El helitaxi hizo sonar levemente el claxon, avisando su llegada. Fernando contuvo el aliento al ver abrirse la puerta y salir a la pareja.

Virginia no era igual a como la había visto en las fotografías tridimensionales. Era mucho más bella, aún más deseable, infinitamente más digna de él de lo que había imaginado. La vio salir agarrada del brazo de Efraín —porque aquel ser repugnante debía de ser Efraín, porque sólo un simio podía llamarse así y tener una mujer como aquélla— y besarle cuando subió al helitaxi. Se dijeron algo que la relativa distancia y el zumbido del aparato no le dejó entender, y la mujer —más bella aún con los cabellos revueltos por la corriente suave de las aspas del vehículo— quedó un instante contemplando cómo se elevaba el helitaxi que se llevaba a su marido.

Fernando se incorporó lentamente del banco. Sin saber dominar su propio impulso, se acercó despacio a Virginia, para poder verla de cerca. Sintió su cuerpo bajo el leve vestido casero y sus ojos quisieron abarcar con una sola mirada la infinita humanidad de la mujer. Sintió que las piernas le temblaban y tuvo que detenerse a pocos pasos de ella, incapaz de ganar un solo metro. La boca seca y abierta, la respiración jadeante, temblando como un flan mal cocido, se desconocía a sí mismo. Era..., eso, otro, un ser recreado súbitamente para amar a aquella mujer y ninguna otra.

Ella bajó los ojos y le vio también. Se le quedó mirando de un modo extraño; sin duda, debía de ofrecer un aspecto poco común. A tres metros escasos de la mujer, con las piernas dobladas y entrechocándole las rodillas, era la imagen de la indecisión. Ella le habló:

—¿Qué quiere?... ¿Necesita algo?

Fernando quiso hablar, pero no lo consiguió. Boqueó como un pez fuera del agua. El ronroneo del motor se había perdido allá arriba y en el jardín interior del bloque reinaba *el* silencio de los termorreguladores.

—Nnnnn... no, gracias...

Virginia se acercó un poco más a él:

—¿Qué le ocurre? ¿Se siente enfermo?

Otro abrir inútil de la boca, antes de poder contestar, con un hilillo de voz

inaudible:

—Eel... ssol... y... No... No es nada... Solo... el sol, eso, el sol —logró componer algo que le pareció aceptable.

—No son horas de andar por la calle, en pleno verano —sonrió ella, con una naturalidad que aún le aturrulló más—. ¿Quiere una vitamina con soda fresca?... ¿Un café?

—No... No, gracias... Me..., me tengo que ir, perdone... Y salió corriendo, mucho antes de que Virginia lograra reaccionar ante la presencia del desconocido.

Planet Oniroscope: Hoy, dos sesiones, dieciséis quince y veinte cuarenta y cinco. El superespectáculo que usted ansiaba contemplar con todos sus sentidos. La vista, el oído, el tacto, el olfato. Usted se sentirá transportado a los más afrodisíacos harenes del legendario Oriente y gozará de los favores totales de las más bellas odaliscas. Hallaya Harcet y Vinna Mireux en «¡Noches de Bagdad!», una producción Sado Inc. distribuida por Circuitos Oníricos Barrero. Quinto mes de éxito triunfal.

La ciudad, inmensa y enemiga, le rodeaba ahora. Le rodeaba con todos sus ciudadanos y con las letras maléficas de su Ley Genética. Rascacielos de cristal y acero, el verde artificioso de los jardines demasiado cuidados, las aspas veloces de los helicópteros cortando el cielo, y la gente, gente y gente siempre, grupos genéticos personalizados en hombres y en mujeres que se buscaban y se encontraban.

¡No tema usted! Los hijos pueden no tenerse. Confíe en la tableta Nike y goce del amor sin restricciones. La tableta Nike no engorda. Conserva el apetito y el cabello. Contiene, además, complejo vitamínico B y puede tomarse disuelta en agua, como un delicioso refresco. ¡Papá!... ¡Mamá!... No quiero hermanitos... ¡Tomad Nike!...

Sólo él estaba solo. El, Fernando Silva, desgraciado portador de unos genes del grupo K. El, Fernando Silva, uno de los ocho mil novecientos sesenta y cuatro hombres que deberían repartirse las treinta y seis mujeres que les estaban inexorablemente destinadas. Pero, ¿cuál? ¿Gacela Tímida, la cherokee de noventa años... o Haina Ben Utad, la recién nacida pakistani? ¿La venerable Phang Nú, la monja budista vietnamita?

Joven agraciada, de veinte años, perteneciente al grupo H, aceptaría correspondencia con ingeniero no mayor de veinticuatro, a ser posible sueco. Imprescindible sea portador del mismo grupo. Fines matrimoniales. Escribir a mano, con fotografía y aspiraciones de dote a la señorita...

Y allí, a dos pasos de su casa, sin necesidad siquiera de tomar un «jet» estaba Virginia. La adorable Virginia. La mujer que había sido hecha para él, pero que había sido encontrada antes por un simio —del grupo K, eso sí— que respondía, además, al horroroso nombre de Efraín.

... Y sí se conserva nuestro actual ritmo demográfico, puedo asegurarnos que la estabilidad absoluta y el bienestar para todos habrán sido alcanzados antes de cinco años... ¡No más parados!... ¡No más guerras!... ¡La paz y el progreso para todos!...

Pero tenía que existir un medio. Algo que volviera las cosas a su cauce. Algo que

hiciera que Virginia, que había sido hecha para él, viniera a él. Una ley, algo, lo que fuera, con tal de tenerla. Lo que fuera.

Usted marcha seguro por la vida. Usted confía en sus fuerzas. Usted es psicómetra, piloto espacial, especialista en lenguas galácticas, programador de calculadores, técnico de centrales iónicas, pero... ¿ha pensado en las cosas que ignora? ¿Ha imaginado usted los problemas que nunca podrá resolver solo? ¿Ha conseguido usted extraer todo el jugo de su propio trabajo? Sólo el conocimiento de las leyes puede ayudarle. Confíe en un abogado. Y, más aún, confíe en el Trust Federal Independiente de Magistrados. El T.F.I.M. le ofrece: consultas módicas, defensas eficaces de todos sus intereses, remedio para sus problemas legislativos, armas legales contra los hombres que atenían contra usted. ¡Visítenos, no se arrepentirá!

Para Fernando —como para muchos otros— el oficio de abogado tenía aún, ya desde su nombre, como un extraño contúrbenlo con la taumaturgia. No en vano, las escuelas de leyes, como pegadas a las tradiciones del pasado, seguían teniendo sus sedes en los viejos edificios de ladrillo del siglo xx. Los mismos leguleyos se rodeaban de un fantástico histrionismo y acudir a ellos era como solicitar los servicios de un mago que tuviera en su biblioteca los secretos herméticos de la más complicada sapiencia legal. Códigos, anatemas, decretos y leyes viejas de siglos, de las que nadie se acordaba, pero de las que aún cabía echar mano en un momento de apuro, con la seguridad de estar actuando dentro de la más estricta justicia, aunque las apariencias pudieran demostrar lo contrario.

¿Por qué no? ¿Por qué no podía haber algún decreto remoto que defendiera la situación que le había negado la Ley Genética?

Contó sus ahorros. Le quedaba lo suficiente para permitirse el lujo de una consulta y vivir luego de conservas hasta el fin de la semana. No le importaba. Supliría la insuficiencia vitamínica con comprimidos y, tal vez...

La sede del consorcio de magistrados estaba enclavada en uno de los edificios del antiguo ensanche de la ciudad, un caserón de siete pisos de ladrillos rojos descascarillados, con los tejados de pizarra, frente a los antiguos ministerios estatales que habían perdido sus funciones mucho tiempo atrás y ahora se desmoronaban como viejas reliquias, cuyo recuerdo nadie quería rememorar.

Le recibió un vejete vestido con la túnica de colores calientes que estuvo de moda veinticinco años atrás. Le miró desde detrás de una mesa atascada de libros, a través de sus gruesas gafas de contacto, y esperó a que Fernando hablase. Fernando, antes de hacerlo, carraspeó. Había estudiado casi palabra por palabra lo que quería exponer, pero ahora, ante el abogado, estaba olvidando todo lo que había aprendido.

—Tengo un problema —acertó apenas a decir.

—¡Todos tienen problemas, señor mío!... Al menos, todos los que vienen a vernos. Estamos precisamente para eso: para resolver problemas. ¡Vamos, vamos, no se haga el remolón y diga qué le pasa!

Esperó, sonándose ruidosamente las narices con un «cleenex».

—Verá... Soy del grupo K.

Lo más difícil ya estaba dicho. Soportó las miradas conmiserativas de aquel vejete que tenía ya que estar de vuelta de todos los problemas legales inherentes al código genético y luego, como si lo hubiera aprendido de carretilla, le explicó todo su problema: su soltería, los anuncios inútiles, su última decisión, la personalidad de las treinta y seis mujeres a las que, de un modo u otro, tenía derecho a aspirar y, finalmente, su obsesión por Virginia y su necesidad de encontrar el modo de..., ¿de qué? Eso ni siquiera lo sabía. O, si lo sabía, no se atrevía a confesarlo.

Pero el abogado no era ningún lerdo y no necesitaba que le dijeran lo que ya la propia visita había dejado adivinar por el contexto de su historia.

... Y ése, precisamente ése, es vuestro primer deber, compañeros del T.F.I.M.: enseñar al que no sabe. Conocer las leyes para ayudar a interpretarlas, manejarlas para saber cómo contravenirlas legalmente. Vivimos en un mundo de leyes. Hay leyes para todo y unas se contraponen a otras, sin que nadie se haya cuidado de reunirías por el Bien Común..., afortunadamente para nosotros. El hombre y el mundo viven pendientes de miles de leyes y centenares de códigos que nunca podrán conocer. Nosotros, en cambio, por conocerlos todos y por saber interpretarlos, estamos en condiciones de ayudar —beneficiándonos nosotros al mismo tiempo— a quienes la ignorancia y la necesidad obligarán a recurrir a nuestros servicios.

—Y usted, claro —sentenció el vejete, atusando la borla que le pendía de la túnica— quiere conseguir a esa mujer... de un modo honesto y legal.

—Eso es... Bueno, si fuera posible.

—Puede serlo, puede serlo..., siempre que estudiemos el caso con un poquito de paciencia.

—La tengo, no se preocupe.

—Si es así... —el abogado se concentró un instante en sus pensamientos, como si rebuscase en el laberinto insondable de la ley de los hombres, desde una cima superior; luego comenzó sus preguntas, como una máquina breve y precisa:

—¿Casada?

—Sí...

—Y sin hijos, me dijo...

—Exactamente.

—¿Enamorada?

—No lo sé.

—Ni le importa. Él es...

—Médico.

—Y miembro del grupo K, naturalmente.

—Es lógico. No parece que haya nada ilegal en ellos.

—Tampoco tiene por qué haberlo... —terminó triunfante y oprimió un botón que había sobre su mesa. Afuera sonó un zumbido prolongado y, a espaldas de Fernando,

se abrió una puerta. El abogado se dirigió a alguien invisible.

—Pongan en la máquina la Ley de Defensa Personal del 58, el código federal reformado del 96, la Ley de Derechos Ciudadanos del 25 y los prolegómenos a los decretos del 87 y del 46 referentes a situaciones Especiales Interplanetarias.

La puerta volvió a cerrarse y el abogado se puso en pie, dando la vuelta a la mesa, mientras le decía a Fernando:

—La ley puede ayudarle, joven..., siempre que sepa usted ayudarse también a sí mismo. Yo le daré los medios. Pero, naturalmente, no le diré cómo emplearlos.

—Entonces... —exclamó Fernando, desalentado.

—No se preocupe... Es un simple acuerdo privado de ética profesional... y de ayuda tácita a nuestros clientes. Tenemos que dejarles que ellos busquen sus propias soluciones, con los medios que les demos. Sólo eso podrá darles plena satisfacción. Pero no le será difícil. Y, en caso de apuro, siempre podría usted venir a consultarnos de nuevo..., pero verá que no va a ser necesario. Lo verá...

Se volvió a una consola que caía a sus espaldas y pulsó unos cuantos botones. La consola comenzó a zumbar tenuemente y el abogado se dio la vuelta nuevamente hacia Fernando:

—Usted es un sujeto obsesionado por la Ley Genética. Para usted, como para otros muchos, esa Ley es la fundamental entre las que ha promulgado la Federación Mundial en los últimos doscientos años. Viven para ella, pendientes de ella, obsesionados por sus artículos, que seguramente usted conoce casi de memoria.

—Sí... —murmuró Fernando.

—Pero usted ignora que esa Ley no es única y que hay otros artículos de otras leyes que le habrán de ayudar. Por ejemplo: usted sabe que hace ya ciento cinco años que no hay guerras en el Planeta.

—Ciento seis años en noviembre. El 26 se celebrará el aniversario de la última paz.

—En efecto. Sin embargo, el hombre no ha perdido su agresividad. Y lo que antes resolvían las guerras, ahora lo resuelven los crímenes. ¿Lo sabía usted?

—¿Los crímenes? —preguntó Fernando, asustado.

—Sí, ¡sí!... Los crímenes, naturalmente. Claro que la prensa y los videos no dan cuenta del índice de criminalidad que hay en el mundo. Lo prohíbe la segunda Ley Federal de Restricciones Informativas.

Artículo 836: será considerada como peligrosa actividad antifederal toda información sobre violencias, robos, crímenes y secuestros que tengan o hayan tenido lugar en todo el ámbito de la Confederación. El Gobierno, sin previo aviso, tendrá derecho a secuestrar la edición de cualquier periódico o revista que publique tales hechos, así como al inmediato corte de fluido eléctrico a las emisoras de televisión bi o tridimensional que transmitan noticias de esta índole.

—Y, sin embargo, la violencia continúa, y si la población mundial se ha reducido a mil quinientos millones de habitantes, según las últimas estadísticas, la causa no es

solamente la tan cacareada Ley Genética, que ahora se ha puesto de moda, sino los treinta y tres mil ochocientos veintitrés asesinatos diarios que se cometen como promedio en el mundo entero.

—¡Pero eso es... monstruoso!

—Lo es, pero la ley protege de mil modos distintos la agresividad humana y, lejos de castigarla, la fomenta.

—Yo..., yo no había oído jamás eso.

—Ni lo oírás tampoco, porque resultaría inmoral y anti-federal proclamarlo a los cuatro vientos. Pero es un hecho evidente. ¡Mire!

Señaló hacia la pantalla de tubo catódico que había sobre la consola y apretó un botón:

Artículo 2: apartado 34: todo ciudadano de la Confederación, por el hecho de serlo, tiene derecho legal de disponer de la vida de quien le ofenda gravemente o atente contra su integridad física o moral.

Artículo 3: todo individuo habitante de la Confederación Mundial, por el hecho de serlo, pertenece al Estado, quien fijará su precio real conforme al grado de utilidad pública de cada uno. La vida de cada individuo, por tanto, quedará establecida en una cantidad fija o fluctuante y, de acuerdo con dicha valoración, deberá pagar, en concepto de daños al Estado Federal, quien disponga de la vida de los demás por los motivos alegados en el artículo 2, apartado 34 de esta Ley.

—Un médico, por ejemplo, según las últimas tarifas, vale entre veinte mil y cien mil créditos —apuntó en voz baja el abogado, casi como una voz interior.

Fernando no logró reaccionar inmediatamente. Respiró con dificultad, con los ojos fijos en la pantalla, que volvía a cambiar.

Artículo 5: serán consideradas como ofensas graves, A) las palabras que atenten contra la integridad moral de familiares del ofendido; B) los insultos que atenten contra la honestidad; C) los gritos intempestivos y fuera de lugar en situaciones que normalmente no los requieren y que, por tanto, hagan suponer una discusión desaforada.

Artículo 6: serán considerados como atentados contra la integridad moral, A) la usurpación de un puesto o de una condición que debiera por algún motivo haber pertenecido al ofendido; B) la divulgación de calumnias sobre la personalidad o los actos del ofendido; C)...

—E incluso es posible que, dentro mismo de la Ley Genética, encontremos algo que pueda servirle... después —continuó impasible el vejete, apretando otro botón.

Artículo 466: ningún individuo considerado como libre, matrimonialmente hablando, podrá negarse a la unión legal con individuo del sexo opuesto y del mismo grupo genético, siempre que las circunstancias especiales de escasez de individuos o de derechos de prioridad así lo aconsejen.

—Pero Virginia está casada... —murmuró Fernando, evitando la mirada del abogado.

—Sí, amigo mío. Está... casada... ahora. Pero le advierto que, en cualquier caso, nuestra organización cuenta con un servicio privado de créditos a nuestros clientes, con una módica tarifa de intereses...

—... y nuestro cliente, señores del jurado, reclama con toda solemnidad el derecho a acogerse al artículo sexto de la Ley de Propia Defensa, promulgada en el 58, por cuanto que la víctima usurpaba, sin razón alguna y con evidente desenfado, el puesto que sólo a nuestro defendido podía corresponder, toda vez que la persona que se ha dado en llamar la víctima a lo largo de este proceso procedía de una remota provincia periférica, mientras que el hombre que ahora se sienta en el banquillo forma parte integrante de la comunidad municipal en la que nació y vive la cónyuge legal del muerto. ¡Y eso, no lo olviden ustedes, señores del jurado, ha sucedido entre individuos del grupo genético K, precisamente aquél a quien la Naturaleza ha dotado de menor número de individuos!

Virginia —todo hay que decirlo— no sintió demasiado el cambio. Es cierto que Fernando procuró mostrarle su pasión de un modo tan abierto que difícilmente una mujer hubiera podido hacer oídos sordos. No necesitó recurrir a sus derechos. Ella fue a la alcaldía de buen grado, aunque aún lucía el brazalete rojo del luto por Efraín.

Luego vinieron días apasionados y Fernando supo de los secretos del amor a través de una mujer que ya los había experimentado. Fueron felices. Ni siquiera se cambiaron a otro lugar. Aprovecharon el bungalow del polígono XV donde Virginia había vivido con Efraín. Era bastante mejor que el apartamento que había pertenecido a Fernando.

Pasaron tres años. Y llegó el día solemne de la jubilación de Fernando Silva. Los compañeros le habían preparado un ágape de despedida para las doce de la mañana. Virginia le ayudó a vestirse y avisó al helitaxi que habría de venir a buscarle. Mientras esperaban, escucharon arrobados el segundo concierto electrónico de Krakauer. Tenía para ellos una indudable potencia evocadora.

Afuera sonó el claxon. Apagaron la vitrola magnética. Virginia le sonrió y se agarró de su brazo para salir juntos.

—Te llamaré en cuanto termine. Iremos a algún sitio para celebrarlo los dos solos.

—Sí...

—Ponte muy guapa...

—Sí...

—La túnica blanca, la que llevaste en la fiesta de los atómicos.

—Lo que tú digas.

En la puerta del helitaxi se despidieron con un beso largo, profundo. Fernando se acomodó junto a la amplia ventanilla.

—¿Adonde, señor?

—Laboratorios federales.

Mientras el helicóptero tomaba altura, Fernando contempló aún a Virginia, con su cabello revuelto por el viento de las aspas. El taxista conectó el video; transmitía

anuncios, como veinte de las veinticuatro horas del día. Fernando no los escuchaba. Le bastaba con mirar a Virginia, allá abajo, cada vez más chica, más total.

Entonces distinguió la figura vacilante que se acercaba a su mujer. No, no podía ser un mendigo. Estaba bien trajeado. Pero las piernas le temblaban, de eso estaba seguro. Tenía que sentirse terriblemente emocionado ante la presencia de Virginia. Terriblemente, sí. Se acercaba a ella tambaleante y ella, curiosa, se aproximaba a él y le preguntaba algo. Y la figurilla negaba, incapaz de hablar, y trataba de dar un paso atrás y no podía. Y Virginia le señalaba la casa y el desconocido negaba y negaba...

Entonces Virginia, instintivamente, levantó los ojos hacia el cielo y agitó un brazo en ademán de despedida. Fernando no quiso haberla visto. Justo entonces, los anuncios del video le ensordecieron:

¡Usted marcha seguro por la vida! ¡Usted confía en sus fuerzas!... Usted es psicómetra, piloto espacial...

Lo que sucedió por beber agua

Juan G. Atienza

ya lo he hecho, ¿pasa algo? Lo he hecho y no me arrepiento. ¡A mí con la Guerra Humanitaria!... ¡A mí, que gané mis medallas luchando abiertamente con el enemigo en Corea y en Vietnam, en Argelia y en Bolivia y en el Congo!... ¡A mí van a venirme con esos cuentos de que es mejor inutilizar las defensas que desplegar la fuerza de represalia!... Donde haya un buen Titán con cabeza nuclear, que se quiten las drogas. Donde haya un buen gas tóxico, que me dejen a mí de gases hilarantes. Fuerza de persuasión, eso es lo que hacía falta. Y yo la he empleado. Y no me arrepiento, ¿lo dije ya antes?

Pero yo sé por qué ha sucedido todo esto. Por dos cosas. Primera, por el miedo a morir que tiene cada quisque. Segunda, por beber agua. ¡Agua!... ¡Puah, qué asco! Lo del miedo a morir, todavía me lo explico. Yo he visto guerrilleros con las tripas fuera, revolcándose en el barro lechoso de los campos de arroz antes de estirar la pata con una vomitona de sangre. Yo he visto soldados amoratados, con el vientre hinchado y los ojos salidos de las órbitas, asfixiados por el gas. Yo he visto manos y pies y bolsitas de testículos esparcidos por la jungla después de un ataque de napalm. Comprendo que la gente tenga miedo a morir despedazada. Hay que tener agallas para hacerse a la idea y no reventar de miedo.

Pero lo del agua... Lo del agua es un vicio imperdonable que la Humanidad ha contraído desde tiempos inmemoriales y que aún subsiste en nuestro tiempo. Así han ido las cosas.

Recuerdo que cuando me dieron las estrellas de general, los chicos me ofrecieron una fiesta. Fue una hermosa fiesta, con barbacoa y rancho extraordinario para la tropa. Por unas horas perdimos ligeramente la noción de las jerarquías y todos los oficiales departieron amigablemente al olorcillo de la ternera asada a la brasa en medio de la plaza de armas del campamento. Trajeron bourbon y scotch, jerez y buen vino espeso del país. E incluso alguien sacó de no sé dónde un barrilito de sake y unas damajuanas de tequila. ¡Qué trompa, Dios! ¡qué trompa!... Estuvo el subsecretario de Defensa ron nosotros. Era el único que no llevaba uniforme, pero era de los nuestros. Recuerdo cuando comenzó a quitarse la chaqueta y quería cambiarla a toda costa por la guerrera de campaña del mayor Holden... ¡Quería ser igualito que nosotros!

Pero no era por eso por lo que yo quería recordar ahora aquel día. Era por Sharp. El tenientillo Sharp, el barbilampiño, el rubio cadetito que quería no beber más que ¡agua! y nos miraba a todos por encima del hombro, mientras nosotros cantábamos y

decíamos discursos patrióticos. Yo me acerqué a él y le dije:

—¡Teniente Sharp!

El chico se cuadró muy correcto, pero su mirada reflejaba el desprecio incontenible que sentía.

—Teniente Sharp —le repetí, masticando las palabras—. Ahora mismo se bebe usted tres vasos de tequila, seguidos, sin sal ni limón. ¡Es una orden!...

Y el imbécil —no se le podría llamar de otra manera— me sonrió displicente y me volvió la espalda. Yo, claro está, no podía meterle la tequila por las narices y preferí olvidar el incidente. Pero tuve ocasión de recordarlo unos meses después, cuando le vi con la cabeza volada, después de la operación Tritón. Estoy seguro — ¡que no funcionen los dispositivos de emergencia si me equivoco!— de que huía cuando le alcanzaron. Y si huía era por beber agua. No se puede al mismo tiempo beber agua y llevar el uniforme del ejército más poderoso del mundo. Deberían marcarlo en las ordenanzas. Si hubiera tiempo —que no lo hay— yo mismo haría que el Alto Estado Mayor aprobase esa moción en contra del agua.

Pero eso del agua y del whisky se ha terminado y, dentro de media hora, la tierra entera será sólo muerte. Gracias a mí.

Y el caso es que lo advertí. Lo advertí muy seriamente, desde los primeros momentos en que fui nombrado asesor con poderes ejecutivos en aquella comisión... ¿Cómo se llamaba? Comisión para el estudio de la Guerra Humanitaria o algo así, ni siquiera estoy muy seguro. Asesor militar en una comisión compuesta exclusivamente de civiles. No podía ser de otro modo: sólo un civil puede hablar al mismo tiempo de guerras y de humanitarismo. Pero —no sé cómo— habían llegado hasta las más altas esferas, con sus diplomas universitarios, y habían convencido a los peces gordos de que convenía estudiar el asunto. Los peces gordos dijeron que sí, naturalmente. Y no porque pensasen que iba a salir de allí nada útil, sino por propaganda. Por pura propaganda, para que luego, cuando las elecciones, nadie pudiera echarles en cara que se habían negado a estudiar el modo de hacer humanitaria la guerra. Ésos son manejos de los políticos y están en su derecho. Pero yo no soy político. Por eso he hecho hace diez minutos lo que tenía que hacer.

Como lo hice también el primer día en que me presentaron a los tipos aquellos de la comisión.

—Señores —les dije, así, como ahora lo repito, palabra por palabra—, señores, yo no sé qué intenciones se traen ustedes. Tal vez se hayan tragado su propio camelo de la guerra humanitaria. O tal vez piensen en comer la sopa boba del Gobierno. Pero les advierto que no pienso como ustedes y que el primer absurdo de esta comisión es su propio nombre.

Trataron de convencerme, ¡a mí!, con argumentos científicos. Me hablaron de las propiedades de la vieja droga que habían estado experimentando recientemente en los hospitales y en las clínicas psiquiátricas, el LSD 25, y de las propiedades de la cosa y de sus posibilidades de aplicación en caso de guerra.

—¡Cómo! —les dije—, seguramente dándole de comer al enemigo un terroncito de azúcar con la porquería ésa, ¿no?... ¿Se han creído ustedes que son caballos?

—General —me replicó el presidente de la comisión, que había recibido el premio Nobel unos años antes y que, por eso, se creía ya que podía competir con mis medallas ganadas en los campos de batalla—, no se da usted cuenta de lo que eso puede significar. El ácido lisérgico...

—¿Otro potingue? —grité, alarmado.

—No, general, el LSD 25 y el ácido lisérgico son la misma cosa. Y quería decirle que es un líquido incoloro, inodoro e insípido, exactamente lo mismo que el agua...

—Siempre afirmé que el agua es una porquería —le interrumpí.

—No importa ahora lo que usted opine sobre el agua. El caso es que, mezclado con ella, nadie notaría ninguna diferencia con el agua normal que ingiere todos los días.

—Yo sí.

—¿Cuál?

—Yo nunca bebo agua.

—Y bastarían de 20 a 40 millonésimas de gramo para que surta efectos alucinógenos —terminó sin hacerme caso.

Me callé unos segundos:

—¿Y qué? —pregunté después, sin abandonar mi escepticismo.

Me entregaron una voluminosa carpeta llena de informes sacados de los centros donde habían experimentado la droga. Y, ya en casa, me entretuve hojeando pacientemente toda aquella sarta de tonterías que la gente es capaz de decir... y hasta de hacer.

Había allí barbaridades suficientes para detener un tren de armamento. Los pacientes que se habían sometido a la acción del LSD 25 contaban de éxtasis místicos, de alegrías inenarrables, de mares sin fondo con peces de colores maravillosos, de comprensión absoluta de la obra de arte, de amor a la naturaleza, de visiones del Más Allá... Barbaridades y nada más que barbaridades, como ya dije.

¿Y con eso, qué? —me dije—. Nada de aquello tenía nada que ver con la fuerza de choque o con el poder de represalia. Allí no había más que accesos de locura individual que, por lo visto, mis buenos compañeros de la Comisión querían encontrar el modo de convertir en delirio colectivo.

—Exactamente —me comunicó mi jefe provisional, el sabio del Premio Nobel—. Ha dado usted justamente en la diana de nuestras intenciones. Provocando el delirio colectivo, la masa del ejército enemigo puede ser conquistada sin derramar una sola gota de sangre, sin una sola baja. El material bélico e industrial no sería afectado, como sucedería con un bombardeo atómico, y la victoria se produciría en veinticuatro horas sin un disparo.

Me parecía totalmente demencial, pero le dije que bueno, que probasen.

—Pero le advierto, profesor —añadí—, que una tonelada de ese ácido no vale lo

que un buen puñado de megatones bien distribuidos sobre el territorio enemigo.

A pesar de mi escepticismo y de mi voto en contra, la Comisión consiguió de las autoridades militares que se les permitiese hacer una experiencia en el campamento G-32. Este campamento es el que adiestra a nuestras tropas de choque más escogidas, el que proporciona los especialistas de la guerra en la jungla y los técnicos de urgencia. Allí se vive —se vivía, quiero decir— a golpe de cornetín y los castigos que se marcaban contra las faltas de disciplina no son precisamente como poner a un chico cara a la pared con orejas de asno. Allí se nacen hombres de verdad, dispuestos a todo y capaces de llevar a buen puerto las misiones más peligrosas. Bien, preparamos pues la cosa para llevar a cabo la experiencia en el campamento G-32. Por la noche, los depósitos de agua fueron envenenados con ácido lisérgico en proporción científicamente estudiada y en secreto. Y, al mediodía siguiente, nos dimos una vuelta por el campo.

Nunca olvidaré el espectáculo. Era digno de un manicomio modelo. Los reclutas sesteaban debajo de los árboles con ojos soñadores y ni siquiera se preocupaban de nuestra presencia. Se oían carcajadas por todas partes, en los lavabos, en los comedores, en los dormitorios de tropa y en los pabellones de oficiales. Era vergonzoso. ¡Toda aquella gente *había bebido agua!* A veces se nos cruzaba un soldado que parecía ebrio, aunque caminaba con bastante firmeza. Pero ni nos veía, ni nos oía, ni veía ni oía en torno suyo nada que no fuera su propia alucinación. Dos oficiales se abrazaban como viejos amigos, olvidándose de que eran de distinta graduación. Les hablé para que se reportasen y, después de unos segundos de intentarlo, optaron por abrazarme los dos a mí, diciéndome que me querían y que yo era para ellos más que un padre. Y lo decían convencidos. Otro —no estoy ahora muy seguro, pero creo que era un sargento— había tomado uno de los automóviles de campaña y se paseaba cantando antiguas baladas de pioneros. Dos o tres veces estuvo a punto de atropellar a algún soldado. Y ninguna de las veces el presunto atropellado hizo nada por apartarse, como si estuviera convencido de que nada ni nadie podía matarle, o como si la muerte le importase muy poco, porque tuviera ya en el bolsillo el certificado de la Eterna Resurrección.

Entonces llevamos a cabo la segunda parte de la experiencia. Hicimos sonar los dispositivos de alarma, exactamente igual que si el enemigo estuviera a las puertas del campamento y hubiera que organizar la defensa en cinco minutos. Los timbres y las sirenas casi nos ensordecieron a nosotros, los de la Comisión. Pero nadie en el campamento hizo el menor movimiento por atender a la llamada. Yo mismo sentía tentaciones de lanzarme sobre los antiaéreos o sobre los controles de radar, en busca de ese hipotético enemigo que se acercaba. La llamada de alarma ha sido siempre para mí como un agujijón en la medula, me ha puesto en acción aun en los momentos más absurdos.

Bien, ¿qué sucedió en el campamento G-32? Nada. Absolutamente nada. Todo siguió exactamente igual que hasta entonces. Las mismas risas, las mismas miradas

perdidas en el infinito, los mismos paseos lentos, admirando la Naturaleza percibida por ojos distintos. Nadie ante las pantallas de radar, nadie en los arsenales, nadie junto a las baterías, silenciosos los motores de los carros de combate, alineados en total reposo los jeeps, las motocicletas, la brigada de helicópteros.

—La experiencia ha sido un éxito, general —me dijo uno de los de la comisión al día siguiente.

—Ha sido un desastre —le contesté yo, furioso.

—¿Por qué?

—Porque me ha demostrado el grado de degeneración de nuestro Ejército.

—No lo crea, general. El Ejército no habría podido hacer nada contra la droga. Ni los mejores.

—No lo digo por eso, amigo...

Y era cierto. Yo sabía que la droga había actuado con eficacia, pero la cosa se había desarrollado así ¡porque el Ejército bebe agua!

A partir de aquella experiencia supe, sin lugar a dudas, que cualquier nueva guerra que emprendiéramos estaría irremisiblemente perdida... a menos que yo mismo tomase cartas en el asunto de un modo taxativo e inexorable. Comencé a jugar un doble juego: por un lado continué junto a la Comisión, siguiendo paso a paso sus experiencias, incluso cuando, con un optimismo digno de mejor causa, pusieron en práctica la segunda fase de su plan, consistente en preparar el modo de contaminar instantáneamente el agua enemiga —¡toda el agua!— con LSD 25. Por otro lado, preparé las cosas para ser nombrado, al mismo tiempo, para el Alto Mando Estratégico y tener acceso a los secretos de la fuerza de disuasión.

La Comisión creyó que yo me volvía de su parte y celebraron aquella conversación como una victoria. Me hice amigo de todos sus miembros, incluso terminé tuteándome con el Premio Nobel que la presidía. Me llevó a su casa —llena de diplomas y certificados por todas partes— y yo, a mi vez, le invité a la mía —cubierta con medallas y trofeos de mis campañas— y hasta habría llegado a pasarlo bien con aquel tipo a no ser porque, en las solemnidades más sonadas, se empeñaba en no beber otra cosa que jugo de naranja.

—Ya está, profesor —le dije en una de aquellas ocasiones—. ¿por qué no promovemos en el Ejército el uso del vino o del jugo de naranjas?...

El profesor me miró sin comprender que yo no podía decir aquello en serio.

—Porque sería demasiado oneroso para el presupuesto nacional.

Y lo decía a conciencia, ¡se creía el salvador de la Economía del país, cuando en realidad estaba provocando la destrucción de nuestra potencia!

La comisión pidió ser ampliada con nuevos técnicos y se incorporaron tres ingenieros especialistas en balística y tres miembros del Servicio Secreto. Los primeros estudiaron las posibilidades de cargar proyectiles intercontinentales con cabezas lisérgicas, de modo que cuando fueran lanzados esparcieron la droga por los depósitos de agua enemigos. Los segundos —los del Servicio Secreto— calibraron al

milímetro las posibilidades que tenían de que esa misma función la cumplieran personalmente los agentes que poseíamos en el territorio del otro lado.

Era más fácil la segunda solución que la primera, por supuesto. Pero tenía un inconveniente: la casi imposibilidad de coordinar unos esfuerzos humanos distribuidos a lo largo de varios millones de millas cuadradas. Supondría una labor lenta, preparada con varios meses de antelación y puesta en conocimiento de demasiadas personas. Era casi imposible que ninguna de ellas fallase o resultara descubierta. Y la mínima grieta podía deshacer todo el plan y deshacerlo, además, para siempre. Y corríamos el riesgo de que el enemigo se nos adelantase.

Sí, sí, ya sé, manteníamos unas relaciones cordialísimas con el enemigo. Cambiábamos regalitos, científicos de segundo orden y ayudas mutuas de tipo cultural y financiero. ¡Pamplinas! En realidad nos estábamos oliendo el rabo constantemente unos a otros y cada uno esperaba la mejor ocasión para asestar un golpe que no pudiera ser devuelto con creces.

Nuestros chicos del Servicio Secreto nos decían continuamente: «No pasa nada, todo marcha bien, no hay peligro de lío inmediato». De acuerdo, decían todo esto. Pero, ¿acaso nosotros no seguíamos la misma táctica? ¿No lanzábamos ramos de flores mientras manteníamos día y noche el dedo sobre el botoncito rojo? De acuerdo, decían todo esto, pero ¿funcionaba acaso el teléfono rojo entre los dos cabezas de facción?

Yo sabía que no. Que esa línea era una pura *añagaza* y que, llegado el momento, podríamos rompernos el alma con nuestros megatones, sin que se elevase ninguna voz clamando en el desierto. Ninguna, dije bien. Porque, entre otras cosas, la vocecita ésa no tendría ni tiempo de levantarse.

¿La prueba? Que, mientras los ingenuos de la Comisión para el Estudio de la Guerra Humanitaria preparaban su plan a largo plazo, ha sucedido lo de esta mañana.

Ya hacía días que yo venía oliéndome la tostada. Los compañeros del Alto Mando Estratégico estaban inquietos y yo, al verles, me sentía tan inquieto como ellos. Probablemente se trataba de una alarma colectiva y contagiosa. Casi seguro que muy pocos sabían lo que pasaba. Pero nos pegábamos el miedo unos a otros, sin saber por qué. Sin saberlo, sí, porque en apariencia todo marchaba como siempre, ni bien ni mal. Pero el Gran Jefe estaba haciendo más viajes que de costumbre y sus consejeros estaban más cerca de las máquinas computadoras de lo que podía resultar normal. Y del otro lado nos venían noticias demasiado vulgares: incluso se hablaba de la colocación de una primera piedra no sé dónde. Pero todos —y yo entre ellos— pensábamos, con razón, que eso de la primera piedra ocultaba otras intenciones.

Ayer mismo traté de averiguar de una vez qué sucedía y no conseguí más que medias palabras que venían de labios temblones. Había miedo y los dedos estaban dispuestos sobre los botones, para actuar al primer reflejo, a la primera señal. Nunca he visto tantos rostros sudorosos, tantas bocas reseca, tantas voces cortadas por el terror. Tanta... sed, en fin, porque ya se sabe que el terror produce sed.

Llegada la noche —anoche— yo también tenía la boca seca de miedo y, sobre todo, de calor pegajoso de julio. Llegué a mi casa con sed, con una sed insoportable. Llamé a mi asistente y le dije que me trajera algo fresco. Me trajo cerveza muy fría, dos latas que me bebí en menos tiempo que tardo en contarlos. Luego comencé con el whisky y no lo dejé hasta haber terminado con botella y media de scotch. Eran las diez de la noche y estaba totalmente borracho. Llamé al Alto Mando, a un buen amigo, y le dije con mi mejor voz:

—¿Se sabe algo?

—Nada, pero...

—¿Pero qué?

—Todo está alertado. Puede suceder de un momento a otro... ¿Qué te pasa?

—Que estoy borracho y me voy a dormirla... Llámame si ocurre algo. Estaría ahí en dos minutos.

—Vale...

Creo que me dormí sin haber llegado a colgar el teléfono. No debí acertar con la horquilla. El caso es que esta mañana —hace apenas dos horas— me he despertado con resaca y lo he visto descolgado. He tocado el timbre mientras me afeitaba y ha acudido el ordenanza al cabo de cinco largos minutos. ¡Y en qué estado! Se reía y me miraba con ojos bobalicones, totalmente despeinado y con la camisa abierta hasta el ombligo.

—Sí, mi general... —me ha dicho, con palabra lenta, con la lengua más estropajosa que la mía.

—¿Cómo sí?... ¿Es modo de presentarse, ése?

—Se miró un poco, encogiéndose de hombros y abrió luego los brazos en un ademán de impotencia:

—Bueno, mi general... Es que me encuentro así tan bien... Y le encuentro a usted tan amable esta mañana...

Le di una patada y se marchó dándome las gracias. Creí que se había emborrachado con la media botella que yo no me pude terminar. Me vestí solo y salí a la calle, pensando en el modo de conseguirme otro ordenanza y deshacerme de éste cuanto antes.

Pero, ya en la calle, se me encogió el corazón. El chofer, mi chofer desde hace diez años, me esperaba junto al coche, sin gorra y silbando beatíficamente al sol. Ni siquiera se cuadró al verme salir. Simplemente se rozó el mechón de pelos con el índice extendido y me dijo, con una sonrisa ausente:

—¿Qué, mi general, nos vamos?

No era modo, no, señor. Ni aquel hombre lo habría empleado nunca conscientemente conmigo, porque me conocía. Y, además, su actitud me pareció sospechosa. Así que subí al coche sin decirle nada y, cuando le vi sentado delante, le ordené que se dirigiera al edificio del Alto Mando Estratégico.

—¡Vamos, mi general!... Con lo hermoso que resultaría darse un paseíto por el

Parque Central...

—¡Vamos adonde te he dicho! —le grité, casi adivinando ya lo que sucedía.

El se encogió de hombros, resignado, y puso el coche en marcha. Y comenzamos a rodar lentamente por las calles, con una lentitud exasperante.

—¡Más de prisa! —le dije.

—¡Pero mi general, es tan agradable el airecillo fresco!... Déjeme ir despacio...

Estuve a punto de desmandarme, pero luego agradecí la idea de mi chofer. Porque comprobé que la ciudad entera se había vuelto loca. Vi gente tendida en las aceras, soñando despierta. Y vi —como el día de la prueba, en el campamento G-32— peatones que se lanzaban a tumba abierta por en medio de la calle, dispuestos a morir alegremente aplastados por millares de automovilistas que ni respetaban las reglas del tráfico ni parecían tener la menor prisa por llegar a ninguna parte. Los guardias de la circulación dirigían el tráfico sentados en medio de los cruces y sus órdenes se reducían a cansinos movimientos de cabeza mientras contemplaban extasiados el paso lento de las nubes. Nadie reñía con nadie, los coches se rozaban y chocaban como en una carrera suicida..., pero a cámara lenta. Y mi chofer, por su parte, conducía mirando al cielo, a las casas, a los árboles del parque que dejamos a nuestra derecha.

—¿No quiere que entremos un ratito, mi general?... ¡Es hermoso el parque... y las flores tienen los más bellos colores del arco Iris!

—No, sigue como puedas... —le contesté, acurrucándome en el fondo del asiento.

De modo que había sucedido... Y ellos habían llegado antes que nosotros.

—¿Bebiste agua anoche?

—Mucha, mi general... Y más esta mañana... Más, mucha más... Hacía tanto calor...

En el Alto Mando me esperaba un espectáculo parecido. Los centinelas de guardia en la puerta principal se habían sentado en la amplia escalinata y soñaban, espalda contra espalda. Dentro, todos estaban drogados. No encontré a nadie que estuviera cuerdo. Apenas un par de oficiales supieron contestarme de un modo más o menos racional al dirigirme a ellos. Los demás hablaban con la lengua torcida dentro de la boca y contestaban rojo cuando se les preguntaba azul. Como en un juego de despropósitos.

Me lancé como un tifón por pasillos y ascensores en busca de mi jefe inmediato. A mi paso, los ordenanzas me lanzaban saludos de viejos amigos y los ascensoristas me rogaban amabilísimamente que oprimiera yo mismo los botones. Un mayor escribía poemas incoherentes en la IBM eléctrica de su secretaria, mientras la chica se mantenía despierta a duras penas, tumbada en el sofá inmediato, con las piernas al aire. Al pasar junto a ellos, el mayor quiso a toda costa leerme las estupideces que había escrito.

Abrí la puerta del despacho de mi jefe. Le vi sentado ante su mesa, con barba del

día anterior —porque, sin duda, se pasó la noche en su puesto, bebiendo *agita*—, con los pies descalzos sobre el tablero y ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Creo que ni me oyó. Y yo sabía, por supuesto, que era inútil llamarle la atención porque estaba, simplemente, en *otra parte*.

Ésa era la situación. Exactamente ésa, sin quitar ni poner una sola coma a la realidad. ¿Qué debía yo hacer? ¿Cuál era mi deber? Antes de una hora les tendremos aquí, con sus aviones volando sobre nuestro territorio, sin que un solo cohete tierra-aire salga en su busca, sin que un solo par de ojos les aviste por las pantallas del radar.

Así, conquistados sin una gota de sangre. Lo que nosotros habíamos tomado como un largo plazo en la Comisión, ellos lo tienen ya... y lo han conseguido, no sé cómo.

Pero eso es algo que yo no puedo consentir. Sé que estoy solo, totalmente solo en todo el territorio aliado. He comunicado por teléfono con las centrales de los Estados Mayores de toda nuestra zona de influencia y en todas partes me han contestado con risas, con palabras en las que el asombro se mezclaba con el éxtasis y el sentimiento de la Eternidad.

¡A la porra la Eternidad! Yo les daré Eternidad, a estos estúpidos bebedores de agua y a aquellos listos que osaron adelantarse a las remotas predicciones de tres premios Nobel.

He apretado yo mismo el botón. Por fortuna, los mandos son totalmente automáticos y funcionan todos desde el Alto Mando Estratégico. Basta apretar el botón —precisamente ese que yo he apretado— para que partan de sus bases subterráneas cien millones de megatones con sus objetivos perfectamente marcados al milímetro. Cien millones de megatones.

—¡Y ellos querían sustituirlos por cabezas lisérgicas!... Es para morirse de risa..., de risa, sí... Bebedores de agua... Que no se les puede lanzar peor insulto... ¡Bebedores de agua!...

PSI

Domingo Santos

Cuando la enfermera Gloria Andes se presentó en el sanatorio para niños paranormales de Albión, ofreciéndose para ocupar el puesto que había quedado vacante, acababa de realizar las prácticas de fin de curso de enfermera psicóloga con los máximos honores. Gloria era una mujer joven aún, no demasiado alta ni demasiado llamativa, pero sí con la suficiente personalidad como para llamar la atención de cualquiera que la hubiera tratado un puco. Su debilidad eran los niños, a los que quería con locura: por esto le gustó desde un principio la oportunidad de trabajar en el sanatorio de Albión. Los enfermos de edad son quisquillosos intratables, horribles. En cambio, los niños...

El edificio del sanatorio estaba situado en las afueras de la ciudad, y estaba rodeado por una amplia extensión de terreno de su propiedad. Era un edificio preatómico, de construcción antigua pero resistente, de amplias ventanas enmarcadas por vidrios multicolores y de paredes de ladrillo muy rojo. Visto desde el exterior, el edificio daba una impresión al mismo tiempo de confianza y respeto, algo así como un claustro monacal y una residencia para señoritas. El amplio jardín de la entrada estaba muy bien cuidado y toda la parte trasera del edificio era un gran campo de juegos, desierto en aquel momento.

Acudió a recibirla el propio doctor Juan Osta, el director del sanatorio. Era un hombre no demasiado joven, pero tampoco demasiado viejo, de rostro anguloso y duro, cabello entrecano, que ocultaba sus ojos tras unas gruesas gafas oscuras. La saludó afablemente y la invitó a pasar a su despacho.

—Sé que el trabajo aquí va a ser difícil para usted —le dijo—. Sobre todo los primeros días. Los niños que tenemos aquí no son difíciles de tratar, pero sí son, ya lo verá usted..., algo extraños. Estoy muy contento de que sus antecedentes revelen el que haya conseguido el título y haya realizado las prácticas con todos los honores, y que le gusten tanto los niños. Ahora bien, quisiera que tuviera mucha paciencia con ellos. Encontrará algunas dificultades para adaptarse aquí y... eh... bueno, espero que no suceda con usted lo mismo que con anteriores enfermeras que tuvimos.

—¿Qué sucedió?

—Nada de importancia..., se fueron, esto es todo. Conseguir adaptarse a un sitio como este sanatorio es difícil, y no todas lo consiguen. Pero dejemos esto por ahora. Seguramente estará cansada del viaje, y deseará instalarse. Venga, le mostraré su cuarto. Dejaremos para mañana el trabajo.

A la mañana siguiente, Gloria se levantó temprano. Se sentía descansada y alegre,

allí. Una ligera bruma matinal tamizaba a lo lejos el suelo, y el aire era fresco y agradable. En el patio trasero, donde se hallaba el patio de juegos, y donde daba la ventana de su habitación, se oía un ligero ruido de chirriar de poleas. A través de las ventanas vio a un niño que se mecía lentamente en un columpio, mientras permanecía como ensimismado en sus pensamientos.

Abrió la ventana, y respiró el aire puro del exterior. Sacó la cabeza y gritó:

—¡Hola!

El niño detuvo sus movimientos. Tendría unos siete años quizás, o tal vez ocho. Levantó la vista hacia el segundo piso, y vio el rostro afable que le observaba desde allí. Devolvió el saludo:

—¡Hola, señorita Gloria!

Gloria quedó agradablemente sorprendida al oírse llamar por su nombre. Preguntó:

—¿Cómo sabes que me llamo así?

La pregunta pareció sorprender al niño. Por unos momentos quedó como desconcertado. Luego, pareció darse cuenta de algo. Puso cara de fastidio.

—¡Oh, no! —exclamó, con despecho—. *¡Es también igual a las otras!*

Saltó del columpio al suelo, se puso las manos en los bolsillos, y se fue malhumorado.

—Tenemos internados casi ciento cincuenta niños aquí —le dijo el doctor Costa aquel mismo día, mientras le mostraba todas las salas del edificio—. Todos ellos poseen alguna característica psíquica que les impide poder vivir normalmente con los demás. En la mayor parte de ellos esta característica no es apreciable a simple vista, pero siempre surge a la superficie apenas se les trata un poco. Para ellos, esto representa un handicap terrible en sus relaciones con los demás.

—Y por esto se encuentran aquí, ¿no es verdad?

—Exacto. Éste es el primer sanatorio de este tipo que se ensayó en todo el mundo, aunque ahora hay cuatro más funcionando en otros cuatro países. Hace unos años quizá no hubiera sido necesaria su creación: los paranormales eran poco abundantes en el mundo. Pero en estos últimos años (algunos lo han atribuido a las explosiones atómicas, no sé) han aumentado de tal modo en número que ha sido preciso buscar una solución. Ésta lo es.

—¿Es elevado el índice de curaciones?

El doctor se detuvo en seco, como sorprendido.

—¿Curaciones? Creo que no he sabido explicarme bien. Los niños no vienen aquí a curarse; en realidad, no pueden curarse, pues *no están* enfermos. Lo único que hacemos aquí es prepararles, adaptarles para poder ingresar en el mundo normal, haciendo que puedan ocultar su condición de paranormales a voluntad y que los demás no se den cuenta de esta característica si ellos no quieren. Una persona formada puede por sí misma realizar esta adaptación, pero un niño pequeño necesita

ser enseñado, ya que no domina sus reacciones. Ésta es nuestra misión: enseñarles. Hacerles ver que el mundo considera extraña su condición de paranormales, y que deben acostumbrarse a prescindir de ella siempre que no crean necesaria su utilización. Así pueden reintegrarse a la sociedad sin ser rechazados por ella. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Gloria dudó unos momentos. En realidad no lo entendía demasiado, pero se creyó en el deber de admitir que sí lo entendía.

—Sí —dijo—. Creo... creo que sí.

—No se preocupe —dijo sonriendo el doctor, como si hubiera leído sus pensamientos—. De todos modos, cuando lleve unos meses aquí ya lo entenderá por sí misma. Hasta entonces, déjese llevar por la observación. Es el mejor sistema.

Gloria hizo uso de las recomendaciones del doctor. Sin embargo, no pudo adaptarse completamente los primeros días. Eran ciento cincuenta niños y niñas en el sanatorio, de cinco a doce años todos ellos, para cuidar de los cuales solamente había el doctor Costa y dos ayudantes, otras cuatro enfermeras (que en realidad oficiaban más bien como nurses) y ella misma. Los niños, en verdad, eran extraños, como le dijera el doctor Costa. Observó pronto que todos ellos la conocían como si hubiera vivido siempre a su lado. Esto podía ser en cierto modo halagador, ya que demostraba que se habían preocupado por saber quién era. Sin embargo, resultaba sorprendente que conocieran de ella detalles tan extraños como el número de calzado que usaba, las enfermedades que había tenido cuando niña, e incluso su capacidad craneal. Además, en su modo de actuar, en su modo de jugar incluso, eran *raros*. Cierto que eran paranormales, pero...

Los juegos, por ejemplo. Uno de sus juegos preferidos era sentarse en el suelo a corro, con los pies cruzados, y permanecer silenciosos y abstraídos durante un largo rato, hasta que de repente uno se echaba a reír, y entonces todos se echaban a reír también, satisfechos. La enfermera jefe, una mujer ya mayor que por lo que parecía estaba allí desde que fuera inaugurado el sanatorio, le dijo que jugaban a ESPar, pero Gloria no acabó de entender el mecanismo del juego. Lo extraño era que, pese a tener la obligación de jugar, dentro del plan de enseñanza y de adaptación, un par de horas diarias a los juegos normales de los niños de su edad, ellos siempre preferían este otro tipo de juego, y si jugaban a lo otro era sólo porque se veían obligados a ello.

—Todo estriba en comprender sus reacciones —le dijo uno de los primeros días la enfermera jefe—. Cuando usted sepa cómo reaccionan y pueda predecir sus próximos actos, todo será fácil y podrá controlarlos bastante bien. Hemos conseguido grandes progresos desde que fundamos el sanatorio; progresos que al principio ninguno de nosotros hubiera esperado. Y todos estos progresos han sido basados precisamente en esto: la comprensión de sus reacciones.

Pero a Gloria le era difícil comprender sus reacciones, aunque se esforzara en ello. Ignoraba por ejemplo por qué Tito, el primer chico que viera en el columpio, le

dijo un día que ellos hubieran querido poder jugar con ella también, pero que no podían porque ella *no sabía* jugar a sus juegos. No comprendía tampoco por qué Ana, una preciosa chiquilla de no más de cinco años, le preguntó un día si ella sabía EPar, y al decirle ella que no, se echó a llorar desconsolada, diciendo que era una desgraciada, ya que nadie la entendía ni nadie quería EPar con ella. Tampoco entendería nunca cómo una niña como Rosa, una muchachita de ocho años, frágil y delicada, a la que siempre había considerado como sordomuda, ya que nunca la había visto hablar con nadie ni a nadie hablar con ella, se puso de pronto en una ocasión a hablarle con toda soltura; y que, cuando ella le preguntó estupefacta si podía realmente hablar, la niña le respondiera con su voz ceceante, en tono irritado:

—¡Claro que hablo! ¡Claro que hablo! ¡No me queda otro remedio, ya que *uzted no zabe penzar!*

Gloria no comprendía a los chicos y chicas del sanatorio. No comprendía cómo todos ellos parecían estar tan distanciados entre sí, y sin embargo estaban tan unidos. No comprendía el porqué, si ellos apenas hablaban entre sí más que lo obligado en los ejercicios de relación, las noticias ocultas corrían con tanta rapidez. No comprendía su interés en jugar al juego de EPar y otros semejantes, desdeñando otros juegos más propios de su edad, pese a que el doctor Costa le dijo en una ocasión que el juego de EPar era *realmente* un juego apropiado para su edad.

Pero lo que dio a Gloria la mayor y más extraña sorpresa de su vida fue lo ocurrido con Aniceto. Aniceto era un chiquillo de unos doce años, tímido, introvertido, del que la enfermera jefe había dicho en más de una ocasión que nunca conseguiría dejar de ser un parnormal de cuerpo entero, ya que su timidez le impedía adoptar el escudo de adaptación que ellos le proporcionaban. Gloria sentía una extraña predilección hacia él, tal vez porque le veía triste y desvalido, y porque los otros chicos lo dejaban un poco de lado en sus juegos y diversiones. Muchas tardes se sentaba con él en un banco del patio de juegos, y el muchacho le explicaba con ojos brillantes extraños viajes que decía haber realizado a otras partes del mundo, y le describía fantásticos paisajes que ella nunca había visto y él probablemente tampoco. Pero el muchacho era feliz, y a Gloria le encantaba oír aquellas historias fantásticas, en las que admiraba la sorprendente imaginación del muchacho.

Pero un día, Aniceto tuvo una violenta discusión con varios de sus compañeros, y Gloria lo encontró llorando. Al muchacho le debió saber mal el que ella le viera en aquel estado, y más aún cuando Gloria, con aire maternal, le obligó a que reclinara su cabeza contra su pecho, mientras le acariciaba el cabello y le prodigaba palabras de consuelo. Aniceto, sofocado por la vergüenza, se puso rojo. Probablemente deseó que lo tragara la tierra. Probablemente deseó, con toda intensidad, estar lejos de allí, solo, enteramente solo en el mundo. Y lo deseó con tanta intensidad, que Gloria sintió que el cuerpo del muchacho se desvanecía de pronto de su lado, y cuando quiso darse cuenta se encontró que, en el lugar donde antes había estado el muchacho, ahora sólo había aire. Aniceto había desaparecido repentinamente de su lado: se había

volatilizado.

—Tranquílcese, Gloria —le dijo la enfermera jefe, cuando ella acudió a contarle rápidamente el caso—. No se preocupe; no es la primera vez que ocurre. Aniceto es demasiado tímido, y ante la vergüenza de que una mujer le viera llorar y le tratase de aquella manera quiso irse lo más lejos posible de allí. Ahora estará en cualquier sitio lejano, rumiando su vergüenza: en la cima de una montaña quizás, o en medio de un desierto, o en un peñasco en medio del mar. Pero volverá, no se preocupe. Siempre ha vuelto. Es un muchacho por quien no hay que temer.

Pero Gloria sí se sintió preocupada. Y aunque Aniceto regresó aquella noche, como si nada hubiera ocurrido, ella siguió preocupada aún. De tal modo que, al día siguiente, fue a ver al doctor Costa.

—La esperaba mucho antes —le dijo el doctor Costa cuando la vio entrar en su despacho y hubo escuchado sus lamentaciones—. Lleva usted sólo veinte días aquí: en mi opinión, creo que se desenvuelve perfectamente entre nosotros. Es más, la creo muy capacitada para desempeñar el Trabajo que le hemos encomendado. Claro que tal vez se encuentre aún algo desorientada.

—Lo estoy —dijo Gloria, casi con lágrimas en los ojos—. Intento comprender a los chicos, pero no lo consigo. Cuando veo a la enfermera jefe comportarse con ellos como si fueran chicos normales, yo... yo...

El doctor se echó a reír.

—Bueno, a todas sus compañeras les ha ocurrido también algo similar. Creo que antes de que hablemos valdrá la pena que le aclare un detalle: la enfermera jefe es también, como los chicos, una paranormal. Por eso puede compenetrarse tan bien con ellos.

Gloria puso cara de sorpresa.

—¿La enfermera jefe es...?

No termino la frase. El doctor Costa la miraba entre grave y divertido. Tomó un abrecartas de sobre la mesa y se puso a jugar distraídamente con él.

—Cuando vino usted aquí —dijo—, no le aclaramos demasiado las características paranormales de estos chicos porque preferimos que lo fuera asimilando todo por sí misma y así no se creara en su interior perjuicios sin fundamento antes de iniciar su trabajo. Ciertamente, para una persona normal convivir con los chicos que tenemos aquí es algo... llamémosle fuera de lo común. Pero es preciso hacerlo así, ya que de otro modo ellos no conseguirían ninguno de los progresos que están logrando ahora.

»Para todo el mundo, la palabra *paranormal* no es más que un sinónimo de *subnormal*, cuando en realidad su verdadero significado es “lo opuesto a lo normal”. Los chicos que tenemos aquí no están escogidos al azar, sino que todos ellos pertenecen dentro de su paranormalidad a la categoría de los *supranormales*, es decir, de los que tienen, además de los atributos que tenemos todos los demás, algún otro que lo distingue de ellos. Para Aniceto, este atributo es la teleportación; para Ana, las fuerzas ESP; para José, la telekinesis. La mayor parte de ellos dominan la telepatía en

general y todos sus derivados. Son seres normales, dentro de su anormalidad; pero esto nadie lo comprende. Dentro de nuestro mundo *normal* se sienten extraños, *distintos*, porque los demás no les comprenden. Por eso están ahora aquí. Para ser aceptados por lo demás necesitan disimular su característica de paranormalidad y convertirse, aunque sea por fuerza, en seres normales. Mas para lograrlo necesitan primero una etapa de adaptación: necesitan acostumbrarse a vivir entre personas normales bajo la apariencia de éstas, aunque esto no quiere decir que tengan que dejar de usar sus poderes cuando lo necesiten. ¿Entiende lo que le quiero decir?

Gloria asintió con la cabeza.

—S... sí.

—Bien. Usted, y las demás enfermeras, son seres normales, esto es lo que ellos necesitan, ya que son el contrapunto para su anormalidad. Para ellos, *ustedes* son los paranormales, y como son niños no lo comprenden bien aún, y les acusan a ustedes, ya que ellos no pueden entenderlos. El proceso de adaptación necesita, pues, un poco de sacrificio por ambas partes. Usted, estos días, ha realizado su aprendizaje. Ahora creo que está ya en posición para aceptar o no este trabajo aquí en forma definitiva. Recuerde que le dije en un principio que no todas servían. Usted, hasta hoy, ha demostrado que *sí* sirve. ¿Quiere seguir? ¿Cree poder hacerlo?

Gloria vaciló levemente.

—Sí —dijo al final—. Creo que sí.

El doctor Costa sonrió abiertamente. Gloria se levantó, y se dirigió hacia la puerta. Estaba aturdida. El doctor la llamó antes de que llegara a ella.

—Señorita Gloria.

Ella se volvió.

—¿Sí, doctor?

—Es usted admirable —dijo el doctor.

Ella se ruborizó, pero no dijo nada. Dio media vuelta y, nerviosamente, salió de la habitación.

A partir de aquel día, Gloria hizo todo lo posible por adaptarse a los niños que la rodeaban, pensando en sus especiales características. De todos modos, era difícil. Cuando Rosa la miraba fijamente y hacía esfuerzos por hacerle llegar sus pensamientos, y ella debía decirle que no debía hacerlo así, que debía hablar, y la niña no quería hacerlo; cuando Aniceto se ruborizaba al verla y quería desaparecer; cuando Tito le pedía que jugara con él y ella se esforzaba en hacerlo sin conseguirlo, cuando José se enfadaba y hacía bailar todas las sillas de la habitación al compás de su enojo, se sentía tremendamente extraña a todo aquello. Comprendía que era difícil, muy difícil, adaptarse a aquella situación. Pero hacía grandes esfuerzos por conseguirlo.

El doctor Costa la ayudaba mucho también. A raíz de su conversación, y convencido sin duda de que ella necesitaba ayuda, acudía a verla muchas veces, y se

pasaban largos ratos hablando de los niños del sanatorio, de lo que les rodeaba, de los poderes *psi* comunes a todos ellos. El doctor le contaba frecuentemente que cada vez aparecían en el mundo más niños paranormales. En los últimos tiempos había establecido para descubrirlos una red de comunicaciones entre la mayor parte de los médicos del país, de modo que cuando se presentaba un nuevo caso él podía intervenir rápidamente. La mayor parte de los padres consideraban a sus hijos paranormales como subnormales, tan sólo, y era preciso sacarlos de su error. El les convencía de que su hijo era enteramente normal, y que lo único que necesitaba era una adaptación al medio ambiente. Así, la mayor parte de las veces conseguía que el chico fuera llevado al sanatorio, de donde podía salir de nuevo a los dos, tres, cinco años, de su entrada, convertido, por fuera, en un ser normal.

Su obra era, para el doctor Costa, como una cruzada. No podían malgastarse aquellos talentos en ciernes, como se habían malgastado mucho tiempo atrás, sólo porque una sociedad no les comprendía. Llegaría un día, estaba seguro, de que todos los hombres dominarían las fuerzas *psi*. Pero la adaptación era lenta, y podría malograrse si no se cuidaba. Era una lucha que no podía abandonarse.

Gloria se sentía impresionada por la fuerza que emanaba de las palabras del doctor. Sin saber por qué, cada vez se sentía más atraída hacia aquel hombre hacia su recia personalidad, hacia su firmeza de carácter. Se sentía subyugada cada vez más, y sin saber por qué, se daba cuenta de que no sólo admiraba a aquel hombre, sino que en su interior empezaba a nacer un nuevo sentimiento...

Y así, una noche, en su habitación, Gloria despertó de repente con la extraña sensación de que *alguien* la había llamado. Abrió los ojos, y vio una sombra dentro del cuarto. Fue a gritar, pero una voz, tan asustada como ella misma, la interrumpió.

—No grite, por favor, señorita Gloria. Soy yo: Aniceto.

Gloria encendió la luz. El muchacho, ante ella, permanecía inseguro, ruborizado. Se cubrió con las mantas, y preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Por dónde has entrado?

En seguida comprendió lo ridículo de aquella pregunta, conociendo a Aniceto. El muchacho dijo:

—Quiero hablar con usted, señorita Gloria. Mejor dicho, *todos* queremos hablar con usted. Aunque he venido yo sólo en su representación.

—¿Sobre qué queréis hablar conmigo?

—Sobre usted. Y sobre el doctor también.

—Sabemos que usted quiere al doctor Costa...

Gloria se sintió sorprendida ante aquella afirmación.

—¿Cómo lo sabéis?

El muchacho se azaró.

—Bueno... hemos ESPado sus pensamientos. Ya sabemos que no está bien, el doctor nos lo dice siempre. Pero nosotros queremos mucho al doctor, y la queremos

también mucho a usted. El doctor la quiere también, ¿sabe? Pero tiene miedo de decírselo. Por eso hemos intervenido. Quisiéramos verlos felices a los dos.

Gloria se sentía aturdida.

—Bueno —dijo—; pero... yo...

—El doctor se encuentra ahora abajo, en su despacho —interrumpió Aniceto—. Tenía mucho trabajo, y se ha quedado a terminarlo. Pero no puede hacerlo, porque en estos momentos no hace más que pensar en usted. El quiere decírselo, pero no se atreve; no se atreverá nunca. ¿Por qué no va usted a verle?

—Pero... yo...

—Por favor, señorita Gloria. Vaya. Se lo pedimos nosotros. ¿Lo hará?

Había un tono de súplica tan grande en la voz de Aniceto, que Gloria no se pudo negar.

—Bueno... Sí; lo haré. Pero ahora vete. Debo vestirme.

El rostro de Aniceto se iluminó con una gran sonrisa.

—Gracias, señorita Gloria —dijo, radiante—. Gracias. Muchas gracias.

Y como era su costumbre, se esfumó en el aire.

El doctor Costa levantó la cabeza, sorprendido al ver a Gloria ante sí. Dejó lo que estaba haciendo y se levantó.

—¿Sucede algo, señorita Gloria?

Gloria dudó: no sabía cómo plantear la cuestión. Empezó:

—He estado hablando con Aniceto, y me ha dicho que usted... que yo...

Se interrumpió. El doctor Costa la miró unos instantes, sin comprender. Luego, una idea debió pasar por su cabeza. Dejó escapar una ininteligible palabra en voz baja.

—¡Esos condenados chiquillos! —gritó—. ¡Les he dicho millones de veces que no deben ESPar los pensamientos de otras personas a menos que ellas lo consientan! Una persona con poderes *psi* puede ocultar con mayor o menor éxito sus pensamientos, a menos que se encuentre distraído, pero una persona normal no puede hacerlo, y hasta para unos niños es fácil bucear en su mente. ¡Y eso que se lo advertí!

—No se trata de esto, doctor —dijo Gloria—. Esto no tiene la menor importancia. Aniceto me dijo... bueno, me dijo que usted estaba interesado en mí. ¿Es eso cierto?

El doctor dudó. Indudablemente, se encontraba frente a un arduo problema. Tomó una silla, y fue a sentarse al lado de Gloria.

—No importa que esto sea cierto o no —dijo—. La realidad es otra muy distinta. Aunque quisiera a una mujer, yo nunca podría casarme con ella. No..., nunca me atrevería a hacerlo.

—¿Por qué?

—No importan los motivos. Además, sería muy difícil de explicar. No se trata del sanatorio, no lo crea así. Es algo más... más íntimo y delicado. Yo siento una gran simpatía por usted, Gloria. Me gusta, sí... la quiero, es verdad. Pero no hay solución

a nuestro problema.

—¿Pero por qué? Aniceto me ha dicho que usted nunca se atrevería por sí mismo a decírmelo. ¿Por qué? Necesito tener una explicación.

El doctor vaciló; no sabía cómo reaccionar. Se levantó. Gloria se levantó también. Durante unos momentos quedaron los dos frente a frente.

—No me importa lo que puedas decir —dijo Gloria tuteándolo de pronto—. Si es verdad que me quieres, no me importa nada más. Cuando dos personas se quieren, todo lo demás es superfluo. No puede existir nada que se interponga, de modo que será inútil todo lo que me digas.

El doctor fue a decir algo, pero Gloria no le dejó. Repentinamente, le puso los brazos al cuello, se empujó sobre la punta de los pies, y lo besó.

El doctor Costa se *azaró*. Se azaró mucho. Se azaró quizá demasiado.

Se azaró tanto, que no pudo mantener más el control de sus nervios... y desapareció.

Poco después, en su habitación, Gloria recibió una llamada telefónica de larga distancia.

—Perdóname, Gloria —dijo la voz del doctor Costa desde el otro lado del hilo telefónico—. Pero me pusiste en una situación tal que perdí el control de mis nervios. En aquel momento deseaba tanto estar lejos de ahí... que lo hice. Creo que tienes razón; tal vez sea estúpido este sentimiento por mi parte. Pero necesito unos días para reflexionar. Cuando regrese, hablaremos más extensamente de ello. ¿De acuerdo?

—Sí, cariño. De acuerdo.

Cuando Gloria colgó el teléfono, estaba pensativa. Se sentía algo desorientada. Nunca lo hubiera sospechado..., hasta que el doctor desapareció de entre sus brazos. Bien, se dijo, en cierto modo, debía de haber adivinado desde un principio que el doctor era también un *psi*. Sólo una persona con estos poderes podría crear un sanatorio como aquél, y llevarlo a buen fin. Pero, además, el doctor había logrado dominar de tal modo su método que nadie hubiera podido nunca sospechar nada de él. Era un verdadero éxito.

Aquellos pensamientos le llevaron a otros semejantes. Convivir con una persona *psi* traería aparejados algunos problemas, era cierto, y quizás aquello había sido lo que había hecho dudar hasta entonces al doctor. De todos modos, era absurdo por su parte argüir aquella razón, ya que ello era destruir toda su tesis de que los paranormales podían ser iguales al resto de la gente con sólo una ligera preparación, condenándolos para siempre a la soledad y al aislamiento.

Aunque ella fuera normal, podría acostumbrarse a él; igual que se había ido acostumbrando a los chicos. No existiría ningún problema grave.

De todos modos, y, a pesar de ello, aquella noche no durmió. A la mañana siguiente, cuando salió a primera hora al patio de juegos, una multitud de chiquillos, con Aniceto al frente, la estaba esperando.

—Gracias, señorita Gloria —le dijo Aniceto apenas la vio—. En nombre de todos, gracias. Seguimos ayer noche su conversación con el doctor, y sabemos que él está dispuesto a admitir su punto de vista. Estamos convencidos de que formarán una buena pareja. Sí, lo estamos. De verdad.

Gloria se sonrojó levemente, al pensar que todos aquellos chicos habían seguido su conversación de la noche anterior como si la estuvieran presenciando. Bien, aquello sería algo a lo que tendría que acostumbrarse si quería seguir allí. Debería considerar a todos los chiquillos del sanatorio como parte integrante de su familia. *Yo también soy casi una paranormal*, pensó. Y aquel pensamiento la condujo a otro similar. Y comprendió por él que ya nunca acabaría de irse acostumbrando a cosas nuevas, si se mezclaba con gente *psi*.

Porque, aunque ahora quizá fuera un poco prematuro pensar en ello, llegaría un momento en que *sí* debería hacerlo. El doctor le había hecho notar en una ocasión que la paranormalidad era generalmente hereditaria. De modo que sería mejor que empezara ya a hacerse a la idea de ser en el futuro la madre de una caterva de hijos *psi*...

Los exploradores

Domingo Santos

—Y si existen seres extraterrestres, y estos seres nos visitan con regularidad; ¿por qué no hemos llegado nunca a tener conocimiento de su existencia?

—*¡Oh, amigo; hay tantas respuestas a esta pregunta! ¡Pueden haber tantas respuestas...!*

La nave era como un breve destello de plata en el sol de media tarde. Trazó un airoso zigzag en el aire, y fue a posarse suavemente en el suelo, junto a los setos.

—El planeta tiene una vegetación lujuriente —dijo el comandante de la nave, examinando su superficie a través del visor—. Seguramente debe encontrarse en un período de evolución muy primitivo aún.

—¿Vamos a explorarlo?

—Por supuesto. El tiempo justo de preparar nuestros equipos.

La nave —una inmensa nave portadora— llevaba una dotación de treinta experimentados tripulantes. El comandante designó a cuatro de ellos para que le acompañaran en la primera salida, y comenzaron a preparar los equipos de exploración.

—El aire es muy denso, pero respirable —dijo el analista—. No será necesario el uso de trajes herméticos.

—Mejor —dijo el comandante—; los trajes herméticos son siempre un engorro. ¿Están preparados?

Los otros cuatro hombres asintieron. El comandarle pulsó el botón de apertura de la escotilla hermética número tres. Los cinco exploradores prendieron sus reactores portátiles y, con un elegante vuelo, salieron al exterior.

Julio volvía cantando de la escuela. Estaba contento. Se había sabido todas las lecciones, y el maestro lo había felicitado. *Soy un chico listo*, cantaba. Entró en el jardín de su casa, pero apenas traspuesta la verja se detuvo. Había creído ver algo así como un destello en el aire, causado por algo metálico que había caído entre los setos. Picada su curiosidad infantil, se dirigió hacia allá para ver de qué se trataba.

—¡Julio! —llamó una voz desde la puerta—. ¿Qué estás haciendo? ¡Ven acá en seguida!

Como siempre, las madres aparecían en el momento menos oportuno. Julio

obedeció de mala gana. Su madre le aguardaba con aire severo en la puerta de la casa.

—Es que he visto una cosa metálica descender en el jardín, mamá —intentó disculparse—. Quizá se trate de una nave marciana, o... o...

—No digas tonterías —le reprochó severamente su madre—. Anda, ve a lavarte las manos y ponte a hacer tu tarea. ¡Pero en seguida, vamos!

Julio obedeció a regañadientes. Cuando salía del cuarto de baño y se dirigía a su habitación, oyó a su madre decirle a la cocinera que salía a hacer unas compras a la ciudad. Aquello hizo variar sus planes: allí estaba su ocasión. Se ocultó en el pasillo, y cuando vio que su madre subía al coche y lo ponía en marcha, se deslizó de nuevo silenciosamente hacia el jardín.

No tuvo que buscar mucho: allí estaba, entre los setos. Era un objeto plano, de forma triangular, de no más de treinta centímetros de largo. Su color era plateado, llevaba unos extraños signos sobre lo que podrían ser las alas, y estaba muy bien hecho. Silbó por lo bajo; «¡caray, hoy día hacen unos juguetes que parecen de verdad! ¿Quién lo habrá perdido?», pensó Julio.

Lo tomó entre sus manos, mirando recelosamente a ambos lados con el temor de ver aparecer a su dueño, y lo observó escrupulosamente desde todos los ángulos. Parecía hueco. Seguramente en su interior habría algún contrapeso, o tal vez el pequeño motor que lo hiciera funcionar. Lo agitó junto a su oído, esperando oír algún ruido característico, pero no oyó nada. Parecía estar completamente hueco.

—¡Comandante, nos atacan! ¡Un ser gigantesco ha cogido la nave entre sus manos y está intentando destruirla!

El caos se había apoderado del interior de la nave portadora. Los hombres que no pudieron sujetarse a tiempo desde un primer momento brincaban violentamente de un lado para otro, al compás de las fuertes sacudidas, rebotando contra las paredes y dejando manchas sanguinolentas en ellas. Los instrumentos se soltaban de sus sujeciones, produciendo aún un caos más terrible. El operador, con una amplia brecha en la cabeza, intentaba por todos los medios comunicarse con los exploradores que habían salido de la nave, mientras se agarraba desesperadamente para no sufrir las consecuencias del terrible vaivén.

El comandante oyó la llamada de auxilio, y él y sus compañeros acudieron volando a toda la potencia de sus reactores hacia el lugar donde habían dejado la nave. Así pudieron ver al gigantesco ser que la había aprisionado entre sus manos, y la agitaba frenéticamente junto a su enorme cabeza.

—¡Pronto! —gritó el comandante—, ¡debemos exterminarlo antes de que llegue a destruir la nave!

Se lanzaron en picado y, todos al unísono, dispararon contra él sus potentes armas cuando estuvieron lo suficientemente cerca.

Julio sintió de pronto varios pinchazos en el cuerpo. Se revolvió, buscando a sus

agresores. A su alrededor, zumbando frenéticamente, había varios bichos pequeños. Sin soltar el juguete que había encontrado, los alejó haciendo varios aspavientos. ¡Demonio con los mosquitos! Pero los bichos siguieron revoloteando junto a él, y sintió de nuevo el escozor de varios pinchazos más.

Aquello le irritó. En el colegio había ganado justa fama como cazador de moscas al vuelo. Esperó un momento, y cuando uno de los bichos estuvo a tiro movió velozmente su mano, y lo atrapó. Lo tuvo un momento dentro de su puño, sintiendo cómo se debatía furiosamente. Y luego, con esa delectación que sólo pueden sentir los niños, lo estrujó parsimoniosamente y lo tiró al suelo, donde, para rematar su tarea, lo pisoteó. *Así aprenderán esos condenados.*

Los otros bichos debieron comprender que se jugaban la vida molestándolo, porque se retiraron prudentemente. Satisfecho, Julio se dirigió hacia la cama, sin abandonar en ningún momento su estupendo trofeo.

Al pasar por el comedor se tropezó con la cocinera. Su primer intento fue esconder su hallazgo, pero no fue lo suficientemente rápido. Ella le preguntó qué era lo que llevaba.

—Nada —dijo, creyendo ya inútil intentar esconder la nave—. Una nave del espacio. Me la he encontrado en el jardín. Es estupenda ¿sabes?

—¡Jesús! —exclamó la cocinera santiguándose, al ver la nave que Julio le mostraba—. ¡Si parece de verdad y todo! ¡Lo que no inventarán hoy día para meter ideas raras en el cerebro de los niños!

Julio no hizo caso de aquella indelicada observación; siempre había considerado a la cocinera como una mujer de ideas retrógradas. Entró corriendo en su sala de juegos, y depositó su tesoro sobre la mesa. Se sentía orgulloso: ¡lo que se iba a divertir con él! Se sentó ante la mesa, y se puso a contemplarla atentamente, con la cabeza llena de locos sueños.

Las bajas habían sido cuantiosas en el interior de la nave: nueve muertos, y dieciséis heridos de más o menos consideración. El operador tuvo que ser sustituido por otro tripulante, que comunicó el desastre a los del exterior.

El comandante y sus compañeros habían sufrido también una baja, que ahora yacía convertida en una pulpa sanguinolenta en el suelo de aquel planeta extraño. El comandante hubiera deseado enterrarlo debidamente, pero era imposible en aquellas circunstancias. Era preciso rescatar lo antes posible la nave y sus tripulantes, si querían poder irse del planeta alguna vez. El enorme ser se había metido en lo que parecía un inmenso edificio: allí lo deberían buscar.

Penetraron en el interior de la casa, e intentaron orientarse. El ser gigantesco había ido hacia la izquierda: seguramente debía estar en aquel lugar desde el que emanaba una fuente de luz. Se dirigieron hacia allá. Pero no sabían que, antes, deberían enfrentarse aún con otro terrible peligro.

El gran animal era totalmente blanco, sinuoso de cuerpo, de pelo largo y sedoso, y

dotado de una especie de antenas vibrátiles finas y largas a cada lado de lo que era su enorme boca. Se presentó ante ellos tan silenciosamente, que apenas tuvieron tiempo de escapar a su primer ataque. Una de sus enormes patas trazó un arco en el aire, y el coordinador recibió un golpe tan fuerte que lo tumbó en el suelo, seriamente herido o hasta quizá muerto.

El comandante y sus dos compañeros alzaron rápidamente el vuelo, poniéndose fuera del alcance de las garras del animal. Vieron cómo éste se ensañaba con su compañero caído, mientras producía espantosos y prolongados sonidos, pero no se atrevieron a acercarse a auxiliarlo. Habían llegado a un planeta grandemente hostil, ahora lo sabían, y su único pensamiento era huir de allí lo antes posible.

Se dirigieron hacia donde se había escondido el ser gigantesco, y se metieron por la amplia rendija que había en el suelo, que les dejaba holgadamente paso. Sí, allí estaba el ser. Pero en aquel momento se había levantado de su asiento, y se dirigía rectamente hacia donde estaban ellos. Tuvieron el tiempo justo de esconderse en un rincón, antes de que él, al llegar a su altura, pudiera descubrirlos. Y aguardaron, temerosos, el desarrollo de los acontecimientos.

Julio abrió la puerta.

—¡Cállate, «Nerón»! ¿Qué es lo que te pasa ahora?

«Nerón» alzó unos instantes la cabeza hacia su amo, y dejó de maullar. Se relamió un par de veces los bigotes. Estaba jugando con un bichito pequeño que había cazado, y al que hacía bailar de un lado para otro como una pelota. Julio se irritó.

—¡«Nerón»!, ¿no ves que me molestas? Anda, lárgate a jugar a otra parte: a la cocina, al patio, donde quieras, pero no aquí. ¿Es que no me has oído? ¡Hala, vete, vete, vete!

El lustroso y reluciente gato metió humildemente la cola entre las patas, dio media vuelta, y se fue hacia la cocina. Julio cerró de nuevo la puerta, y volvió a su nave y a sus sueños. Era emocionante aquello, imaginar que iba por los espacios siderales, y llegar a la Luna, a Marte, a Venus... Cogió la nave con una mano, y empezó a viajar con el pensamiento: los asteroides... ¡zummm! Saturno... ¡zummm! Plutón... ¡zummm!

Y de nuevo los mosquitos. Esta vez eran tres. Se irritó, pues volvían a picarle y sus picaduras le escocían. Empezó a sacudir las manos en amplios aspavientos para espantarlos. *¡Fuera de aquí, hala largo! ¿No veis que estoy jugando?*

Los mosquitos se alejaron revoloteando rápidamente, y Julio volvió a su nave del espacio. De repente había creído ver, a través de las pequeñas lucernas laterales, que algo se movía dentro de ella. Se acercó a la mesa, y la examinó bajo la luz. ¡Bah, tonterías! Pero era interesante ver cómo estaba construida. Sacó una lupa de un cajón de la mesa, y empezó a examinarla por todos lados con atención. ¡Dios bendito, estaba *fantásticamente* bien construida! ¡Ni que fuera una nave *de verdad*!

Posados en el alféizar de la ventana, ante el fracaso de su segundo ataque, el comandante de la nave y sus dos compañeros celebraban un breve conciliábulo.

La última noticia de la nave les había consternado: las averías sufridas en el grupo propulsor eran tan grandes, que era imposible repararlas allí, con los elementos de que disponían. Ello significaba que estaban condenados a permanecer prisioneros en aquel planeta... hasta que alguna nave de rescate viniera a ayudarles, si es que venía alguna vez. Y aquel ser gigantesco seguía haciendo de las suyas...

—No debemos precipitarnos —dijo uno de los exploradores—. Es probable que se trate de un ser inteligente, pero que no comprenda que se trata de una nave *real*, y esté actuando inconscientemente. Tal vez si pudiéramos comunicarnos de alguna forma con él y llegar a un mutuo entendimiento pudiéramos solucionarlo todo.

El comandante admitió que era una idea acertada. Naturalmente, decidió, si alguien debía arriesgarse en aquella prueba era él mismo. El gigantesco ser estaba ahora sentado junto a su mesa, y examinaba la nave. Aquella podía ser la mejor oportunidad de comunicarse con él.

—Esperad aquí —dijo a sus compañeros—. Y si me sucediera algo, recordad que vuestra misión principal es salvar la nave; cueste lo que cueste. ¿Entendido?

Los dos asintieron. El comandante remontó el vuelo, y fue a situarse frente al gran ser. Reprimiendo el instintivo terror que le producía la visión de aquel enorme cuerpo, se posó sobre la mesa, ante él. Levantó la cabeza, y le habló.

Su primer gesto fue de huida cuando vio que el ser gigantesco levantaba una mano para aplastarlo, pero esta acción no llegó a consumarse. El enorme rostro deforme del gigante se acercó a él, como examinándole curiosamente. Y el comandante pensó por unos momentos que había conseguido su propósito.

El primer gesto de Julio fue aplastar al bicho que se había posado tan inopinadamente sobre la mesa, pero se contuvo antes de terminar su movimiento. Se dio cuenta de pronto de que aquello no parecía exactamente un bicho vulgar, sino que era algo mucho más interesante. Acercó su rostro a él, para distinguir que pese a su tamaño el pequeñísimo ser tenía un cuerpo de forma parecida a la humana, con dos piernas, dos brazos y una cabeza semejantes a la suya, aunque su configuración no fuera exactamente igual. Se sintió excitado por aquel descubrimiento. Cogió la lupa con que había examinado la nave, y la usó ahora para examinar más de cerca al pequeño animal. ¡Era *interesantísimo*! Parecía además como si estuviera emitiendo algún sonido articulado, pero este sonido era tan débil que no llegaba a sus oídos. De todos modos, se dijo, no importaba. Si conseguía retenerlo, sería la envidia de todos sus compañeros de clase: nadie más podría enorgullecerse de tener una mascota como aquella.

A un lado, sobre la mesa, tenía una cajita transparente donde guardaba algunos de sus tesoros más preciados. Los tiró con desprecio: ¿qué más tesoro que el extraño

insecto que había sobre la mesa? Cogió la caja y, en un brusco ademán, antes de que el insecto pudiera huir, la dejó caer encima de él, atrapándolo.

El insecto se agitó dentro de la caja, gesticuló, intentó escapar, pero no consiguió nada. Excitado, Julio se levantó. La cocinera tenía que saber de su extraordinaria captura; aunque fuera una retrógrada en aquellas cuestiones, tenía que saberlo. Salió precipitadamente de la habitación, cerrando con fuerza la puerta tras de sí.

Los compañeros del comandante acudieron a salvarle, pero la caja era demasiado pesada para poder levantarla ellos dos solos, ni siquiera con la ayuda de los reactores.

—No debemos perder tiempo —les dijo el comandante por radio, desde su encierro—. La nave está inutilizada para volar, pero debemos ponernos a salvo al menos nosotros mismos, antes de que sea demasiado tarde. ¿Cuántos supervivientes hay en el aparato?

La respuesta fue desoladora: ocho, aunque dos de ellos estaban imposibilitados de moverse a causa de sus heridas. «Bien, dijo el comandante; de todos modos debía intentarse». Ordenó que tomaran de la nave las armas más potentes que encontraran, y que abandonaran el aparato. Su plan era éste: atacar conjuntamente todos los hombres al ser gigantesco, buscando sus partes más débiles: los ojos, la boca, los oídos, hasta destruirlo si era posible. Luego, se dedicarían con atención a la nave. Pero de momento era preciso librarse antes de aquel peligro.

Los seis supervivientes de la nave que estaban en condiciones de luchar salieron al exterior, y entre ellos y los otros dos expedicionarios lograron levantar un poco la caja para que el comandante pudiera salir reptando de su encierro. Una vez éste en libertad, trazaron su plan de ataque. Y se prepararon.

La puerta se abrió de nuevo, pero esta vez fueron dos los seres que aparecieron: el que ya conocían, y otro mucho más voluminoso aún que el anterior. Aquello sorprendió a los nueve hombres, y les atemorizó también. Pero no les quedaba otra solución: debían jugarse el todo por el todo, si querían sobrevivir.

—Adelante —ordenó el comandante. Y los nueve, al unísono, se lanzaron contra los dos gigantes seres.

—Aquí está —dijo Julio con orgullo. Y se detuvo en seco al ver que la caja estaba vacía—. ¡Recorchos! —exclamó—. ¡Ha escapado!

La cocinera había adoptado un gesto severo. Puso los brazos en jarras.

—Julio —exclamó—, tu madre me dice siempre que tienes demasiada imaginación. ¿No crees que ya has hecho demasiadas tonterías, hoy?

—¡Pero si te juro que estaba aquí! ¡Te juro...!

En aquel momento, los insectos comenzaron a zumbar de nuevo en torno suyo. Y comenzaron también las picaduras. Julio agitó frenéticamente las manos. La cocinera lanzó un agudo grito.

—¡Jesús, cuántos bichos! ¡Seguramente has recogido *esto* en un estercolero! ¡Ya te voy a dar yo...! ¡Espera a que termine con ellos!

Salió corriendo de la habitación, mientras los insectos rondaban a Julio y éste

agitaba desesperadamente las manos, sintiendo las picaduras por todo el cuerpo, principalmente en la cara y manos. Poco después regresaba la cocinera llevando en la mano un frasco rociador.

—¡Malditos bichos! —gritó—. ¡Vais a ver quién soy yo! ¡Os voy a dar...!

Empuñó el frasco como si fuera una escopeta de caza, y empezó a rociar la habitación. Las nubes de insecticida se esparcieron rápidamente por toda la habitación, y Julio sintió cómo empezaban a llorarle los ojos. La actividad de los insectos disminuyó algo. Aquello envalentonó a la cocinera. Cada rociada iba acompañada de un grito: *¡Toma, toma, toma, ya os daré yo, bichos! ¡Toma tú, y tú, y tú!* Cuando uno caía al suelo, lo remataba con el pie. *¡No va a quedar ni uno, ni uno!*

—¡Espera! —le gritó Julio—. ¡No lo hagas! ¡Son unos bichos muy interesantes! ¡Espera, no los mates a todos! ¡Quiero conservar alguno para enseñárselo a mis amigos! ¡Espera, por favor!

Pero la cocinera no le hacía el menor caso. Cada nueva rociada era un insecto menos. Los perseguía por toda la habitación, y les disparaba nubes de insecticida como si los estuviera cazando uno a uno. Al final, sólo uno quedó revoloteando desesperadamente. La mujer corría tras él, siguiendo sus evoluciones. Julio gritaba: *¡No lo mates; no, por favor!* Pero todo era inútil. Al final, el bicho se puso a tiro. Una nueva rociada de insecticida salió del frasco. El insecto frenó su vuelo. Hizo unos cuantos aspavientos. Luego cayó.

La batalla había terminado.

Cuando las emanaciones tóxicas de la fabulosa arma de aquellos seres gigantesco empezaron a causar bajas entre sus hombres, el comandante comprendió que todo estaba perdido. Si hubieran tenido la nave aún en disposición de volar hubieran podido usar sus potentes cañones de combate, pero sin ella nada podían hacer. Impotente, vio cómo sus hombres iban cayendo uno a uno, y comprendió que no le quedaba más solución que intentar huir. Huir de allí como fuera, y hacer lo posible por sobrevivir en aquel mundo hostil y terrible. Intentó dirigirse hacia la puerta, pero el ser gigantesco lo perseguía con su arma, y una espesa nube tóxica lo envolvió antes de que consiguiera su propósito. Una bocanada ardiente atravesó sus pulmones, quemándoselos. Quiso reaccionar: debía seguir huyendo, pero era ya demasiado tarde. Su vuelo se hizo incontrolado. Se ahogaba, no podía respirar. Vio que el suelo se acercaba hacia él a gran velocidad: caía. El choque le rompió ambas piernas, pero apenas sintió el dolor. Comprendía que todo había terminado ya. Allí, en su planeta de origen, una simple inscripción sería su epitafio: *nave ZS-322, desaparecida en misión oficial*. Era el fin. Ya no le quedaba más que rezar.

Un pie gigantesco se abatió brutalmente sobre él, terminando con su terrible agonía. *Gracias*, murmuró; *gracias*.

Cuando el último insecto quedó exterminado, la cocinera abrió todas las ventanas

para que se ventilara bien la habitación, y se encaró luego con Julio. Su rostro era severo.

—Bien, jovencito —dijo—. Creo que tu madre deberá saber todo lo que ha pasado aquí. ¿Crees que le va a gustar?

Julio permanecía cabizbajo. Se sentía triste, porque ahora no tendría mascota para enseñar a sus amigos. No respondió.

—Vamos a ver —dijo la cocinera—. ¿De dónde has sacado este juguete?

Julio tardó en responder.

—No... no sé. Me lo encontré.

—¡Aja! O sea, que no sabes quién fue antes su dueño. A lo mejor era de un niño enfermo, quizá salió de un hospital. Tal vez su enfermedad era contagiosa. ¡Y tú lo has cogido! Esto merece una buena paliza. Apenas llegue tu madre, se lo voy a decir. ¡Ya lo creo que se lo voy a decir!

Julio seguía cabizbajo. Empezó a hipar.

—No... por favor, no —suplicó—. No se lo digas a mi madre. Te prometo que no lo haré más.

La cocinera se ablandó un poco al ver que su autoridad era tenida en cuenta. Su rostro se dulcificó.

—Está bien —dijo, después de hacerse rogar un poco—. No se lo diré. Pero has de prometerme que no lo harás más. Y ahora, entrégame este juguete.

Julio protestó un poco: no quería entregar la nave, era lo único que le quedaba. Pero la cocinera era inflexible. Al final, ante la alternativa, tuvo que claudicar.

—Y ahora, jovencito —dijo la cocinera—, te voy a hacer una advertencia. Que no vuelva a pasar otra vez nada como esto, ¿has entendido? Si vuelve a ocurrir, no vacilaré en decírselo inmediatamente a tu madre. Y ya sabes lo que pasará. ¿Entendido?

Julio asintió con la cabeza, sintiendo que en su pecho se acrecentaba el odio que siempre había tenido hacia la gruesa mujer. La cocinera, en cambio, orgullosa del deber cumplido, salió de la habitación con la nave en la mano como un trofeo. De repente, en mitad del pasillo, se le ocurrió que quizá la cena se estaría quemando. Echó a correr desesperadamente hacia la cocina. «Dios mío —pensó—, ¡tenía que cuidarse una de tantas cosas!».

Más tarde, en su reino particular de la cocina, se dedicó a examinar la nave confiscada. Los *juguets que hacen hoy día*, pensó. Con ellos no conseguían más que desarrollar malsanamente la imaginación morbosa de los niños, haciéndoles creer en cosas fantásticas y perturbando la paz de sus espíritus. Deberían prohibirlos, sentenció. Sí; prohibirlos todos.

Se dirigió hacia el cubo de la basura, consciente de cuál era su deber. Pero antes de echar la nave en él, por precaución, la aplastó, la martilleó, la rompió, la desmenuzó, hasta dejarla prácticamente irreconocible. Así, se dijo, ningún otro niño la cogería y podría jugar con ella. Porque, quién sabe de dónde habría venido...

Las formas del lago

Domingo Santos

La noche del 23 al 24 de marzo, hará ahora cuatro años de ello, se desencadenó una gran tormenta sobre toda la región. Aquella noche tuve que asistir a un enfermo que vivía lejos del pueblo, y la tormenta me cogió a mitad del camino, cuando regresaba. El cielo estaba encapotado, y de repente se puso a llover con tal violencia, que muy pronto el limpiaparabrisas del coche no pudo eliminar la cortina de agua que caía sobre el cristal, y el agua del camino mojaba los frenos hasta casi inutilizarlos. Tuve que detenerme como pude en la cuneta, y aguardar.

Aquella noche se produjo la tormenta más fuerte del año. La completa oscuridad de la intensa cortina líquida era apenas rasgada por los frecuentes rayos, que dejaban ver a mi alrededor sólo la masa espesa y oscura de los árboles. A la hora, aproximadamente, de iniciarse, disminuyó algo la lluvia, aunque el camino estaba aún tan lleno de agua que era imposible seguir. Con el coche cerrado, y los cristales empañados por la calefacción que tuve que encender, fue preciso aún aguardar mucho rato.

En un determinado momento, cayeron del cielo tres estrellas. Acababa de limpiar el vaho del cristal delantero, y vi cómo caían en el horizonte, de norte a sur. No cayeron muy lejos, pues pude distinguirlas bien, a pesar de la lluvia. Llevaban una trayectoria bastante oblicua, y cuando estaban cerca del suelo desaparecieron tras los árboles.

Mañana oiremos decir que han caído trozos de cielo, pensé. Y no será extraño con esta tormenta.

Una hora después pude continuar mi camino, aunque con muchas precauciones para que las ruedas del coche no patinaran en el embarrado camino. Al llegar al lago, que el camino bordea en toda su parte sur, pude observar algo extraño. La lluvia, que aún caía con mediana intensidad, rizaba toda la superficie con sus gruesos goterones; pero no era eso lo que me llamó la atención. El lago, allá en su centro, parecía *hervir* más que en los lados, como si estuviera animado por una cierta actividad interna, y el agua fosforescía levemente, con un extraño resplandor que parecía provenir del fondo. *Nada puede ser extraño ya con esta tormenta*, pensé. Me detuve un instante a contemplar el fenómeno, pero el temor de que la lluvia arreciara de nuevo me hizo seguir, y olvidé casi por completo lo que había visto apenas llegar al pueblo.

A la mañana siguiente amaneció claro y despejado. Las nubes huían presurosas hacia el este, como si tuvieran prisa por descargar allí sus vientres hinchados, y era indudable que allá se estaba desencadenando la misma tormenta que nos azotara a

nosotros la noche anterior. La tierra estaba fangosa, y las plantas rezumaban agua por todas sus hojas. En el aire flotaba este olor peculiar a tierra mojada, a agua, a vida, que se produce solamente en el campo después de una lluvia intensa.

Para un médico rural, el día siguiente al de una tormenta es un día de mucho trabajo: los dolores de los viejos se recrudecen, y todos ellos le llaman a uno para que les recete algo. Los reumas, las gotas, los dolores de espalda, los catarros, todas las enfermedades típicas de la humedad, me entretuvieron tanto durante todo el día, que lo que había visto en el lago la noche anterior quedó olvidado por completo.

A la noche, sin embargo, volví a recordarlo. Juan habló de ello en el café. Juan tenía unas tierras de cultivo en la parte alta, y la tormenta le sorprendió en ellas. Habló que había visto una estrella errante caer del cielo, e ir a parar al lago. Habló también que luego el lago había presentado una rara fosforescencia, y que parecía hervir. El Cojo, por su parte, afirmó que durante el día había pasado dos veces por el camino, y que tanto al ir como al volver había visto en el centro del lago una mancha lechosa, que recubría una zona circular bastante considerable. Otros dos hombres confirmaron el relato.

Aquello me hizo pensar en lo que yo mismo había visto la noche anterior. Alguien dijo que tal vez había caído un trozo de montaña en el lago, pues, por la parte norte, éste está rodeado de montañas calizas, y con frecuencia hay derrumbamientos, aunque sean de poca importancia. Pero Juan afirmó que lo que había caído en el lago era la estrella errante, y que ahora quería irradiar su luz desde bajo el agua, sin conseguirlo enteramente.

Yo estuve de acuerdo en el fondo con Juan, aunque discrepaba de él en algunos puntos. Yo había visto tres estrellas errantes caer del cielo, pero las vio desde más lejos. Una de ellas podía haber caído en el lago. El meteorito estaría ardiendo por el roce con la atmósfera; esto explicaría el hervir del agua. Además, en su composición podía entrar alguna materia fosforescente. Lo que no acababa de comprender era la mancha blanca. Si era que parte de su masa se había disuelto en el agua, el meteorito no hubiera podido resistir el roce de la atmósfera sin volatilizarse. Aquello no encajaba.

Aquella misma noche fui a ver a Tomás. Los comentarios oídos en el café habían despertado mi curiosidad. El lago, en verano, es una buena atracción turística, y Tomás tenía allá un buen negocio de alquiler de patines, botes, y equipos de inmersión. Ahora, aún no empezada la temporada, todo ello estaba guardado en un gran barracón que tenía al lado de la orilla. Mi idea era usar parte de aquel material y, con su ayuda, explorar el lago.

Tomás me escuchó con interés. El lago era algo así como su reino particular, y lo conocía, tanto por encima como por el fondo, como si fuera el dormitorio de su propia casa. Le interesó saber que un bólido había caído en el fondo; podía ser una buena atracción turística para los que desearan practicar escafandrista. Se brindó a acompañarme y realizar juntos las primeras exploraciones, y quedamos en ir al día

siguiente a investigar.

Aquella noche llovió de nuevo, aunque muy débilmente, y el día siguiente amaneció de nuevo sereno, si bien algo encapotado. A primera hora de la mañana Tomás y yo bajamos al lago, y desde la orilla contemplamos largo rato su superficie. La mancha blancuzca era aún apreciable, y parecía haber extendido algo su radio, por lo que dijeron en el pueblo el día anterior. Tomás, con la topografía del fondo en su cabeza, estudió su situación.

—Se encuentra muy cerca de la fosa —dijo—. Si no es en la fosa misma.

El fondo del lago formaba, casi en su centro geométrico, como una amplia fosa donde la profundidad era de treinta y cinco metros. Tomás sacó del barracón donde almacenaba el material un bote con motor fuera borda, y también un equipo de inmersión. Metimos el bote en el agua, revisamos todos los aparatos, y partimos hacia el centro del lago.

El agua estaba tranquila, pero el aire era frío y húmedo. Llegamos al centro de la mancha blancuzca, y Tomás detuvo el motor y echó el ancla. Recogí una muestra del agua y la estudiamos por encima. Yo era médico, no geólogo, de modo que no entendía demasiado de aquello. Pero pude apreciar, y Tomás también, que la materia blanca disuelta no era caliza, sino otro material desconocido de momento, cuyo tacto era frío y un poco viscoso. Le dije a Tomás que enviaría una muestra para analizar a la Universidad. El, por su parte, empezó a enfundarse el traje de goma: quería ir a ver qué características tenía lo que había allá abajo.

Le ayudé a colocarse la botella de aire, se ajustó el cinturón del lastre, y haciéndome una seña de que todo iba bien, se sentó en la borda y se dejó caer al agua de espaldas. Su figura desapareció en seguida bajo la lechosa superficie.

Aguardé unos instantes. Las burbujas que ascendían hasta la superficie me indicaban la situación de Tomás. Pensé que, con aquella turbiedad, apenas podría examinar nada. Transcurrieron unos largos minutos, hasta que al fin vi a Tomás aparecer rápidamente a unos metros de distancia. Nadó hacia mí, se quitó con prisa el lastre y la botella, que le recogí, y saltó de nuevo al bote.

Me di cuenta en seguida de que se encontraba excitado; excitado y nervioso. Se secó la cara con una toalla, mientras recuperaba el aliento. Me miró fijamente.

—Hay algo allá abajo —dijo—. Pero es algo extraño. La turbulencia del agua, que llega hasta el fondo mismo, me ha impedido ver exactamente lo que era, pero no se trata sólo de una piedra caída del cielo. Hay algo más.

—¿Qué?

Vaciló antes de contestar. Lo que tenía que decir era, indudablemente, fuera de lo común, y ni él mismo acababa de convencerse de ello.

—He llegado hasta el fondo mismo —dijo al fin—. Lo que sea, se encuentra situado en el centro justo de la fosa. Es bastante grande, y metálico. Y pulido también. Es una superficie lisa y brillante, no natural, sino trabajada; como pueda ser la carrocería de un coche, o el fuselaje de un avión.

—¿Un avión hundido, quizá?

—No, tampoco es esto. Y hay algo más, también. No lo he podido ver claramente, pero existe algo que se mueve, allá. Algo extraño, algo que parece tener vida propia. Son como unas formas vagas, algo que no puede identificarse como peces, ni como hombres, ni como nada que nosotros conozcamos. He visto varias de estas formas, pululando en torno a la superficie metálica, a mi alrededor. Una de ellas ha pasado tan cerca de mí, que casi he podido tocarla.

—¿Y no has podido ver qué eran?

—No, no he podido verlo. Era algo demasiado difuso para mis ojos. Pero cuando ha pasado por mi lado, sin saber el motivo, he sentido un escalofrío. Por unos instantes he sentido miedo. Aunque aún no comprendo por qué.

Regresamos a la orilla, y guardamos todo el equipo. Tomás estaba impresionado, y sus palabras me impresionaron a mí también. Dijo que quería volver a bajar al fondo, aunque en aquel momento no. Debía tranquilizarse antes; quería estudiar bien lo que había sucedido, y sentirse de nuevo en posesión de sus facultades. Entonces volvería.

Durante el camino de vuelta al pueblo no hablamos demasiado del asunto. Cuando llegué a casa metí un poco de la muestra del agua recogida en una probeta de análisis, la sellé, y la envié a la Universidad.

Los rumores de la mancha blanca existente en el centro del lago comercial muy pronto de boca en boca por toda la región. Y al día siguiente empezaron a circular algunas noticias extrañas. El lago es una buena zona de pesca. Durante el verano muchos deportistas practican la pesca submarina allí, y en invierno los pescadores del pueblo echan sus pequeñas redes para cubrir así las necesidades de gran parte de la región. Pero a los dos días de la tormenta los pescadores empezaron a encontrar algunos peces muertos en sus redes, presentando en su piel y carne un extraño color blancuzco. El área de la mancha se iba extendiendo lentamente, al tiempo que perdía algo de su intensidad, como si se fuera disolviendo. Algunos pescadores llegaron a decir incluso que vieron bajo el agua unas extrañas formas, grandes como un perro de buen tamaño o quizá más, que se deslizaban por el fondo. Pero nadie les hizo demasiado caso.

Tomás me hizo llamar al día siguiente de nuestra excursión al lago. Cuando fui a verle lo encontré metido en la cama. Observé que estaba muy pálido, y que sus manos temblaban. Me dijo que no se encontraba bien.

Lo examiné, pero no hallé nada anormal en su organismo, y los síntomas que pudo indicarme, frío intenso, constantes escalofríos, una sensación de ahogo en el pecho, no me revelaron nada. Le receté unas inyecciones, sin demasiada confianza en su éxito.

Al día siguiente, en casa, noté algo extraño: mi mano derecha presentaba un color mucho más pálido que el de la izquierda. Aquello me hizo concebir un extraño pensamiento. Había oído decir a los pescadores que cada día se encontraban más

peces muertos en el lago, y até algunos cabos. Los peces vivían en el lago, inundado ahora por aquella sustancia blanca: adquirirían un color blancuzco, y morían. Tomás se había sumergido en el agua del lago, y estaba enfermo y muy pálido. Yo había sumergido mi mano derecha en el agua para recoger la primera muestra, y ésta presentaba un color blanquecino.

Envié un telegrama a la Universidad, urgiendo el resultado del análisis. Al día siguiente me llegó. La materia que enturbiaba el agua del lago era de una naturaleza desconocida. En principio era una materia orgánica, gelatinosa, semisoluble en agua, y entre cuyos componentes se encontraban algunos aminoácidos. Pero no se podía identificar en ella ninguna materia conocida. ¿Dónde la habíamos hallado?, preguntaban.

Fui a ver a Tomás. Se encontraba aún mal, pero había experimentado una ligera mejoría con respecto a los días anteriores. Le dije que estuviera tranquilo, que pronto se encontraría bien de nuevo. Él parecía estar obsesionado, con una idea fija en la cabeza. *He de volver allá —me dijo—, he de volver como sea. Aquellas formas que vi allá abajo no me dejan dormir. He de regresar, y verlas de nuevo. He de hacerlo, cueste lo que cueste.*

Le tranquilicé. Sí, yo también deseaba volver allá. Iríamos cualquier día, no debía preocuparse. Le administré un sedante, y me fui. En cierto modo, me encontraba tranquilo con respecto a Tomás. Los peces morían porque vivían constantemente en el agua. Tomás había estado solo unos minutos en ella: lo que tenía no pasaba de ser como una ligera infección.

De todos modos, quedaba un problema. No cabía duda de que había *algo* en el fondo del lago, y este algo había llegado del espacio en uno de los bólidos que vi caer durante la noche de la tormenta. Dónde estaban los otros dos, qué clase de formas eran, las que había visto Tomás, no lo sabía. Nunca he tenido una imaginación demasiado desbordada, pero los indicios que tenía me hacían pensar sin lugar a dudas en una cosa: en la llegada de una nave espacial extraterrestre, tripulada por unos extraños seres que vivían en el agua, *las formas*, como los había llamado Tomás. Y mis dudas se centraban en si debía avisar a las autoridades, o aguardar la marcha de los acontecimientos.

La mujer de Tomás vino a verme corriendo al día siguiente, para darme la noticia: sin decir nada a nadie, sin dar ninguna explicación, Tomás había salido aquella madrugada de casa y aún no había regresado.

Supe en seguida el lugar adonde había ido. Fui a llamar a dos pescadores para que me acompañaran, y los tres nos dirigimos presurosamente hacia el lago.

El cobertizo donde Tomás guardaba el material estaba abierto, y en el centro del lago había un bote anclado, aunque a Tomás no se le veía por parte alguna. Cogimos otro bote y nos dirigimos hacia allá, presumiendo que Tomás se hallaría haciendo inmersión. Anclamos nuestro bote junto al otro. Busqué a mi alrededor, pero no vi las

burbujas que debían marcarnos su posición. La superficie del lago se encontraba en calma, y tenía que verlas; además, no era posible que Tomás se hubiera alejado tanto del radio de la barca como para no divisarlas.

Tuve un extraño presentimiento. La turbiedad blancuzca del agua era cada vez menos intensa, pero era aún apreciable. Tomás no estaba aún recuperado de los efectos de su primera inmersión. Y ahora había descendido de nuevo.

Volvimos a la orilla, y tomé un equipo de buceo. En aquel momento no pensé en el peligro que ello podía representar para mí. Los dos hombres que me acompañaban me ayudaron a ponérmelo, y volvimos juntos al bote de Tomás. Hice los últimos preparativos, y me lancé al agua.

El interior del lago estaba turbiamente lechoso. Encendí la linterna que llevaba, pero aquella luz no me ayudó en nada a ver con mayor claridad. Pensé que estaba haciendo una estupidez. Si a Tomás le había pasado algo, nunca podría encontrarlo allí, sin ninguna clase de visibilidad más allá de los tres o cuatro metros, de no ser por casualidad. Pero tuve que reconocer de mí mismo que, si había decidido descender, había sido en realidad por otra fuerza mucho más poderosa que el deseo de buscar a Tomás.

Así, me fui hundiendo lentamente, buscando el fondo de la fosa. Sabía lo que buscaba, y pronto lo vi. Estaba allí, posado en el fondo, como una sombra más mezclada entre las sombras. Era un disco grande, de forma lenticular y bordes redondeados, sin ningún saliente ni irregularidad en su superficie. Brillaba débilmente, con un color plateado, bajo las débiles reverberaciones de la superficie del agua.

Como impulsado por una fuerza superar a mí me fui acercando cada vez más, hasta poder tocar con mi mano su lisa, dura y fría superficie. Y entonces las vi. A las *formas*.

Fueron tan sólo unos segundos, pero nunca podré olvidar aquella sensación. Fue como un aletazo, como el roce de algo desconocido que apenas se presiente, pero que produce en nuestra espalda una incognoscible sensación de frío y de terror. Nunca podré llegar a determinar cuál era su forma exacta, ni su color, ni sus características, pese a que pude verlas con toda claridad. Eran sólo como unas sombras vagas, como unas formas apenas delimitadas en su inconsistencia. Pero su presencia se materializó de repente a mi alrededor: girando en el agua, acercándose, alejándose, haciendo remolinos... Nunca sabré si fue una sola forma, o dos, o diez, o cien. Nunca sabré tampoco si se presentaron a mi alrededor al ver mi intrusión, o ni se dieron cuenta de mi presencia. Sólo sé que el choque emocional de su visión fue tan grande que hice saltar el cierre de la hebilla de mi cinturón de lastre y ascendí meteóricamente a la superficie, adueñado por una sensación de miedo y horror tan grande, que aún ahora no la he podido apartar por completo de mí.

La brusca descompresión de mi ascenso me hizo perder el sentido, y a punto estuvo de hacerme estallar los tímpanos. Los dos pescadores que me acompañaban en

la barca me dijeron después que me habían visto aparecer de repente, manoteando, para quedar después inmóvil, boca abajo, en la superficie. Me recogieron, me llevaron a mi casa, y llamaron rápidamente al médico del pueblo vecino.

Tardé más de ocho horas en recobrar el sentido, y mi colega me dijo que había causado más daño en mi persona el shock emocional que demostraba haber sufrido que los súbitos efectos de la descompresión. Me recomendó que descansara unos días? Le dije que tenía varias cosas que hacer, pero me prohibió levantarme de la cama al menos en los tres días siguientes, y me advirtió que el hecho de ser yo también médico no me daba derecho a desobedecer sus órdenes. De modo que tuve que acatarlas.

Aquella misma tarde supe que varios pescadores habían hallado el cuerpo de Tomás, flotando inerte en la superficie del lago. El médico dictaminó muerte por inmersión. Su cadáver no presentaba la menor señal de violencia; y la única característica extraña en él era el fuerte color blancuzco que presentaban todas las partes de su piel que habían estado en contacto directo con el agua. Y, cosa que nadie supo explicar, el gesto crispado de terror que reflejaba su rostro en el mismo momento en que le sorprendió la muerte.

Fue mi mujer la que se encargó de avisar en mi nombre a las autoridades. Acudí el comisario del distrito, acompañado de dos agentes que tomaron nota de mi declaración y firmaron como testigos. Sé que no creyeron nada de lo que les dije, pero como era su deber comprobar todos los hechos y había una muerte de por medio, aceptaron hacer una investigación en el fondo del lago, allí donde, según yo, se encontraba la nave.

Aquella noche hubo nuevamente tormenta. Yo me sentía francamente mal: tenía escalofríos, sentía una fuerte opresión en el pecho, temblaba de frío... Poco a poco iba descubriendo en mí todos los síntomas de la enfermedad de Tomás. Pero lo que me hacía más daño era mi cabeza. En mi cerebro estaba aún grabada con todo detalle la escena del fondo del lago, cuando las formas aparecieron ante mí. Sin embargo, por más que esforzaba mi memoria no podía llegar a precisarlas, y para mí no eran más que esto: unas formas extrañas, vagas, imprecisas. Aquello hacía incomprendible mi súbito terror, y el de Tomás también. Pensé que quizás se tratara de algo psíquico, la misma idea de hallarnos ante algo completamente extraño y desconocido, algo que no podíamos comprender, el causante de todo. Y lo más extraño era que, después del temor, venía el deseo. Porque ahora yo, al igual que antes Tomás, *quería* volver al lago y descender hasta donde estaba la nave. Aunque supiera que aquel deseo había costado la vida a Tomás, e intuyera que habían sido ellas, las formas, las que lo habían matado.

Al día siguiente, aunque aún llovía abundantemente, se realizó la investigación en el fondo del lago, con ayuda de un equipo de buceadores. A media tarde supe el resultado: no se había encontrado absolutamente nada. Ni la gran masa metálica, ni las formas extrañas pululando a su alrededor. Nada. La turbiedad blancuzca había

desaparecido casi por completo, y el único signo de su presencia era la casi total extinción de los peces del lago. *Usted vio visiones, doctor* —me dijo paternalmente el comisario—. *Se asustó de algo que vio allá abajo, y al no poder recordar lo que era ha imaginado toda esa historia. Lo siento.*

No respondí. *Ellas* se habían ido... Sabio que se habían ido. En medio de la tormenta, al igual que vinieron, se habían marchado de nuevo. Ahora sabía que no podría convencer ya a nadie de la veracidad de lo que había dicho, que todos lo tomarían por las desequilibradas impresiones de un shock mental. Pero *yo conocía* la verdad.

Sin embargo, no dije nada a nadie. Acepté la versión oficial, y les dejé irse. La muerte de Tomás fue considerada como un accidente, y la aparición de la sustancia blanca y la muerte de los peces del lago como uno de tantos fenómenos raros que no se pueden explicar.

Tardé dos semanas en recuperarme por completo. A partir de aquel momento, me dediqué a investigar discretamente en el pueblo por si alguien había visto algo extraño la noche de la segunda tormenta. Nadie sabía nada, pero de boca de uno de los pescadores recogí un extraño informe.

—Sí —me dijo—, yo vi algo extraño. Vi tres estrellas errantes. Pero lo curioso es que no actuaban como las demás. No caían, sino que iban *hacia arriba*. Como si volaran de la tierra al cielo...

Han pasado cuatro años de todo esto. Cuatro años, y no he podido olvidar aún nada de lo sucedido. Las extrañas formas del lago siguen aún presentes en mi cabeza, junto con un cúmulo de preguntas sin respuesta. *¿Qué eran, y cómo eran? ¿De dónde venían? ¿Qué buscaban, y para qué?*

Son cosas que quedarán siempre en el misterio. Lo único que sabemos, lo único que sé, es que vinieron, se instalaron en el lago, y se fueron después. *¿Qué es lo que hicieron en este tiempo? Nadie puede contestar: sólo ellas, las formas, conocen la respuesta.*

Desde entonces, muchas noches, sobre todo cuando llueve o hay tormenta por las inmediaciones, salgo de casa y me paso horas enteras bajo la lluvia, mirando al cielo. Sé que es una tontería, pero lo hago. Tengo el extraño presentimiento de que algún día volverán. Espero ver, alguna noche, la caída de una nueva estrella fugaz. Sé que serán de nuevo *ellas*. Y entonces, cuando lleguen, iré de nuevo a su encuentro...

La caída

Carlos Buiza

DEL COMANDANTE AL CONSEJO SUPREMO DEL SISTEMA REYGAL. - Hemos detectado otro Sistema Planetario y a él nos dirigimos. Parece ser el más propicio según nuestros instrumentos, aunque no el más cercano. Está situado en oposición periférica de su galaxia, en cuyo centro existe gran asociación estelar de la que también nos ocuparemos. El Sistema forma parte de otro sistema de soles que cuenta con más de 200.000 millones de estrellas y más de un billón de planetas. Se halla a unos 26.000 años luz del centro de su galaxia y los planetas que lo componen han sido seleccionados por los Cerebros Biotáxicos en primer lugar.

A LA COMANDANCIA. - Nada de particular desde el último mensaje. Hombres, animados y en perfectas condiciones. Moral y comunicados médicos, inmejorables. Ningún accidente ni enfermedad.

PARTICULAR. - Querida M.: Pronto estaré de vuelta, lo estoy deseando. Es una lata tener que hablar así, pero no hay otra forma. Tampoco puedo decirte muchas cosas, misión ultrasecreta, ya sabes. ¿Qué tal Pol? Besos de mi parte. Para ti también. Te traeré una estrella. Hasta pronto. Pol.

DEL CSSR al Cte. - Continúen según plan establecido. Obvio recomendar ahora mayor prudencia. Siga comunicando horas fijadas.

AL Cte. (PARTICULAR). - Querido Pol. No sabes cuánto te echo de menos. Pol muy contento en el colegio. Dicen que se te parece. Tráeme algo más romántico. La pregunta obligada de la mujer de un Comandante Espacial sería ¿De qué magnitud? ¿Roja enana quizá? Desaparece todo el misterio. Besos y vuelve en seguida. M. Te quiero. M.

DEL Cte. AL CSSR. - Hemos penetrado en SP archivado como 2-314-Bv 19. Cerebros biotáxicos saltan como locos. ¡En uno de los planetas, al menos, hay vida! Las especies animales aparecen poco evolucionadas, antropoides. Reúne inmejorables condiciones. Pocos desiertos o lugares inhóspitos. Esperando definitiva orden exploración, laboratorio investiga activamente.

A LA COMANDANCIA. - Todos en perfecto estado.

PARTICULAR. - Querida M. Mejor que sobre ruedas. Ya queda menos, no te impacientes. Cambiaré el regalo por una lágrima de estrella. Besos P.

DEL CSSR AL Cte. - Órdenes brevemente discutidas en Consejo y que transmitimos: «Exploración inmediata. Utilicen botes salvavidas. R.208 a 100 km. superficie. Fotografías por T-espacio de flora y fauna, costas y mares, nubes y

montañas».

DEL Cte. AL CSSR. - Órdenes en cumplimiento. Envío material.

AL Cte. (PARTICULAR). - Contenta por tus noticias. Mamá vino esta mañana. Me hace compañía después del trabajo y me ayuda mucho. Espero impaciente ver sollozo de estrella. M.

Más tarde.

DEL Cte. AL CSSR. - Cerebros cartográficos trabajando a pleno rendimiento. Grandes vergeles después de un desierto. En aquéllos, antropoides muy evolucionados. No se han observado, en todo el planeta, señales de vida inteligente: cultivos, edificios, etc. Cerebros antrópicos no facilitan datos precisos. Técnicos revisan posible avería.

A LA COMANDANCIA. - Sin novedad.

DEL Cte. AL CSSR. - Cerebros antrópicos inútiles. Técnicos asombrados y confundidos. Inexplicable para ellos. Posible afectación de instrumentos sería producido, únicamente, por tipo de vida inteligente, en estado superior. No existe tal posibilidad en el planeta.

Más tarde. - Con diez botes en superficie rodeamos extenso vergel. Cerebros Biotáxicos fluctúan anormalmente, señalando dicho lugar. Posible solución pueda encontrarse aquí. Desde los botes, poco más puede averiguarse. Solicito permiso exploración directa.

DEL CSSR AL Cte. - Vistas extrañas circunstancias, Consejo opina existencia probable peligro desconocido. Concede permiso exploración directa pero aconseja sustitución Comandante por persona delegada. Rodéense, en cualquier caso, de las máximas medidas de seguridad. Comuniquen urgentemente cualquier novedad, apartándose del plan comunicación establecido.

A LA COMANDANCIA. - Ánimos algo excitados por avería en Cerebros. Se observa cierta tensión, mas Comunicados Médicos absolutamente normales.

DEL Cte. AL CSSR. - Exploración superficie comenzada con diez hombres. Utilizamos Equipo de Emergencia. Contacto con botes y nave. Lugar particularmente bello y de configuración hermosísima, no apreciable por fotografías enviadas. Animales pacíficos y confiados, especialmente herbívoros; mustélidos de pequeño tamaño. Dirijo operación personalmente, pues entreveo algo fuera de lo corriente.

Más tarde. A LA COMANDANCIA. - Informes médicos contradictorios respecto a hombres que me acompañaron reconocimiento. Yo mismo, nervioso y excitable. Informes no pueden precisar causa. Para estudio más completo en esa Comandancia, remito gráficos obtenidos en pruebas individuales.

AL Cte. (PARTICULAR) Querido P.: Dos días sin tus noticias. Ya sé que no pasa nada grave, pero tengo miedo. Soy una tonta. A pesar de todo el trabajo, no está bien que me abandones de esta forma. Sólo pienso en tenerte junto a mí. Pol y mamá,

bien. Besos. M.

DEL Cte. AL CSSR. - Después de amanecer, descendimos nuevamente. Equipo de veinte hombres. Entramos en el vergel, recorriéndole, en contacto por radio y separados 1.000 m. unos de otros. A medida que avanzábamos la belleza aumentaba. Noté una subyugación impropia. Todo lo que nos rodeaba nos atraía fuertemente. Es el más hermoso lugar que jamás vi. A las 176 R.A. hice trascendental descubrimiento: a 200 m. de donde me encontraba, al lado de una loma cubierta por árboles multicolores, junto a un río, vi a una mujer bebiendo agua. Estaba desnuda y agachada. A pesar del poco tiempo que pude observarla, no descubrí en ella ningún rasgo que la hiciese diferente de nuestras propias mujeres. Dejé de beber, y cuando montaba aproximadores para observarla mejor, desapareció tras la loma. Se trata, sin duda, de homo sapiens y es de suponer que encontremos más individuos.

Mas tarde. Id. - Espacial Rol también la vio. No pudo utilizar aproximadores ni fotografiarla, pues como yo, la perdió rápidamente. Espero inmediatas órdenes.

DEL Cte. (PARTICULAR). - Querida M. Acertaste en lo del trabajo. Todo transcurre normalmente. Te veré pronto y te amaré más. Besos a mamá y a Pol. Para ti, todos. P.

DEL CSSR AL Cte. - Necesario hallar pareja y aplicar a uno de ellos Céfalo-psi, si bien, creemos, con procedimiento EMP-14 bastaría. Pueden elegir esta segunda vía como más rápida y menos complicada. Remitan pruebas en cuanto las consigan. Inútil recomendar celo y no causar el menor daño.

A LA COMANDANCIA. - Envío nuevos gráficos. Algo nos afecta a todos en mayor o menor grado. Espacial Rol sufrió alucinaciones. Árboles y piedras le llamaban. Instrumentos de a bordo, no suministran soluciones.

AL Cte. DE LA COMANDANCIA. - Después del estudio de gráficos recibidos, Supercerebros de esta Comandancia suministran alarmantes datos. Tan imprecisos como considerables, contradictoriamente. Proseguimos estudio. Envíen Mensajes directos al CSSR.

AL Cte. (PARTICULAR). - Querido P. Tu corto mensaje me pareció muy largo. Te sentía junto a mí, diciéndomelo al oído. Te quiero. Te quiero. M.

DEL Cte. AL CSSR. - Cincuenta hombres vimos a la misma mujer. Inútiles intentos fotografiarla y utilización aproximadores. Desaparecía. Desde superficie, di situación exacta a bote salvavidas estabilizado a 1000 m. Desde allí, ni se la detectó ni se la divisó. No existe refracción o fenómeno parecido.

DEL CSSR AL Cte. - Técnicos declaran estado emergencia. Últimos gráficos recibidos demuestran, efectivamente, se trata homo tipo sapiens, pero computadoras suministran inexplicables interrogantes.

Id. Más tarde. - Lleven a superficie telesicógrafo y aplíqueno a mujer.

Del Cte. AL CSSR. - Sólo posible obtención sicografías fragmentarias. Creemos que mujer percibe ondas, inconscientemente, y bloquea explotación.

DEL CSSR AL Cte. - Importantes soluciones obtenidas en Supercerebros, imposible transmitir en su totalidad. CSSR reunido con carácter Extraordinario y General. Transcribimos términos en los que se ha definido:

A TODO EL SISTEMA REYGAL. - Sabemos qué importante misión desarrolla R.208 y con qué problemas insospechados puede encontrarse. Éste es uno de ellos.

Para bien del Universo, nos impusimos mantener la paz entre todas las razas conocidas en tantas y tantas galaxias, no en vano somos los reygalinianos la raza más poderosa y desarrollada. Antes de la Era Reygal, algunos creyeron que por medio de la guerra directa, esta paz podría conseguirse. Trágicamente supimos hasta qué punto estaban equivocados. Pero después de la Paz, nuestra Era marcó el comienzo de nuestro supremo destino: mantenerla y encauzarla en el Universo, a cualquier precio. Para ello tratamos de evitar, por todos los medios, cualquier florecimiento de cualquier embrionaria civilización que, de no evitarlo, llegara a convertirse en supercivilización pareja a la nuestra. Suprimiendo al enemigo poderoso que pueda vencernos o solamente intentarlo, el mantenimiento de esta Paz es tarea fácil, exacta, medida. Por eso hemos cortado siempre, radicalmente, cualquier futuro peligro.

El caso registrado por R.208 es el primero —y único— en su género. Los Supercerebros del CSSR nos dieron la solución, pero su carácter permanecerá en secreto, perpetuamente. Los términos del mismo, por otra parte, no serían comprendidos en su enorme grandeza.

El Comandante Pol será encargado de dar el paso definitivo, y tampoco comprenderá el alcance de su acto, cuando cumpla la orden. Sólo sabrá que es factor imprescindible para que la Paz Universal continúe. Cambiará el sentido de un mundo en aras de la felicidad de los pueblos.

DEL CSSR AL Cte. - Enviamos molde microencefálico con soluciones activantes programadas. Busque animal semejante a prueba gráfica que adjuntamos. Emplee traje de seguridad, pues posee colmillo con glándula segregadora de líquido letal. Introduzca molde en su medula, por la segunda vértebra cervical. Abandónelo en árbol frutal según gráfico que también adjuntamos. Regrese después.

DEL Cte. AL CSSR. - Cuando abandoné árbol oí un sonido y me oculté. Mujer se acercaba. Animal enroscado la miraba y ella miraba a él. Usé aproximadores. Esta vez la mujer no desapareció. Me pareció que ambos hablaban. Estúpido parecer, por lo que seguí hacia la nave. Misión cumplida. Regresamos.

El tigre bueno

Carlos Buiza

I

Legaron por la tarde. El débil sol de principios de otoño rozaba el horizonte y el frío era intenso. Se oía un río al lado del pequeño valle y, casi en su centro, se hallaba la casa. María, desde la distancia que aún se encontraban, la miró con cariño, antes de conocerla.

—Ya hemos llegado.

La voz del guía la sacó de sus meditaciones y, sonriendo, miró a Marco, que cabalgaba delante de ella. Después contempló a Anabel, dormida, en sus brazos. Era un trozo de carne tierna y suave; bien proporcionada en su pequeñez, y humana. Externamente era humana, externamente al menos. María casi enloqueció los días que precedieron a su alumbramiento. Y, después, padecía frecuentes pesadillas en las que aparecían horrorosas visiones que se arrastraban hacia ella..., y ella misma era imitante, sin brazos ni piernas, imposibilitada de andar...

Llegaron a la casa. Estaba rodeada por una valla de madera, ni muy alta ni muy larga y algunos árboles, posiblemente frutales, habían sido plantados en el interior de la cerca. Entre dos de ellos, alguien había montado un columpio y sus cuerdas podridas se movían con el aire de la tarde. En la próxima primavera sería reparado para Anabel.

María se sorprendió al ver que la llave utilizada por el guía para abrir la puerta era de tamaño normal. Había pensado en una gran llave de hierro negro y viejo, que no desentonase con la edad del bosque, hierática, como la naturaleza que los rodeaba.

La puerta dejó escapar un sonido grueso y agradable.

Quedaban pocos momentos de luz natural y se distribuyeron el trabajo, que comenzaron en seguida.

Más tarde, todos cenaron.

—Va a tener mucho trabajo estos días, amigo —decía el guía—. Trabajo saludable y todo lo que quiera, pero su espinazo se va a resentir, ya verá... ¡Este café está estupendo! Y la cena ha sido excelente. Su mujer es una excelente cocinera.

—Sí, no lo hace mal. Para su madre era la *virtud* más importante. Me lo repetía cien veces cada día.

El guía continuaba sorbiendo café. Se estiró. Sacó tabaco y ofreció un cigarrillo a Marco.

—Envidio su matrimonio, amigo. Ahora sí que hacen falta, cuando sobran las penas —dio varias chupadas sonoras y profundas—. Ya ve, mi mujer se largó con un tipo y no he vuelto a saber nada de ella, nada de nada. Se largó porque yo no tenía dinero..., aunque la muy bastarda lo supiera antes de habernos casado. Me dejó un hijo..., normal..., fue antes de la guerra. Ahora tiene veinte años y pronto se casará. Mañana se lo presentaré, cuando lleguemos al pueblo. Le va a gustar —pensó algo y dio más fuerzas a sus palabras—: ¡Seguro que le va a gustar!

—No lo dudo... ¿Un poco más de café?

—Pues sí, gracias. Nunca hago feos al café. Me gusta mucho, ¿sabe? Prefiero una taza de café a una copa del mejor coñac. Y eso que me gusta mucho el coñac, no vaya a creer. El guía era más despierto y conversador de lo que a Marco le había parecido. Las doce horas que duró el trayecto desde el pueblo, apenas si había hablado.

Le informó de muchas cosas, algunas conocidas por Marco sólo a medias, o desconocidas: peligros, trampas, ciervos, lobos, tigres...

—Los tigres... Es curioso cómo se han aclimatado. Parece que nacieran en estas regiones y no a miles de kilómetros. Trabajo les costó a los científicos, pero lo lograron. Podrá decir que está en el parque mejor y más surtido. Ya verá, ya verá cuántos habitantes; pronto comenzarán a bajar; aún soportan las bajas temperaturas de allá arriba —señaló un punto indeterminado, hacia las montañas—. Los ciervos serán los primeros.

Una hora después se fueron a dormir. Debían salir muy temprano, dentro de algunas horas.

Cerró la puerta de la habitación con sumo cuidado y se desnudó en la oscuridad.

Entró en la cama. El cuerpo de María estaba cálido y silencioso; el cuerpo de Marco conservaba aún el olor perfumado de la madera de pino. Anabel dormía al lado, en una cuna.

—Hola, Cazador. Tardaste mucho.

—Sí, Gacela, pero llegué en el momento oportuno..., para cazarte.

—Astuto Cazador; soy una presa fácil para ti. Y cariñosa. Me encanta que me caces cada vez que me cazas pero.

—¿Pero...?

—Pero duerme ahora. Mañana tendrás que trabajar para nosotros... ¿Oyes?: *trabajar*.

Marco habló, después de un pequeño silencio.

—Trabajar... Ser felices... Esto nos gustará, estoy seguro. Será el paraíso, nuestro paraíso. Y Anabel tendrá más hermanos.

—Sí.

—Y no me importa, ¿sabes?, no me importa ser cobarde por ellos y por ti. Me olvidaré de todos y de todo. Aquí encerrado siempre. Felices.

—Eso no es cobardía...

Marco no contestó. Callaron nuevamente. Sus pensamientos serían paralelos: la

guerra y el corto tiempo que duró, hacía cinco años; los millones de muertos; la miseria; el final rápido. Después la aparición de los monstruos; después, la represión de la natalidad; después, las hogueras donde los mutantes eran incinerados para escarmiento público y la marca a fuego en la frente de los padres traidores...

Pensaron en cuando nació Anabel y en qué montón de trágicas piruetas se vieron obligados a realizar para que no muriese de hambre. Y ahora, al fin, la esperanza. El Gran Parque Nacional se había salvado con la mayoría de sus habitantes. El misterio, si no era paradoja, aún no había sido resuelto; pero la Seguridad Mundial quería conservarlo a toda costa. Y fue la experiencia que como cazador poseía Marco lo que le valió el puesto. Su «zona» comprendía muy poca extensión: el valle y bosque vecino. El forraje de reserva lo proporcionaría la misma Seguridad y Marco sólo debería cuidar de su exacta distribución.

Cada tres meses enviaría informes detallados y cada cinco sería visitado por funcionarios de la Seguridad que supervisarían todo y tratarían de encontrar la causa por la cual esa área, de unos 300 km², permaneció incontaminada de radiaciones.

Ahora vivirían. Comenzarían a vivir en un verdadero hogar.

—María, ¿seremos realmente felices...?

María no oyó la pregunta. Se había quedado dormida.

II

El Tigre Bueno hundía sus patas en la nieve recién caída. Su elegante andar hacía más majestuoso al vencer el acolchamiento de la blanca alfombra. Era grande y bello. Estaba flaco pero continuaba siendo hermoso. El collar que le rodeaba el cuello brillaba como la nieve. El fuego y el negro de su pelaje contrastaban en la nieve como la llama en la llanura de una nube iluminada por el sol. Los ojos eran de *ezten* y, aunque cansados, relucían intensamente. Sus músculos de piedra también estaban fatigados. No era éste su ambiente. Ni su mundo. Dentro de él, siempre sería un extraño.

Era el único tigre adulto de esta parte de la selva. Sólo había un cachorro de su raza, una tigresa. La madre había muerto, no importa cómo, y él debería conseguir que el retoño viviera.

Los ciervos aún no habían bajado. Ni los lobos, bocado poco apetecible, pero comida, al fin. El cachorro moría de hambre. Un castor y una rata almizclera en las dos últimas semanas. El Tigre Bueno no podía aventurarse llegando hasta los ciervos; encontraría comida *para él*, pero el tiempo sería suficiente para que la cría muriese. Debía confiar, esperar un poco, sólo un poco.

Se echó en la nieve. Un millón de agujas se le clavaron en la espalda. Estaba cansado. Había vagado todo el día y ya era tarde. Estaba muy cansado. Esta noche no regresaría a su refugio. Cuando amaneciera probaría, de nuevo, fortuna.

El Tigre Bueno durmió bajo unas rocas.

No había amanecido. En el hogar, María preparaba unas rajas de tocino salado; a su lado, el guía saboreaba el primer café de la jornada.

—¡Marco, que se enfría el café!

Marco bajaba ya las escaleras. Besó a María y empezó a tomar café.

—El viento de esta noche llevará nieve arriba —dijo el guía con la boca medio llena de tocino asado—. Los ciervos no tardarán en bajar.

Era cierto. Como también, que este mismo viento puso al Tigre Bueno en pie, como un resorte. El tufillo de tocino asado, aunque lejano, le erizó los pelos de la espina dorsal. No, no había soñado. El insólito olor era real. De un potente salto salvó las piedras que se interponían entre su refugio y el bosque. Si tenía suerte, esa misma mañana consolaría a su cría con algo más que cariñosos, pero inútiles lametazos. Un millón de músculos se pusieron a la carrera.

Cuando llegó al principio del valle ya había reconocido el olor de los hombres y de los caballos. De repente los vio: eran sólo puntitos sobre la nieve. Corrió. Estaba muy cerca de la casa y podían verle si andaba al descubierto. Aplastó su cuerpo contra la nieve y esperó.

Dos hombres y dos caballos se separaban de la casa.

No pensó María, ni por un momento, en el miedo. Estaría sola casi un día en la casa, con Anabel, esperando el regreso de Marco. Pero, ¿por qué iba a tener miedo? ¿De quién? Los lobos tardarían en bajar; Marco también lo sabía..., además estaría todo el tiempo dentro de la casa. Todo el tiempo..., menos ahora, que se ocupaba en fijar unos alambres para tender ropa lavada. Anabel jugaba con unas muñecas, sentada en una silla.

Vio al tigre antes de que éste saltara la valla. Fue un salto excelente, limpio, sobrado, que hablaba de las facultades del animal. Sus cien mil rayas cambiaron en mil formas. María soltó el alambre y lanzó un grito que salió de alguna parte oscura. Quiso dirigirse hacia Anabel. Pero el Tigre Bueno, agachado, iba en la misma dirección. Se paró, temblando. Su palidez se confundía con la blancura de la nieve. El collar del tigre también era blanquísimo. Se paró, mirándola. María pensó si estaría domesticado, si no sería peligroso.

Después del gruñido sordo, María gritó nuevamente y su estertor fue parecido al primero.

—Por favor, tigre, sé bueno... ¡No..., no te acerques más a ella...! ¡No la toques..., no la toques...! ¡NO LA TOQUES!

El final del grito no era su voz. El Tigre Bueno la miraba interesado, moviendo a un lado y a otro su poderosa cabeza. Anabel comenzó a llorar. María quiso correr hacia su hija, pero el Tigre Bueno se le adelantó. De un poderoso zarpazo abrió el pecho de Anabel. Quebró varios de sus tiernos huesecillos y el sonido se confundió con el crujir de la madera de la silla. Lanzó, a ambos a varios metros, junto al tronco de uno de los árboles.

María cayó al suelo. Antes de perder la conciencia oyó un *plop* que ya no podía

identificar. El Tigre Bueno, aún en el aire, con su zarpa derecha, le arrancó varias vértebras cervicales y un arrecil de sangre caliente, en palpitante avenida, le dio en la cara. ¡Por fin su cría comería! No tenía buen sabor la carne humana, pero le llevaría vida.

Tomó para él parte de la comida. Lo demás lo llevaría a la cueva, donde le esperaba el cachorro hambriento.

Antes de empezar a comer, antes incluso de moverse, el Tigre Bueno lloró...

Poco después de esto, llegaron los primeros ciervos.

Ni Anabel vería ya el perrito que su padre le traía ni éste vería más a su pequeña familia. Esto, en sí, no tiene demasiada importancia. Sí la tiene el preguntarnos: «¿Era acaso el tigre bueno?». «¿Dónde estaba su bondad?».

Sí, lo era. Un buen tigre, además, que había realizado tareas de madre y de padre, que casi había llegado a morir de hambre por su hija, que *estaba* dispuesto a morir por ella... Ustedes dirán, con razón, que era un buen tigre *para* los tigres. Pero todo es *absolutamente* cierto. Todo. Presten crédito, al menos, a lo esencial. Es muy cierto. Lo sé porque lo escribí yo.

Yo, el Tigre.

Confesión de un 'grats'

(PARA SER LEÍDA POR UN TERRESTRE)

Carlos Buiza

Llegué a la Tierra en misión especial procedente de un remoto planeta que pertenece a un Sistema todavía más remoto. Era primavera y el aire estaba precioso... Bueno, eso vendrá después. Desciendo de una familia de las más vetustas de mi mundo y del más rancio abolengo en mil millones de kilómetros a la redonda. Ahora estoy lejos de G y solo... ¡por fin!

Verán: cuando yo nací, mi padre, el Venerado y Respetable Grfjv... (bien, lo dejaremos en G.); pues mi padre tuvo la luminosa idea de bautizarme con el nombre de Ger. ¡Figúrense, algo así como Cojoncio! Y es que toda mi familia es muy original, desde mi bisabuelo G1 (que a la hora de cenar era un iguanodonte de quince metros de altura y treinta de longitud, de tal manera que habíamos de variar la capacidad de nuestra cúpula para que estuviese a sus anchas), hasta mi barbudo y serio progenitor (que a la hora de comer era un didinium y teníamos que verle por el ocular de un microscopio). Todos, todos eran así.

Los grats teníamos autorización para cambiar después de haber rebasado determinada edad; antes, todos somos iguales: si uno de vosotros nos viera, pensaría, de seguro, cuando dejase de correr, algo muy feo sobre la idea que de la estética tenemos; porque nuestros, niños son auténticos y reales pesadillas, llenos de pelos por todas partes, y con bolsas y papadas generosamente distribuidas.

En G no hay diversiones, porque no se necesitan; la idiosincrasia grats está tan alejada de ideas como alegría, risas, arte, ingenio, etc., cual un gato terrestre lo está en un balde lleno de agua helada. Es un mundo de aburridos. Un planeta soporífero, letal, sin salas de fiesta, ni partidos de fútbol, ni hipódromos, ni nada de nada. Tampoco hay estaciones: mantenemos artificialmente la temperatura y como no necesitamos oxígeno, tampoco tenemos flores, ni ríos, ni sol. Aunque sol, sí: es sustituido por un motor energético y por él, lechosamente, nos llega una especie de claridad.

Cuando llegué a la Tierra era, exteriormente, un terrestre más; de goma, pero un facsímil perfecto. ¿Dónde estaba yo realmente?, pensaréis; pues estaba allí, en cualquier parte de la goma, fundido con ella. No mi yo, sino mi simple evidencia física, estaba en todos los átomos de la goma que formaba parte de mi camuflaje. Y, ¿cuál era mi especial y secreta misión? Sencilla: preparar el terreno para una futura

invasión grats (G se nos estaba quedando muy pequeño). La decisión, a propuesta de Su Muy Alta Gratseza, Rey Capitoste del Sistema, había sido discutida brevemente por el Consejo (del que mi bisabuelo, abuelo y padre formaban real parte). Más que discusión fueron proyectos descarados, desde el principio. Y aquí estaba yo, Ger, el grats elegido por sus dotes, y a quien le cabría el honor de dar el primer paso. ¿Cómo? Sencillo también: un disimulado petardo bacteriológico aquí, una guerra casual allá... En fin, casi nada. Aún recuerdo el discurso del iguanodonte de mi abuelo G. momentos antes de mi partida, y aun recuerdo los gruñidos de aprobación de mi familia y de todos los Altos Capitostes. Y el diezmar a la Tierra iba a ser labor de niños.

Me tomé el tiempo que quise para estudiar a los terrestres y más del necesario, ciertamente. Estuve en un millón de sitios y vi millones de cosas. Y esto fue lo que me perdió, por esto traicioné a mi pueblo, a las barbas de mi padre, a las escamas acorazadas de mi abuelo, a mi novia, a mi hijo feo y gordo, como ella, a Su Muy Alta etc. En una palabra: a todos. Fui mimetizándome interiormente; fui siendo, sin darme mucha cuenta al principio, cada vez más terrestre. La primera alarma la tuve en París, cuando me dio por mirar (¡y me gustaba!) las piernas de las chicas; después en Sevilla, cuando probé esa bendición que es el vino de Jerez; y en el cálido Hawai, y en Italia, donde lloré como un gran tonto en aquella película donde unos niños coleccionaban cruces... ¡Fue terrible cuando llegué a la evidencia de mi cambio!

¿Les he dicho que el sentimiento predominante en un grats es el mal humor? Pues lo es; siempre están enfadados, siempre el ceño arrugado y los ojos mirando a través. Son desagradables en el trato, cualquiera que sea su edad; incluso los perros grats son antipáticos y odiosos.

Pues así estaba yo, así, porque no sabía qué hacer. Naturalmente enviaba informes periódicos (mi nave reposaba en la cara oculta de la luna y con mi emisora de bolsillo emitía desde la Tierra); fueron todos iguales: «RECOPILO DATOS. ESPEREN NUEVA INFORMACIÓN». Los primeros, absolutamente sinceros; los demás, sólo para ganar tiempo.

Mi comida nunca fue problema: tierra mojada como base, aunque más tarde la comida terrestre fue gustándome cada vez más y varié todo mi metabolismo, lo cual constituyó un alivio. El dinero no tenía importancia: obtenía fácilmente todo cuanto me era necesario (no, no lo diré). También tuve una novia encantadora y ardiente, pero me dejó. Por más que me empeñaba en lo contrario, el maldito humor grats surgía en las ocasiones menos previstas, como aquella vez en una playa... Pero eso es otro cantar.

¿Qué hacer? ¿Dejar una Tierra tambaleante, y preparada para recibir a los severos grats, o qué? El dilema continuaba y debería darle una rápida solución; en G se extrañarían por la ausencia de progresos y mandarían un Investigador Ceñudo, con lo que todo se iría a paseo.

Una niña y el pícaro humor terrestre —del que había tomado buena nota—, me

dieron la solución. Fue así: yo iba en el «metro», en Madrid, y el vagón iba lleno; la niña estaba delante de mí, por lo que pude observarla a gusto; y me deleité en su cara simpática, en su pelo que parecía latón y, al compararla, me hizo aborrecer nuevamente a las graves y peludas niñas grats. Llevaba unos libros en la mano y, al bajar en su estación, los libros cayeron al suelo; la gente se precipitó detrás de ella, pisoteándolos; la gente que entró, los pisoteó de nuevo, y la niña no pudo recobrarlos. Bien, yo la buscaría y yo se los devolvería. Para un grats era fácil. Cuando los cogí del suelo, los hojeé. ¡Y allí encontré la solución! Eran tebeos de ciencia ficción en donde héroes terrestres realizaban enormes proezas cósmicas; eran caudillos que nunca salían derrotados. En G se asustarían si el grado de evolución de la Tierra hubiese alcanzado un punto infinitamente superior a lo previsto por ellos. Sólo necesitaba una prueba, un convencimiento, una evidencia... Y les mandé la prueba, ya lo creo. El mensaje que Su Muy Alta etc. recibió fue algo parecido a éste:

«PROYECTO DE INVASIÓN FRACASADO. TERRESTRES PODEROSÍSIMOS SUPERCIVILIZADOS. ARMAS MORTÍFERAS QUE ACABARÍAN CON NOSOTROS EN UN SEGUNDO. NAVE DESCUBIERTA Y DESTRUIDA EN LA LUNA. YO DETENIDO Y A PUNTO DE SER JUZGADO POR ESPÍA, ME MATARÁN. AVANZADAS TERRESTRES SE EXTIENDEN HASTA ANDRÓMEDA. NO PASÉIS DE AHÍ. PATRULLAS FABULOSAMENTE ARMADAS VIGILAN CONSTANTEMENTE AL MANDO DE HÉROES TERRESTRES, SON SUPERMAN DE LAS FUERZAS INTERPLANETARIAS MEJICANAS. DIEGO VALOR DE LAS REALES ESPAÑOLAS Y FLASH GORDON DE LAS F.A. DE LOS ESTADOS UNIDOS. DOY GUSTOSO MI VIDA PARA MAYOR GLORIA DE G».

Y ya está. Yo destruí la nave y ellos se lo creyeron todo. Por superinteligentes, los grats son un poco tontos. Me quedé en la Tierra pasándolo como un rey (terrestre). Pero tengo una pena, y es que mi maldito humor no acaba de desaparecer. Claro que he pensado poner remedio. Cambiaré nuevamente, definitivamente (por eso he escrito esta «confesión»). Y lo haré con el mejor humor que pueda. Lo haré pensando en los niños, en los niños que, sin saberlo, salvaron a su amorosa, querida y bella Tierra. Cambiaré para ellos. Para siempre.

¡Ah, se me olvidaba! en adelante llámenme Donald Duck.

Flores de cristal

Carlos Buiza

A los *miz*, arquitectos espaciales

Iban subiendo uno de los últimos repechos. La casa aún no se veía, pero su proximidad les alentaba. El vestía un traje de etiqueta, hecho jirones; la corbata le colgaba a ambos lados del cuello y uno de los zapatos había perdido la suela. Tenía herida la planta del pie y el polvo había formado una costra durísima que le ayudaba a caminar. El traje de noche de la mujer también estaba deshecho y su cuerpo presentaba rasguños y heridas por todas partes, llenos también de polvo y sangre reseca. El pelo rubio y sucio se amontonaba detrás de la cabeza. Caminaba apoyada a medias en el hombre, y los pasos *de* ambos eran inseguros y vacilantes. Sin embargo sus ojos miraban al frente, con agotada resolución, sin darse cuenta que estaban medio ciegos.

—¡Estamos casi, Jo, un poco más!...

Habló el hombre y ella no le oyó. También el polvo había encontrado reposo en el hueco de sus oídos y los había taponado. Y el aire... casi no podía respirar. Después de las fosas nasales, comenzaba a invadir sus gargantas, sus pulmones. En seguida formaba una corteza que muy pronto se endurecía, hasta parecer cemento... El polvo maldito del asteroide también estaba contra ellos.

La casa apareció inopinadamente entre los lentos embudos y espirales. Estaba allí, ante ellos, a veinte metros, donde había estado siempre, alzándose ahora con la fuerza de una última esperanza.

La contemplaron unos segundos, borrosa, con sus ojos escocidos.

—Jo, ya estamos en casa...

La casa se construyó después de la segunda expedición. Era casa y refugio, con las máximas comodidades y seguridades de ambos. La parte más importante, la indispensable, la cámara de despolvación, ocupaba un tercio del recinto. Era el último avance de la técnica contra el polvo asteroidal y, particularmente, contra el de Ar.17. Fue usada, sin embargo, pocas veces. Nadie quería este asteroide. Estaba maldito, decían; y algunos daban a esas palabras su verdadero sentido.

Basan y su mujer jamás habían sentido predisposición hacia los rumores y se convirtieron, al momento de solicitarlo, en propietarios de Ar.17, ante el asombro del agente de ventas. Era lo que necesitaban para ciertas ocasiones: desaparecer y

descansar. La placa del contrato fue conservada por ellos, y en el Registro sólo aparecían sus iniciales.

Se felicitaron por el hallazgo el primer día. Al segundo, establecieron contacto con un *miz*.

El nombre es onomatopeya: producen un ruido reflejo y, por tanto, carente de una base racional. A Jo le recordó, cuando lo oyó por primera vez, al bufido de un gato terrestre. También se ha dicho que es su forma de hablar, que cantan como los grillos, que es locura... Pero no se ha encontrado una respuesta que satisfaga a todos.

Se especuló, al principio, si los *miz* poseían inteligencia y en torno a este punto hubo opiniones aún más dispares (sobre todo, a la hora de fijar su desarrollo, funcionamiento y localización), pero se coincidió en atribuirles *cierto* tipo de inteligencia rudimentaria.

Cuando Jo vio al *miz* se quedó extasiada, confundida. Mas en ningún momento sintió miedo, ni siquiera inquietud, por su presencia.

—Era como un delicioso engendro, como una pesadilla blanca materializada —dijo después a su marido.

Y se trataba de una buena descripción. Es difícil explicar su forma a quienes no los han visto. *Cambian*, y los mismos testigos parecen entrar en un laberinto de formas cuando quieren establecer este cambio.

Las sucesivas placas han demostrado, aunque el paisaje impresionó los negativos, la imposibilidad de fotografiarlos. Tampoco encontraron explicación: ni rayos X, ni radioactividad... Y no maréela la pena buscarla. Había mucho que hacer y Ar.17, como la mayoría de los asteroides, carecían de atractivo y poseían escaso valor. Fue catalogado, archivado y olvidado rápidamente, como tantos otros.

Basan y Jo decidieron pasar, esta vez, toda una semana en la casa. Durante los dos meses anteriores el trabajo les había agotado conocían bien los sedantes resultados del descanso en Ar.17.

Llegaron en un pequeño bote desde la Estación más próxima. Para el regreso serían recogidos por una de las panzudas naves de la Compañía.

No llevaron equipaje, sólo unos libros para leer; en la casa había todo lo necesario para pasar muchos meses de destierro sin preocupaciones, y siendo el *tiempo de intemperie* de quince minutos, tampoco era necesario transportar los pesados trajes de vacío.

Habían cenado una auténtica cena terrestre; ravioles, pollo al horno y fruta fresca; el estabilizador conservaba los alimentos en las mejores condiciones.

—¿Recuerdas el día que llegamos? No sabíamos qué bien iba a sentarnos esto. Al principio dijiste que te habías arrepentido de la compra...

—Sí, me acuerdo —respondió Basan levantando la cabeza del libro y arrellanándose en el sillón—. ¡Qué tontería! Fue un hallazgo y nosotros somos dos ermitaños... a escala espacial; nada de sacrificios, nada de privaciones. Sólo

descansar y contemplar cómo descansamos. Es un verdadero sedante, querida.

Jo estaba en el suelo, sentada encima de un almohadón rojo y confortable, con otro libro en las manos, *Las Rimas del Tiempo*, del último tiempo-poeta del momento.

El trabajo de Basan en la Estructural Espacial hacía que también gustase de este tipo de literatura; pero mientras él sólo buscaba la evasión, ella se deleitaba en la estética, en la misma raíz de la tiempo-idea.

Y en Ar.17 gozaban del descanso que necesitaban, de estos momentos vitales de calma compensadora.

Sin salir de la casa. No hacía falta. Y, además, poco podían hacer en el exterior. El pequeño *tiempo de intemperie* unido a la fealdad del asteroide, no hacían apetecible la salida.

Pero Jo salió una tarde, y esa tarde vio al primer *miz*.

—Ya te dije lo poco que se les conoce y el pequeño interés que tienen.

—Sí, pero son... *raros*. Y lo más extraño es que pueden vivir entre el polvo.

—Piensa, querida —respondió Basan consecuentemente—, que seres más extraños existen: hurón radioactivo, garza estrellada, fénix, etcétera. Si los *miz* pueden vivir entre el polvo, habrá que tomarlo como una rareza más.

—Sin embargo a todas las rarezas cósmicas se les ha buscado explicación y todas ellas poseen base científica que explica su evolución, desarrollo, complementación... Pero los *miz*, desde que fueron descubiertos en el primer asteroide, constituyeron la excepción. «No podemos cogerlos...»; o «no se les puede fotografiar...», y cosas así. ¿No te parece raro?

—Solamente por cuanto pudo suponer una negligencia por parte de los Exploradores —contestó Basan quitándose las gafas y cerrando el libro—. Y fíjate que digo *pudo*; los mismos arriesgados, esforzados y diligentes Exploradores han archivado el caso: «fenómeno inexplicable por el momento, carente de peligro e interés». Algo así dirán sus informes. Los *miz* están tan bajos en la escala del Interés o en la de Explotación que solamente destacan —si eso es destacar—, por su rareza. Y el *cambio* que se les atribuye debe ser como el de la lombriz de tierra: no hay tal; sólo replegación.

—Eres un conformista, Bas. Los *miz* son algo más, estoy segura. Observan, observan con gran interés... ¡Y no me digas que son como las lechuzas! Parece que espían —imitó una especie de escalofrío—: ¡Brrrr!... ¡qué bichos!

—¡Exactamente!: bichos. Confieso que lo que más me ha intrigado es lo que dijiste antes, «pesadilla blanca materializada». Evidentemente has debido encontrar al único *miz* ilusionista. Yo, cuando descubrí al primero (no te lo dije, pero nos observaba viniendo de la cancha), me produjo sólo repugnancia... y algo de pena; si poseen la inteligencia que les suponen, deben ser bastante desgraciados al verse así. Un ser medianamente inteligente no puede haber evolucionado hasta convertirse en un *miz* —guardó silencio durante algunos segundos—. No sé, debe de ser otra cosa.

Pero tienen la ventaja de no necesitar despolvación. ¡Qué comodidad! —Miró a su mujer y repitió la pregunta—: ¿por qué pesadilla blanca?

—Era como un mal sueño —respondió ella—. Sin formas, sin contornos, con el cuerpo medio enterrado en el polvo junto a unas raquílicas alheñas. No sentí miedo, de verdad, ni siquiera curiosidad. En ese momento no me intrigó cómo podría vivir ni nada relacionado con su especie; eso vino después. Yo lo miraba y él me miraba; no tenía ojos, pero seguía *atentamente* cada movimiento mío. Un poco antes de llegar a la casa dejé de verle.

—Acerté en mi juicio: era ilusionista. Al que yo vi, también me observaba, pero tenía ojos.

—No bromees, Bas —le reprochó—. ¿No es posible que *cambien*? Si no eran iguales...

—Sí, es posible..., aunque improbable. Recuerda que cada uno de nosotros vio uno distinto, y la poca luz que había quizá nos haya equivocado.

Jo se acarició la oreja izquierda, en el lóbulo, gesto inconfundible que Basan advirtió.

—¡No me digas que estás preocupada por los *miz*! —bromeó.

—¿Preocupada? —repitió tontamente—. No... Estaba pensando que quizá se ha cometido una tremenda injusticia al no prestarles la atención que merecer. Creo que son más importantes de lo que parecen.

—Si sólo es un presentimiento, olvídalo. Ya conoces los métodos de los Exploradores: depurados. Es imposible que tú veas, o presientas, lo que ellos no hayan visto y analizado. Sí —continuó después de un pequeño silencio—, métodos exhaustivos.

Miró a Jo, sonriéndole.

—Deja de preocuparte... Vinimos a descansar, ¿no? Y eso será lo que haremos, eso y nada más. Este mes va a poner a prueba la resistencia de los dos... la cobertura plataformal y todo el proyecto... Sólo nos queda un día aquí, que se nos hará corto. Mañana...

Mañana aterrizó la nave de la Compañía. La oyeron y se prepararon para salir. La cancha quedaba cerca, pero oculta tras unas colinas calcinadas y cubiertas de polvo. Fuera, el silencio era total; sólo el *crunch* de la puerta al entrar en sus guías y cerrarse y el sonido apagado de sus pasos.

Habían celebrado la fiesta de despedida, fiesta en la que no hubo invitados y en la que sólo ellos dos tomaron parte, en la superficie muerta de Ar.17.

Acabó un poco precipitadamente por la llegada del cohete. El localizador los avisó algunos minutos antes y, tal como estaban, salieron.

Los zapatos de charol de Basan y los delicados zapatos de noche de Jo se hundían en el polvo, suavemente, sin ruido.

Iban llegando a las colinas que impedían la vista de la nave y entonces oyeron el

murmullo que procedía de la cancha. Basan prestó atención, sin dejar de andar, y miró interrogadoramente a Jo.

—No sé... —dijo entre dientes, acelerando el paso y tomándola de la mano.

Iban llegando a la curva de las colinas. Aquí el murmullo volvió a repetirse más intenso, más claro.

—Es un siseo como de...

—¡No, Bas, es un *zizeo*! ¡Son los *miz*!

A medida que se aproximaban a la cancha, el ruido iba aumentando. Y cuando llegaron, un espectáculo insólito apareció ante ellos: la cancha, la nave, y hasta donde la vista alcanzaba estaba lleno de *miz*, de miles de ellos que se removían nerviosamente. La escala estaba bajada, la puerta abierta y las luces encendidas. Hasta la mitad de la nave el polvo asteroidal danzaba en un embudo inexplicable, dando vueltas, bajando y subiendo, deteniéndose a veces, penetrando por la puerta y deteniéndose de nuevo.

—¡Son millones, Bas!

—¿Dónde están? —se preguntó él.

No eran localizables, pero estaban en todos los sitios. Querían contarlos, o ver uno solo; y el *miz*, como un espejismo o una ilusión, cambiaba en otra forma, que a su vez cambiaba mil veces. En ciertos momentos tenían ojos que parecían brillar a la incierta luz del atardecer; en otros eran bolas indefinidas; en otros eran polvo.

Desde el recodo donde se encontraban observaban a los *miz*, más que aterrados, confundidos.

—¡Hay que llegar a la nave! —resolvió Basan tirando de Jo.

—¡Espera un poco..., espera! —Retuvo su mano, sin moverse.

—¿Esperar?... ¿Sabes cuánto tiempo llevamos fuera? No nos queda mucho; ¡hay que llegar en seguida!

Saltó con ella hacia adelante y, en este momento, todo desapareció.

—No, los *miz* no se habían ido, el polvo no se había ido. Desaparecieron en una fracción de segundo. Sólo quedaba la nave, silenciosa y erecta, en medio de la cancha, y el ruido de los *miz*, aún dentro de sus oídos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jo, aturdida.

—No sé qué ha pasado...

Estaban al lado de la nave. Basan advirtió que era la misma que los había dejado en la Estación Espacial. Claramente se veía su número de registro 28-27-M-987 y, más abajo, en letras más pequeñas, el nombre: *El Rosal*. Con cierta confusión de ideas, creyó recordar que se trataba de un Transporte, con destino a Las Pléyades. Seguramente se equivocó, pues la nave *estaba* allí, en Ar.17. La escala rozaba el suelo, solitaria, sin nadie esperando, sin nadie en la puerta.

—¡Eh!... ¿Estáis ahí?

Repitió la pregunta más alto, sin recibir respuesta.

Decidieron subir. Basan ayudó a Jo, hasta que ella tocó la escala con la mano.

Avanzó una pierna y descansó el pie sobre el segundo peldaño. Sonó un ruido como el cascarón de un huevo al romperse y parte de la escala se dividió en múltiples y pequeños trozos.

—¡Mira!...

Había retrocedido, y sus ojos reflejaron confusión y sorpresa.

Bas agarró fuertemente otro peldaño y tiró de él. Al hacerlo, dos metros de escala se quebraron en otra serie de pequeños fragmentos acompañados también de un chasquido.

—¡Maldita sea!, ¿qué está pasando? —Eran expresiones de sorpresa e incredulidad.

—Se... ¡se está rompiendo!

La voz de la mujer no ocultó su temor. Asistían a un espectáculo increíble. Ellos y la nave eran los protagonistas.

—¡Es imposible!

Bas se había retirado algunos pasos y su mirada recorría en uno y otro sentido la formidable estructura de la nave. La puerta continuaba abierta y dentro se veía luz.

—¿Estáis ahí?... ¡Contestad de una vez!

Mientras, Jo se había agachado y examinaba los fragmentos de la escala. Precipitadamente, abrió el bolso y, después de unos segundos de búsqueda, sacó algo de él. Con pasos apresurados se dirigió a uno de los soportes de la nave.

Bas corrió hacia ella. Nunca había estado tan excitado.

—Era un Transporte, Jo... ¡un Transporte! Se dirigía a las Pléyades. ¿Cómo es posible?... Un Transporte no hace escalas en ningún asteroide..., no recoge a nadie...

Ella se volvió y señaló el soporte con el dedo, incapaz de hablar. Uno de los soportes metálicos mostraba dos raspaduras, de algunos centímetros de longitud, formando una cruz. Después le mostró las tijeras.

El se acercó a la cruz y la observó muy de cerca. Se volvió a su mujer con el rostro blanco.

—Piedra... ¡es de piedra!

—No puede ser, Bas. ¡Somos víctimas de alguna alucinación!...

Enmudeció al darse cuenta con qué fuerzas se refugiaba en sus palabras.

—Esas raspaduras demuestran palpablemente...

En este momento una barahúnda de *miz* los rodeó.

—¡A la casa!...

Bas tiró de ella y, llevándola casi en volandas, comenzaron a correr, pero apenas habían recorrido algunos metros, el polvo asteroidal que, como una alfombra, se extendía por la superficie, desapareció. Cayeron al verdadero suelo del asteroide, duro, un metro debajo de sus pies. Les crujieron los huesos. Jo se partió un labio y comenzó a sangrar por él...

—¡Mira, Bas!...

Era el cielo, cubierto de polvo, invisibles las estrellas. Y debajo de la cobertura

arenosa, los *miz*, tantos, como nunca creyeron que existieran.

Corrieron de nuevo. Esta carrera ya acusaba el golpe y la permanencia en el exterior, respirando la mísera atmósfera del asteroide.

Los cambiantes *miz* seguían arriba, confundidos entre el polvo, chillando como diablos, bajando, subiendo, sin llegar nunca a la superficie.

Jo, detrás de su marido, miraba el cielo a cada paso. Tenía el vestido destrozado, el cuerpo dolorido...

De repente, el polvo bajó hasta ellos, los envolvió, apagando el grito de la mujer. Al mismo tiempo, los chiquillos de los *miz* se hicieron insoportables. Los veían entre el polvo, al lado de ellos, encima, debajo, detrás, siempre chillando y cambiando de forma.

Se perdieron.

Había empezado a endurecerse en las heridas, en los oídos, en la garganta... Dentro de poco se formaría la costra fatal, dura como el cemento. Esto sería el fin, no había duda. ¿Por qué de piedra?... ¿por qué de piedra?..., pensaba Basan.

—Ya estamos en casa.

La puerta se deslizó sobre sus guías y, al abrirse, cayeron al suelo, mientras se cerraba tras ellos. La cámara de despolvación, automática, ronroneó y zumbó. Sin plena conciencia, pudieron sentir cómo la costra desaparecía.

Cuando Basan abrió los ojos, su mujer le estaba mirando. La costra había sido disuelta totalmente. Podían respirar a gusto, sin molestias. La despolvación era perfecta. Después, no quedaba la menor huella.

—Llegamos muy a tiempo.

—Sí; muy a tiempo —repitió ella.

Basan se levantó, palpándose. Ni él ni Jo tenían huesos fracturados pero ambos estaban malheridos, presentando todo el cuerpo lleno de raspaduras y desgarrones, si bien de carácter leve.

Afortunadamente poseían un completo botiquín. Era obligatorio en las casas construidas en los planetoides. Se desinfectaron las heridas, se lavaron con agua caliente y se pusieron ropa limpia.

Después de una hora, tomaban café, sentados en la cocina.

Ambos tenían miedo de hablar, miedo de preguntarse, de intentar comprender. Sabían que, tal como habían sucedido las cosas, carecían de elementos de juicio, y la falta de esa base pondría en peligro su propia estabilidad emocional. No querían cometer el error de jugar con lo inexplicable, sin haber tomado las necesarias precauciones. Ambos eran científicos y ejercían su profesión utilizando elementos comunes, evidentes, fríos. Esto no era una ayuda, ni mucho menos. Al contrario: la ausencia de referencias conocidas aumentaría tanto su confusión como su incipiente temor, que podría llegar a convertirse en terror. No perderían la serenidad. Los dos habían pasado por momentos de peligro; y únicamente habían podido salvarse por

haber conservado la calma hasta el último instante. La supervivencia en un asteroide del tipo de Ar.17 exigía de ellos la máxima tranquilidad, la mayor concentración.

Fue Jo quien, mirando a su marido, le invitó a iniciar la conversación inevitable.

—¿Y bien?...

Bas, en ese momento, acababa de dejar sobre la mesa su segunda taza de café. La miró fijamente y descansó su cuerpo en la silla.

—No sé qué decir. Todavía estoy confundido. Hemos de considerar, muy despacio, nuestra situación. Evidentemente no se trata de ninguna alucinación, eso por descartado. La nave de piedra era bien real, nosotros somos reales... Es inútil pensar en espejismo, sugestión, materialización... Los *miz* fueron descubiertos hace mucho y —ahora sí lo creo— menospreciados. Está claro que son ellos los únicos habitantes de Ar.17, y está claro que están en el fondo de toda la cuestión.

—Pero..., ¿cómo?

—Eso lo tendremos que averiguar —miró su reloj—. La nave de la Compañía, la verdadera nave, debería haber llegado hace más de una hora. Un retraso así no es normal; nos habrían enviado otra.

—Lo peor es que la Estación Espacial está ya demasiado lejos de aquí para que podamos alcanzarla en el bote.

—Debemos esperar. Es nuestra única solución.

Quedaron pensativos durante unos minutos, sin saber qué hacer o qué decir.

Por fin, Jo habló con voz insegura, diciendo lo que los dos ya habían pensado.

—La nave..., la nave de piedra no ha podido aterrizar, ¿verdad?

—La nave de piedra jamás ha volado ni volará. Está ahí... sola.

—Y la pusieron los *miz*...

—Sí —afirmó con seguridad el hombre—, tuvieron que ser ellos. Creo que debemos pensar no en *cómo* sino en *por qué* está ahí.

Basan se levantó y arrimó cuidadosamente la silla a la pared. Se acercó a la cocina y de la cafetera se sirvió el poco café frío que quedaba en ella. Lo bebió de un sorbo, sin echarle azúcar. Chasqueó la lengua y se dirigió a su mujer, tendiéndole un brazo e invitándola a acompañarle.

—Ven. Vamos a la sala. Quizá veamos algo.

Apagaron las luces y, después de manipular en los controles eléctricos, un cuadrado de aproximadamente un metro de lado comenzó a volverse traslúcido, hasta que al final fue todo transparente. Basan y Jo observaron con avidez. Sus ojos se acostumbraron pronto a la penumbra exterior y en seguida pudieron distinguir las formas más próximas.

Todo estaba tranquilo. No se veía nada. Ni un solo *miz*.

—Da sonido, Jo.

La mujer apretó el botón que ponía en comunicación a la casa con los ruidos del exterior. Esperaron unos momentos y no oyeron nada. Todo, hasta donde el oído humano normal alcanzaba, estaba silencioso.

—Aumenta el captador acústico, poco a poco. Utiliza los controles automáticos.

Un dial rectangular se iluminó. Jo fue aumentando la potencia hasta que el botón llegó a tope. El nivel acústico estaba en reposo. Cualquier sonido que se produjese hasta un kilómetro de distancia hubiese puesto en funcionamiento al sensible mecanismo, excitando el nivel acústico, cuya línea moduladora habría comenzado a vibrar frenéticamente.

Nada de esto ocurrió. El exterior estaba completamente en silencio.

Dos horas más tarde todo continuaba igual. Habían observado el exterior otras dos veces y no consiguieron ver nada. Los *miz* habían desaparecido o, al menos, se habían retirado de las proximidades de la casa.

Estaban acostados. Dejaron conectado el captador acústico para que fuesen advertidos a la menor alarma. En el techo del dormitorio brillaba una luz difusa que extendía su lechosa penumbra sobre los muebles de la pieza. Ninguno de los dos dormía. Mantenían fijos los ojos en el cielo raso sin decir nada que turbase el silencio interior.

Jo, en su cama, cambió de posición. Observaba el contorno del cuerpo de su marido, inmóvil. Tenía más confianza en él que en ella misma y recibía, en los momentos de peligro, su tranquilidad y seguridad. Ella misma era fría, y no perdía fácilmente los nervios; pero debía atribuir a Bas parte del mérito. Sola, seguramente, no habría tenido la habilidad suficiente para resolver una situación anormal; o no la habría superado con los resultados apetecidos.

Confiar en él se convirtió en algo necesario e inconsciente. Ahora no tenía miedo. Todo se arreglaría, más deprisa o más despacio. Ella podría ayudar también y su ayuda, en las actuales circunstancias, sería más preciosa que nunca.

Estiró un brazo hacia la mesilla que separaba las dos camas y alcanzó un pitillo y las cerillas. El resplandor del fósforo le hirió los ojos. Cuando lo apagó, unas manchas amarillas danzaron entre la negrura de la habitación, hasta que se extinguieron después de unos momentos.

La voz de Bas parecía venir de muy lejos; la distancia había desaparecido o se había transformado engañosamente por la ausencia de luz. Era un efecto curioso.

—Hemos de hacer algo; algo que no sea estar aquí encerrados.

Esperaba oír algo parecido; no le cogió de sorpresa.

—Encontrar la forma de transmitir un mensaje, eso sería todo. Nos recogerían en seguida. Suponte que la nave de la Compañía sufrió un accidente *antes* de tomar este rumbo. Cabría entonces la posibilidad de que *nadie* supiera dónde estamos.

Bas rebulló, incómodo, en su lecho.

—Sí, puede ser. Pero no lo creo. La solución puede estar en otra parte. Tendríamos que comenzar por el principio..., por los *miz*... —dejó de hablar inesperadamente. Jo supo que intentaba recordar alguna cosa—. ¡Sí!... ¡el Diccionario Espacial! Allí tiene que haber algo. Por allí empezaremos...

Antes de terminar de hablar, dio más intensidad a la luz de la habitación y se dirigía rápidamente hacia la biblioteca. Regresó al cabo de pocos minutos con el tomo correspondiente.

Pasó apresuradamente las páginas, sentado en la cama. El artículo sobre los *miz* estaba firmado por León K. Holston, especialista en biología genética espacial. Hacía diez o doce años fue profesor de Basan, durante tres meses, en la Universidad, y era una de las máximas autoridades terrestres en relación con su especialidad.

Bas pasó por alto los párrafos de introducción y después leyó en voz alta.

»... respiran oxígeno enrarecido y por ello no se encuentran en el Cinturón de asteroides del Sistema Solar. Fueron vistos por vez primera en la Expedición del Comandante Dogg, en los planetoides del cinturón asteroidal del Sistema Jordán, en M. 31. Hasta el momento no se ha investigado suficientemente su desarrollo biológico, debido, principalmente, a las dificultades que tal estudio presenta. Su imagen no impresiona ningún tipo de película entre las conocidas hasta la fecha —debido quizás a una desvirtualización en la reflexión de la luz—, y parece imposible su captura. Por otra parte, el interés inmediato de su estudio es prácticamente nulo, aun cuando el científico pudiera ser grande.

«La imposibilidad, o, mejor, la dificultad de su captura puede: ser debido a diversas razones teóricas entre las que podemos destacar —por ser mayor sus posibles derivaciones—, la posesión de centros nerviosos con altísimo microvoltaje, capaz de mimetizar, engañosamente, el punto de localización, o bien, camuflaje a base de aprovechar los materiales naturales en los asteroides atmosféricos...».

Poco más decía el artículo que ellos no supiesen.

Bas cerró lentamente el libro. La posibilidad de una mimetización explicaba acertadamente la «desaparición» instantánea de los *miz*. Sin embargo había algo más.

—Los sonidos. ¿Has pensado en ellos? —indicó Jo.

—¡Cierto! Ahí reside lo más importante. El ruido de la nave al aterrizar. Eso no era ningún truco. El localizador registró el sonido. Tendremos que pensar en un sonido real, en el sonido de una nave que aterrizó en Ar.17. La nave de piedra no puede enviar ninguna señal.

—Entonces...

—¡Es cosa de los *miz*! ¡Ellos la hicieron! Ahora parece sencillo...

La conversación fue interrumpida por el insistente zumbido del captador acústico. Los dos corrieron hacia el dial y comprobaron que el nivel saltaba a un lado y a otro. Fue todo instantáneo. En seguida dejó de sonar y la línea volvió a la inmovilidad, una vez extinguidos los últimos ecos.

Bas apagó las luces y miraron al exterior. Frente a ellos vieron una mole de piedra de unos diez metros de alto, por veinte de largo.

—¿Qué es eso? —preguntó, mecánicamente, Jo.

—No lo sé. Parece una tapia. Voy a salir.

—Bas, ten cuidado.

—No te preocupes, está muy cerca. En seguida volveré; dejaré la puerta abierta.

Jo, desde la sala, vio la silueta del hombre dirigirse hacia la piedra. Vio cómo la recorría, palpándola en varios sitios y haciendo algunas comprobaciones. Después miró a la casa y volvió a mirar la piedra.

—¡Qué curioso! —le oyó murmurar.

Cuando entró en la casa, Jo supo, por su expresión, que había averiguado algo. Se cerró la puerta y entraron en la sala.

—Jo, ¿has oído hablar de copistas?

—¿Copistas?... ¿De cuadros? Sí..., pero no sé a qué viene...

—Los *miz* son copistas.

Tenía una expresión divertida en los ojos.

—No entiendo...

—Es muy sencillo. Lo he visto claro al ver la tapia. ¿Recuerdas la nave? Era *El Rosal*, el Transporte que nos dejó en la Estación. Mejor dicho, era una reproducción exacta. El número de registro, el nombre, la escala, etcétera. Todo es igual. Los *miz* la reprodujeron en piedra... Y ahora están reproduciendo esta casa. Eso que está ahí es una fachada gemela a ésta. Por la ausencia de colores, desde aquí no podemos distinguir sus formas, pero todo es igual: el marco de la puerta, los respiraderos...

Jo mantenía su expresión dubitativa. Había algo que no estaba muy claro, pero no conseguía localizar qué era.

—Más que piedra parece polvo aglutinado. Es blando. La piedra de la nave también era muy blanda y quebradiza; recuerda cómo se rompió la escala y con qué facilidad hiciste la cruz con las tijeras. Lo que no sé es la técnica que emplean. Parece que la copia de la fachada fue construida en fracciones de segundo.

Jo no había prestado mucha atención a las últimas palabras de su marido. Dos ideas afloraron, de improviso, a su mente.

—Bas... ¿cómo pudieron copiar los *miz* al Transporte si sabemos que no aterrizó aquí, y cómo pudieron copiar el ruido del aterrizaje registrado por el localizador?

—¡Ah! —Bas se sentó en el sofá y la miró, divertido—. Piensa... Lo segundo es sencillo: hay una nave en Ar.17. Suponte que la de la Compañía quiso aterrizar en la cancha y vio que ya estaba ocupada. ¿Qué fue lo que hizo? Buscar un lugar para tomar tierra, naturalmente. La tripulación no puede descender en un asteroide, ya lo sabes. Pero ellos sí saben que nuestro localizador nos ha avisado, y saben que tenemos un bote; estarán esperando, sencillamente. Pero se van a volver locos si intentan comunicar con esa mole de piedra... Bien, lo segundo es más fácil aún. Mira.

Bas sacó un cuaderno y un lápiz de uno de los cajones de la biblioteca. Jo se sentó a su lado y esperó. Vio cómo dibujaba dos órbitas, la de la Estación y la de Ar.17; hizo una cruz donde la distancia entre las dos era más pequeña.

—Hace unas setenta horas, aproximadamente cuando descendimos en la Estación, sólo tres kilómetros separaban a ésta del asteroide. No interesa ahora alabar los

repulsares instalados en ella y, por otra parte, no los habrían necesitado, pues las órbitas no coinciden. Mi idea es que los *miz* vieron cómo la nave aterrizaba o, si quieres, se acercaron hasta la Estación. No me extrañaría que pudieran viajar por el espacio sin ninguna protección —bromeó—. Y, después, copiaron la nave. Incluso sus proporciones, según pude calcular, son correctas. Fue una casualidad que estuviese «terminada» coincidiendo con el descenso en Ar.17 de la nave de la Compañía.

Hizo una bola con el papel y la arrojó al suelo.

—Bien. Me imagino que León K. Holston nos estará muy agradecido cuando le hayamos informado de esto. Incluso es posible que los *miz* pasen a la actualidad y sean reconocidos como los mejores copistas espaciales.

Se miraron y se sonrieron. Habían llegado a una situación coherente. Tal vez, si se hacían posteriores investigaciones, la facultad de los *miz* no sería exactamente como ellos suponían. Pero la realidad no podía estar muy lejos. Por otra parte existían precedentes, incluso en la Tierra. La «imitación» era conocida en muchas especies animales. Y si la facultad imitadora de los *miz* iba más lejos, podría causar extrañeza, incluso incredulidad, pero no por ello sería menos cierta. Sólo faltaba concederles la atención que ciertamente merecían.

Basan se levantó y dio una palmada al aire, mirando a su mujer.

—Bien. Vamos. Hemos de encontrar la nave. Nos llevará poco tiempo.

Rápidamente desconectaron los mecanismos interiores de la casa. Sólo quedaba encendida la célula de entrada que abriría la puerta nuevamente cuando ellos lo solicitasen utilizando la clave electrónica que poseían.

Entraron en el bote, situado en el túnel que existía debajo de la casa y, en seguida, se elevaron, dejando atrás la vivienda y la copia exacta de la fachada, que, algún día, terminarían de construir.

Habían recorrido varias veces el asteroide, a unos tres mil metros de altitud y cambiando siempre la órbita. No encontraron la nave. Bas maldijo en voz baja y comenzó un nuevo recorrido.

—Sería una endemoniada casualidad que se hayan marchado mientras subíamos al bote. Aquí no tenemos ningún instrumento detector ni transmisor. Estos pilotos novatos son unos imbéciles, y la Compañía no deja de contratarlos. Hasta que no hagan algo irremediable no se darán cuenta. Allá la Compañía y sus pilotos; por mí pueden irse al infierno. Pero que procuren no perjudicar a los demás...

Jo miraba por su lado. Debajo del bote se extendía la superficie desolada de Ar.17, Pero ni una señal de la nave; sólo el suave paisaje de colinas calcinadas y la nave de piedra, que parecía apuntarles cuando pasaban por encima. Ni rastro de los *miz*.

—Deben tener horadado el interior de la corteza; por eso no los vemos —dijo Basan, respondiendo a su muda pregunta.

Llevaban más de una hora en el aire, y al parecer, ningún vehículo espacial había aterrizado en el asteroide. Lo supieron cuando descendieron a menor altura y pudieron observar con más detalle la superficie. Solamente cuatro lugares parecían hábiles para que un cohete descendiese; y en ninguno de los cuatro existía la más pequeña huella. Los soportes habrían dejado marcas en el suelo, los cohetes habrían hecho un embudo en el polvo, ennegreciendo la piedra... Pero nada de esto había.

Regresaron a la casa abatidos, confundidos.

Debería comenzar otra vez por el principio...

Basan y Jo contemplaban la reproducción de *El Rosal*. Había crecido. Las proporciones anteriores respondían, aproximadamente, a las del modelo original. Ahora se habían duplicado. *El Rosal* era un gigantesco Transporte de más de cien metros de altura. Pero sus formas no carecían de armonía; todo se había desarrollado por igual. Las cifras del registro tendrían diez metros por lo menos, los tres soportes semejabán las aletas de un pez increíble, el morro parecía rozar las estrellas...

Desde donde se encontraban, a más de medio kilómetro, Bas montó el lanzagranadas que había sacado del bote, el cuál reposaba ahora en su hangar subterráneo. El proyectil, con su cabeza explosiva, no abultaba más de un cigarrillo.

Apuntó cuidadosamente y disparó. En la oscuridad de Ar.17, los dos vieron el rastro ígneo que dejó la granada antes de estallar ruidosamente contra uno de los protectores de la nave, el cual saltó pulverizado. Pero la mole de piedra no se movió o, si lo hizo, ellos no lo advirtieron.

—Vámonos más cerca de la casa, es más seguro.

Subieron una de las colinas próximas a la vivienda. *El Rosal* quedaba a casi un kilómetro. Bas montó cuidadosamente el trípode, al que incorporó un potente teleobjetivo.

—Corre hacia la casa. En cuanto dispare, te seguiré.

Jo así lo hizo. Cuando iba llegando a la puerta oyó claramente la explosión. Miró hacia atrás y vio correr a su marido.

En cuestión de segundos, el despolvador limpió cuidadosamente sus cuerpos.

Después conectaron el detector y miraron por el rectángulo transparente. Los últimos ecos de la explosión hacían vibrar el nivel acústico, pero en seguida quedó en reposo.

—O mucho me equivoco —dijo Bas sin dejar de mirar hacia afuera— o pronto vibrará como un condenado.

Y antes de dejar de hablar, la línea detectó ondas de sonido de muy poca intensidad; todas respondían al mismo timbre, y las fuentes productoras eran innumerables.

—Son los *miz* —dijo Basan.

Jo vio cómo cogía el lanzagranadas y se dirigía a la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Sólo abrir la puerta. No hará falta salir.

Abrió la puerta, montó la granada y disparó. Jo vio saltar la tapia que reproducía la fachada en mil pedazos.

Bas estaba nuevamente a su lado.

—Observa ahora.

Cuando los últimos escombros reposaron sobre el polvo, éste se animó, cobró vida. Empezó a girar y a formar espirales y embudos, retorciéndose, como impulsado por contrarias corrientes de aire. Después distinguieron las confusas formas de los *miz*.

—Cuando vi que la nave había «crecido» pensé que ellos estaban allí —dijo Bas—. No me equivoqué. También advertí que la tapia era más grande. Ellos viven dentro de las obras que crean.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente, pero es así. Lo acabamos de comprobar. Quizás así se reproduzcan... La mayor dificultad está en que no sabemos cómo es un *mis*. Quizá sean incorpóreos y posean un determinado tipo de energía que puedan controlar a su antojo; moldearían su cuerpo aprovechando los recursos naturales del asteroide, bien pobres por cierto. Por eso unas veces se confunden con el polvo, otras con la piedra... y hasta podrán vivir como aire y como planta... Tal vez se trate de organismos microscópicos poseedores, así mismo, de energía. Esto, concordaría con la teoría de Holston.

—De esa forma han podido imitar el ruido de la nave...

—Y hasta tal punto fue perfecta la imitación que fue registrada por el localizador.

—Entonces —apuntó Jo con aprensión—... entonces podrán camuflar todo el asteroide, podrán hacer «desaparecer» la casa, podrán...

Bas estaba serio cuando habló. Jo nunca le había visto así.

—Sí, pueden hacernos sus prisioneros indefinidamente, si quieres decir eso. «Reprodujeron» hasta la energía eléctrica, puesto que el localizador detesta únicamente las señales eléctricas procedentes de los cohetes. Esto implicaría, seguramente, una inteligencia desarrollada. Si, desde que nacieron, los *miz* han vivido en los asteroides atmosféricos, su evolución ha tenido que ser, forzosamente, muy distinta a la nuestra y a todas las que hasta ahora habíamos conocido. Se han adaptado a su medio, desarrollando una poderosa capacidad de imitación. Pienso si será eso lo que constituya su vida.

—¡Es increíble, Bas!

—Sí, pero parece evidente.

—¿Qué harán con nosotros? —se aferró a las manos de su marido—. ¿Qué harán?

—De momento, incomunicarnos. Sólo nos queda esperar.

Cinco horas después, los *miz* atacaron. Fue la invasión más insólita en toda la

historia del espacio. Penetraron en la casa utilizando la clave electrónica de la puerta. Mejor dicho, copiándola. Inutilizaron el despolvador mediante el empleo de energía eléctrica, creando a su alrededor una barrera de electrones que lo aislaba del resto de la casa.

Entonces comenzaron su obra reproductora, su obra de arte. Era la primera vez que experimentaban con seres vivos, Las posibilidades de alcanzar la belleza en las formas eran ilimitadas. Harían una obra formidable, una obra que les permitiría vivir sosegadamente, catalépticamente, durante cientos de años.

Abrazaba a su mujer protegiéndola con su propio cuerpo. Todo iba a acabar... La respiración se hacía imposible y el polvo formaba una dura corteza. Los *miz* saltaban y brincaban encima de ellos, sin tocarles, y creyeron percibir un acento de alegría en sus chillidos. Los atacó varias veces, pero se confundía con el polvo antes de tocarlos.

—¿Qué poder tienen sobre el polvo?... ¿Son polvo ellos mismos?

Fue lo último que dijera antes de morir, aunque no supo que también abrazaba a un cadáver.

Un segundo antes de expirar atrapó a un *miz*; estaba a su lado, delante de su cabeza. Al apretar la mano, furiosamente, notó algo sólido crujir entre sus dedos.

El cohete aterrizó majestuosamente en Ar.17. La avería sin importancia supondría sólo unas horas de retraso. De la nave descendieron seis personas que quedaron extasiadas mirando el capricho: delante de ellos, junto a unas colinas calcinadas, dos titánicas moles de piedra semejaban los cuerpos yacientes y abrazados de un hombre y una mujer. En la mano izquierda del hombre se veía, claramente, un manojo brillante de flores de cristal.

El anticuario

Jacques Ferron

El día declinaba. Hacía frío. Las calles se hallaban ya desiertas. Los habitantes de la ciudad se parapetaban tras los muros de sus mansiones austeras.

Gelda colocó con dificultad la pesada barra de hierro que atrancaba la puerta: estaba temblando.

—¿Qué te sucede? —preguntó Wilfer, distraído.

—Me parece oír ya sus pasos. ¿Y si llamaran a nuestra puerta?... ¿Y si vinieran a arrestarnos?

El viejo Wilfer sonrió:

—¿Por qué a nosotros? —dijo—. Soy Wilfer, el anticuario más conocido de este distrito. Estoy en regla con las leyes de los ocupantes.

Gelda alzó los ojos al cielo.

—¡Es cierto! —insistió el anciano—. Soy un hombre tranquilo que vende porcelanas y estatuillas antiguas. ¿Por qué los Xix irían a buscarnos complicaciones?

—¿Y los Stiners, que han sido detenidos y de Los que nadie ha oído hablar jamás?

—¡Eran comunistas!

—¿Crees que los Xix se ocupan de vuestra estúpida política?

—¡Quién sabe de lo que se ocupan! —dijo Wilfer suavemente—. Anda, no te enfades.

—¡Pero es que tienes unas cosas!... Al joven Ibars se lo llevaron hace dos días, y ha regresado loco. ¡Pero loco de atar!

—Sí, evidentemente..., Pero siempre ha sido un alocado... eh... ¡un poeta!

—¡Eres irritante! ¿No quieres acaso acordarte de los demás... de *todos* los demás? Decididamente, envejeces.

—¡Oh, Gelda!

—Perdona, papá. Pero ten en cuenta que esos brutos...

—¡Calla! No debes tratarlos de...

—¡Ahí están! —dijo de pronto ella; y su miedo volvió.

La patrulla recorría las calles, ahora oscuras. Su trípodo paso decreció siniestramente a lo largo de las casas donde los aterrorizados habitantes esperaban con ansia y miedo el paso de los extraterrestres.

Celda, escalofriada, fue a echar un tronco en la chimenea.

—¡Nos lo quitan todo! —murmuró, extendiendo sus descarnadas manos hacia la reconfortante llama.

Wilfer movió la cabeza melancólicamente.

—Antes esto no ocurría —dijo—. Teníamos de todo en la Tierra.

—Sí; teníamos electricidad para la industria y los aparatos domésticos, gas para la cocina, carbón para calentarnos...

—Es cierto —el anciano bajó la cabeza—. Hay que preguntarse qué es lo que hacen con todo esto.

—De todas formas —refunfuñó Gelda—, yo sí sé lo que hacen con nuestra comida: ¡se atiborran!

—Supongo que en su planeta, allá en la constelación del Cisne, jamás habían comido cosas tan buenas.

Gelda explotó:

—¡Garbanzos, he aquí todo lo que nos queda para comer! Ni carne, ni aceite, ni pan... nada. Y tú vendiendo vajilla vieja, ¡Como si fuera el momento!

Wilfer sonrió como excusándose:

—Es cierto; jamás había vendido tantos bibelots como ahora.

—¡Vaya burla! —suspiró amargamente la joven.

—¿Qué es lo que quieres? Es preciso que se ocupen con algo; al menos así colocan su dinero. Los objetos de arte es lo único que los Xix no nos quitan.

Alguien llamó en aquel momento a la puerta. El anticuario y su hija se levantaron inquietos.

—¿Quién puede visitarnos después del toque de queda?

—Puede tratarse de un engaño —supuso Wilfer.

—¡Así —murmuró su hija—, lo reconoces! ¿Y qué es lo que hacemos?

La llamada se repitió, discreta: toc... toc... toc...

—Es un humano —dijo el viejo—; da la contraseña.

Era la maestra, la señora Isemberg. Parecía trastornada.

—Cerrad la puerta —susurró—. ¡Pero cerrad bien! Y solamente cuando la puerta estuvo bien cerrada se dejó caer en una silla, cerca del fuego.

—Le castañetean los dientes —observó Gelda—, ¡Dios!, ¿qué es lo que le han hecho?

—Tome esto —dijo el anticuario—. Es alcohol. El fondo de la botella, ya sabe.

La mujer bebió casi sin darse cuenta.

—Los Xix —dijo, con voz entrecortada— han cercado a nuestros guerrilleros.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Wilfer.

—La sirvienta de la posada. Ha llegado un mensajero, y ella ha podido escuchar todo lo que ha dicho.

—¿Y?...

—Ha habido una gran masacre —dijo—. Los Xix han eliminado prácticamente toda la Resistencia de las tres colinas.

Wilfer parecía anonadado. Se sentó pesadamente.

—¡Y pensar que usted los defiende! —acusó la mujer.

El hombre hizo un ademán de protesta:

—Intento ser imparcial —dijo débilmente. Y dirigiéndose a la señora Iseberg—: ¿Y después?

—Bueno... los Xix han cercado toda la región. Han decidido restringir aún más (como si esto fuera posible) el reavituallamiento, con el fin de que nadie pueda llevar alimentos a los últimos hombres que resisten desesperadamente en las colinas.

Wilfer sacudió la cabeza. Parecía, sin embargo, haberse rehecho un poco.

—Usted... decir... todo... ¿Entender... hombre viejo?

Wilfer estaba sentado en un taburete, en medio de la habitación, y la fría luz caía directamente sobre su rostro hundido, Gelda había sido arrojada brutalmente a un rincón, y mordía su pañuelo para no gritar.

Todas las salidas estaban guardadas por Xix, armados con desintegradores. Frente al anticuario se encontraba el oficial. Era una especie de gigante trípodo, cuyas extremidades quedaban ocultas por una especie de botas negras. Su cuerpo verdoso estaba formado únicamente por un gran abdomen brillante. Lo más sobresaliente de aquella criatura era su cabeza, enorme, como una inmensa esfera. Sus ojos no eran más que dos diminutos agujeros, llenos de maldad.

Su boca sin labios confirmaba esta impresión. Aquel ser grotesco y aterrador llevaba en la cintura una especie de cuerda que sostenía un desintegrador a rayos. El oficial llevó hasta ella la pinza córnea que le servía de mano. Estaba muy agitado, y su voz gangosa tenía un tono inusitado.

—Usted... ha... enviado eh... tres... seis... cinco... cajas a las tres... colinas... ¿eh?...

—Es posible; yo no sé...

Gelda gritó: uno de los soldados acababa de golpear a su padre con el revés de su dura pinza. La sangre corrió por la comisura de sus labios.

—¿Entonces?...

—Quizás sí; seis...

—¿Cuándo... deben... llegar... otras... armas...?

—Pero si no hay armas... Sólo objetos de arte, estatuas, jarrones..., ¿comprenden ustedes?

El oficial hizo un gesto. El anticuario dejó escapar un gemido; una dura pinza había atenazado fuertemente su carne.

—¡Dejadlo, dejadlo! —gritaba Gelda, debatiéndose entre las pinzas de los soldados.

—Jarrones..., platos... —dijo el oficial—. ¿Y víveres también... para los... terroristas...?

—¡No!, puedo jurarlo. ¡No!

Los esbirros arrojaron el cuerpo inerte de Wilfer. Los Xix tuvieron un rápido conciliábulo, a través de su irritante voz mecánica. Después se instalaron en aquel

mismo sitio para vivaquear. Esperaban las cajas.

—¿No les había dicho yo la verdad? —dijo Wilfer, con un gesto vago.

Las tres enormes cajas que habían sido traídas desde la tienda del anticuario estaban ahí, abiertas. Los artículos ya descritos estaban a la vista: vajilla antigua, vasos decorados.

La enorme cabeza del Xix tomó un tinte escarlata, y un gorgoteo furioso se escapó de su boca en forma de hucha. Los trípodos se precipitaron sobre las cajas y vaciaron su contenido en un abrir y cerrar de ojos, esparciendo los frágiles objetos por el suelo, rompiéndolos, pisoteándolos.

Pero no había armas ni provisiones con destino a los guerrilleros de las tres colmas.

—De buena gana habría enviado esta vajilla a los destinatarios que creían ustedes —dijo el anticuario con un cierto sarcasmo—, pero...

El oficial Xix se volvió. Su color se tornó nuevamente púrpura.

—¿Qué decir? —tartamudeó—. ¿Eh...? Perfectamente... si usted lo quiere...

—¡Pero están rotos! —protestó Wilfer.

—¡Precisamente...! —gritó el Xix—. Envíelos...

—¿A los rebeldes de las colinas? ¡Se burla usted de mí!

—No burlarme, no... Perfectamente, sí... a los cercados... Vajilla rota para los muertos de hambre... ¡Ja, ja, ja!...

—Y he aquí —dijo Wilfer—, cómo los últimos guerrilleros han recibido tres cajas de vajilla rota.

—¡Todo esto es culpa tuya! —replicó Gelda—. ¿Tenías acaso necesidad de provocar a aquel Xix? ¡Pobre papá, no tienes sentido de la realidad!

El viejo inclinó la cabeza.

—¡Oh, sí! —dijo—. Pero los rebeldes han podido resistir así tres meses en sus posiciones.

—¿Gracias a tu vajilla?

—Gracias a mi vajilla, sí... hecha de una pasta altamente nutritiva, una especie de arcilla que utilizaban los antiguos indios sudamericanos en los tiempos de escasez y hambre, y que ellos llamaban *barro*.

—Entonces, ¿tú formas parte de la resistencia?

—Sí, Gelda. Y este último envío ha permitido a nuestros amigos comer, resistir aún, y finalmente recibir los refuerzos que han de lanzarse, con ellos, a la conquista de la Tierra... ¡Esta Tierra que nos proporciona todo nuestro alimento!

Independencia

Jacques Ferron

—Hel, ¡he descubierto la espacionave!

—Da la posición exacta, Still. Atención a los copilotos, atención para el descenso: 3... 2... 1...

Las indicaciones técnicas se entrecruzaban sobre los circuitos de la cosmonave F.R.13025.

—Vamos a entrar en contacto con el planeta desconocido.

—Los elementos parecen estables; la atmósfera es respirable.

—Indiscutiblemente, presenta un aspecto hospitalario.

Sin embargo, el equipo del F.R.13025 acababa de descubrir allá a la espacionave A.5 de la escuadra ligera, desaparecida durante una misión en aquel vasto sector de la galaxia, y que hasta entonces había sido buscada inútilmente.

Por prudencia, la gran cosmonave no aterrizó. Permaneció en la atmósfera, a 2.000 metros del suelo. Una lancha, conducida por un teniente, se destacó para abordar al A.5, que aparecía posado normalmente en el centro de un espacio despejado. El esquife abordó el casco. Los cinco hombres del equipo no se habían revestido con la escafandra, pues el aire era respirarle. Pero todos iban armados y estaban en contacto constante con la cosmonave.

La escotilla del pecio estaba abierta; los recién llegados entraron con desconfianza en su interior.

El teniente informó por radio:

—Aquí A.5... A.5... Nos encontramos en los compartimientos desiertos. No hay aparentemente ningún desorden. He aquí las máquinas. Esperen... No, no hay daños. Deben funcionar. Un momento... ¿Qué sucede? Uno de mis hombres me llama. ¿Dónde?... Bueno.

«Atención, A la cosmonave. ¿Me escuchan? Acabamos de descubrir a los hombres del A.5. ¡Están todos muertos!».

Al finalizar el día, el informe del oficial estaba sobre la mesa del almirante.

«... Los ocho miembros del equipo han sido hallados muertos en la sala de descanso de la espacionave. Ninguno de sus cuerpos presenta la menor señal de heridas. Nada, aparentemente, ha sido destruido, averiado o robado. Los cuerpos están conservados en bastante buen estado, más bien momificados. Su deceso no tiene, a priori, ninguna causa visible o explicable. Hemos rescatado los papeles de a bordo. La espacionave ha sido sellada».

El almirante suspiró. Debía esperar a las conclusiones del médico forense. Su

propio informe iba a encontrar no pocos escépticos en el alto almirantazgo, y se le acusaría tal vez de haber omitido algunos indicios. Comenzó la lectura del diario de a bordo del A.5. Según este diario, todo iba bien. El equipo había encontrado el planeta acogedor, habitado por algunos indígenas tímidos y desarmados.

Entre las páginas del registro había dos comunicaciones. El almirante vio de repente unas delgadas hojas escritas a mano. Eran el diario personal del radio...

27 de junio terrestre:

Se ha decidido intentar una expedición a la Montaña Rosa. Ruartz cree que encontrará en ella los totems de los indígenas, lo cual promete ser interesante. El capitán Hel y Ruartz, el antropólogo, irán en la tanqueta conducida por Still, el técnico en electrónica. El resto del equipo permanecerá a bordo. ¡Hasta mañana!

28 de junio:

Las seis de la mañana. Acabamos de tomar un buen desayuno. Todo está listo. ¡Ah! Still apestilla las puertas. Los indígenas no llevan armas, afirma Ruartz, Sin embargo, llevan unos instrumentos extraños. Estamos en guardia.

Los indígenas se han detenido a diez metros del A.G. ¡Lo que llevan son instrumentos musicales, y se disponen a darnos una serenata!

Nos reímos un poco en la espacionave, y el capitán se siente un poco vejado por las circunstancias.

¡Qué música, amigos, y qué cacofonía! Hornos puesto en marcha la cámara automática, puesto que la pantomima también vale la pena...

Un garabato informe cubría el resto de la página. ¡Allá comenzaba lo desconocido!

El almirante pulsó el botón del interfono:

—Pongan la cámara del A.5 en posición: descendiendo inmediatamente.

Un momento más tarde, los oficiales del Estado Mayor se sentaban en la sala de proyección. Iba a pasarse el film registrado por la cámara de la nave siniestrada, desgraciadamente sin el sonido.

La primera escena mostraba a la dotación atenta a los gestos de los indígenas, pigmeos de tipo asiático, someramente vestidos, soplando unas enormes flautas negras. La cámara enfocó a los espectadores. La serenata debía de ser horrible. Todos hacían gesto de taparse los oídos, riendo a carcajadas. Después, los *salvajes*, tocando siempre a pleno pulmón. La *dotación*, escuchando atentamente.

—La música debe cambiar... —dijo alguien en la oscuridad.

Efectivamente, los nativos seguían con gestos lentos un ritmo casi religioso.

La dotación: un hombre sangraba por la nariz, y se contenía maquinalmente la hemorragia con un pañuelo.

Después, la cámara giró...

La dotación: epistaxis general... Todos parecían inquietos ahora...

Cámara: música indígena.

Dotación: se agita, se buscan coagulantes. *Música...*

Sangran... por la boca también... inyecciones hipodérmicas...

Música: locura. *Música.* La sangre brota por los ojos, por las orejas...

Música: pánico completo. Los hombres han comprendido.

¡Música!

Ahora, cada vez que la cámara se acerca a los cosmonautas, se contempla la misma escena alucinante: a la llamada de una música demoníaca, la sangre abandona las venas de los humanos. Nada puede detenerla. Ha adquirido ya una consistencia elástica, una plasticidad.

Escapa, en un cuerpo único, por todos los orificios del cuerpo donde hasta entonces había estado prisionera. Los hombres notan su sangre huir progresivamente de sus venas. Un frío mortal les invade.

Aterrorizados, intentan retener esta nueva entidad.

Porque realmente es un ser distinto el que huye para ir, como una serpiente fascinada, hacia aquella horrible música. Después de las venas, los órganos se vacían de su contenido y un ser informe se prolonga al salir de los ojos, de la nariz, de las orejas, ramificándose, reuniéndose irresistiblemente para reencontrar su libertad y su autonomía.

Entre los gritos de terror que se adivinan por los gestos, la sangre reptan, se escapa de los cuerpos. Los hombres caen.

Música: los seres rojos, pasando por encima de los cuerpos exánimes, se dirigen hacia la puerta. Es la sangre del capitán Hel la que maniobra el sistema de apertura de la escotilla.

Los ocho individuos-sangre reptan hacia los indígenas, que se van.

—¿La sangre —dice el almirante— es, pues, un individuo simbiótico distinto al hombre?

Los asistentes permanecían silenciosos.

—El descubrimiento del mundo —dijo el oficial, estremeciéndose—, ¿debe orientarse hacia nosotros, los hombres, las criaturas más misteriosas del Universo? ¿Qué música nos revelará de qué estamos hechos?

Bjorck

Jackes Ferron

Un poco más a la derecha... ¡Demasiado! Vuelve despacio... así... ¡Ahí! Baja, poco a poco... ¡Con cuidado! ¡Ahora!

Desde el suelo, con ayuda del micrófono, la voz del capitán guiaba al helicóptero que largaba su cable lastrado con un bloque de dos toneladas.

—¡Cuidado! Vais a guiar la piedra sobre su pedestal, ¿está claro? Jem, a tu turno; párate y suelta sobre el punto fijo. Así, muy bien. Un poco más... ¡Párate!

Bien visible, el monolito descansaba ahora sobre su pedestal.

—Está magníficamente colocado —opinó el capataz—. Exactamente a la entrada del pozo. Así, todas las personas que vengan a visitarlo lo verán.

El hombre retrocedió unos pasos. Al resplandor extraordinario del sol, las letras doradas le deslumbraron. Parpadeando, las leyó:

HOMENAJE A LA MISIÓN DUNCAN

Alphonse Duncan

Catherine Duncan

Appert Kitz

Leonce Chaval

William Etzevarry

Estos pioneros murieron por el progreso,
la ciencia y la fundación de una humanidad mejor sobre el planeta Bjorck.
¡Han merecido el honor de la patria!

El capataz hizo un movimiento de cabeza, observando con mirada aprobadora la lisa explanada con su césped rojo, sus árboles azules, y los grandes edificios blancos destinados a los placeres sin fin, en los que todo colono honrado podía ofrecerse, por veinticinco centavos y sin molestar a sus vecinos, las peores orgías oníricas, volviendo a salir blanco como la nieve.

—Bien han merecido el que se les honre —dijo el hombre—. Incluso se ha tardado demasiado.

—¡Ésos sí eran héroes! —dijo otro obrero que se había acercado, señalando el letrero que rezaba: «Visita al pozo Duncan, 5 cents»..

—Yo no soy más que un hombre de pueblo —dijo el primero—, pero siento esas cosas, así, sin poder explicarlo. Las siento... ¡pues claro que sí!

—¿Qué explicación dar a lo que pasó? —dijo otro—. Ni siquiera su muerte...

¿Qué es lo que ocurrió exactamente?

Los hombres meditaron, en silencio...

Catherine llegó la última al fondo arenoso del pozo. Soltó la cuerda y fue a caer a los brazos de Will Etzevarry. Él la retuvo junto a sí, aún jadeante por el esfuerzo, y esto le produjo una curiosa impresión. La estrechó con más fuerza por unos instantes.

Lentamente, sacudiendo con una sonrisa la oleada de oro de sus cabellos, ella se libró del fuerte abrazo y le alargó los dedos quemados por el roce de la cuerda. Él le besó las palmas doloridas, con sus ojos clavados en los de la muchacha.

Una voz impaciente resonó a sus espaldas: el mineralogista, Leonce Chaval, se encontraba a su lado sin que ellos se hubieran apercebido. En cierto modo, Will se alegró de su presencia, pensando que el mineralogista estaba celoso. Cathy hizo un mohín de complicidad: a ella le encantaba también hacer sufrir un poco al hombre que tenía aquel nombre ridículo.

En la bóveda baja resonó la voz de Al Duncan, bien timbrada y segura, como el sabio de aspecto desenvuelto.

—¡Y bien, sobrina! Y usted, mi querido Chaval, ¿qué esperáis? ¡Un hipogeo semejante!

Will estaba irritado:

—¡Ya está rumiando su conferencia! Sabe que a mí me gusta su sobrina, aunque ella esté prometida a su secretario, ese bastardo de Ritz... ¡No hacen falta escándalos, Al! ¡Nada impedirá que la chica llegue a ser mía, mañana mismo quizá...!

Los tres se volvieron hacia el jefe de la expedición, que llevaba pegado constantemente a su espalda una sombra ridícula: Ritz Appert.

Mientras discutía con los otros, los pensamientos internos afluían constantemente a la conciencia de Etzevarry.

«Ese puerco, ese indecente de Duncan... Me ha engañado miserablemente. Un pequeño safari, a destajo, en el planeta Bjorck. Usted será el jefe. ¡Y hace ya cuatro meses que nos arrastramos en una jungla demente, con todo mi material averiado, y el tipo tratándome como si fuera un vulgar empleado! Un cerdo, un mismísimo puerco...».

Las discusiones se producían en voz alta, sobre etnografía, sobre mineralogía. Catherine reía de buena gana.

—¡Eh, muchachos! —dijo Duncan jovialmente—. Hemos descubierto un pozo excavado por los ataques, sin duda alguna. Termina en una galería construida en barro cocido, característica de la cuarta dinastía, y consagrada indudablemente al culto del dios Xéror.

—Quizá no se trate de la cuarta dinastía —objetó tímidamente la voz del secretario—. Ya le he indicado a usted el dibujo del pájaro Soubarof, el cual...

—¡Lo he visto perfectamente! —atajó con aspereza Duncan, que soportaba mal las lecciones—. Yo decía que los Qtéques de la cuarta dinastía... ¿Verdad, Appert,

que es eso?

Ritz parpadeó, para disimular un relámpago de rencor.

—La regencia del Jefe Mdouma... —precisó con voz suave.

—¡Eso es! ¿Habéis oído? ¡Es formidable, avancemos!

Chaval y Catherine atravesaron el umbral de la cripta. Will se quedó atrás, disimulando una sonrisa sardónica. Él conocía el complejo de frustración que padecía Ritz por culpa de la continua apropiación de Duncan su patrón.

El erudito es Ritz, y Duncan lo sabe perfectamente. Mejor aún, estruja a Ritz como si fuera un limón, de la misma manera que se aprovecha de mí para dirigir la expedición en la maleza. Lo cual no impide que, a expensas de Ritz, Duncan se talle una reputación de científico. Sin su secretario, el gran Al no es nadie. ¡Es por eso que le empuja hacia su sobrina, para atraérselo definitivamente!

—¡Esperadme! —gritó en voz alta, apresurando el paso para reunirse con sus compañeros—. ¿Dónde vais corriendo tan aprisa?

Sin embargo, antes de que hubiera podido acercarse al grupo, una pesada verja metálica cayó bruscamente, separándolo de los demás. ¡Habían quedado aislados!

—¡Calma! —dijo Duncan; pero su voz era levemente insegura. Catherine sacudió los barrotes con fuerza..., pero estaba bien claro que nadie podría derribar aquel obstáculo.

—Es de diium —señaló Ritz Appert—. ¡Es más duro que el acero!

—¡Déjenos en paz! —gritó Duncan. Estaba irritado. Su valor, superficial, se derrumbaba.

Will contempló a los otros no sin un secreto regocijo. Se habían metido en un buen lío... y él estaba fuera. Encerrados en un callejón sin salida por la puerta metálica, bajo tierra, olvidados... Si él no intervenía, iban a morir todos allí, como ratas. ¡Y él podría contar lo que le diera la gana!

—¡Will! —Catherine le tendía los brazos desde el otro lado—. ¿Vas a dejarnos aquí?

Will sintió una curiosa sensación. Era divertido: ¡todos los demás, incluso la propia Catherine, suponían ya que él iba a abandonarlos!

¿Le consideraban suficientemente pérfido como para hacerlo?

La muchacha era bella y resplandeciente como un brillante en la penumbra. Su sola presencia quemaba al aventurero, su sensualidad no revelada y que sólo esperaba que...

Will apretó los dientes.

«Si pudiera sacar a la chica, *solamente* a la chica...».

—Vamos, vamos, querido amigo; ¿se decide usted?...

Duncan estaba inquieto: «¡Ese bestia es capaz de cualquier cosa!».

—Estoy pensando en la manera de sacarles de ahí...

Duncan frunció el entrecejo: «¿Es posible que este bruto esté menos podrido de lo que yo creía? Claro que está de por medio Catherine...».

—Dése prisa —insistió Chaval—. Vaya a buscar una barrena.

—¡Y la dinamita! —añadió el cazador.

Se oyó un suspiro de alivio entre los prisioneros.

—Tiene usted razón —dijo Duncan, con voz clara de nuevo—. ¡Dése prisa, amigo mío! Encontrará el nitrobenceno en...

—¡Ya lo sé! —gritó Will.

Y seguía contemplándolos con las manos en la cadera.

—Ocurre que Catherine está pasando bastante miedo. ¿Verdad, Cathy?

—¡Y tanto que sí, tío:

—Y ocurre también que ella muestra una clara preferencia por usted, Will. Sí, sí... Les he observado a ustedes dos durante nuestro viaje. Hay que convenir que ella se inclina más hacia usted que hacia Ritz. ¿Verdad?

—¡Querido tío...!

—Tened confianza en mí, y yo haré vuestra felicidad, hijos míos.

—Pero... Señor Duncan...

—¡Oh! Para usted, Appert, lo más importante es la ciencia... ¡Y conmigo alcanzará usted la gloria!

«Cerdo tunante... Desde hace más de cinco años me lo has quitado todo. ¡Y ahora lo único que te interesa es salvar tu pellejo!».

—Usted conseguirá fácilmente realizar un matrimonio de conveniencia —dijo Duncan a Ritz en voz baja—. Digan ustedes que sí, gran Dios. ¿No ven que va a dejarnos abandonados aquí?

—Bueno, señor Duncan, puesto que...

—¡Vamos, vamos! Nosotros seguimos charlando, y mientras tanto continuamos encerrados tras esos condenados barrotes. No se preocupe por la boda, Appert, ya me conoce usted.

—Si, sí, ya le conozco...

—¡Bien! —exclamó Will, divertido ante todo aquello—. Voy arriba.

Se dirigió hacia la cuerda...

Vio al Bjorcki, pero era ya demasiado tarde. Un dolor ardiente le atenazó el brazo, subiéndole hasta el hombro. El corazón pareció retorcersele, ahogándole. Soltó la cuerda y cayó al suelo, arañándose el pecho con las manos.

No oyó el grito de los demás:

—¡Un Bjorcki! ¡Está perdido!

El enorme lagarto venenoso continuaba suspendido en la cuerda, mirando la escena con sus ojos matizados de rubíes. Su cuerpo verdoso tenía una cresta escamosa, erizada en aquel momento como signo de irritación, y su lengua bífida se movía amenazadoramente...

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —se lamentó Duncan.

—Podemos salir —insinuó Appert—. Existe ahí, en una sinuosidad de la roca, un

sistema de apertura...

—¡Enséñemelo! —Duncan se precipitó hacia el lugar indicado y se detuvo frente al mecanismo—. ¡Y tú lo sabías! —dijo, casi amenazador.

—Sí. Desde hace un cuarto de hora.

—¡Y me has dejado hablar...! ¡Era para salvarnos a todos, tú lo sabes!

—Por supuesto...

—¡Ah!

Aliviado, Duncan fue a manipular el mecanismo para levantar la reja.

—¡Espere!

Chaval posó su mano sobre el brazo del profesor.

—¿Y el Bjorcki?

—De cerca, podremos matarle seguramente.

El mineralogista murmuró:

—A Etzevarry no le queda ya mucho tiempo de vida, ¿no es así?

—Creo que sí. La mordedura del Bjorcki es mortal.

Se quedaron mirándose en silencio durante un buen rato.

—Podríamos intentar salvarlo —dijo Catherine.

—Efectivamente..., pero sólo conocemos tres descripciones relativas a las mordeduras de un Bjorcki... Y además, nosotros no poseemos el suero especial más indicado.

—¡Cuidado! ¡Viene hacia nosotros!

—¿El Bjorcki?

—¡No! ¡Will!

De rodillas, el herido se arrastraba hacia sus compañeros. Se agarró fuertemente a los barrotes para levantarse poco a poco. Su rostro, hundido y chispeado de manchas oscuras, chorreaba de sudor. Sus ojos empezaban a vidriarse.

—Haga usted algo, Duncan... Prueben todas sus medicinas... ¡Estoy muy mal!

—Bueno..., sí...; eso es... sí... —Al tergiversaba. Appert se lo llevó un poco aparte:

—Yo tengo conocimientos bastante ciertos sobre ese lagarto...

—¡Hable usted, diantre!

—El Bjorcki no segrega veneno, sino una toxina microbiana, mortal para el hombre... y contagiosa.

—No..., no diga eso, Ritz. ¿Verdad que no es cierto?

—Sí..., desgraciadamente, sí.

Al se volvió rápidamente hacia los demás.

—¿Han oído esto? ¡Retírense, váyanse al fondo! ¡Santo Dios, va a contagiarnos a todos! —y dirigiéndose al herido, aferrado aún a la reja—: ¡Tú, retírate de ahí!

—Ten piedad...

—¡Lárgate! ¡Fuera de ahí!

—Hay que apartarle de la verja —dijo alguien—. Probemos con nuestros

bastones.

Empezaron a golpear al herido con la punta de sus bastones, para obligarle a soltar la presa. Pero Will se abrazó fuertemente a los barrotes, con una energía dada por la desesperación.

—Amigos... —dijo, en el estertor de la agonía—, intentad algo..., por favor...; en vuestro estuche... quizá...

—¿Crees que no sabíamos que tenías la intención de dejarnos morir aquí?

—¡Vamos, suelta esos barrotes, cerdo! ¡Suelta ya!... ¡Catherine, ayúdanos!

La muchacha vaciló unos momentos.

—¿Pero es que tú te pones de su parte? Tras una duda, Catherine tomó también uno de los bastones, y ayudó a empujar al hombre desplomado.

Appert no había participado en la escena. Al se volvió hacia él:

—¿Qué es lo que decides, Ritz?

El hombrecillo hizo un gesto vago.

—Es inútil —dijo.

—Estamos perdidos sin remedio, ¿no es verdad? —dijo Chaval, asustado.

—No..., todavía no. Si podemos alejarnos lo más posible... Creo recordar que el contagio es sólo directo.

—¿Estás seguro?

—No sé. Hay que apartarse y esperar...

Los cuatro retrocedieron hacia el fondo de la cripta, lejos de la silueta caída en el suelo.

Al encendió nerviosamente un cigarrillo. Chaval, desde lejos, vigilaba ansiosamente al herido. Appert parecía absorto en un sueño penoso. Catherine, fingiendo interesarse en el arte Qtéque, palpaba los muros, evitando así mirar hacia el pozo.

—¡La cantidad de tiempo que se necesita para morir! —dijo Chaval, después de un rato.

Duncan hizo un ademán de desagrado.

—¿Quién es el que va a encargarse ahora de guiar la expedición? —refunfuñó.

—Yo conozco bastante bien la región —dijo el hombre corpulento—. La conozco menos que..., pero bastante.

—De acuerdo. Usted se encargará de todos los detalles.

Chaval hizo un gesto con la cabeza, lanzando después una mirada oblicua a Ritz, que continuaba inmóvil.

—¿Y qué...?

—Ya sabe usted —dijo Al suavemente— que sin mí no es capaz de hacer nada. ¡Oh, es una carga formidable que he de arrastrar constantemente a mis espaldas! —Y lanzó un fuerte suspiro.

Chaval cabeceó con fingida conmiseración. Sus ojillos ocultaban un pensamiento profundo. Continuó, en voz baja:

—Usted no ignora que yo me intereso por Catherine como si se tratara de mi hija, en fin, como quien dice... Bueno, usted entiende ya.

—¡Hmmm!

—Una vez anulados sus precedentes esponsales, y habiendo fallecido Will, ella queda... eh... libre. Ni que decir tiene que no puedo decir nada en cuanto a mí, pero Cathy es una chica práctica, y el hombre que la ayudara a salir de este mal paso... eh... eh...

—Sí, ya comprendo...

En aquel momento, una exclamación hizo que los tres hombres se sobresaltaran. Bajo los dedos de Cathy, una de las losas de tierra barnizada que formaban el muro acababa de desprenderse.

Del orificio saltaron varias gemas talladas, de un tamaño extraordinario. Cayeron al suelo, y rodaron un par de veces antes de quedar inmóviles.

—¡Dios! ¡Diamantes tan gruesos como huevos de paloma!

Todos se precipitaron hacia allá.

—¡Quietos! —intimó Catherine, furiosa—. ¡No los toquéis! ¡Soy yo quien los ha encontrado! ¡Estas joyas son mías!

Los otros tuvieron que devolverle las piedras, so pena de hacerse arrancar los ojos.

Catherine se sentó, la mirada llena de un extraño resplandor. Allá al fondo, al otro lado de la verja, el herido agonizaba.

—Hay quince —dijo, extasiada. Los hombres la rodearon—. ¡No os acerquéis! —gritó. La voz de la joven estaba desfigurada. Sacó de su cinturón un pequeño revólver, la única arma que poseía aún el grupo, y que tácitamente habían dejado a ella por mutua desconfianza—. ¡Soy rica!

—Debes repartirlos, Cathy. Ya sabes que la expedición...

—¡Estás equivocado, tío! ¿Te figuras acaso que vas a seguir ocupándote de mis asuntos?

—Pero... —dijo Duncan, consternado—, ¿no soy yo quien te ha recogido?

—Sí... y sin duda también el que me ha pisoteado y vendido, a Ritz, a Will, a Chaval. ¡Pues bien, eso se ha terminado! ¡Soy rica y me importáis un bledo todos vosotros! ¡Vamos, largo de aquí!

—Es increíble —dijo Duncan—. Una muchacha como ella... Vamos a dejarla sola; se calmará...

—¡Pero debe repartir con nosotros! —dijo Ritz violentamente.

—Repartirá —aseguró Duncan—. ¿Qué es lo que puede hacer ella sin nosotros?

—Exactamente —añadió Chaval, que veía hundirse varios de sus proyectos—. ¿Y el otro, está muerto?

—Todavía no.

—¡El tiempo que nos está haciendo perder! —suspiró Duncan.

Volvieron la espalda a aquel moribundo recalcitrante... pero se quedaron mudos de terror. Un alarido surgió de sus gargantas:

—¡Los escorpendiones!

De la cavidad que Cathy había descubierto hacía poco rato, surgían unas enormes arañas negras. De sus vientres blancos y obscenos se destacaban unas patas monstruosas y velludas.

El terror de los hombres era comprensible: del escondite de los diamantes surgían incesantemente, con un gorgoteo inmundado, multitud de terribles arácnidos, cuyo apetito era insaciable.

—¡Hay que tapar el agujero! —gritó Duncan, tan pálido como un sudario. La columna de arañas descendía ya, en orden perfecto, hacia las presas que se les ofrecían tan fáciles.

—¡Quien lo haga estará perdido! —aulló el mineralogista.

Catherine había dejado caer al suelo casi todos sus diamantes. Los cuatro se imaginaban ya la horrible muerte que les acechaba. Con Ritz en primer término, retrocedieron hasta la reja.

—¡Abra, aprisa! —gritó Al a su secretario.

—¡Catherine, dame tu revólver! Lo tiraré sobre el Bjorcki. ¡Aún estamos a tiempo de salvarnos! ¡Vamos! ¿Qué esperas?

—¡El mecanismo no funciona! —gimió Ritz, dejándose caer aterrado al suelo, temblándole las piernas.

—¡Imbécil!

Intentaron abrir furiosamente, pero todo fue en vano. La verja no se movió.

Lanzando miradas desesperadas hacia la fila de arañas que avanzaban hacia ellos, empezaron a sacudir como locos la verja. Su agonía acababa de comenzar. Catherine, aterrada, vomitó.

Y de pronto, una risa irónica y seca les impuso silencio. Will, al que todos habían olvidado, no había muerto aún. Incluso parecía hallarse un poco mejor. Aunque se sentía medio paralizado, había conseguido arrastrarse hasta el centro del pozo de bajada, indiferente al lagarto que continuaba inmóvil. El cazador sufría enormemente, pero su robusta naturaleza luchaba aún, e incluso había recobrado su lucidez.

Reía penosamente, viendo a sus camaradas caídos en la trampa también.

—No —dijo con dificultad—, no... Cuando la verja cae, sólo puede abrirse accionando un mecanismo que funciona desde el exterior... ¡Ahí!

Señaló una argolla en la pared del pozo fuera del alcance de los prisioneros. Se oyó un gemido.

—¡Will! ¡Tú puedes salvarnos de esta muerte atroz!

—¿Y la mía? —dijo con un resoplido—. ¿Cómo creéis acaso que es la mía?

—Oye, Will... —era la voz suplicante de Ritz—, yo te he mentado hace un

momento. Sí, reconozco que te odiaba por culpa de Cathy, pero... He mentido, Will. Disponemos de una ampolla de suero..., un suero que puede salvarte, el Z2...

—¡Canalla!

—Tómalo —dijo Al, castañeteándole los dientes—. Ahí está, en mi estuche... ¡Míralo!

Agitó un frasco amarillo entre sus manos temblorosas.

—¡Podéis morir si lo deseáis! Las arañas se os están acercando, y serán ellas las que se envenenarán con vuestras carroñas...

—¡Cathy, por favor! ¡Díselo!

—Will... Escucha: tengo aún un diamante, uno que vale una fortuna, él solo... Míralo, por favor... Seremos ricos... Yo te quiero, Will; son ellos los que me han forzado...

—¡Es cierto, somos unos sucios! Pero renunciamos a todo, Will, a todo. ¡Por favor, date prisa!

El cazador se arrastró penosamente hasta la reja, encajando los dientes para no gemir.

—¡Dame la ampolla!

Rompió el precinto con los dientes y bebió el suero de un trago.

—¡Abre! —gimió Duncan—. ¡Vamos, aprisa!

Will consiguió alcanzar la argolla. Contrariamente a su deseo, la verja se levantó. Los prisioneros se precipitaron al centro del pozo, gritando palabras desordenadas.

En aquel momento se dieron cuenta de un detalle.

—¡Infiernos! ¿Qué es lo que has hecho, Will? ¿Dónde está la cuerda?

Etzevarry levantó los ojos, y se pasó una mano por la sudorosa frente: ¡la cuerda no colgaba sobre el pozo!

Catherine la halló enroscada en el suelo, intacta, misteriosamente desprendida de los clavos que la sujetaban en lo alto. Simplemente, se había desenganchado. Y el Bjorcki había desaparecido.

—¡Oh, Dios! —Will lanzó un quejido—. ¡Si tuviera fuerzas...!

—¡No las tendrás! —dijo Ritz con rostro crispado—. ¡El suero no le servirá de nada! ¡Te he engañado!, ¿comprendes?

—¡Ha desatado la cuerda! —gritó Duncan con voz histérica—. ¡Nos ha cortado la salida para que muramos todos con él! ¡Puerco, indecente!

En un arrebato, tomó el revólver de Cathy y lo vació en la cabeza de Will, a boca de jarro. Sus sesos salpicaron las paredes del pozo.

Las arañas iban a traspasar la verja de separación. El profesor volvió el arma hacia ellas.

—¡Todavía no! —gritó Cathy—. ¡Un segundo!

Al vaciló.

—¡Se han detenido! —gritó Ritz.

Incrédulos, los cuatro se miraron.

—¿Es posible...? ¡No han pasado la verja!

Una gran esperanza les invadió. En medio de un profundo silencio, aguardaron.

—¡Es cierto, no traspasan el límite de la verja.

—¡Y retroceden!

—¡Dios! ¡Es imposible!

—¡Pero es verdad! ¡Se marchan!

Lentamente, la repugnante cohorte regresaba sobre sus pasos. Algunas arañas montaron sobre los diamantes esparcidos por el suelo, y los expedicionarios vieron cómo arrastraban las piedras preciosas como si se tratara de enormes huevos. Lentamente, las arañas se retiraron hacia el fondo de la cripta, y remontaron penosamente la pared para reintegrarse a la prisión abierta sobre el tesoro del dios Xéror.

Liberados de aquella pesadilla, los supervivientes se miraron entre sí. Estaban prisioneros en aquel pozo, pero la esperanza persistía. Quizá pudieran tallar unos toscos peldaños en la pared y remontar el pozo hasta la selva violeta que se entreveía allá arriba. Quizá...

—Nos hará falta mucho tiempo —dijo Duncan—, y será un trabajo penoso. Pero saldremos de aquí.

—¿Y... él? —dijo Catherine, señalando el cadáver de Will.

Ritz Appert esbozó una leve sonrisa.

—Ése no ofrece ningún peligro —dijo—; la picadura del Bjorcki es peligrosa, pero no mortal.

—¿Y... contagiosa?

—¡Oh, no, tampoco! Pensándolo bien, el Bjorcki que mordió a Will era de color verde y no azul. ¡Es el azul el que es mortal!

—¡Vamos! —ordenó Duncan—. ¡Hay que empezar a trabajar!

—¡Adelante!

Y, sin embargo, aquella misma tarde todos habían muerto.

El contagio del Bjorcki verde era ciertamente tan sólo peligroso entre dos seres vivientes... ¡Pero era mortal entre un ser vivo y un cadáver!

FIN